

N° 18 NOVIEMBRE 1954

Mirada



REVISTA MENSUAL
de fantasía científica

REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA PORTADA

Ninguna ciencia es tan vasta como la astronomía, ninguna más apasionante. En una alucinante complejidad, infinitas perspectivas físicas, éticas, matemáticas, biológicas, relampaguean ante el que medite y observe el rincón del cielo que alcanzan a ver nuestros instrumentos más perfectos.

sumario

Redacción y Administ.:
Editorial Abril S. R.
L., Av. Alem 884,
Bs. As., Rep. Argentino

novela (I parte)

LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por WILSON TUCKER

Algunos entre nosotros vagabundeamos entre el pasado y el porvenir y se eternizan en el presente 106

cuentos

LA TERCERA EXPEDICIÓN, por RAY BRADBURY

Una CRÓNICA DE MARTE de dramático encanto 4

EL BILLETE DE LOTERÍA, por WILLIAM TENN

La viveza es galardón y mérito interplanetario 18

MATERIA DE ESTUDIO, por F. L. WALLACE

Lo falso de la verdad es la mentira imposible 36

SEÑOR PRESIDENTE, por STEPHEN ARR

La Galaxia se defiende, a pesar de su infinitud 69

CADENA DE ÓRDENES, por STEPHEN ARR

Era una amenaza, a pesar de no poderlo ni quererlo ser 81

LULUNGOMENA, por GORDON DICKSON

El más maravilloso lugar del Universo es el mismo en todas partes 90

aventuras de la mente

LA VIDA EN EL UNIVERSO: LOS PLANETAS GIGANTES, por GRON AGUIRRE y ÁNGEL GIDE 54

LA S. A. I., PIONEROS ARGENTINOS DEL ESPACIO 79

novedades cósmicas

ESPACIOTEST 34

CORRESPONDENCIA: proyectiles dirigidos y respuestas científicas 64

TRÍPODE DE OPTIMISMO (Editorial) .. 2

trípode

de

optimismo

Los lectores de MÁS ALLÁ son los mejores ejemplares más perfectos de la raza humana. Por supuesto, esta afirmación es un poco exagerada, parece una conclusión inevitable después de haber estado en contacto con ellos durante más de año y medio.

La fantasía científica es una literatura de excepción, una literatura aristocrática. Para apreciarla debidamente se requiere:

1) amor a la paradoja y capacidad para deleitarse con las contorsiones espirituales a que ella obliga;

2) interés en cuestiones técnicas, un mínimo de conocimientos básicos de numerosas ciencias, y esfuerzo para mantenerse al día con las novedades científicas y por cierto que hay más de una todos los días);

3) curiosidad intelectual hacia lo desconocido y lo inconocible, ningún temor de descubrir cosas desagradables ("la verdad última, en definitiva, es fea", escribió el sociólogo Mannheim), es decir, juventud mental;

4) paciencia y capacidad para entender cosas difíciles y sin utilidad práctica inmediata y evidente;

5) ganas de exponerse a adquirir un complejo de inferioridad frente a los superhombres del futuro, a los robots de nuestros nietos o a las superiores razas de otros planetas;

6) valor para enfrentar las críticas displicentes de los amigos que no han leído verdadera fantasía científica y la

confundes con las historietas de aventuras para chicos;

7) (si no conocer otros idiomas) someterse a un razonamiento muy estricto, ya que, por desgracia, no hay más que una sola revista de verdadera fantasía científica en castellano (para colmo, mensual) y, lógicamente, en cada número siempre hay algo que no le agrada a uno u otro de los lectores.

* * *

MÁS ALLÁ nació porque la fantasía científica nos gustaba. En nuestro entusiasmo, no nos dejamos asustar por los pesimistas que, después de enumerar lo requerimientos que debe reunir un lector de fantasía científica, afirmaban que el número de personas dotadas de tantas cualidades no podía ser suficientemente numeroso como para constituir un público para una revista de categoría.

Nosotros, invenciblemente optimistas, basamos nuestra iniciativa sobre tres hechos: uno, que lo bueno se impone; dos, que las personas inteligentes son muchas; tres, que lo interesante entretenido es una combinación imbatible. El creciente éxito de MÁS ALLÁ ha demostrado que nuestro optimismo estaba sólidamente fundado.

Desde el primer momento descartamos una enorme cantidad de material del cual se elogiaban la facilidad, la emoción, el suspenso y la aventura, pero que nosotros considerábamos simplemente superficial, infantil e inconsistente, y decidimos publicar exclusiva-

mente textos buenos. Pronto nos dimos cuenta de que, también en este campo, lo bueno es escaso, y, además, a veces presenta el inconveniente de estar escrito en forma que puede sorprender al lector por su aparente dificultad. Después de un poco de práctica, el estilo de algunos entre los mejores escritores se vuelve tan claro como el que más; pero es indiscutible el hecho de que la primera impresión que dejan algunos cuentos es de considerable oscuridad.

Confiando en nuestros lectores, elegimos el mejor material, aunque fuera difícil de entender. Al hacerlo, elegimos también el mejor público. Y nos esperaba la agradable sorpresa de comprobar cómo un público tan bueno podía ser tan numeroso.

Pero un hecho aún más extraordinario fué el de descubrir que, al volverse más numeroso, nuestro público no mejoraba en calidad. Pudimos, por lo tanto, mantener alto el nivel del material, y no sacrificar nada para satisfacer los gustos del llamado "público grueso".

El lector típico de fantasía científica tiene un poco de héroe, un poco de sabio, un poco de apóstol, un poco de explorador; es algo indisciplinado y soñador; le gusta pensar, y pensar cosas raras; no le teme a la originalidad, a las abstracciones, a las audacias del pensamiento; ahonda el análisis de los problemas concretos y prácticos, pero no por ello se olvida de todo lo que hay más allá, y más allá del más allá...

¿Se ha dado cuenta de que estamos describiéndole a usted?



crónicas de marte

por RAY BRADBURY

ilustrado por OLMOS

LA TERCERA

¿Aquellos astronautas hallaron fantasmas parecidos a seres reales, o seres reales parecidos a fantasmas?



La astronave descendía del espacio. Venía de las estrellas y de las negras velocidades, y de los movimientos refulgentes, y de los golfos silentes del espacio. Era una cohetonave modernísima: tenía fuego en sus entrañas y hombres en sus compartimientos de metal, y se movía en puro silencio, fiera y caldeada. En ella había diecisiete hombres, incluido su capitán. La multitud los había despedido, en el coheteródromo de Ohío, con gritos y saludos. El cohete había brotado en grandes flores de color y de fuego, desapareciendo luego en el espacio,

aún una cosa bella y fuerte. Se había movido, entre las tenebrosas aguas del espacio, como un pálido monstruo marino; había pasado la vieja Luna y se había lanzado hacia adelante, pasando de una nada a otra nada. Los hombres que llevaba dentro habían sido, sucesivamente y cada uno a su vez, golpeados, derribados; se habían mareado y se habían repuesto luego. Un hombre había muerto; pero ahora, los dieciséis que quedaban, apretaban sus rostros contra las ventanas, mirando a Marte, que se balanceaba debajo de ellos.

—¡Marte! —exclamó el oficial de navegación Lústig.

—El viejo Marte —dijo Samuel Hixton, el arqueólogo.

—Bueno —dijo el capitán John Black.

El cohete aterrizó en una superficie totalmente plana y cubierta de verde césped. Fuera, en el campo, se erguía una reja de hierro. Más adelante, en medio del césped, alzabase una casa de estilo victoriano, apacible bajo los rayos del sol, adornada toda ella con volutas y molduras rococó. Las

EXPEDICION

rumbo a Marte. Era la tercera expedición.

Ahora estaba desacelerando con eficacia metálica, en las regiones superiores de la atmósfera de Marte. Era

ventanas estaban formadas por vidrios multicolores, azules, rojos verdes. En el porche lucían airosos geranios; una vieja enredadera que había trepado hasta el techo del porche se había soltado después, y ahora, libre, se balanceaba en el aire a la menor brisa. A través de la ventana del frente se podía ver una pieza de música, titulada *Viejo Ohio*, abierta sobre el piano.

Alrededor del cohete, en las cuatro direcciones, se extendía la pequeña ciudad, verde e inmóvil en medio de la primavera marciana. Había casas blancas, casas rojas de ladrillo, altos olmos que se balanceaban al viento, y altas torres de iglesia con campanas calladas en su interior.

Los hombres del cohete vieron todo esto, se miraron los unos a los otros, volvieron a mirar afuera, sus rostros palidieron y la respiración se les cortó.

—¿Estaré loco? —susurró Lústig, acariciándose el rostro con la mano—. ¿Estaré loco?

—¡Es simplemente imposible! —dijo Samuel Hickston.

—¡Dios santo! —exclamó el capitán John Black.

El químico comunicó el resultado: —Señor, la atmósfera contiene poco oxígeno, pero es respirable.

—Entonces, bajaremos —dijo Lústig.

—¡Un momento! —dijo el capitán John Black—. ¿Cómo sabremos qué es esto?

—Es una pequeña ciudad, con poco aire, pero respirable, capitán.

—Y es una ciudad como las terrestres —dijo el arqueólogo Hickston—. Increíble. No puede ser, pero sin embargo, es.

El capitán lo miró.

—¿Cree usted posible que las civilizaciones de dos planetas puedan desarrollarse del mismo modo y progresar al mismo ritmo?

—Hubiera creído que no, señor. El capitán se detuvo a la puerta.

—Miren; allí hay geranios. Es una planta especializada. Esta variedad específica ha sido conocida en la Tierra únicamente durante cincuenta años. Piensen los miles de años que se necesitan para que una planta evolucione. Luego dígame si es lógico que los marcianos tengan: primero, vitrales en las ventanas; segundo, cúpulas; tercero, puertas de vaivén; cuarto, un instrumento que parece un piano y, probablemente, es un piano, y quinto, si usted mira con este catalejo, dígame si le parece lógico que un compositor musical marciano haya compuesto una pieza musical, bastante extraña, intitulada *Viejo Ohio*. Todo lo cual significa que en Marte existe un río *Ohio*.

—Esto es obra del capitán Williams, por supuesto —exclamó Hickston.

—¿Cómo?

—El capitán Williams y los tres hombres de su tripulación; o Natanael York y su acompañante. Ésta es la explicación.

—Eso no explicaría absolutamente nada. Sabemos, o, mejor dicho, deducimos que la nave expedicionaria de York estalló el día mismo que llegó a Marte, muriendo York y su acompañante. Por lo que se refiere a Williams y sus acompañantes, murieron al segundo día, también en una explosión; por lo menos, esto es lo que hay que pensar, pues sus radios cesaron de enviar señales en ese momento. Si hubieran estado vivos, se habrían puesto en contacto con nosotros. Aparte de todo, la expedición de York llegó aquí hace sólo un año, y el viaje de Williams fué en el mes de agosto pasado. Suponiendo, contra toda evidencia, que estuvieran todavía vivos, ¿habrían podido, aun con ayuda de alguna raza autóctona de marcianos muy civilizados, edificar una población como ésta,

que evidentemente es antigua? Fíjese bien; esta población está construída desde hace por lo menos setenta años. Fíjese en la madera de los revestimientos. Fíjese en los árboles: todos tienen cien años, por lo menos. No. Esto no es obra de Williams ni de York. Es obra de otros seres. Y no me gusta nada. No pienso bajar de la espaciovave hasta que sepa concretamente de qué se trata.

—Por otra parte —dijo Lústig, corroborándolo—, tanto Williams y sus hombres como York desembarcaron en el hemisferio *opuesto* de Marte. Nosotros nos cuidamos bien de aterrizar en *este* hemisferio. Y lo hicimos en previsión de que las expediciones anteriores hubieran sido víctimas de alguna tribu nativa hostil. Por consiguiente, en la medida en que podemos conjeturarlo, estamos en una región de Marte que ni Williams ni York pisaron jamás.

—¡Al diablo! —exclamó Hickston—. Yo quiero ir a esa población, con su permiso, capitán. Puede suceder que efectivamente existan formas internas de pensamiento y de civilización en todos los planetas de nuestro sistema. ¡Podemos estar en el umbral del descubrimiento psicológico y metafísico más importante de nuestra era!

—Prefiero que esperemos —dijo el capitán John Black.

—Puede suceder que estemos con-

templando por primera vez un fenómeno que probaría irrefutablemente la existencia de Dios.

—Hay mucha gente que no necesita pruebas para creer, señor Hickston.

—Yo soy uno de ellos, capitán. Pero una ciudad como ésta no puede existir sin intervención divina. Observe la absoluta coincidencia de detalles. Le aseguro que estoy tan emocionado que no sé si llorar o reír.

—Pues no haga ninguna de las dos cosas hasta que sepamos con quién tenemos que vérnoslas.

—¡Pero si no tenemos que vérnoslas con nadie! —interrumpió Lústig—. Es una ciudad tranquila, como la mía. Me gusta su aspecto.

—¿Cuándo nació usted, Lústig?

—En 1950.

—¿Y usted, Hickston?

—En 1955, en Grinnell, estado de Iowa. Y esta ciudad me resulta idéntica a la mía.

—Pues escuchen los dos: yo puedo ser el padre de ambos; tengo exactamente ochenta años; nací en 1920, en el estado de Illinois, y gracias a Dios y a una ciencia que ha conseguido rejuvenecer a algunos hombres, estoy ahora en Marte, no más cansado que todos ustedes, pero mucho menos confiado. Esta ciudad parece muy tranquila y pacífica, es muy parecida a mi pueblo de Green Bluff, en Illinois, y esto es precisamente lo que me asus-

Los cerebros electrónicos

SE empezó con las máquinas de calcular, ya en la época de Pascal. Luego siguieron los grandes aparatos para resolver ecuaciones complicadas. Finalmente aparecieron los "cerebros electrónicos", capaces de reemplazar al hombre en muchas tareas mecanizadas y que indudablemente serán preciosos en las expediciones interplanetarias y en los viajes terrestres del futuro. Los nuevos aparatos son tan complejos y se acercan ya tanto a ciertos mecanismos cerebrales, que hasta se equivocan. Ya se construyen aparatos que controlan a los otros y los corrigen cuando se equivocan.

ta. Se parece demasiado a Green Bluff —se tornó hacia el radiotelegrafista—. Avise a la Tierra y diga que hemos aterrizado. Mañana radiaremos un informe completo.

—Muy bien, señor.

El capitán John Black miró a través de la ventanilla de la espacionave, con su rostro fresco como el de un hombre de treinta años.

—Escuchen lo que vamos a hacer. Lústig, Hickston y yo iremos a explorar la ciudad. Los demás se quedan a bordo. Si nos pasa algo, ellos pueden defendernos. Más vale la pérdida de tres hombres que la de toda la tripulación. Además, los que se quedan podrán avisar al próximo cohete. El capitán Wilder zarpará en Navidad. Si hay algún peligro en Marte, la próxima expedición debe venir preparada.

—Nosotros también estamos preparados, capitán —dijo Wilder—. Tenemos un pequeño arsenal.

—Reparta entonces las armas, y apréstense para lo que pueda suceder. Vamos nosotros.

Los tres hombres descendieron juntos la escalerilla de la espacionave.

ERA un hermoso día de primavera. Un pechirrojo, posado en un manzano florido, cantaba continuamente. Lluvias de pétalos relucientes se desprendían del árbol cada vez que el viento lo rozaba; el aroma de las flores embalsamaba la atmósfera. En algún lugar de la ciudad, alguien tocaba un piano, y los acordes se acercaban y retrocedían, suavemente, perezosamente. La música era *Beautiful Dreamer*.

Lústig comenzó a temblar; Samuel Hickston también.

El cielo estaba sereno y apacible. Un arroyuelo corría por una cañada, a través de cavernas y sombras de árboles. En otra parte, un carro rodaba con marcado traqueteo.

—Capitán —exclamó Samuel Hickston—, no hay otra solución: los viajes a Marte comenzaron antes de la primera guerra mundial!

—No.

—¿Y cómo se explican, si no, estas casas... y el piano y las canciones?

—Hickston tomó al capitán por el hombro y lo miró persuasivamente al rostro—. Supongamos que hubo algunas personas en 1905 que odiaban la guerra, se unieron con algunos sabios y fabricaron en secreto una astronave para trasladarse a Marte...

—No, Hickston, no.

—¿Por qué no? El mundo era muy distinto en 1905. Pudieron construir la nave en secreto, sin que la noticia se filtrase.

—Un cohete es una cosa demasiado complicada para que pueda mantenerse en secreto.

—Y se instalaron aquí para vivir —insistió Hickston—, y, naturalmente, construyeron casas semejantes a las que habitaban en la Tierra, porque trajeron consigo su cultura.

—¿Y vivieron aquí todo este tiempo?

—Sí, tranquilos y felices. Puede que hayan hecho algunos viajes a la Tierra, para traer más personas y formar una pequeña ciudad. Después dejarían de hacerlo por temor a ser descubiertos. Por eso la ciudad parece tan anticuada. No hay nada que se parezca a algo posterior a 1927. O quizá los viajes interplanetarios son todavía mucho más viejos, siglos más viejos, y los hombres que vinieron a Marte lo mantuvieron en secreto, visitando la Tierra sólo ocasionalmente, de siglo en siglo.

—Terminará por convencerme.

—No hay otra explicación posible.

Lo único que nos falta es encontrar a alguien y comprobarlo.

Los pasos de las botas se apagaron en el césped, espeso y reluciente, cuyo olor penetrante denunciaba que ha-

bía sido recientemente cortado. A pesar suyo, el capitán Black se sintió invadido por una profunda paz. Hacía treinta años que no entraba en un pueblo rural. El zumbido de las abejas primaverales lo aquietaba como una canción de cuna, y el aspecto fresco de las cosas era como bálsamo para su alma.

Se detuvieron delante del porche. Profundos ecos resonaron debajo del corredor de madera cuando se acercaron a la puerta. La casa olía a viejo y a un infinito confort. En la distante cocina, alguien preparaba una comida fría, a causa del bochornoso día que estaban soportando.

El capitán Black llamó a la puerta.

PASOS ligeros y melindrosos resonaron en el *hall*. Una señora de rostro bondadoso y sereno, vestida a la moda de 1900, les preguntó:

—¿Puedo servirlos en algo?

—Disculpe, señora. Buscamos... —respondió inseguro el capitán Black—, es decir, si usted nos puede ayudar... —se detuvo.

Ella lo miró con el asombro reflejado en sus ojos oscuros.

—Si usted es un corredor... —comenzó a decir.

—¡No —exclamó el capitán—, nada de eso! ¿Qué ciudad es ésta?

Ella lo miró de arriba abajo.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Cómo puede estar en una ciudad y no saber su nombre?

—Somos forasteros. Quisiéramos saber cómo se llama esta ciudad, cómo vino usted aquí...

—¿Es usted recaudador de impuestos?

—No.

—Todo el mundo sabe que esta ciudad fué fundada en 1868. ¿Habla usted en broma?

—No, señora, de ningún modo. Es que venimos de la Tierra.

—¿Quiere decir que salieron del suelo?

—No, no, señora: venimos del tercer planeta, la Tierra, en una astronave, a través del espacio. Hemos aterrizado aquí, en el cuarto planeta, que se llama Marte.

—Se equivoca —dijo la mujer, como si estuviera enseñando algo a un niño—. Ésta es la ciudad de Green Bluff, estado de Illinois, en el continente de América, que está rodeado por el océano Atlántico y por el Pacífico, en un lugar llamado el mundo, y a veces la Tierra. Y ahora, ¡déjeme tranquila!

Y desapareció cerrando la puerta del *hall*.

Los tres hombres se miraron el uno al otro.

—Derribemos la puerta y entremos —propuso Lústig.

—No podemos; ésta es una propiedad privada. ¡Santo Dios!

Se sentaron en la escalera del porche.

—¿No cree usted, Hickston, que por un accidente hayamos perdido el rumbo y estemos de vuelta en la Tierra?

—¿Usted cree que es posible?

—Ya he perdido la noción de lo posible y lo imposible...

Hickston dijo:

—Pero hemos controlado el rumbo milla por milla. Pasamos de largo junto a la Luna, y aquí estamos. Tengo la seguridad de que estamos en Marte.

—Pero supongamos —dijo Lústig— que por un accidente hemos salido de las dimensiones espacio y tiempo y hemos retrocedido a la Tierra, treinta o cuarenta años antes de nuestra partida.

—¡Déjese de teorías, Lústig!

Lústig no respondió. En cambio, se levantó y fué a llamar a la puerta.

—¿Puede decirme en qué año estamos?

—En 1926, por supuesto —le respon-

dió la dueña de casa, sentada en una mecedora y sorbiendo un refresco.

—¿Oyeron eso? —dijo Lústig a los otros—. ¡Mil novecientos veintiséis! ¡Hemos retrocedido en el tiempo y estamos otra vez en la Tierra!

LÚSTIG volvió a sentarse junto a sus compañeros. Los tres se dejaron invadir por el asombro y el terror. El capitán dijo por fin:

—¿Cómo es posible? Me horrorizo de pensarlo... Ojalá tuviéramos a Einstein con nosotros!

—¿Podemos esperar que alguien nos crea en esta ciudad? —preguntó Hickston—. ¿No estamos jugando con algo demasiado peligroso: el tiempo? ¿No es mejor que zarpemos y nos volvamos? —No. Primero tenemos que insistir en otra casa.

Se pusieron de pie y fueron hasta una casita blanca, no muy distante, que tenía a la entrada un gran roble.

—Tenemos que ser lo más razonables y lógicos que podamos —dijo el capitán—. Todavía no hemos ni siquiera afrontado el problema. Supongamos que, como dijo Hickston, los viajes interplanetarios vienen produciéndose desde hace muchos años. Cuando la gente venida de la Tierra comenzó aquí a sentir nostalgia, primero comenzaron a ponerse neuróticos, y luego enloquecieron colectivamente. ¿Qué haría un psiquiatra si se topase con un problema como éste?

El hombre y los insectos

SEGÚN muchos hombres de ciencia, el enemigo más peligroso del hombre es el insecto. Aunque no lo notemos, ambas especies están luchando desesperadamente entre sí, y alguna de las dos tiene que salir triunfante. No hay posibilidades de equilibrio. Lo peor del caso es que todavía no se ven razones para afirmar que será la raza humana la que finalmente se imponga. Como si esto fuera poco, se ha descubierto que el hombre es mucho más vulnerable a las radiaciones atómicas que su mortal enemigo el insecto. ¡Por favor, nada de ponerse a jugar con bombitas!

Hickston pensó un momento y dijo: —Bueno, me parece que procuraría que la civilización de Marte se pareciera más y más cada día a la de la Tierra. Si fuera posible reproducir cada planta, cada camino, cada lago y cada océano, lo haría. Luego, mediante una hipnosis colectiva, les haría creer que estaban realmente en la Tierra, y no en Marte.

—Una buena deducción, Hickston. Me parece que estamos en buen camino. La mujer de la casa piensa simplemente que se encuentra en la Tierra. Lo necesita creer para defender su salud mental. Ella y todos los otros habitantes de la ciudad son los sujetos del experimento en migración e hipnosis colectiva más asombroso que se haya intentado jamás.

—¡Ésa es la solución, capitán! —gritó Lústig.

—Es verdad —reconoció Hickston.

—Bueno —dijo el capitán con un suspiro—. Me parece que algo hemos dejado en claro. Todo es un poco más lógico. Todo eso de las cuatro dimensiones y de volver atrás en el tiempo, es algo que me descompone el estómago. Pero esto... —el capitán sonrió—. Me parece que nos vamos a hacer muy populares aquí.

—¡Quién sabe! A lo mejor no les gusta que los saquemos del engaño...

—No importa. De todos modos, tenemos mejores armas. Probemos en la próxima casa.

No habían terminado de atravesar el jardín cuando Lústig se detuvo y miró a través de la ciudad, en la serena y somnolienta tarde.

—¡Capitán! —dijo.

—¿Qué sucede, Lústig?

—¿Sabe lo que estoy viendo? ... —preguntó Lústig, y comenzó a llorar.

Se llevaba las manos a la cara y se frotaba los ojos sin saber qué hacer. Su rostro reflejaba la más total y profunda incredulidad y alegría. Parecía que estaba a punto de enloquecer de contento. Miró otra vez adelante y comenzó a correr, trastabillando, cayendo y levantándose otra vez.

—¡Miren! ¡Miren!

—¡No lo dejen ir! —ordenó el capitán, corriendo en su persecución y tratando de darle alcance.

Ahora Lústig había estabilizado su carrera y gritaba algo a la par que corría. Entró en un jardín y se encaminó al porche de una vieja casa verde.

Estaba golpeando la puerta, gritando y sollozando al mismo tiempo, cuando el capitán y Hickston lo alcanzaron. Los tres quedaron exhaustos y sudorosos, por la carrera en aquella atmósfera enrarecida.

—¡Abuelito! ¡Abuelita! —gritaba Lústig.

Dos ancianos estaban en la puerta de entrada.

—¡David! —exclamaron a coro después de haberlo examinado, y se lanzaron a abrazarlo, palmeándolo en la espalda y acariciándole la cabeza—. ¡David! ¡Oh, David! ¡Cuántos años que no te veíamos! ¡Cómo has crecido, muchacho; qué grande estás! ¿Cómo estás, David?

—¡Abuela, abuelo! —sollozaba David Lústig—. ¡Qué bien están!

Los abrazó, los miró de uno y otro lado, los besó, los miró otra vez, padeando de emoción... El sol brillaba en el cielo, el viento soplaba suave, el césped lucía su verdor, la

puerta de entrada estaba abierta de par en par.

—¡Entra, muchacho, entra! Tenemos té helado...

—Hay unos amigos conmigo —dijo Lústig haciendo señas con la mano al capitán y a Hickston, que desde lejos lo miraban intrigados—. ¡Venga, capitán!

—Buenas tardes —dijo el anciano—. Hagan el favor de entrar. Los amigos de David son amigos nuestros. No se queden ahí.

EL gran living de la casa estaba fresco. Un gran reloj palpitaba majestuoso en un rincón. Había almohadones blandos, grandes sillones, paredes llenas de libros, una hermosa alfombra... y té helado.

—A la salud de todos —dijo la abuela, llevándose el vaso empañado a la boca.

—¿Cuánto hace que están aquí, abuela? —preguntó Lústig.

—Pues desde que morimos —respondió la abuela agriamente.

—¿Desde cuándo...? —atinó a preguntar el capitán.

—Desde hace treinta años —dijo Lústig—. Desde que murieron.

—¿Y se queda sentado ahí tan tranquilo? —gritó el capitán.

—¡Chist! —dijo la abuela con viveza—. ¿Quién es usted para averiguar lo que sucede? Aquí estamos, y nada más. ¿Qué es la vida, de todos modos?

—¿Quién es el que hace algo para algún fin? Lo único que sabemos es que estamos vivos otra vez, y no preguntamos por qué. Una segunda oportunidad. Mire —dijo extendiendo su brazo—; ¡toque! Sólido, ¿verdad? Y entonces, ¿para qué preguntar?

—Bueno —dijo el capitán—, simplemente porque nunca hubiéramos imaginado que encontraríamos un caso así en Marte.

—Pues ya lo encontré. Y debe de

haber cientos de casos semejantes en cada planeta, que le harían ver los infinitos caminos de Dios.

—¿Es esto el cielo? —preguntó Hickston.

—No, no. Es un mundo, y tenemos una segunda oportunidad de vivir. Nadie nos dijo por qué ni para qué. Pero tampoco nos dijeron por qué estuvimos en la Tierra, en la otra Tierra quiero decir: la Tierra de donde vienen ustedes. ¿Cómo sabemos que no hubo para nosotros otra Tierra antes de aquella?

—Es toda una pregunta —dijo el capitán.

Lústig seguía sonriendo a sus abuelos.

—¡Qué gusto de verlos! ¡Qué alegría!

El capitán se puso de pie.

—Tenemos que irnos —dijo—. Muchas gracias por las bebidas.

—¿Los esperamos para cenar?

—Procuraremos venir; muchas gracias. Mis hombres me esperan en el cohete y...

Se detuvo. Miró a la puerta y dió un respingo.

De allá lejos venía un gran clamor de voces y gritos.

—¿Qué pasa? —preguntó Hickston.

—Pronto lo sabremos —dijo el capitán, e inmediatamente salió, atravesando el césped, hacia la calle de aquella ciudad marciana.

Se detuvo en medio de la calle y contempló el cohete. Las escotillas estaban abiertas, y la tripulación salía en tropel, agitando las manos. Una multitud se había congregado en torno de la espacionave. Por entre las gentes se introdujeron los tripulantes, saludando, gritando, riendo y agitando las manos. El cohete yacía vacío y abandonado.

Una banda de música comenzó a tocar una alegre marcha. El bronce de los instrumentos refulgía herido por el

sol. Las niñas saltaban. Los niños gritaban. El alcalde de la ciudad pronunció un discurso. Luego, cada miembro de la tripulación, con la madre, el padre o un hermano del brazo, fué conducido por las calles de la ciudad hacia alguna de las casitas.

—¡Alto! —gritó el capitán Black.

Nadie le respondió. La puerta se cerraron detrás de los recién llegados. La banda cesó de tocar. El cohete brillaba bajo el sol implacable.

—¡Abandonaron sus puestos! —dijo el capitán—. Abandonaron la nave. Los voy a colgar a todos. ¡Les había ordenado que no salieran para nada!

—Mi capitán —dijo Lústig—, comprenda la situación: esa gente eran sus hermanos, padres y parientes.

—¡No importa!

—Imagínese cómo se habrán sentido al ver caras conocidas junto a la espacionave...

—¡No importa! Tenían una orden que cumplir.

—Pero póngase en su lugar, mi capitán.

—Yo habría obedecido... —comenzó a decir el capitán, pero no terminó la frase.

Caminando por la acera, bajo el sol marciano, sonriendo, con ojos sorprendentemente azules y claros, venía un hombre alto, de unos veintiséis años.

—¡John! —gritó el hombre, y salió corriendo en dirección al capitán.

—¿Qué? —dijo el capitán, a punto de desmayarse de sorpresa.

—¡John! ¿Qué dices, viejo? —el hombre tomó la mano del capitán y la sacudió emocionado.

—¿De veras eres tú? —dijo desconcertado el capitán Black.

—¡Por supuesto! ¿Quién creías que era?

—¡Eduardo! —exclamó el capitán, dirigiéndose más a Lústig y a Hickston que al recién llegado, cuya mano sostenía todavía entre las suyas—. ¡Les

presento a mi hermano Eduardo!... Eduardo, te presento a Lústig y a Hickston.

El capitán y su hermano se abrazaron estrechamente.

—¡Eduardo! ¡Qué bien estás! ¡No has cambiado nada! Moriste cuando yo tenía diecinueve años tú tenías veintiséis... Pero, ¿qué pasa aquí, por amor de Dios?

—Mamá te está esperando —dijo Eduardo Black, sonriendo.

—¿Mamá?

—Sí, y papá también.

—¿Papá?... —el capitán estuvo a punto de caer como herido por un rayo; pero se irguió y empezó a caminar con paso inseguro—. ¿Mamá y papá están vivos? ¿Dónde?

—En nuestra vieja casa de la avenida Oak Knoll.

—¿Nuestra vieja casa? —preguntó el capitán—. ¿Oyeron eso?

Pero Hickston se había marchado. Acababa de descubrir su propia casa natal y corría en dirección a ella. Lústig reía.

—Ya ve, capitán, lo que les pasó a todos los del cohete: no se pudieron contener.

—¡Vamos, John! —dijo Eduardo—. La comida está preparada. Le avisé a mamá.

Lústig dijo:

—Si me necesita, capitán, estoy en casa de mis abuelos.

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Perfectamente.

Eduardo tomó el brazo de su hermano y lo guió.

—Aquella es la casa. ¿La recuerdas?

—¡Claro que sí! ¡Te corro una carrera!

Corrieron. El capitán sintió que los árboles zumbaban sobre su cabeza y que la tierra rugía bajo sus pies. Vió la figura de su hermano Eduardo, dorada por el sol, adelantarse a él en el asombroso sueño de la realidad. Vió que la casa se les venía encima, y vió que la puerta se abría para darles paso.

—¡Té gané! —gritó Eduardo.

—Soy viejo —jadeó el capitán—, y tú eres joven todavía... Pero ahora recuerdo que tú siempre me ganabas.

En el umbral de la puerta estaba la madre, sonrosada, regordeta y reluciente. Detrás de ella, el padre, con sus cabellos grises y la pipa quemada en la mano.

—¡Mamá! ¡Papá!

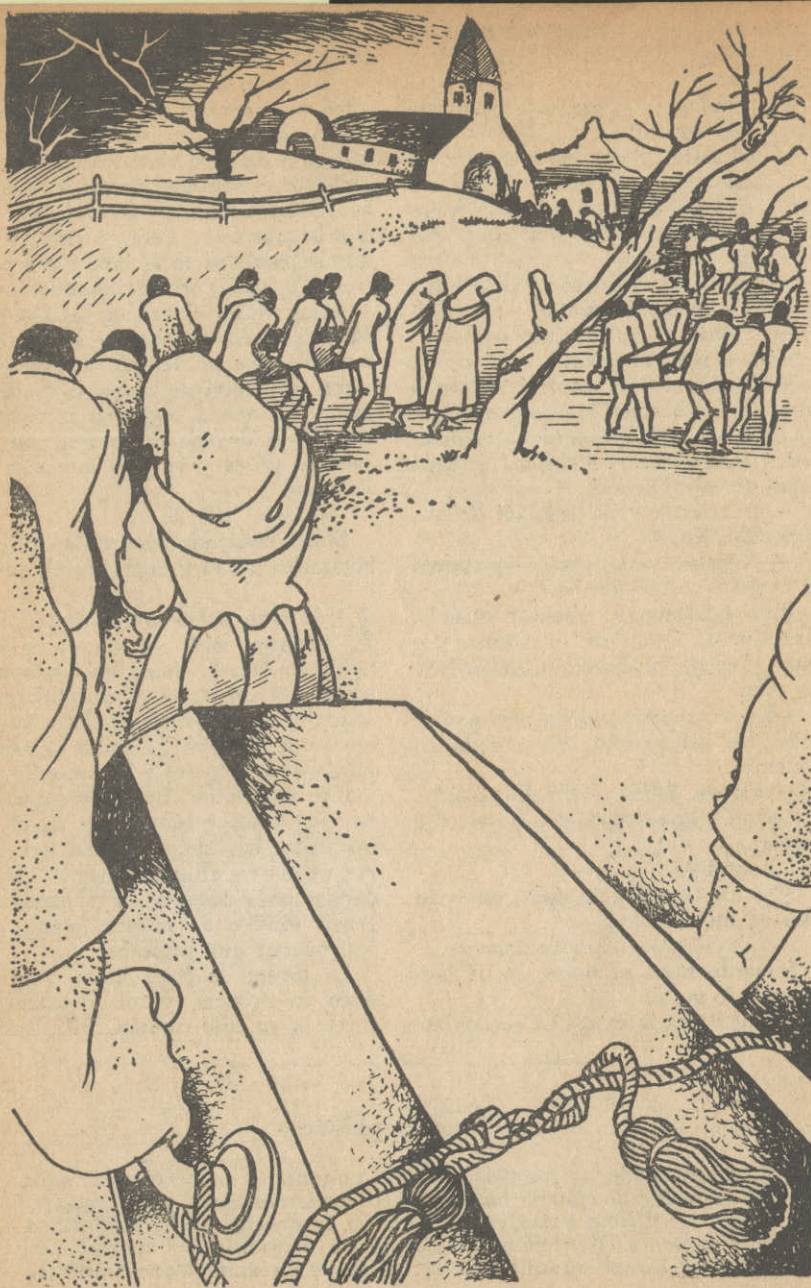
Subió corriendo los escalones, para abrazarlos, como si fuera un chiquillo.

FUÉ una velada maravillosa. Terminaron tarde de cenar; se sentaron en la sala; John les contó todo acerca del cohete, y ellos asintieron y sonrieron. La madre de John estaba igual que siempre. El padre mordió la punta de un cigarro y lo encendió, como de costumbre. La noche sombreaba los árboles y centelleaba en el firmamento. Las lámparas eran halos de luz rosada en el amado hogar. De todas las otras casas de la manzana llegaban sonidos de música, piano, discos, puertas que golpeaban.

La madre de John Black puso un disco en la vieja victrola y danzó un vals con su hijo capitán. Ella llevaba

Pulmones plásticos

LA aplicación de los plásticos, del polietileno en particular, para remedar el cuerpo humano, está progresando a pasos agigantados. La última novedad en el tema la constituye la posibilidad de obtener el polietileno en forma de membranas finísimas, capaces de hacer tranquilamente las veces de una pleura artificial.



el mismo perfume que él recordaba desde aquel verano en que ella y el padre habían muerto en un choque de trenes. Pero, ahora, John Black tenía real y verdaderamente a su madre entre los brazos, y con ella bailaba al suave ritmo de la música.

—No todos los días hay oportunidad para vivir de nuevo —comentó ella.

—Pero mañana —repuso él— estaré de nuevo en el espacio, en mi cohete, y todo esto se habrá borrado.

—No pienses en eso. No busques problemas. Dios es bueno con nosotros. Disfrutemos lo que se nos da.

—Tienes razón, mamá.

El disco terminó, con un chirrido ondulante.

—Tú estás cansado, muchacho —dijo el padre, señalándolo con su pipa—. Arriba tienes tu vieja cama esperándote.

—Pero antes tengo que dar órdenes a mis hombres para que vuelvan a bordo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno, no lo sé. En realidad, no hay ningún motivo. Están cenando o acostados. Una noche de buen descanso no les hará mal.

—Buenas noches, John —dijo la madre, besándolo—; me alegro de tenerme con nosotros.

—Sí, es muy bueno estar en casa.

El capitán subió la escalera, charlando con Eduardo. Éste abrió una puerta, y apareció la antigua cama de bronce, los banderines del colegio, la campera de cuero de cuando John iba

a la universidad. Todo lo miró el capitán con mudo afecto.

—Es demasiado —dijo—; han sucedido demasiadas cosas juntas. Estoy aturrido y cansado. Me siento como si hubiera estado cuarenta y ocho horas bajo la lluvia: ¡calado de emociones hasta los huesos!

Eduardo retiró la colcha, abrió la cama y acomodó las almohadas. Abrió luego la ventana. Un perfume nocturno de jazmines inundó la habitación. La luna estaba llena. Se escuchaban sonidos de danzas y susurros.

—De modo que esto es Marte —dijo el capitán, comenzando a desvestirse.

—Ni más ni menos —afirmó Eduardo, desnudándose a su vez con perezosos movimientos.

La luz se apagó. Allí estaban los dos acostados, cada uno en su cama al lado del otro, como hacía... ¿cuántos años?... El aire, perfumado de jazmines, seguía moviendo suavemente las cortinas.

El capitán se acordó de Marilyn.

—¿Marilyn está también aquí?

Su hermano tardó en responderle.

—Sí, pero hoy salió. Mañana temprano estará de vuelta.

—Tengo muchas ganas de verla —dijo el capitán cerrando los ojos.

Reinó en la alcoba profundo silencio, a excepción de la respiración de entrambos.

—Buenas noches, Eduardo.

Una pausa.

—Buenas noches, John.

El capitán, tendido y en paz, dejó

flotar su pensamiento. Por primera vez en todo el día, la tensión emocional había cedido. Ahora podía pensar lógicamente.

¿Cómo era posible todo esto? ¿Y por qué? ¿Para qué fin? ¿Se trataba verdaderamente de una intervención divina? ¿Era Dios tan solícito con sus criaturas? ¿Y por qué?

Examinó las teorías que, al comienzo de la tarde, habían propuesto Lústig e Hickston. Dejó perezosamente que toda suerte de nuevas teorías desfilaran por su cabeza. Mamá. Papá. Eduardo. Marte. La Tierra. Marcianos.

¿Quién había vivido allí mil años antes? ¿Marcianos? ¿O todo había sido siempre como ahora?

Marcianos... Repitió perezosamente la palabra en su interior.

Poco faltó para que lanzara una carcajada. Acababa de ocurrírsele la más ridícula de las teorías. Le produjo una especie de escalofrío. Por supuesto, no podía ni siquiera tomarse en cuenta un minuto. Absolutamente improbable. Era una teoría ridícula. Había que descartarla.

"Pero", pensó, "supongamos, supongamos nada más, que hay marcianos viviendo en Marte, que vieron nuestra espacionave, que nos vieron a nosotros, y no les gustamos. Supongamos, por suponer no más, que se propusieron destruirnos por extraños, por invasores, y que resolvieron hacerlo por sorpresa, tomándonos desprevenidos. Bueno, ¿cuál sería entonces el arma más eficaz de un marciano contra humanos armados con armas atómicas?"

La respuesta era interesante: telepatía, hipnosis, memoria e imaginación. "Supongamos", siguió pensando, "que estas casas no son reales" que esta cama no es real, sino solamente retazos de mi imaginación, consolidados por la telepatía y la hipnosis, por obra de los marcianos. Supongamos que es-

tas casas tienen otra forma, una forma marciana, pero que los marcianos, actuando sobre mis deseos y necesidades, han hecho que ésta me aparezca como mi casa natal, para borrar de mí toda sospecha y recelo. ¿Qué mejor modo de engañar a un hombre que usar a sus propios padres como intermediarios?

"Y esta ciudad, tan vieja, del año 1926, cuando ninguno de mis hombres había nacido... ¿Y si los marcianos hubieran tomado las imágenes exclusivamente de mi memoria? Dicen que los recuerdos infantiles son los más vívidos. ¿Y si después de construir la ciudad con mis recuerdos, la poblaron con toda la gente más amada de mis hombres?"

"Supongamos que esas dos personas que duermen en el cuarto de al lado no son mi madre y mi padre, sino dos marcianos, increíblemente inteligentes y capaces de mantenerme todo este tiempo bajo el sueño hipnótico.

"¿Y la banda de hoy? ¡Qué plan magnífico podría ser! Primero engañar a Hickston y a Lústig, luego reunir una multitud, y entonces, los hombres de la cohete nave, viendo a sus madres, padres, hermanas, novias y amigos muertos hace diez años, naturalmente dejan de lado las órdenes y abandonan la nave. ¿Qué cosa más natural? ¿Qué cosa más simple? Un hombre no se hace demasiadas preguntas cuando ve a su madre otra vez con vida: está demasiado feliz para pensar. Y ahora, estamos cada uno en una casa, sin armas para protegernos, y el cohete está vacío. ¿No sería horrible descubrir que todo esto ha sido parte de un plan de los marcianos, para dividirnos y destruirnos uno a uno? Tal vez, en medio de la noche, mi hermano puede cambiar de forma y convertirse en otra cosa, en algo mortífero y terrible: un marciano. Sería muy fácil para él volverse hacia mí y hundirme un cuchillo en el corazón. Y en cada una de las

otras casas, los padres, los hermanos, los amigos, pueden también transformarse y hundir un cuchillo en el pecho de los humanos que duermen desprevenidos..."

Al capitán John Black le temblaban las manos bajo las sábanas. Su cuerpo estaba helado. De pronto, todo aquello dejó de ser una teoría y le pareció espantosamente real. Sintió un sofocante pavor.

Se incorporó a medias en su cama y escuchó. La noche era muy tranquila. La música se había detenido. El viento había cesado de soplar. Su hermano dormía junto a él.

Con gran cuidado, John fué destapándose y apartando la ropa con que se cubría. Se escurrió de la cama y comenzó a caminar cautelosamente por la pieza. De pronto, la voz de su hermano preguntó:

—¿Adónde vas?... —la voz de su hermano era fría—. Te he preguntado adónde vas.

—Voy a tomar agua.

—Pero, ¡si tú no tienes sed!

—Sí.

—No, no tienes sed.

El capitán John Black comenzó a correr a través de la pieza. Gritó una vez. Gritó otra vez más.

A la mañana, la banda tocó una marcha fúnebre. De cada casa de la calle salía una pequeña procesión llevando grandes cajones, y bajo el sol que llenaba la calle, llorando, venían las abuelas, las madres, las hermanas y los padres caminando hacia el cementerio, donde las fosas recién hechas y las lápidas recién preparadas aguardaban. Sesenta tumbas y sesenta lápidas.

El alcalde de la ciudad pronunció un discurso. Su cara parecía a ratos la del alcalde, a ratos la de otra persona.

El abuelo y la abuela de Lústig estaban allí, llorando desconsoladamente.

Descendieron los féretros. Alguien murmuró acerca de "la inesperada y súbita muerte de sesenta hombres durante la noche..."

Las paladas de tierra golpearon sobre la tapa de los ataúdes.

La banda, tocando una marcha fúnebre solemne, encabezó el regreso. Ese día, nadie fué a trabajar. ✦

Audiorradar

SIN revelar el secreto, desde los Estados Unidos se informa que se está desarrollando un nuevo tipo de radar, singularizado por ser audible, lo que eliminaría la necesidad de disponer de gran cantidad de hombres atentos ante la pantalla para percibir la proximidad de aviones enemigos en caso de guerra o de ataque sorpresivo. El nuevo radar diferiría del visual en que emitiría un silbido como el de una bala, además de la señal luminosa actual, cuando el explorador electrónico del cielo revelase la proximidad de un avión. Ese silbido constituiría una advertencia general y un llamado al encargado del aparato. Se intenta desarrollar un sistema completamente automático, mediante el cual las señales del radar en cualquier punto de la tierra serían conducidas a una central, lo que evitaría la presencia de personal en regiones muy alejadas o desérticas. Finalmente, se atribuye al nuevo dispositivo la facultad de aventajar al actual en la determinación del número y tipo de aviones, pudiendo revelar hasta el número de motores. Al audiorradar ya se lo ha bautizado con el nombre de Doppler, apellido del célebre físico austriaco que en 1842 enunció el principio que lleva su nombre.

CONVIENE que usted les diga todo, amigo Álvarez; usted sabe cómo hablarles. Yo me siento fuera de lugar para semejante tarea. Todo lo que quiero es que entiendan exactamente qué pasó, con todas las implicaciones y complicaciones correspondientes: que sepan qué es lo que realmente ocurrió.

Si no les gusta, que se aguanten. Use sus propias palabras y hable claro. Dígales todo.

Puede comenzar hablando del día en que la nave espacial extranjera aterrizó en las afueras de Baltimore. Es penoso pensar que ni aun entonces nos dimos cuenta, ¿verdad? Pasaron

sión militar que lo consultó, y les proporcionó luego una solución.

La solución era yo.

Dígales cómo todo mi personal y yo fuimos arrancados de nuestras oficinas en Nueva York, donde nos ganábamos tranquilamente un millón de dólares, y transportados por un escuadrón de la Oficina de Investigaciones hasta Baltimore. Para decirle la verdad, amigo Álvarez, aun después de que Trowson nos explicó la situación, yo seguía bastante enojado. Los alborotos gubernamentales siempre me irritan. De más está decir cuánto me alegré por ello esta vez.

EL BILLETE de LOTERIA

por WILLIAM TENN

ilustrado por JAMES VINCENT

tan cerca del capitolio que creímos que había sido un afortunado accidente.

Explíqueles por qué pensamos que era afortunado; que, gracias a esa circunstancia, todo se mantuvo en el más estricto secreto: el granjero que comunicó la novedad por teléfono fué colocado bajo custodia especial; un seleccionado cordón de policías militares bloqueó doce kilómetros cuadrados de terreno, unas pocas horas más tarde; el congreso fué convocado a reunión secreta y los diarios no se enteraron de nada.

Cuénteles cómo y por qué Trowson, mi viejo profesor de sociología, fué consultado acerca del problema, una vez que las cosas se aclararon. Cómo parpadeó desconcertado ante la comi-

La nave espacial misma era una sorpresa tan grande, que ni siquiera me asombré cuando el primero de sus ocupantes se arrastró hacia afuera. Comparado con los cohetes estilizados y aerodinámicos a que nos tenían acostumbrados nuestros dibujantes de revistas pseudocientíficas, el esferoide colorido y rococó, que emergía del campo de cebada en Maryland, se parecía más a algún enorme y grotesco adorno para consola que a un navío interplanetario. No presentaba vestigio alguno de ser una nave a retropropulsión.

—Y éste — me dijo el profesor señalando a los dos visitantes— es su trabajo.

Ambos estaban de pie sobre una delgada plataforma metálica, rodeados

Cuando viajeros de otros mundos lleguen al nuestro, indaguemos el fondo de sus intenciones antes que la forma de sus expresiones



por las personalidades más destacadas del país. Imagínese los: un tronco verde y viscoso, de unos dos metros cincuenta de altura, bastante más ancho en la base que en la extremidad superior y adornado en el dorso con un pequeño caparazón rosa y blanco, de forma acaracolada. Sobre lo que podría considerarse, con benevolencia, la cabeza, tenían dos pedúnculos con ojos en los extremos, que movían continuamente de un lado a otro y que parecían bastante fuertes para estrangular a un hombre. Por último, un tajo enorme y húmedo, a modo de boca, se veía cada vez que la serpenteante base se elevaba de la plataforma metálica.

—Caracoles —fué todo lo que pude murmurar—. ¡Caracoles!

—O babosas —me corrigió Trowson—. De todos modos, no cabe duda de que son moluscos gasterópodos —agregó, señalando la pequeña valva rosacá que tenían nuestros visitantes en el lomo—. Pertenecen a una raza más antigua y enormemente más... evolucionada.

—¿Más evolucionada? —pregunté con incredulidad.

El profesor asintió.

—Cuando nuestros ingenieros quisieron satisfacer su curiosidad, fueron cortésmente invitados a que visitaran la nave, y salieron de ella con la boca abierta.

COMENCÉ a sentirme incómodo y a mordermé las uñas.

—Bueno, profesor —argüí—, siendo tan distintos, tan de otro modo...

—¡Oh!, no es sólo eso —me interrumpió Trowson—; son superiores. Procure hacerse usted a la idea, Dick, porque es de gran importancia para la tarea que usted tendrá que realizar. Las mejores cabezas científicas del país son, en este caso, como un puñado de nativos de una isla del Pacífico, que intentan analizar un rifle y una brújula

basándose en sus conocimientos de la lanza y la veleta. Estos individuos pertenecen a una civilización que abarca toda una galaxia y que está compuesta por razas que son, *por lo menos*, tan civilizadas como nuestros huéspedes. Nosotros somos, en comparación, un pueblo salvaje y retrógrado que habita una zona poco frecuentada del espacio que se está comenzando a explorar... a explotar, quizás; depende de nuestra actitud. Tenemos que producirle una muy buena impresión y tenemos que aprender muy rápidamente.

Un imponente oficial salió del grupo de personas sonrientes y boquiabiertas que rodeaban a los extranjeros, y se dirigió hacia nosotros.

—¡Bueno! —comencé a decir con gran entusiasmo—. Estamos de nuevo en 1492... —durante un momento me quedé cortado; mis pensamientos se volvieron confusos—. Pero, ¿para qué me necesitan la marina y el ejército? Yo no voy a entender una sola palabra del idioma que hablan en...

—Betelgeuse. Noveno planeta de la estrella Betelgeuse —me informó el profesor—. No, Dick, el doctor Warbury ya se encargó de eso. Ellos aprendieron inglés con él en dos horas. Pero el pobre doctor está desesperado porque en tres días no ha podido comprender una sola palabra de su idioma. ¡Y sabios como López, como Máinzer, se están volviendo lentamente locos mientras tratan de averiguar cuál es su fuerza motriz. No; su trabajo es distinto. A usted lo necesitamos como agente publicitario, para establecer relaciones con el público en lo que a este asunto se refiere. A usted le toca encargarse de producir lo que podríamos llamar "buena impresión."

El oficial que yo había visto dirigirse a nosotros unos momentos antes, me tocó suavemente el brazo; pero no le presté la menor atención. En cambio pregunté, con bastante ansiedad:

—Pero, ¿no tiene el gobierno alguien que se encargue de eso?

—Lamentablemente para usted, no es así. ¿Recuerda lo que usted mismo dijo cuando los vió por primera vez...? "¡Caracoles!" ¿Y cuál cree que sería la reacción de todo el país ante la presencia de caracoles gigantes que desprecian amablemente nuestros rasca-cielos, nuestras bombas atómicas, nuestras matemáticas superiores?... Somos un pueblo muy susceptible. Y, además, tenemos miedo de lo desconocido.

—"Poderosos Monstruos de los Espacios Estelares". ¿Son éstos los titulares que usted quiere, profesor? —pregunté.

—"Babosas con Complejo de Superioridad". O, mejor aún, "Sucias Babosas" —respondió Trowson—. Es una suerte que hayan aterrizado en este país, y tan cerca del capitolio. Dentro de pocos días tendremos que convocar a los grandes cerebros de otras naciones. Entonces todo el asunto se hará público. No deseamos que nuestros huéspedes sean atacados por muchedumbres enceguecidas por la superstición, por el sentimiento de aislamiento planetario o por alguna otra forma de histeria. Queremos impresionarlos como una raza bastante amable e inteligente, con la que se puede tratar razonablemente.

—Entiendo —asentí—. Preferimos que establezcan en este planeta legaciones comerciales en lugar de tropas. Pero, ¿qué puedo hacer yo en todo esto?

—Usted, Dick —me dijo, palmeándome amistosamente el hombro—, tiene que encargarse del público. Debe

convertir a nuestros visitantes en los dos personajes más populares de los Estados Unidos.

EL oficial había conseguido, por fin, colocarse frente a mí. Lo reconocí de inmediato: era el subsecretario de Estado.

—¿Tendría la gentileza de acompañarme? —me dijo—. Quiero que conozca a nuestros distinguidos huéspedes.

Lo seguí, por supuesto. Atravesamos los cultivos, ascendimos a la plataforma metálica y nos detuvimos junto a nuestros visitantes gasterópodos.

—Ejem —dijo mi acompañante con toda cortesía.

El caracol que se encontraba a mi lado inclinó un ojo hacia nosotros, mientras con el otro apuntaba hacia su compañero; luego, su enorme cabeza viscosa se inclinó hacia nosotros, y la extraña criatura dijo, con insoportable pastosidad:

—¿Debo entender, respetable caballero, que usted desea hablar con este humilde servidor?

Me presentaron. Mi interlocutor fijó sus dos ojos en mí, y lo que debía ser su barbilla descendió hasta mis pies por un instante.

—Usted, honorable caballero —dijo a continuación—, es nuestro intérprete, nuestro enlace con todo lo que es grande en su noble raza. Su condescendencia es en realidad un tributo.

A todo esto, yo murmuraba "Mucho gusto", mientras extendía tímidamente la mano. El caracol puso un ojo en mi palma y el otro en el dor-

Cuidado con los dientes

RECHINAR los dientes puede producir muy buen efecto cuando uno quiere dar la impresión de hombre de carácter, pero perjudica tanto a los dientes como a las encías. Según el doctor Fox, de la universidad de Columbia, el mejor reposo para la boca, cuando uno no está hablando o comiendo, se obtiene con los labios cerrados y los dientes separados.

so de mi muñeca. No me estrechó la mano; sencillamente me tocó y luego retiró los ojos. Por suerte, tuve suficiente tacto para no restregarme la mano contra el pantalón, como era mi más vehemente deseo, ya que (lo diré con delicadeza) los ojos no estaban exactamente secos.

Yo manifesté que haría todo lo que estuviera a mi alcance y comencé con mi interrogatorio.

—¿Ustedes son embajadores o... digamos... exploradores?

—Nuestro escaso valor no justifica ninguno de esos títulos —me respondió—; pero, a pesar de eso, somos las dos cosas, pues toda comunicación constituye una forma de embajada, y todo aquel que trata de ampliar sus conocimientos es un explorador.

Una vieja frase acudió de pronto a mi memoria: No hagas preguntas tontas y no recibirás respuestas tontas.

El segundo visitante se deslizó hacia mí y me contempló.

—Puede confiar en nuestra más absoluta obediencia —dijo humildemente—. Comprendemos muy bien lo delicada de su misión y aspiramos a que nos aprecie, dentro de los límites en que una raza tan admirable como la de ustedes puede apreciar a criaturas tan despreciables como nosotros.

—Sigan así y todo saldrá bien —fué todo lo que pude decir.

EN general, fué un placer trabajar con ellos. Quiero decir que no hubo problemas temperamentales, o cuestiones porque la instantánea hubiera captado este ángulo o el otro, ni referencias a libros previamente publicados, ni recuerdos de la infancia transcurrida en un convento; cosas que sí ocurrían con la mayoría de mis clientes habituales.

Por otro lado, no era nada fácil hablar con ellos. Obedecían sin chistar,

pero el problema se planteaba cuando uno les hacía una pregunta, por ejemplo la siguiente:

—¿En cuánto tiempo hicieron el viaje?

—En su elocuente idioma, “Cuanto tiempo” indica una forma de referencia que tiene que ver con la duración. No me animo a discutir un problema tan complejo con alguien tan sabio como usted. Las velocidades involucradas hacen necesario responder en términos relativos. Nuestro despreciable planeta se aparta de este hermoso sistema durante una parte de su período orbital. También debemos tener en cuenta la dirección y la velocidad de nuestra estrella con referencia a la expansión cósmica de esta porción del espacio. Si hubiésemos venido de la constelación del Cisne o de la del Boyero, podríamos responder a su pregunta de manera más concreta, porque los astros que las integran recorren un arco contiguo que forma un ángulo tal con el plano de la eclíptica que...

O, si no, esta otra pregunta:

—¿Su organización política es democrática?

—De acuerdo a la rica etimología, del idioma de ustedes, democracia significa el gobierno del pueblo. Nuestro pobrísimo lenguaje no podría expresar la misma idea en forma tan simple y conmovedora. Es claro que uno debe gobernarse a sí mismo. El grado de control estatal sobre el individuo varía, por supuesto, en cada caso particular y según la época. Espero que me perdone por repetir tonterías que deben de ser evidentes para inteligencias tan evolucionadas como las de ustedes. El mismo control se aplica al individuo considerado como parte de la masa. Frente a una necesidad de tipo universal, las especies civilizadas tienden a unirse para satisfacerla. Por consiguiente, cuando no existe una necesidad de ese tipo, hay menos mo-

tivos para un esfuerzo colectivo. Puesto que lo que acabo de decir puede aplicarse a todas las especies, es válido aun en nuestro caso. Por otra parte...

¿Se da cuenta de lo que quiero decir?... Al cabo de pocos días, no les preguntaban ni la hora.

EL gobierno me concedió un mes para preparar al público por medio de una campaña publicitaria. En un principio, habían pensado que bastarían dos semanas; pero me puse prácticamente de rodillas y rogué que me dieran por lo menos dos meses y medio de plazo. Así conseguí que me dieran un mes.

Explíqueles este aspecto de la cuestión, con lujo de detalles, Álvarez; porque quiero que comprendan exactamente la tarea que yo tenía entre manos. Hábleles de las espeluznantes cubiertas de las revistas, que mostraban en tres distintos colores, tímidas y atractivas jóvenes atacadas por toda suerte de monstruos. Hábleles de las películas de terror; de las novelas que describían invasiones interplanetarias; de todo lo que tuve que destruir y borrar de la mentalidad del público, en un par de semanas. Y eso, sin contar los temblores provocados por la sola mención de la palabra “gusano”, y el terror supersticioso de seres que, aparentemente, no tenían un sitio donde albergar un alma.

Trowson me proporcionó el material científico para una serie de artículos, y yo contribuí con los hombres capaces de escribirlos. Todo aquello que no sirviera específicamente a nuestros propósitos desapareció de las revistas, para dar lugar a largos e increíbles cuentos, en los cuales se especulaba discretamente sobre la posibilidad de que existieran razas extraterrestres mucho más evolucionadas que la nuestra; sobre su posible adelanto en el terreno de la ética; sobre el hecho de que cria-

turas imaginarias de siete cabezas pudieran poner en práctica los preceptos del Sermón de la Montaña. Titulares como “Las Humildes Criaturas que Crean Nuestros Jardines”, o “Carreras de Caracoles, el más Moderno y Espectacular de los Deportes”, estaban a la orden del día. Sobre “La Básica Unidad de Todos los Seres Vivientes”, se escribieron tantos artículos, y tan conmovedores, que empecé a sentir remordimientos de conciencia, hasta frente a un menú vegetariano. No exagero si le digo que creo recordar que, en esa misma época, las aguas minerales y las vitaminas alcanzaron un auge extraordinario.

Y todo esto (no lo olvide), sin que una sola palabra de la verdadera historia llegase al público. Un periodista se atrevió a escribir unas misteriosas líneas insinuando que los platos voladores tenían en realidad, tripulantes; pero bastó media hora de amistosa charla para convencerlo de la conveniencia de no volver sobre el asunto.

EL problema más serio que tuvimos que enfrentar fué el de la propaganda visual. De más está decir que jamás yo hubiera logrado resolverlo sin contar con todos los recursos y la influencia del gobierno de los Estados Unidos. Una semana antes del anuncio oficial, el programa de televisión, inclusive la cinta cómica, estaba listo.

Catorce, o más, quizá, de los mejores escritores humorísticos del país colaboraron en el proyecto, sin contar a la muchedumbre de dibujantes y psicólogos que unieron sus esfuerzos para producir los deliciosos dibujitos. Utilizamos los dibujos como base para el espectáculo de títeres que se televisaría. Creo que nunca existieron en nuestro país dos personas tan populares como Andy y Dandy.

Los dos caracoles ficticios conquistaron el corazón de los Estados Unidos

en un abrir y cerrar de ojos: todo el mundo hablaba de ellos, repetía sus más celebrados chistes, y hacía cualquier sacrificio para no perderse el programa siguiente. No descuidé un solo detalle: muñecas Andy y Dandy para las niñas, monopatines en forma de caracol para los varones... y no se fabricó una sola calcomanía que no reprodujese los agraciados rasgos de ambos personajes.

Cuando, por fin, se dió a publicidad la verdadera historia, *sugerimos* a los diarios los titulares que debían utilizar. Hasta el "New York Times" fué obligado a anunciar: "Les Auténticos Andy y Dandy Han Llegado de Betelgeuse." Y debajo venía una enorme fotografía de la rubia Baby Ann Joyce con los dos caracoles.

Un avión especial había traído a Baby Ann desde Hollywood, para posar junto a los huéspedes. La instantánea la mostraba de pie entre los dos extranjeros, apretando en cada una de sus delicadas manecitas un ojo de los visitantes.

Estos dos viscosos intelectuales de otra estrella, a los cuales se siguió llamando Andy y Dandy, se convirtieron en figuras aun más importantes que el joven evangelista a quien en esos momentos se juzgaba por bigamia.

Andy y Dandy fueron recibidos en Nueva York con todos los honores. Asistieron a la colocación de la piedra fundamental para la nueva biblioteca de la universidad de Chicago. Posaron cuantas veces fué necesario, rodeados por naranjas de Florida, pata-

tas de Idaho o cerveza de Milwaukee. En verdad, cooperaron magníficamente con nosotros.

ALGUNA que otra vez, cuando mis ocupaciones me lo permitían, yo me preguntaba qué pensarían de nosotros aquellos seres. No tenían ningún tipo de expresión facial, lo cual no es nada extraño, ya que carecían de rostro. Cuando los fotógrafos sugirieron que se sacaran una instantánea rodeados por un grupo de bellezas con muy poca ropa, en Malibu Beach, consintieron sin decir una sola palabra; cosa que no ocurrió, precisamente, con las bellezas.

Y cuando el mejor *pitcher* del año les regaló una pelota de baseball autografiada, ambos se inclinaron gravemente y manifestaron con su habitual pastosidad:

—Somos los hinchas más felices del Universo.

Todo el país los adoraba.

—Pero no podremos tenerlos siempre aquí —me dijo Trowson un día—. ¿Se enteró usted del último debate en la Asamblea General de la U. N.? Nos acusan de establecer alianzas secretas, con agresores no humanos, en perjuicio de los intereses de nuestra especie.

Me encogí de hombros.

—¡Bueno!, que digan lo quieran. No creo que nadie consiga obtener más informaciones que las pocas que les extrajimos nosotros.

El profesor Trowson acomodó su pequeña humanidad en un rincón del escritorio, levantó un canasto lleno de

notas a máquina e hizo una mueca como si tragara aceite de ricino.

—Cuatro meses de cansadoras entrevistas —gruñó—. Cuatro meses de penosos interrogatorios por parte de nuestros sociólogos especializados, aprovechando cada minuto que los extranjeros tenían libre. Cuatro meses de investigación organizada, de cuidadosa selección de datos —dejó caer el canasto con disgusto—. Y sabemos más acerca de la estructura social en la Atlántida que acerca de Betelgeuse IX.

Nos encontrábamos en el ala del Pentágono destinada a lo que los militares habían bautizado Proyecto de Enciclopedia. Crucé la habitación amplia y soleada, y contemplé el más reciente diagrama de la organización. Señalé un pequeño rectángulo, bajo el cual se leía: "Subsección de Fuerza Motriz", que estaba unido por una línea recta a otro rectángulo más grande, que llevaba la inscripción: "Sección para la Investigación de las Ciencias Físicas Extranjeras". En el rectángulo menor, impreso con gran claridad, figuraban los nombres de un comandante del ejército, una recluta de los cuerpos armados femeninos, y los doctores López, Vinthe y Máinzer.

—¿Qué tal andan las cosas por este lado? —pregunté.

—Como las nuestras, por desgracia —respondió Trowson con un suspiro—. Eso es, por lo menos, lo que deduzco del ruido que hace Máinzer al tomar la sopa. Como usted sabe, existe la consigna de no intercambiar informes entre las distintas subsecciones. Pero conservo fresco el recuerdo de Máinzer en nuestra época universitaria: hacía el mismo ruido cada vez que tenía serios problemas con su motor de refracción solar.

—¿Usted cree que Andy y Dandy nos suponen demasiado jóvenes para jugar con fuego? ¿O quizá,

que nos parecemos demasiado a los monos como para que nos permitan compartir su refinada civilización?

—No sé, Dick —el profesor regresó a su escritorio y nerviosamente hojeó sus anotaciones—. Pero, si suponemos que es algo de lo que usted dice, ¿por qué nos permiten entrar libremente a su nave espacial? ¿Por qué a cuanta pregunta se le hace responder con tanta gravedad y cortesía? El único inconveniente para nosotros, por supuesto, es que sus respuestas son jocosamente vagas! Son seres de mentalidad tan refinada y compleja, tan plenos de sentimientos poéticos y de buenos modales, que es absolutamente imposible entender algo de sus interminables y complicadas explicaciones. A veces, cuando pienso en su extremada cortesía y su aparente falta de interés en la estructura de su propia sociedad, cuando contemplo su nave espacial que me recuerda a uno de esos diminutos grabados en jade cuya realización duró toda una vida...

—se interrumpió bruscamente y comenzó a revolver papelotes como un poseído—. ¿No será, quizás, que no tenemos aún suficiente material para entender algunas cosas?... Sí, es más que posible. Warbury nos ha hecho notar el tremendo desarrollo que alcanzó nuestro idioma desde el advenimiento de los vocabularios técnicos. Dice que este proceso, que en nuestro planeta se halla en sus comienzos, afecta no sólo nuestro vocabulario, sino también nuestra forma de enfocar los conceptos. Y, naturalmente, cuando se trata de una raza tan adelantada... ¡Ah, si tan sólo pudieramos encontrar en sus ciencias algo que se asemejara un poco a las nuestras!

En sus bondadosos ojos se reflejaba todo el cansancio producido por largas horas de inútiles esfuerzos. Yo mismo no me sentía demasiado optimista, pero traté de animarlo.

Sensibilidad musical

Los mosquitos machos son insensibles a cualquier nota musical, salvo el do. Pero cuando un enjambre escucha esta última nota, se produce un gran "revuelo": los mosquitos empiezan a volar como locos. ¿La explicación?... Pues la de siempre. Resulta que el do es el sonido que produce la hembra. ¡Ah, las mujeres!...

—Arriba ese ánimo, profesor. Antes de que nuestros amigos gasterópodos estén de regreso, usted habrá encontrado el medio de librarnos de la atmósfera de fracaso y desconcierto que nos rodea. No es posible que sigamos en la actitud del nativo que un buen día vió llegar extranjeros del otro lado del mar, "en un gran pájaro con muchas alas".

Y vea cómo son las cosas, Alvarez. No soy más que un insignificante agente de publicidad y, sin embargo, estuve a punto de acertar con la solución. Pero, en realidad, no era yo el único: Trowson también estaba cerca. Y no sólo él, sino también López, Vinthe y Máinzer.

LA partida de Andy y Dandy al extranjero me dió una oportunidad para descansar un poco. Mi tarea no había concluído, pero se limitaba por el momento a supervisar un mecanismo que funcionaba a las mil maravillas. Mi principal obligación consistía en mantenerme en contacto con mis colegas de otros países y proporcionarles mis experimentados consejos sobre la mejor manera de presentar ante el público a los distinguidos huéspedes. Por supuesto, cada uno debía adaptar mis sugerencias a las fobias y mitos de sus respectivos pueblos. Me llevaban una gran ventaja, puesto que yo no había tenido a nadie que me aconsejara. Por medio de los periódicos, los seguí a través de los distintos países que visitaron. Recorté y pegué en un álbum las fotografías que perpetuaban su visita al Mikado, posterior a sus amables comentarios sobre el Taj Mahal. Con el Akhund de Swat no se mostraron tan amables; pero hay que tener en cuenta lo que el Akhund dijo.

En general, hacían lo mismo en todas partes: daban siempre poco más de lo que recibían. Por ejemplo: cuando les entregaron dos condecoraciones

recientemente creadas (Dandy recibió la Orden de los Amigos Extraterrestres de los Trabajadores Soviéticos, y Andy, por alguna razón desconocida, obtuvo la Orden del Heroico Campeón Interestelar del Pueblo Soviético), pronunciaron un largo y sonoro discurso acerca de la validez científica del gobierno comunista, que les valió un atronador aplauso y muchísimas flores en Ucrania y Polonia. La noticia fué recibida con cierta frialdad en los Estados Unidos.

Pero antes de que yo tuviera que obligar a mi personal a trabajar horas extra, para recordar a nuestro público las afirmaciones de los gasterópodos ante las dos cámaras del congreso y su encantador y sentimental discurso en Valley Forge, los extranjeros arribaron a Berna y manifestaron a los suizos que tan sólo la libre competencia había hecho posible el canto tiroles, los relojes suizos y el soberbio ejemplo de libertad de aquella gran democracia.

Cuando llegaron a París, ya habíamos conseguido controlar nuevamente la opinión pública. Existían algunos descontentos; pero Andy y Dandy se encargaron de darles el golpe de gracia. Aun entonces me pregunté si realmente les gustaba la última obra escultórica de DeRoges por sí misma.

Pero ellos compraron la retorcida escultura y, como no poseían dinero propio, lo pagaron con un instrumento del tamaño del pulgar, con el que se podía ablandar el mármol hasta cualquier punto. DeRoges tiró sus cinceles por la ventana, en un arranque de limitada felicidad; pero seis de los más grandes cerebros de Francia tuvieron que hacer una intensa cura de reposo, luego de devanarse los sesos durante una semana, intentando averiguar cómo y por qué funcionaba el aparatito. En nuestro país causó sensación la siguiente noticia del asunto:

ANDY Y DANDY RETRIBUYEN CON CRECES

Los hombres de negocios de Betelgeuse demuestran que saben apreciar lo que reciben

Este diario se complace en señalar el profundo sentido ético que rigió la última transacción efectuada por nuestros distinguidos visitantes del espacio interestelar. Comprendiendo la inexorable ley de la oferta y la demanda, estos representantes de un sistema económico superior se niegan a aceptar limosnas. Si ciertos miembros de nuestra raza se toman la molestia de analizar cuidadosamente las reales implicaciones de...

DE modo que, cuando regresaron a los Estados Unidos después de visitar la corte británica, los diarios les dedicaron la primera plana, los remolcadores dejaron oír sus sirenas en señal de bienvenida, y el alcalde acudió a recibirlos en el puerto de Nueva York.

Y, aunque el público ya estaba acostumbrado a ellos, nunca fueron desalojados de la primera página de los diarios; por ejemplo: aquella vez que se manifestaron en favor de un determinado producto para lustrar muebles, y declararon que habían obtenido resultados particularmente satisfactorios y brillantes al aplicarlo a sus diminutos caparazones; y aquella otra vez... Pero esto no tiene ninguna importancia.

Todo comenzó en el programa de televisión, que yo, por casualidad, no

presenció. Nunca me gustaron las históricas y ostentosas ceremonias de presentación de celebridades; además, en un cine suburbano daban una vieja película de Chaplin, que nunca me canso de ver. No tenía la más remota idea de la ansiedad con que Bill Bancroft, el maestro de ceremonias, había tratado de conseguir a Andy y Dandy para su programa, y cuán decidido estaba a causar sensación.

Las cosas ocurrieron más o menos de este modo:

Bancroft les preguntó si no extrañaban a sus familias. Andy le explicó, quizá por trigésima cuarta vez durante su estadía en nuestro planeta, que eran hermafroditas, y, por lo tanto, carecían de familia, en el sentido que nosotros le dábamos a la palabra. Bancroft, interrumpiendo lo que prometía ser una de aquellas sus interminables explicaciones, preguntó entonces cuáles eran los lazos que los unían a su patria. Y Andy respondió amablemente que el lazo principal era, sin duda, el revitalizador.

Nadie sabía qué era un revitalizador; por lo cual Dandy explicó que se trataba de un aparato al que debían exponerse cada diez años, y que había por lo menos uno en cada una de las grandes ciudades de su planeta natal.

Bancroft aprovechó la oportunidad para hacer un pésimo chiste sobre los revitalizadores, y, una vez que su auditorio se hubo repuesto, preguntó:

—¿Y qué hace exactamente ese revitalizador?

Epilepsia

DESPUÉS de estudiar 800 niños epilépticos, dos neurólogos norteamericanos han llegado a la conclusión de que en la mayoría de los casos, la epilepsia es consecuencia de lesiones producidas antes, durante o inmediatamente después del nacimiento. Hasta ahora era considerada como una enfermedad hereditaria.

Andy explicó durante unos diez minutos lo que se le pedía, y de lo que dijo se desprendió que eran unos aparatos que renovaban el citoplasma de todas las células animales, dándoles nuevo impulso.

Otro chiste espantoso respecto al impulso renovado cada diez años, de Bancroft, y luego esta pregunta:

—¿Y cuál es el resultado?

—Bueno —respondió Dandy, meditativamente—, podríamos decir que desaparece el peligro del cáncer o de cualquier otra enfermedad de tipo degenerativo. Además, hace vuestras vidas cinco veces más larga. ¿No es así Andy?

Después de unos instantes de reflexión, Andy respondió:

—Sí, podríamos decir que eso es lo que hace.

Es imposible describir la conmoción producida por semejante declaración. Los periódicos publicaron ediciones extra en todos los idiomas, incluso sueco. Las luces en el edificio de la U. N. se apagaban cuando salía el sol. Todo fué dejado de lado; nadie pensaba o hablaba otra cosa.

Cuando Sadhu, el presidente de la Asamblea, les preguntó por qué no habían mencionado antes a los revitalizadores, los gasterópodos hicieron un gesto, equivalente al encogimiento de hombros y, en una larga explicación estilo Betelgeuse IX, dieron a entender que nadie les había preguntado.

El presidente Sadhu se aclaró la garganta y anunció:

—En realidad... eso no importa ahora. Lo que cuenta es que tenemos que conseguir esos revitalizadores.

Al principio, pareció que los extranjeros no entendían bien qué pasaba. Cuando finalmente se convencieron de que nosotros, como especie, estábamos sencillamente enloquecidos ante la perspectiva de vivir tres o cuatro siglos en lugar de sesenta años, comenzaron los líos.

EXPLICARON, con gran pesar, que esos aparatos no se fabrican para la exportación. Se producían en número justo para abastecer a la población. Y, aunque comprendían nuestros deseos de poseerlos, veíanse obligados a declarar que en su planeta no disponían de ningún revitalizador para enviarnos.

Sadhu ni siquiera se molestó en pedir consejo.

—¿Qué necesita vuestra gente? —preguntó—. ¿Qué les gustaría conseguir a cambio de fabricar esos aparatos para nosotros? Estamos dispuestos a pagar cualquier precio por ellos.

La Asamblea aclamó estruendosamente sus palabras.

Pero Andy y Dandy parecían creer que no necesitaban nada de lo que nuestro planeta pudiera ofrecerles. Sadhu les rogó que se esforzaran por encontrar algo que pudiéramos darles a cambio de los aparatos. Los escoltó personalmente hasta su nave espacial, que se encontraba ahora en una zona custodiada, en Central Park, y se despidió de ellos diciendo:

—Buenas noches, caballeros. Por favor, hagan todo lo que puedan por resolver nuestro problema.

Permanecieron cerca de seis días encerrados en su nave, mientras el mundo entero enloquecía de impaciencia. Cuando pienso en las cantidades de bromuro que se consumieron durante esos días...

—¡Es increíble! —me susurró Trowson, mientras recorría nerviosamente su despacho—. Nuestra vida sería cinco veces más larga. Todo lo que he realizado hasta ahora, mi educación, la de usted, no serían más que el comienzo. ¡Un hombre podría aprender cinco profesiones en el curso de su vida, y piense en lo que podría realizar en cada profesión!

Yo estaba demasiado aturdido como para hacer otra cosa que un mudo ges-

to de asentimiento. Pensaba en los libros que podría leer, en los que podría escribir, si mi vida comenzara de nuevo y mi carrera publicitaria no hubiera sido más que una primera etapa. Además, nunca había tenido tiempo para casarme y tener una familia. A los cuarenta años estaba demasiado habituado a ese tipo de vida; pero un hombre puede destruir en un siglo muchos hábitos...

Al cabo de seis días, los extranjeros reaparecieron. Tenían una oferta que hacernos.

Manifestaron que creían posible vencer a su gobierno para que fabricara revitalizadores con destino a nuestro planeta, si...

Fué un sí para escribir con mayúscula.

Nos explicaron que su planeta era lamentablemente pobre en minerales radioactivos. Mundos deshabitados que contenían radio, uranio y torio habían sido descubiertos y explotados por otras razas; pero ciertas normas éticas impedían a los habitantes de Betelgeuse IX iniciar guerras de agresión con propósitos territoriales. Nosotros, en cambio, teníamos minerales radioactivos en grandes cantidades, que utilizábamos con dos propósitos fundamentales: en la guerra y en la investigación biológica. La guerra es, indudablemente una plaga, y la investigación biológica sería casi innecesaria cuando tuviéramos los revitalizadores.

ES cierto que al principio nos sentimos un poco sorprendidos, casi atónitos, pero las protestas nunca se materializaron. De todos los rincones del globo nos llegó una respuesta unánime: "¡Aceptamos!". Un par de generales y unos pocos estadistas intentaron oponerse, mas fueron ignorados. Uno o dos físicos nucleares pidieron a gritos que se tuviera en cuenta el futuro de la investigación atómica, pero los

pueblos de la Tierra gritaron más fuerte.

De la noche al día, las Naciones Unidas se convirtieron en la oficina central para la redacción de una concesión minera que abarcaba todo el globo. Las fronteras fueron olvidadas ante la necesidad de encontrar depósitos del mineral y las espadas fueron transformadas en picos y palas. Todo aquel que podía manejar sus brazos se enroló, durante uno o dos meses por año, en las brigadas de excavación. La camaradería llenaba el aire y embellecía la vida.

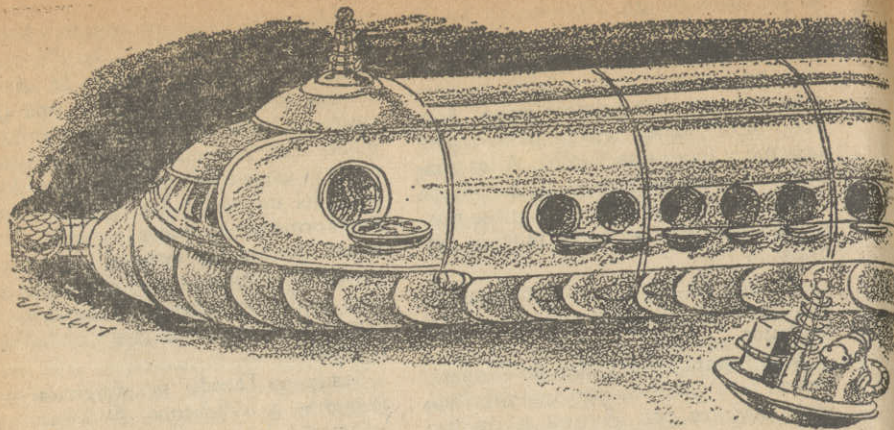
Andy y Dandy se ofrecieron cortésmente a ayudarnos. Señalaron en los mapas los yacimientos más importantes, incluyendo zonas donde jamás se había supuesto la existencia de minerales radioactivos. Nos proporcionaron planos de fantásticas maquinarias para extraer el mineral y nos enseñaron a usarlas.

Pronto vimos que no hablaban en broma: querían *todo* el mineral que existía en la Tierra.

Cuando las cosas comenzaron a marchar, regresaron a Betelgeuse, para cumplir con su parte del contrato.

ESOS dos años fueron los más excitantes de mi vida. Creo que a todos les pasó lo mismo, ¿no es así. Álvarez? Era una fuente de felicidad aquella sensación de que el mundo entero trabajaba unido, alegre y dichoso, luchando por la vida misma. Yo también trabajé durante un año en uno de los yacimientos. No creo que nadie de mi edad y mi fuerza haya extraído más mineral que yo.

Andy y Dandy regresaron, esta vez con otras dos enormes naves tripuladas por fantásticos caracoles robots. Los robots descargaron los revitalizadores y colocaron nuestro mineral radioactivo en las naves vacías. Nadie prestó la menor atención a sus extraordinarios métodos para la extracción instantánea



de los elementos radioactivos del mineral en bruto: los revitalizadores, eso era todo lo que nos interesaba.

Funcionaban. Y, por el momento, no podíamos pensar en otra cosa.

Desapareció el cáncer; las dolencias cardíacas y renales se curaron. Los insectos sometidos a los efectos del revitalizador vivían durante un año, en lugar de morir a los pocos meses. Y los seres humanos... bueno, ni los médicos podían creer lo que veían.

En todas las grandes ciudades del planeta la gente hacía colas interminables frente a los edificios donde se encontraban los revitalizadores, que se convirtieron rápidamente en objetos de adoración popular.

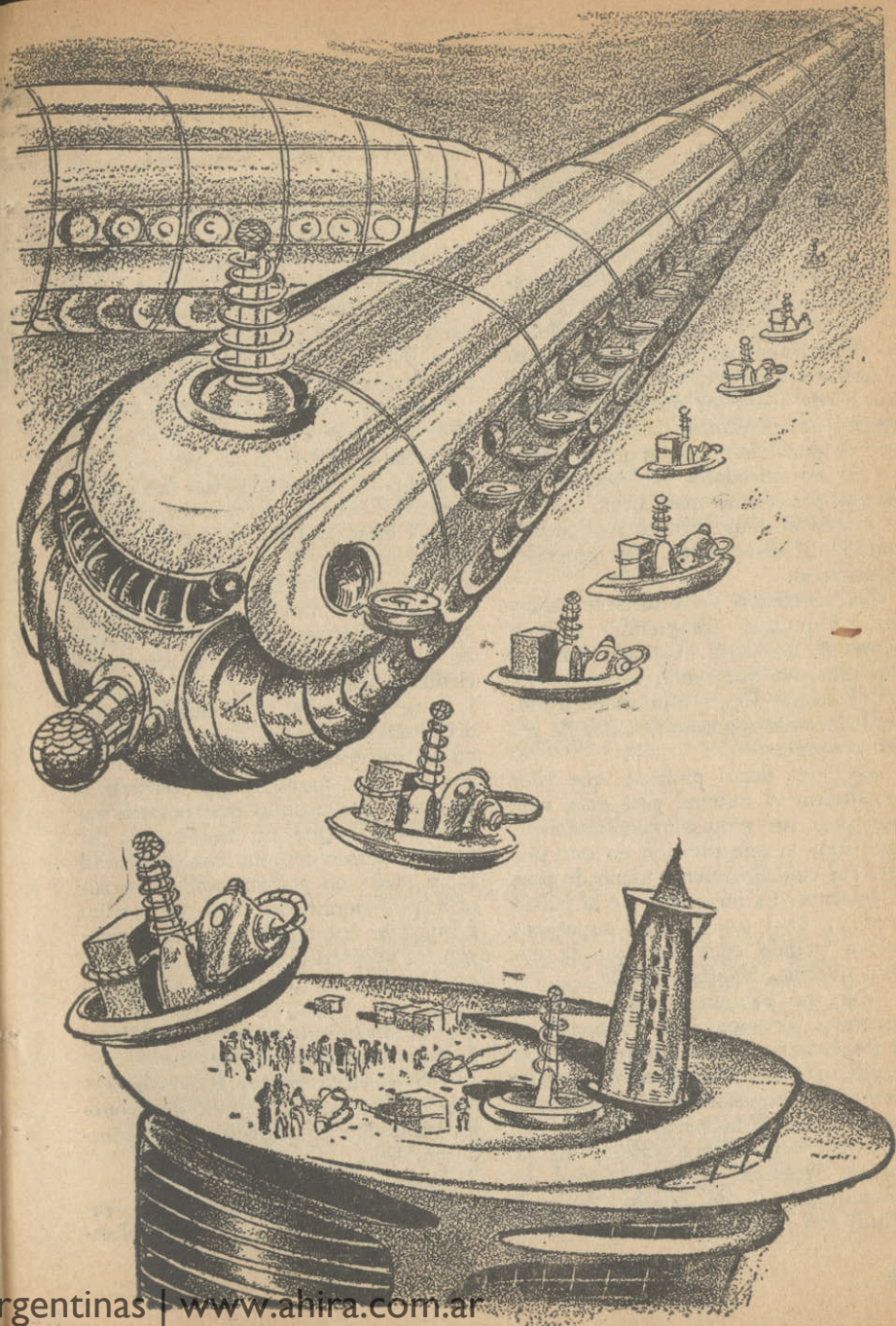
—Los veneran como si fueran dioses —rugió Máinzer un día en que nos encontrábamos reunidos—. Cuando un científico intenta estudiar su funcionamiento lo tratan como si fuera loco peligroso. La verdad es que es absolutamente imposible averiguar nada en esos diminutos motores. Yo ya no me pregunto cuál es la fuerza motriz..., ¡ni siquiera sé si realmente hay alguna fuerza motriz que los haga funcionar!

—Los revitalizadores dejarán de ser objeto de culto, con el correr del tiempo —dijo Trowson, con intención de calmarlo—; cesarán de ser una novedad, y usted podrá estudiarlos con toda comodidad. ¿No será cuestión de energía solar?

—¡No! Máinzer negó vigorosamente con la cabeza—. Estoy seguro de que no se trata de eso; como estoy seguro de que la fuerza motriz de las naves y la de los revitalizadores son completamente distintas. He renunciado a averiguar qué es lo que mueve las naves; pero creo que lograré descubrir cómo funcionan esos aparatos. ¡Tontos! No me dejan examinarlos. Tienen terror de que los descomponga y tengan que viajar a otra ciudad para obtener su elixir.

Le dimos la razón; pero, en realidad, su problema no nos interesaba. Andy y Dandy partieron esa semana, después de expresarnos en su habitual forma complicada sus mejores deseos. El mundo entero los despidió con lágrimas y besos.

Seis meses después de su partida, los revitalizadores dejaron de funcionar.



—¿QUE si estoy seguro? —se burló Trowson en mis propias narices—. Las estadísticas lo demuestran. Fíjese en el porcentaje de mortalidad; es igual al que teníamos antes de que llegaran los caracoles. Cualquier médico se lo confirmará. Habrá muchas revueltas cuando esto se haga público.

—Pero, ¿por qué? —le pregunté—. ¿Es que cometimos algún error?

Trowson sonrió; pero había algo macabro en su sonrisa. Se acercó a la ventana y contempló el cielo estrellado.

—Efectivamente, Dick. Confiamos demasiado. Cometimos el mismo error que hacen todos los pueblos atrasados frente a una civilización superior. Máinzer y López desarmaron lo que quedaba de los revitalizadores y descubrieron, por fin, cómo funcionan. Dick, la fuerza motriz de esos aparatos está constituida, ¡exclusivamente por minerales radioactivos!

Transcurrieron unos instantes antes de que pudiera comprender lo que Trowson me decía. Cuando por fin entendí, tuve que sentarme en la silla más cercana. Emití una serie inverosímil de sonidos guturales antes de poder preguntar:

—¿Quiere decir, profesor, que ellos necesitaban el mineral para ellos mismos, para sus *propios revitalizadores*?, ¿que todo lo que hicieron en este planeta fué cuidadosamente planeado para engañarnos? Es imposible, no lo puedo creer... Con sus ciencias superiores habían podido conquistarnos, de haberlo querido. Habrían podido...

—No, no habrían podido —me interrumpió Trowson, agitando con fuerza los brazos—. Constituyen una raza decadente y moribunda; nunca habían intentado conquistarnos; y no por motivos éticos (esta horrenda estafa lo demuestra), sino porque carecen de la energía necesaria, de la capacidad de concentración y de interés. Andy y Dandy son probablemente representan-

tes de un pequeño grupo que posee aún la iniciativa necesaria para llevar a cabo esta colosal estafa.

En aquel momento comencé a vislumbrar las tremendas consecuencias de nuestro error, ¡y yo que creía haber realizado la campaña publicitaria más brillante de todos los tiempos!

—Pero profesor —dije—, sin elementos atómicos nunca podremos realizar viajes interplanetarios.

Trowson sonrió con visible amargura, y reconoció en seguida:

—¡Oh, es cierto Dick; toda la raza humana ha sido tomada por tonta! Comprendo muy bien cómo se siente usted ahora. Pero piense en mí. ¡Yo soy el responsable del fracaso! ¡Yo, todo un sociólogo! ¿Cómo pude estar tan ciego? ¿Cómo? Todos los datos estuvieron ante mis ojos: la falta de interés en su propia cultura, la superintelectualización de los valores estéticos, los complejos mecanismos de pensamiento y expresión, la exagerada cortesía, hasta la nave espacial, de diseño demasiado estilizado para una civilización joven y llena de empuje... Tenían que ser decadentes: todos los datos apuntaban en esa dirección, empezando por el hecho de que tuvieron que recurrir a tipos de combustibles que nosotros ya conocemos. ¡Qué no hubiéramos logrado nosotros con sus conocimientos! ¡Con razón no podían explicarnos sus principios científicos! Creo que ni ellos mismos los entendían. ¡Esos monstruos son los herederos decadentes de lo que en otro tiempo fué una raza pujante!

NO, ensimismado en mis sombríos pensamientos, murmuré:

—Somos unos pobres crédulos a quienes un par de vivillos de Betelgeuse les vendieron el equivalente del billete premiado.

Trowson agregó:

—O unos ingenuos nativos que vendieron su isla a un grupo de explora-

dores europeos, a cambio de un puñado de brillantes cuentas de cristal.

Pero, por suerte, Alvarez, los dos estábamos equivocados. No Trowson ni yo habíamos contado con Máinzer, con López ni con los demás. Tal como dijo Máinzer, si todo hubiera ocurrido unos pocos años antes, habríamos estado perdidos. Pero, poco antes de 1945, el hombre había entrado en la era atómica, y sabios como Máinzer y Vinthe habían realizado investigaciones nucleares en los días en que los elementos radioactivos abundaban en la Tierra. Además, contábamos con instrumentos como el ciclotrón y el batatrón. Y, si los amigos aquí presentes me perdonan la expresión, Alvarez, somos una raza joven y vigorosa.

Todo lo que hubo que hacer fueron las investigaciones correspondientes.

Contando con un gobierno mundial verdaderamente efectivo y con una población que no sólo se interesaba en el problema, sino que sabía ya trabajar unida, y con el apremiante incentivo que nos movía, el problema, como usted sabe, fué resuelto.

Obtuvimos radioactivos artificiales; pusimos nuevamente en funcionamien-

to los revitalizadores; conseguimos combustibles atómicos, y logramos realizar viajes espaciales. Lo hicimos todo en relativamente poco tiempo. Además, no nos interesaba una nave que llegase tan sólo a Marte o a la Luna. Queríamos una nave interestelar. Y la necesitábamos tanto que ya la tenemos.

Creo que eso es todo. Explíqueme la situación en la misma forma en que yo lo hice con usted, Alvarez, pero con todas las reverencias y las zalameñas que un brasileño, con doce años de experiencia comercial en Oriente, puede utilizar. Usted sabe cómo hacerlo; yo no soy capaz. Es el único lenguaje que entienden estas babosas decadentes, de modo que es la única manera de que nos entiendan. Y no olvide recordarles a estos viscosos caracoles que la provisión de minerales radioactivos que nos robaron no les durará eternamente.

Dígame luego que nosotros tenemos radioactivos artificiales y que ellos tienen algunas cosas que necesitamos y muchas cosas que queremos conocer.

En pocas palabras, Alvarez: dígame que hemos venido a cobrar el premio del billete que nos vendieron. ✦

Caucho conductor

Es éste el último milagro de la química moderna, obtenido incorporando a la goma común ciertos tipos de negro de humo. Así se han podido obtener cauchos cuyas resistencias eléctricas van de 100 ohmios (aproximadamente la resistencia de una plancha) hasta 100.000. Este nuevo material, que conserva todas las propiedades del caucho común, resuelve el problema de la acumulación de electricidad en diversos vehículos. Un avión dotado de neumáticos de caucho conductor, descargaría, en el momento del aterrizaje, toda la electricidad acumulada por el rozamiento con el aire durante el vuelo, evitándose peligrosas chispas. Igualmente se suprimiría la ruidosa cadenita colgante que nuestros lectores habrán visto en algunos ómnibus y camiones, y que no tiene otro objeto que el de conducir al suelo las cargas eléctricas que se generan en el chasis.

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 68 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.

- Pregunta N° 1:
- Pregunta N° 2:
- Pregunta N° 3:
- Pregunta N° 4:
- Pregunta N° 5:
- Pregunta N° 6:
- Pregunta N° 7:

1 ¿Cuál es el agente causal de la parálisis infantil?

- A) El calor excesivo.
- B) El frío excesivo.
- C) Una variación brusca de temperatura.
- D) Un microbio.
- E) Un virus.

2 El peso de un cuerpo en la superficie del Sol equivale a:

- A) 4 veces su peso en la superficie terrestre.
- B) 28 veces.
- C) 60 veces.
- D) 320 veces.

3 ¿Qué substancia es la más abundante en el centro de la Tierra?

- A) Hierro.
- B) Carbono.
- C) Magnesio.
- D) Hidrógeno.

4 ¿A qué constelación pertenece la estrella Cástor?

- A) Gemelos.
- B) Auriga.
- C) Boyero.
- D) Eridano.

5 Australopithecus prometheus es el nombre de:

- A) Un tipo especial de tomate que se cultiva en Australia.
- B) Un animal antediluviano.
- C) Un hombre primitivo natural de África.

6 ¿Cuál de los siguientes planetas tarda más tiempo en rotar sobre su eje?

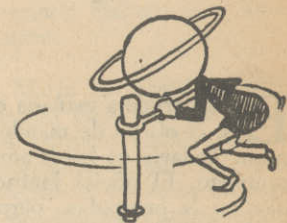
- A) Mercurio.
- B) La Tierra.
- C) Marte.
- D) Júpiter.

7 ¿Qué es el cociente de inteligencia?

- A) La parte del cerebro que utiliza el hombre para razonar.
- B) El resultado de dividir la edad mental de un individuo por su edad cronológica.
- C) Un número que indica la inteligencia promedio de determinado grupo de la población.
- D) Un número que indica la cantidad de personas inteligentes de un país.



¿MAS AUSTRALOPITHECUS SERA UD.!



MATERIA DE ESTUDIO

por F. L. WALLACE

ilustrado por ASHMAN

Cuando una organización científica infalible comete un gravísimo error, de algún dato falso habrá provenído . . . Pero, ¿falsedad de qué índole?

EN su primera mañana en el planeta, el oficial de mando salió de la nave. Todavía no había amanecido por completo. El oficial Háfner abrió los ojos en la penumbra, parpadeó asombrado, volvió a entrar precipitadamente y salió de nuevo arrastrando por un brazo al biólogo.

—Anoche usted afirmó que no había nada peligroso —dijo el oficial—. ¿Todavía lo cree?

Dano Marín observó fijamente.

—Sí, señor —su voz carecía de convicción y reflejaba cierto embarazo. Se rió, titubeando.

—No creo que esto sea cosa de risa. Hablaré con usted luego.

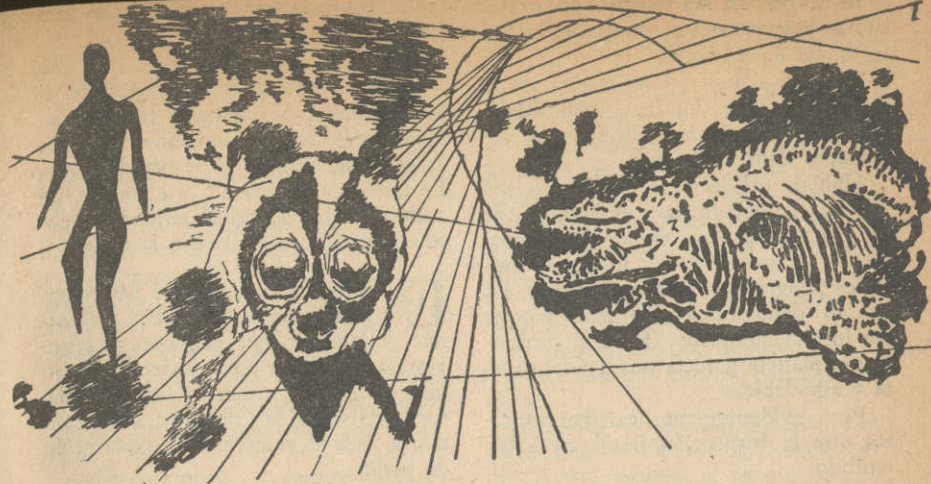
El biólogo se quedó cerca de la nave y observó al oficial mientras aquél recorría las filas de los colonos dormidos.

—Señora Athyl —dijo, deteniéndose al lado de una figura acostada.

Ella bostezó, abrió los ojos y se levantó. La manta, con la que tenía que haber estado tapada, no estaba allí. Tampoco el vestido que tenía puesto cuando se fué a dormir. Tomó la actitud convencional de la mujer que, repentinamente y para su asombro, se encuentra desvestida sin saberlo.

—Está bien, señora Athyl. No soy un mirón. Sin embargo, creo que tendría que conseguirse alguna ropa —para entonces la mayoría de los colonos se habían despertado. El oficial Háfner se volvió hacia ellos—. Si no tienen ropa apropiada, diríjense al comensario de a bordo, que los proveerá de ella. Las explicaciones vendrán luego.

Los colonos se desparramaron. Entre



ellos no existía ese falso pudor tan común entre la gente; pues de haberlo tenido no hubieran resistido un viaje de año y medio en una espacionave atestada. No obstante se hallaban fuertemente impresionados por el hecho de despertarse desnudos, sin saber quién o qué les había robado la ropa durante la noche. Era la sorpresa más que cualquier otra cosa lo que los desconcertaba.

El oficial Háfner se detuvo un instante antes de entrar en la nave.

—¿Se le ha ocurrido algo?

Dano Marín se encogió de hombros.

—¿Cómo quiere que se me ocurra? Conozco el planeta tanto como usted.

—Por supuesto. Pero usted es el biólogo.

Siendo el único hombre de ciencia en una dotación de aguerridos colonos y constructores, se le exigía a Marín que respondiese a una gran cantidad de preguntas que no correspondía a su especialidad.

—Lo más probable es que se deba a insectos nocturnos —sugirió. Era una explicación bastante débil, aunque sabía que en tiempos pasados, las langós-

tas habían assolado campos enteros, en unas pocas horas. ¿Podrían hacer lo mismo con las vestimentas humanas y sin despertarlos?—. Voy a investigarlo. En cuanto averigüe algo se lo voy a comunicar.

—Bien —asintió Háfner, y se introdujo en la nave.

DANO Marín se dirigió hacia el bosquecillo bajo el cual habían dormido los colonos. Había sido un error autorizarlos a dormir allí; pero cuando lo sugirieron no había ninguna razón para no dejarlos. Naturalmente, después de viajar durante dieciocho meses en naves repletas, todos querían un poco de aire fresco y el murmullo de las hojas sobre sus cabezas.

Marín observó la arboleda. Estaba ya vacía: los colonos, hombres y mujeres, ya habían desaparecido dentro de la nave. Probablemente se estaban vistiendo.

Los árboles no eran altos y tenían hojas de un color verde botella oscuro. De rato en rato, los rayos del sol bañaban unas grandes flores blancas. Ésta no era la Tierra, por consiguien-

te no podían ser magnolias. Pero a Marín le parecieron muy similares, y así las llamó en adelante.

El asunto de la desaparición de la ropa era irónico. La Inspección Biológica nunca cometía errores..., y sin embargo aquí había uno.

Habían calificado al planeta como "el más apropiado para el hombre, de los que se habían explorado últimamente". Pocos insectos; ningunos animales peligrosos; clima equilibrado. Lo habían denominado Planicie, porque era lo más apropiado. Todo el conjunto del planeta parecía una pradera vasta y agradable.

Pero evidentemente existían aspectos que la Inspección Biológica había omitido.

Marín se arrodilló y comenzó a buscar alguna huella. Si los responsables eran insectos, tendrían que haber algunos muertos, quizás aplastados por los cuerpos de los colonos al darse vuelta dormidos. Pero no los había, ni muertos ni vivos...

Se levantó desconcertado y caminó lentamente a través de la arboleda. Podrían haber sido los árboles. Quizás exudaban durante la noche algún tipo de vapor capaz de disolver los tejidos de la ropa de los colonos. Era una suposición un poco traída por los cabellos, pero no imposible. Quebró una hoja con la mano y la frotó contra la manga. La hoja desprendió un olor agudo, pero no pasó nada. Sin embargo, eso no bastaba para echar abajo su teoría.

Miró a través de los árboles hacia el sol azul. Era más grande que nuestro Sol, pero estaba alejado. En Planicie, se lo veía del mismo tamaño que el terrestre desde la Tierra.

Casi dejó de ver los ojos brillantes que lo observaban desde un matorral cercano; casi..., pero los llegó a ver. El dominio de la biología comienza donde empieza la atmósfera; incluye

las matas y los pequeños animales que las habitan.

Se abalanzó sobre el animalito, que escapó corriendo. Corrió detrás de él por el césped que rodeaba la arboleda. Cuando lo levantó era una masa de carne, que chillaba desesperadamente. Le habló con suavidad, y el terror fué aminorando. Lo deslizo cuidadosamente en su traje y lo llevó a la nave.

EL oficial Háfner observó tristemente dentro de la jaula. Era un animal indeterminado, pequeño y semejante a un roedor poco desarrollado. Su piel era escasa, áspera y apelmazada; con toda seguridad no iba a ser un artículo para el comercio de exportación de pieles.

—¿Podremos exterminarlos —preguntó Háfner—, localmente, al menos?

—Lo creo difícil. Es un producto ecológico básico.

El jefe no comprendió.

Dano Marín le dió la siguiente explicación:

—Usted sabe cómo trabaja el Centro Biológico. Tan pronto como se ha descubierto un planeta que parece apropiado, mandan una nave cargada con equipos. La nave vuela muy bajo sobre la mayor parte del mundo nuevo, y los aparatos de a bordo registran las corrientes neurales de los animales de abajo. Estos instrumentos pueden distinguir las características de los tipos neurológicos de cualquier organismo que tenga un cerebro, incluyendo a los insectos. De esta manera, los expertos logran formarse una idea muy axacta sobre las especies de animales del planeta y su distribución relativa. Naturalmente, siempre se llevan algunos especímenes; lo hacen para poder relacionar el esquema, obtenido por medio de los instrumentos, con el animal vivo. De otro modo, los esquemas serían un simple borroneo sin sentido en un microfilm. La investigación ha demostrado

que este animal es una de las cuatro especies de mamíferos del planeta. Es también la más numerosa.

Háfner masculló:

—De manera que, si la eliminamos, ¿las otras van a invadir la zona desde las áreas vecinas?

—Algo así sucedería. Hay probablemente millones de estos animales en esta península. Por supuesto que, si usted quiere poner una barrera en el istmo que nos uno al continente, se los puede eliminar localmente.

El jefe frunció el ceño. Una barrera era posible, pero insumiría mucho más trabajo que el que él pensaba emplear.

—¿Qué comen? —preguntó sombríamente.

—Al parecer, un poco de todo: insectos, frutas, frutillas, nueces y granos —Dano Marín sonrió—. Creo que se lo puede calificar de omnívoro... y ahora que nuestra ropa está a su alcance se la come también.

Háfner no se sonrió.

—Creí que toda nuestra ropa estaba confeccionada a prueba de alimañas.

Marín se encogió de hombros.

—Y lo está, al menos en veintisiete planetas. En el vigésimo octavo encontramos un amiguito que tiene jugos gástricos mejores, eso es todo.

Háfner tomó una decisión.

—Muy bien; usted preocúpese de los sembrados. Encuentre alguna manera de alejarlos de los campos de labranza. Mientras tanto, todo el mundo dormi-

rá en la nave hasta que construyamos los dormitorios.

Marín pensó que lo más adecuado para la etapa actual de la colonia habrían sido unidades individuales de alojamiento. Pero no era asunto suyo el decidirlo. El jefe era un hombre que consideraba que lo correcto es excederse en el cumplimiento del plan de acción.

—El omnívoro... —comenzó a decir Marín.

Háfner asintió con impaciencia.

—Comience a trabajar —le dijo, y se alejó.

El biólogo suspiró. El omnívoro era realmente un extraño animalito, pero de ninguna manera el asunto más importante de Planicie. Por ejemplo: ¿por qué había tan pocas especies de animales campestres en el planeta? Ningún reptil, algunas aves y sólo cuatro clases de animales mamíferos.

Cualquier planeta semejante a éste estaba repleto de variedades salvajes de vida. Planicie, a pesar de sus condiciones aparentemente ideales, no las había desarrollado. ¿Por qué?

Marín había pedido al Centro Biológico que le encomendara esta misión porque los problemas que se planteaban parecían interesantes. Y ahora, al parecer, lo obligaban a servir de simple exterminador.

Se acercó a la jaula y sacó al omnívoro. La existencia de mamíferos en Planicie no era inesperada. El desarrollo paralelo lo explicaba. Dadas ciertas

Radio en el mar

Poco después de que el radio fuese descubierto, se observó que las rocas y sedimentos de las profundidades marinas presentaban alto porcentaje de radio, cuyo origen era desconocido. En 1908, Jolly dedujo de sus observaciones que el radio disuelto en el agua marina era depositado como sulfuro de radio en la profundidad del mar. Posteriormente se han dado nuevas hipótesis sobre esta presencia de elementos radioactivos en los fondos submarinos; pero hasta ahora no hay seguridad total sobre su origen.

condiciones de medio ambiente, se deben desarrollar animales con características similares.

En los bosques del último período carbonífero de la Tierra hubo seres como el omnívoro, el mamífero primitivo del cual todos derivaban. En Planicie, esa clase de evolución, simplemente no había tenido lugar. ¿Qué fué lo que impidió a la Naturaleza explotar su potencial evolutivo? Allí residía el problema y no en cómo eliminar a la especie.

Marín pinchó con una aguja al omnívoro. Éste chilló y luego se apaciguó. El biólogo le secó la sangre y lo metió nuevamente en la jaula. Podía aprender mucho estudiando las reacciones del animal al tratar de matarlo.

EL comisario de a bordo estaba gritando, aunque su voz era casi la que él empleaba usualmente.

—¿Cómo sabe usted que son ratones? —le preguntó el biólogo.

—Mire —contestó aquél, enojado. Marín observó. La evidencia indicaba que sí eran ratones.

Antes de que el biólogo pudiera responder, el comisario saltó:

—Y no me vaya a decir que son únicamente parecidos a ratones. Ya lo sé. El problema es: ¿cómo me puedo librar de ellos?

—¿Ha probado el veneno?

—Dígame cuál y lo voy a usar.

No era una cuestión sencilla de resolver. ¿Cuál era la substancia venenosa para un animal al que nunca había visto anteriormente y del que no conocía nada? De acuerdo a la Inspección Biológica, este animal no existía.

Era un asunto inesperadamente serio. La colonia podía abandonar el planeta, pero otro grupo debía venir a los dos años. Los actuales colonos debían acumular una reserva de comida para un número grande de personas. Y si no podían almacenar el alimento

que cultivaban, esa reserva iba a ser muy escasa.

Marín entró pensativamente en el depósito. Era la construcción provisoria habitual de una colonia. Levantada sin consideraciones estéticas, tenía un aspecto muy sólido: piso monolítico, paredes reforzadas de cincuenta centímetros de espesor, y el techo de una losa de las mismas características. Todo el conjunto estaba unido con un cemento molecular que lo haría prácticamente hermético. No tenía ventanas y había dos puertas. Evidentemente era a prueba de roedores.

Un examen más minucioso reveló una falla inesperada. El piso era duro como el vidrio; ningún animal podía roerlo; pero, como el vidrio, también era frágil. La dotación que lo había construido estaba tan apurada, seguramente, por volver a la Tierra, que no había puesto todo el cuidado requerido en la construcción; pues en varios lugares, el espesor era muy fino; aquí y allá, al poner el pesado equipo encima, se había quebrado, y, por entre las brechas, estos animalitos no tenían dificultad en abrirse camino.

Era ya muy tarde para construir otro edificio. Los animales semejantes a ratas habían invadido el depósito y hubo que combatirlos donde se hallaban.

El biólogo se irguió y dijo:

—Cácame algunos vivos, y veré qué se puede hacer.

POR la mañana fueron despachadas al laboratorio una docena de especímenes. Parecían realmente ratas.

Sus reacciones eran sorprendentes. No había dos que hubieran sido afectados de la misma manera por el veneno. Un compuesto que ponía rígido a uno en pocos segundos, dejaba a los demás vivitos y coleando. El veneno que Marín había preparado para destruir a los omnívoros era completamente ineficaz.

Los destrozos en el depósito continuaron. Ratas negras, blancas, grises y marrones, con colas cortas y orejas largas, o viceversa, continuaron comiendo los alimentos concentrados y arruinando lo que no comían.

Marín conferenció con el jefe, bosquejándole el problema, tal cual lo veía, y sus ideas sobre lo que se debía hacer para combatir la plaga.

—Pero no podemos construir otro depósito —replicó Háfner—, por lo menos hasta que el generador atómico esté instalado. Y aun entonces tendremos que darle otro uso a ese potencial —el jefe apoyó la cabeza sobre sus manos—. Prefiero la otra solución: fabricar uno para ver cómo funciona.

—Quizá sean necesarios tres —dijo el biólogo.

—Uno —insistió Háfner—. No podemos desperdiciar equipo antes de ver cómo funciona.

En eso, su razonamiento era correcto. El equipo de que disponían era todo el que podían traer tres espaciales. Pero cuanto más traían, más requería la colonia. El resultado era que siempre escaseaba.

Marín llevó la autorización al ingeniero. En el camino relevó las es-

pecificaciones que la misma contenía. Si él no podía conseguir tantas máquinas como quería, tendría que conseguir al menos una mejor.

La máquina estuvo lista en dos días. Fué trasladada al depósito, en un canastito. Se levantó la tapa; la máquina salió pegando un salto y se quedó parada en equilibrio.

—¡Un gato! —exclamó el comisario complacido, y alargó su mano hacia el robot negro y lanudo.

—Si alguna vez tocó una rata, será mejor que retire la mano —le previno el biólogo—. Reacciona tanto al olor como al sonido y a la luz.

El comisario retiró la mano apresuradamente. El robot se introdujo silencioso por entre el embrollo de materiales almacenados.

En una semana, y a pesar de que aún quedaban algunos ratones en el depósito, ya no constituyeron peligro.

EL jefe llamó a Marín a su oficina, pequeña y pesada construcción ubicada en el centro del campamento. La colonia estaba creciendo y adquiriendo aspecto de estabilidad. Háfner se sentó en su silla y observó con satisfacción el trabajo realizado.



jaban febrilmente, llevando las provisiones hacia un lugar previamente limpiado. Encontró a Háfner, que estaba hablando con el ingeniero, en un rincón de la construcción.

El jefe se volvió cuando Marín se acercó.

—Sus ratas han crecido, Marín.

El biólogo dirigió la vista hacia abajo. El gato robot yacía en el suelo. Marín se arrodilló y lo examinó. El esqueleto de acero no se había roto, pero estaba bastante retorcido. La áspera piel de material plástico estaba destrozada, y por dentro, el delicado mecanismo, hecho trizas, era una masa informe. Alrededor del gato había unas veinte o treinta ratas enormes, desmesuradas. El gato había peleado, los animales muertos estaban mutilados, sin cabezas, increíblemente destrozados. Pero el robot había sido derrotado.

La Inspección Biológica había asegurado que no quedaban ya ratas en Planicie. Lo mismo había dicho de los ratones. ¿Dónde estaba la clave del error?

El biólogo alzó los ojos.

—¿Qué piensa hacer al respecto?

—Construir otro depósito con suelo de cemento y paredes monolíticas de sesenta centímetros de espesor, y trasladar allí todos los suministros.

Marín asintió. Ésa sería la solución. Claro, llevaría tiempo y energía; toda la energía que el generador atómico recientemente instalado podía producir. Tendrían que suspenderse las demás construcciones. ¡Con razón Háfner estaba tan irritado!

—¿Y por qué no fabricamos más gatos? —sugirió Marín.

El jefe sonrió sarcásticamente.

—Usted no estaba aquí cuando abrimos las puertas. El depósito desbordaba de ratas. ¿Cuántos robots necesitaríamos? ¿Cinco? ¿Quince? No sé. De cualquier manera, el ingeniero me ha dicho que sólo tenemos material para

construir tres gatos más. Ése que está ahí tirado no se puede arreglar.

“No hace falta ser ingeniero para darse cuenta de ello”, pensó Marín.

Háfner continuó:

—Si necesitamos más, tendremos que sacar el computador de la espacionave. Y yo me niego a permitir tal cosa.

Era evidente que no lo iba a autorizar. La espacionave era el único vínculo con la Tierra hasta que la próxima expedición trajese más colonizadores. Ningún jefe con la cabeza bien puesta dejaría que se imposibilitase su funcionamiento.

Pero, ¿por qué Háfner lo había llamado de vuelta? ¿Solamente para informarle de la situación?

HÁFNER pareció adivinar los pensamientos de Marín.

—A la noche vamos a iluminar los suministros que sacamos del depósito. Pondremos una guardia armada con rifles, hasta que podamos trasladar los suministros al nuevo depósito. Eso nos llevará más o menos diez días. Mientras tanto, nuestros cultivos acelerados están madurando. Creo que las ratas se volverán hacia ellos en busca de alimentos. Para proteger nuestra futura comida, usted debe poner en actividad a sus animales.

El biólogo pegó un salto.

—¡Eso no puede ser! Está contra las órdenes generales soltar un animal en un planeta mientras no se haya hecho una investigación completa sobre sus posibles efectos nocivos.

—Eso lleva veinte o treinta años. Y ésta es una emergencia de la que me hago responsable..., por escrito si usted quiere.

Marín se sintió consternado. Quizá se estaba preparando otra Australia infestada por conejos, u otro planeta invadido por serpientes. Y él no podía hacer nada.

No creo que puedan luchar con

tra ratas de este tamaño —protestó.

—Usted tiene hormonas. Úselas —el jefe se dió vuelta y comenzó a discutir con el ingeniero.

MARÍN hizo juntar las ratas muertas y ponerlas en la heladera, para estudiarlas luego.

Después se retiró al laboratorio y preparó un tratamiento para los animales domésticos que los colonos habían traído con ellos.

Les dió las primeras inyecciones observándolos cuidadosamente hasta que pasaron indemnes el shock de la fase inicial del proceso de crecimiento. Tan pronto como observó que iban a sobrevivir, los alimentó.

Luego se volvió hacia las ratas. Eran notables las diferencias de tamaño. Lo mismo sucedía en su estructura interna. Tenían comunes los órganos, pero las proporciones de cada uno variaban mucho más de lo normal. Sus dientes tampoco eran uniformes. Algunas tenían enormes colmillos colocados en maxilares delicados; otras, una dentadura chica, desproporcionada con respecto a la maciza estructura ósea. Como especie, era lo más confuso y entremezclado que el biólogo había visto en su vida.

Observó con el microscopio sus tejidos y tabuló los resultados. En ellos había menos diferencias entre uno y otro ejemplar, pero las suficientes como

para dejarlo pensativo. Las células reproductoras eran especialmente desconcertantes.

Cerca del mediodía sintió, más que oyó, el afanoso trabajo de la maquinaria de construcción. Miró hacia afuera y vió subir unas columnas de humo. Tan pronto como la vegetación quedó carbonizada, el humo desapareció y las ondas de calor se agitaron en el cielo.

Estaban construyendo en una colina. Los pequeños seres que trepaban, se arrastraban entre las malezas y atacaban por el punto más vulnerable las reservas alimenticias. Cuando los colonos terminaron, no quedaba en la colina ni una hoja de pasto.

TERRIERS. En el pasado fueron los perros de caza de la era agrícola. Lo que les faltaba en tamaño lo suplían con ferocidad hacia los roedores. Originalmente se habían ganado su manutención en los graneros y los campos, y, por un breve lapso, lo estaban haciendo nuevamente en los mundos coloniales donde se repetían las mismas condiciones.

Los perros que habían traído los colonos eran terriers. Todavía seguían siendo veloces y con la misma disposición contra los roedores, pero ya no eran de tamaño chico. Fué un trabajo difícil, pero Marín lo había hecho bien, puesto que en el proceso no perdieron nada de su habilidad y rapidez

Resistencia a los antibióticos

CUALQUIERA sabe que no le conviene aplicarse demasiada penicilina: los gérmenes se acostumbran a la droga y son capaces de resistir varios miles de unidades como si tal cosa. Eso es por lo menos lo que se creía hasta hoy. Pues bien, resulta que no es verdad. Investigadores norteamericanos han realizado estudios sistemáticos al respecto y han llegado a la conclusión de que tal resistencia no ocurre en la enorme mayoría de los casos. Sólo en algunas infecciones muy particulares aparece la tan mentada resistencia de los gérmenes a los antibióticos. Por desgracia, entre ellas se encuentran ciertos tipos de tuberculosis.

para la caza. Y tenían el tamaño de un gran danés.

Las ratas llegaron a los campos de cultivo rápido. Este tipo de vegetales era la solución para los mundos coloniales. Podían ser plantados, cultivados y cosechados en el lapso de unas pocas semanas.

Después de cuatro cosechas, quedaba destruída la fertilidad del suelo; pero eso no importaba en los primeros años de un planeta colonial, porque sobraban las tierras para cultivos.

Cuando aumentó el afluir de ratas en las plantaciones, se largó a los perros sobre ellas. Empezaron a recorrer los campos cazándolas. Una corrida, un chasquido de sus mandíbulas, un cabezazo, y la rata era lanzada por el aire, descuartizada. Y las ratas caían una tras otra.

Hasta la puesta del sol, los perros rondaban y mataban. Por la noche volvían, exhaustos y cubiertos de sangre, aunque la mayor parte de ésta no era la propia. Marín los bañaba en antibióticos, vendaba sus heridas, los alimentaba por las venas e inmediatamente les provocaba el sueño. Por la mañana los despertaba con una inyección estimulante, y partían a la lucha alborotadamente.

Dos días tardaron las ratas en aprender que no les era posible alimentarse mientras hubiera luz. Vinieron entonces por la noche, aunque no en número tan grande. Treparon por las parras y mordieron las frutas; royeron el grano tierno; asolaron las legumbres.

Al día siguiente, los colonos instalaron reflectores. Los perros los acompañaban ahuyentando las pocas ratas que eran suficientemente tontas para venir a comer a plena luz.

Una hora antes del crepúsculo, Marín llamó a los perros y los hizo descansar. Al oscurecer los despertó y, todavía tambaleantes, los llevó a los campos. El olor a las ratas los revivió. Es-

taban tan ávidos como siempre, pero no tan veloces.

Desde las colinas cercanas, las ratas se acercaron, no aisladas, ni por parejas o de tres; esta vez vinieron todas juntas. Chillando y aplastando el pasto, se dirigieron hacia los campos sembrados. Marín no las podía ver, porque ya había caído la noche, pero podía oír las. Ordenó que los enormes reflectores iluminaran el campo.

Las ratas se detuvieron ante el rayo de luz, moviéndose nerviosamente. Los perros se estremecían y gemían. Marín los contuvo. Las ratas recomenzaron su marcha, y el biólogo soltó a los perros.

Los perros atacaron, pero no se animaron a ir contra la masa principal de ratas. Eligieron a las más rezagadas y obligaron al resto a agruparse en una formación más cerrada. Después de eso las ratas fueron casi inexpugnables.

Los colonos podían haberlas quemado en masa, con un equipo adecuado, pero no lo tenían y no lo iban a poder conseguir en varios años. De cualquier manera, su uso hubiera puesto en peligro los cultivos, que tenían que salvar a toda costa. Este trabajo era para los perros.

La formación de ratas llegó al borde de las huertas, pero allí se deshizo. Ellas podían enfrentar un enemigo común, pero, en presencia de la comida, olvidaban esa unidad y se desparrraban: el hambre era el gran divisor. Los perros las siguieron gozosamente. Cazaban a los hambrientos roedores, uno por uno, y los mataban mientras comían.

Cuando llegó la luz del sol, la amenaza de las ratas había terminado. A la mañana siguiente los colonos cosecharon, sometieron a todos los tipos de productos a los procesos adecuados para su almacenamiento e inmediatamente resolvieron plantar para la próxima cosecha.

MARÍN se sentó en el laboratorio y trató de analizar la situación. Su colonia se movía de crisis en crisis, todas referentes a la comida. En sí, cada situación crítica era poco importante, pero en conjunto podían llegar a hacer fracasar la colonia. No importaban las consideraciones que se hicieran; simplemente no tenían el equipo necesario para colonizar Planicie.

El error parecía haber sido cometido por la Inspección Biológica: no habían informado de la existencia de plagas que pondrían en peligro la alimentación.

Sin preocuparse por la opinión del jefe, Marín consideraba que la Inspección conocía su oficio. Si ellos dijeron que no había ratas ni ratones en Planicie, significaba que no los había en el momento en que se había realizado la inspección.

La cuestión era la siguiente: ¿cuándo vinieron y cómo llegaron aquí?

Se sentó mirando fijamente a la pared mientras se planteaba una hipótesis tras otra y las descartaba a medida que demostraba su falsedad.

La mirada vagaba de la pared a la jaula de los omnívoros, esos especímenes selváticos del tamaño de ardillas. El animal más numeroso de Planicie era un espectáculo corriente para los colonos.

Sin embargo era un animal admirable; más de lo que Marín se había imaginado. Sencillo, insignificante en apariencia, era quizás el más importante de todos los que el hombre había conocido hasta el momento, en todos los mundos que llegó a colonizar. Cuanto más lo observaba, más se convencía de ello.

Se sentó en silencio, al lado del animalito, sin atreverse a hacer ningún movimiento. Se quedó así hasta que oscureció, y el omnívoro retomó su actividad normal.

¿Normal? No le parecía el término



más exacto. El interludio con el omnívoro le surgió una respuesta. Necesitaba otra; le parecía que ya sabía la solución, pero necesitaba más datos, más observaciones.

Instaló con cuidado su equipo en los límites del campamento. Allí y sólo allí podía conseguir la información que necesitaba.

Perdió tiempo con el tractor excavadora, controlando sus primeras investigaciones. Llegó a coordinar sus datos como para hacerse un cuadro más o menos completo.

Cuando estuvo seguro de los hechos, fué a ver a Háfner.

El jefe se mostró satisfecho. El trabajo de Marín era un reflejo de la habilidad y eficiencia con que los objetivos de la colonia se estaban llevando a cabo.

—Siéntese —dijo Háfner amablemente—. ¿Fuma?

El biólogo se acomodó y tomó un cigarrillo.

—Pensé que le gustaría saber de dónde vinieron los ratones —comenzó.

Háfner sonrió.

—Ya no nos molestan más.

—Además averigué el origen de las ratas.

—También están bajo nuestro control. En general nos va bastante bien.

“MUY por el contrario”, pensó Marín mientras buscaba la manera adecuada para empezar.

—Planicie tiene un clima y una topografía similares a los de la Tierra —dijo—. Los tiene desde hace veinte mil años. Antes de eso, hace más o menos cien millones de años, era como la Tierra cuando ésta tenía la misma edad.

Observó la amable mirada de interés que apareció en la cara del jefe cuando le enunció lo que en realidad era evidente. Bueno, lo era, pero hasta cierto punto, y las conclusiones no lo eran tanto.

—Entre el millón de años y los veinte mil, algo pasó en Planicie —continuó—. No sé qué pudo ser; pertenece a la historia cósmica, y quizás nunca lo sepamos. De cualquier manera, sean las que fueren las causas (fluctuaciones solares, equilibrio inestable de las fuerzas dentro del planeta, o quizás un choque con una nube de polvo interestelar de densidad variable), el hecho es que el clima de Planicie cambió con una violencia inconcebible y

continuó cambiando. Hace un millón de años, más o menos, había bosques carboníferos en este planeta. Lo habitaron reptiles gigantescos, parecidos a los dinosaurios, y pequeños mamíferos. Como en la Tierra, el primer gran cambio eliminó a los dinosaurios; no pudo eliminar el antecesor más primitivo del omnívoro, porque éste se supo adaptar a las condiciones cambiantes. Permítame esbozarle la forma en que estas condiciones cambiaron. Durante algunos años, determinada región era un desierto, que luego se transformó en jungla. Al cabo de un tiempo se comenzó a formar un glaciar. Y el ciclo se repitió con las variaciones más extremas. Todo esto no era difícil que sucediera; en efecto sucedió, en el lapso de vida de un omnívoro, y se repitió muchas veces. Fué el modo normal de existencia en Planicie durante un millón de años. Difícilmente estas condiciones podían conducir a la conservación de restos fósiles.

Háfner entrevió el significado de lo que oía y se mostró preocupado.

—¿Quiere usted decir que estas variaciones climáticas se detuvieron repentinamente hace veinte mil años? ¿Y pueden empezar de nuevo?

—No lo sé —confesó el biólogo—. Posiblemente podamos determinarlo si es que nos interesa.

El jefe asintió sombríamente:

—¡Claro que estamos interesados!

“No lo dudo”, pensó el biólogo, y agregó:

—Lo complicado de todo esto es que la supervivencia fué muy difícil. Los

pájaros pudieron salvarse gracias a su facilidad para trasladarse a climas más adecuados. Sin embargo pocas especies sobrevivieron. Sólo una de mamíferos se las arregló para seguir existiendo.

—Sus datos no son correctos —observó Háfner—. Son cuatro las especies; varían en tamaño entre el de una ardilla y el de un búfalo acuático.

—Es una sola —repitió Marín firmemente—: las cuatro son la misma. Si aumentan los suministros de alimento para los animales, su prole tendrá un tamaño mayor. Por el contrario, si el alimento se torna escaso en cualquier categoría, la generación siguiente, que parece poder ser reproducida instantáneamente, aparece con las características apropiadas para las nuevas condiciones de alimentación.

—Los ratones —dijo Háfner lentamente.

MARÍN completó la frase.

—Los ratones no estaban aquí cuando llegamos. Nacieron de los omnívoros del tamaño de ardillas.

Háfner preguntó:

—¿Y las ratas?

—Surgieron del tamaño inmediato, mayor. Después de todo, nosotros somos también parte de su medio ambiente..., quizás la parte más difícil que hayan tenido que enfrentar.

Háfner era hombre práctico, capaz de administrar bien una colonia. Su especialidad no era la de los conceptos y teorías.

—¿Mutaciones, entonces? Pero yo pensé...

El biólogo sonrió con una contracción rígida y artificial de las comisuras de sus labios.

—En la Tierra, eso sería mutación. Aquí es nada más que una mera evolución normal de adaptación al medio —sacudió la cabeza—. Nunca se lo dije, pero sabrá que los omnívoros, aun-

que se los podría confundir con algún animal terrestre, no tienen ni genes ni cromosomas. Evidentemente, tienen herencia; pero cómo se produce, no lo sé. Como quiera que sea, responde mucho más a las condiciones externas que cualquier otro ser que hayamos conocido hasta ahora.

Háfner asintió para sus adentros.

—Entonces nunca nos salvaremos de las pestes —se restregó nerviosamente las manos—, a no ser, es claro, que liberemos al planeta de toda vida animal.

—¿Polvo radioactivo? —preguntó el biólogo—. Han podido sobrevivir a peores enemigos.

El jefe consideró las alternativas.

—Quizás debiéramos abandonar el planeta y dejárselo a los animales.

—Ya es tarde —respondió el biólogo—. Se trasladarán a la Tierra y a todos los planetas en los cuales nos hemos instalado.

Háfner lo miró. Se imaginó las mismas cosas que Marín. Tres naves habían sido enviadas a colonizar Planicie. Una de ellas había quedado para los colonos como medio de salvación en caso de que algo imprevisto sucediera. Dos habían vuelto a la Tierra llevando la noticia de que todo estaba bien y de que hacía falta más equipo. Pero también habían llevado algunos especímenes del planeta.

Las jaulas de esos seres eran seguras. Pero especies de un tamaño menor podían salir de ellas, y ya lo debían de haber hecho, habitando, sin ser percibidas, los depósitos de la nave.

No podían hacer nada para interceptar las espacionaves. Y una vez que alcanzaran la Tierra, ¿ignorarían los biólogos lo que habían traído? Seguramente que sí, durante algún tiempo. Primero aparecería una nueva clase de ratas. Una mutación se encargaría de ello. Sin conocimiento específico, no habría manera de relacionarla con

Amor, amor, amor

¿QUÉ importancia tiene el afecto paterno en el desarrollo de los niños? Todavía los psicólogos no han podido ponerse de acuerdo al respecto; pero experimentos hechos con ratas demuestran que aquellas a las que se acaricia y palmotea cuando son pequeñas, se hacen más gordas y grandes que sus hermanas, al llegar a la mayoría de edad

los especímenes traídos de Planicie.

—Nos tenemos que quedar —dijo el biólogo—. Debemos estudiarlos, y aquí es donde lo podemos hacer mejor.

Pensó en los enormes conjuntos de edificios de la Tierra. Eran demasiado grandes el capital y los esfuerzos invertidos en ellos como para destruirlos y reconstruirlos a prueba de alimañas. Además hubiera sido imposible sacar los millones de personas que los habitan, hasta construir los nuevos.

Estaban comisionados en Planicie, no como una colonia, sino como un gigantesco laboratorio. Para cuando las propiedades destructivas del omnívoro se hubieran finalmente determinado, quizás se habría ganado un planeta pero perdido el equivalente de otros diez.

Una tos áspera y animal interrumpió los pensamientos del biólogo. Háfner levantó rápidamente la cabeza y miró por la ventana. Con los labios rígidos descolgó un rifle de la pared y salió corriendo. Marín lo siguió.

EL jefe se dirigió hacia el campo donde estaba madurando la segunda cosecha acelerada. Se detuvo en la cima de una loma y se arrodilló. Movié el dial hasta el punto de carga máxima, apuntó y disparó. El proyectil pasó demasiado alto. El animal se perdió en el campo. Una mancha humeante apareció en la vegetación verde.

Apuntó más cuidadosamente y disparó de nuevo. La descarga hizo salir un chillido del matorral. Había dado en la pata posterior del animal. La bestia dió un salto en el aire y cayó muerta y chamuscada.

Se detuvieron frente al animal que Háfner había matado. Salvo la falta de manchas, era bastante parecido a un tigre. El jefe lo movió con la punta del pie.

—Echamos a las ratas del depósito y se van hacia los campos —murmuró—.

Las perseguimos con perros y se convierten en tigres.

—Más fáciles que las ratas —dijo Marín—. Podemos dispararles — se agachó al lado de la perra destrozada, junto a la cual habían sorprendido al enorme gato.

El otro perro vino gimiendo desde la otra punta del campo hacia el que había corrido para salvarse. Era un perro valiente, pero no podía enfrentar al gran carnívoro. Lloriqueó y lamió la cabeza de su compañera.

El biólogo levantó a la perra lacerada y se dirigió al laboratorio.

—No podrá salvarla —dijo Háfner tristemente—. Está muerta.

—Pero los perritos no, y los necesitaremos. Las ratas no desaparecerán simplemente porque hayan aparecido los tigres.

La cabeza del animal colgaba inerte sobre el brazo de Marín, cuyas ropas se mancharon de sangre. Háfner lo acompañaba subiendo la colina.

—Hemos estado aquí tres meses —expresó de pronto el jefe—. Los perros han estado en los campos sólo dos. Y sin embargo, el tigre no era ningún cachorrito. ¿Cómo puede explicarse eso?

Marín se encorvó por el peso de la perra. Háfner nunca comprendería su aturdimiento. Como biólogo todos sus conocimientos se iban al suelo. ¿Qué explicaba la teoría de la evolución? Era la historia de la materia orgánica en un mundo particular. Fuera de ese mundo, podría no tener aplicación.

Aun sobre sí mismo había muchas cosas que el hombre no conocía, lagunas del conocimiento que las teorías debían simplemente pasar por alto. A veces su ignorancia sobre otras criaturas era ilimitada.

El nacimiento era una cosa sencilla; ocurría en innumerables planetas. Débiles criaturas ruminantes, feroces carnívoros, los animales más increíbles da-



ban luz a sus pequeños. Sucedió en todos los tiempos. Y los cachorros crecían, se hacían adultos y buscaban pareja.

Se acordó de aquella tarde en el laboratorio. Fué accidental. ¿Qué habría pasado si no hubiese estado para presenciarlo? No habrían podido conocer lo poco que sabían.

Se lo explicó cuidadosamente a Háfner.

—Si el índice de supervivencia es alto y hay gran disparidad en el tamaño, puede ser que los jóvenes no necesiten ser nunca jóvenes. ¡Quizás nazcan como adultos, en la plenitud de sus facultades!

LA colonia progresaba aunque no con el ritmo que tuvo al principio. Se frenó el crecimiento de los cultivos acelerados y se plantaron selecciones más diversificadas. Se levantaron nuevas edificaciones, y las reservas se acumularon en capas delgadas para facilitar su inspección.

Los cachorros sobrevivieron y en un año fueron adultos. Después de un

adiestramiento adecuado, se los soltó en el campo donde se unieron a los perros más viejos. La batalla contra las ratas continuó. Se las pudo detener, aunque el daño que causaban era considerable.

El animal original, sin cambiar de forma, desarrolló una avidez muy grande por las aislaciones eléctricas. Ya no había protección, salvo hacer funcionar la usina en forma continua. Aun así, hubo interrupciones molestas hasta que el cortocircuito fué descubierto y reemplazado el cable pelado. Se tuvo que vigilar cuidadosamente a los vehículos y estacionarlos únicamente en edificios a prueba de sabandijas. La plaga no aumentaba en número, pero tampoco podía ser eliminada.

Hubo una invasión de tigres, pero, como eran animales grandes, fueron pronto muertos a tiros. Se acercaban arrastrándose durante la noche, de manera que los colonos tuvieron que montar guardia alrededor de la torre. Donde los rayos de luz no llegaban, se utilizaban los infrarrojos. A medida que los tigres aparecían, iban siendo eli-

minados. Salvo el primero, ningún otro perro murió.

Los tigres sufrieron un cambio, aunque no en su forma. Externamente seguían siendo grandes, fuertes y poderosos matadores. Pero a medida que progresó su exterminio, Marín pudo notar un hecho asombroso: su estructura orgánica interna se fué haciendo cada vez menos desarrollada.

En el último que le trajeron para examinar, era equivalente a la de un cachorro recién nacido. Su pequeño estómago era más apropiado para la digestión de leche que de carne. De dónde había sacado la energía necesaria para mover los músculos, era un misterio... Pero los había movido, por lo menos en esos peligrosos quince minutos antes de que lo mataran.

Ése fué el último tigre que mataron. Después cesaron los ataques. Las estaciones pasaron sin que se produjera nada nuevo. Una civilización de espaciautas, o al menos parte de ella, representada por los colonos, parecía haber superado a esa criatura a la que Marín había denominado "omnimal", que había surgido de un pasado lleno de cataclismos, pero no podía enfrentar el desafío de un ambiente más hostil. Por lo menos eso parecía.

TRES meses antes de que llegaran los nuevos colonos fué detectado otro animal. Faltaban alimentos en los campos. El nuevo ejemplar no era otro tigre: los tigres son carnívoros. Tampoco eran ratas, pues las parras estaban arrancadas y no roídas.

La comida no era importante; la colonia tenía almacenada una cantidad suficiente. Pero si el nuevo animal significaba una plaga, era necesario saber cómo evitarla. Cuanto más pronto conocieran de qué tipo era, mejor podrían preparar las defensas.

Los perros eran inútiles. Veían

por los campos donde se los soltaba, sin atacar al nuevo animal; ni siquiera parecían darse cuenta de que se encontraba allí.

Los colonos reiniciaron sus guardias pero la criatura se evadía de ellos. Patrullaron durante una semana y no la pudieron encontrar.

Háfner los hizo retirar del campo más frecuentado por la plaga e instaló un sistema de alarma. Pero el animal se dio cuenta de su existencia y trasladó su radio de operaciones a otro campo donde el sistema no estaba instalado. El jefe conferenció con el ingeniero, quien creó un tipo de alarma que reaccionaba a la radiación de los cuerpos. Se lo enterró en el primer campo mientras el sistema anterior era llevado a otro lado.

Dos noches más tarde, al amanecer, esta alarma funcionó. Marín encontró a Háfner en el límite del campamento. Ambos llevaban rifles. Fueron caminando, ya que el ruido de un vehículo podía ahuyentar al animal. Describieron un círculo y se aproximaron por la parte posterior del campo. Los colonos que se hallaban en campos vecinos fueron puestos sobre aviso. Estaban dispuestos a intervenir en caso necesario.

Se arrastraron silenciosamente entre la maleza. El animal estaba comiendo en el campo, sin hacer ruido; no obstante lo podían oír. Los perros no habían ladrado. Se acercaron muy lentamente. El sol azul de Planicie brillaba ya en el firmamento, iluminando completamente los cultivos. El arma de Háfner cayó de sus manos. Apretó éste los dientes y la levantó nuevamente. Marín lo contuvo con el brazo.

—No dispare —le susurró.

—Yo soy el jefe aquí. Ese animal es peligroso.

—Es peligroso —convino Marín, todavía en voz baja—. Por eso mismo no debe disparar. Es mucho más peligroso de lo que usted imagina.

Háfner dudó por un instante, y Marín continuó:

—El omnimal no podía competir con el medio que lo rodeaba y por ello evolucionó en ratón. Como tal lo detuvimos y se transformó en rata. Lo detuvimos nuevamente y apareció el tigre. El tigre fué el más inofensivo para nosotros. Por eso lo pudimos eliminar durante un tiempo. Pero en realidad no sucedió así. Un nuevo animal se estaba formando, y un ejemplo de éste último es el que usted ve allí. Dos años tardó el omnimal en desarrollarlo... ¿Cómo? No lo sé. En la Tierra, el proceso similar se llevó a cabo en un millón de años.

Háfner no había bajado el rifle y no parecía tener intenciones de hacerlo.

—¿No lo comprende? —urgió Marín—. No podemos destruir el omnimal ahora que ya está en la Tierra y en los demás planetas, en las áreas de depósitos de nuestras grandes ciudades, disfrazado de ratas. Y si no hemos sido capaces de eliminar esas ratas terrestres, ¿cómo podremos exterminar al omnimal?

—Una razón más para comenzar ahora mismo —la voz de Háfner parecía aplastada.

Marín lo obligó a bajar el rifle.

—¿Son estas ratas mejores que las nuestras? —preguntó cansadamente—. ¿Ganarán nuestras plagas, o serán superiores las suyas? ¿Harán la paz entre ellas, uniéndose y entrecruzándose, haciéndonos luego la guerra? No es

imposible: el omnimal lo puede realizar si su coeficiente de supervivencia al entrecruzarse es alto. ¿No lo comprende todavía? Hay una progresión. Después de producir al tigre, produjo esto. Si esta evolución falla matándola nosotros, ¿qué tipo de animal creará luego? Creo que con estas criaturas podemos competir. *A la que viene después, es a la que no quiero enfrentar.*

EL animal los oyó. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Se fué escurriendo lentamente hacia un bosquecillo donde se cobijó.

El biólogo se puso de pie y lo llamó nuevamente. La criatura se deslizó entre los árboles y se detuvo donde las sombras casi lo ocultaban. Los dos hombres dejaron caer sus rifles y se aproximaron al bosquecillo con los dos brazos extendidos, mostrando que no llevaban armas.

El ser salió para encontrarse con ellos. Iba desnudo; no había tenido tiempo de aprender a vestirse. Tampoco tenía armas. Arrancó una gran flor blanca de un árbol y se la extendió como signo de paz.

—Quisiera saber qué es —dijo Marín—. Parece adulto; pero, ¿podrá serlo completamente? ¿Qué habrá dentro de ese cuerpo?

—Yo quisiera ver lo que hay dentro de su cabeza —le respondió Háfner preocupado.

El animal se parecía mucho a un hombre. ♦

¡Guerra al moho!

Se ha conseguido la fabricación de un nuevo cemento que evita la formación de moho en las paredes, por más que éstas estén expuestas a la humedad. Dicho material se obtiene adicionando al cemento común un compuesto de cobre, que además tiene un color muy bonito y evita en ciertos casos la necesidad de pintura. Un problema menos para las casas del futuro.

LA VIDA

EN EL UNIVERSO

por GRON AGUIRRE y ANGEL GIDE

VI. LOS PLANETAS GIGANTES

LOS planetas más cercanos al Sol (Mercurio, Venus, Tierra y Marte), llamados planetas terrestres, son verdaderos enanos comparados con los planetas llamados exteriores, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Plutón, el último de la serie, es más pequeño y menos conocido.

Los planetas terrestres pueden encerrarse dentro de un círculo de aproximadamente 220 millones de km de radio, con el Sol en su centro; forman así una pequeña familia estrechamente unida, separada por enormes distancias de los planetas gigantes: en efecto, la distancia entre Marte, el más externo entre los planetas terrestres, y Júpiter, el más próximo entre los planetas gigantes, es de más de 500 millones de km.

Nuestro conocimiento de los planetas gigantes es relativamente escaso. Existe entre ellos una semejanza que nos parece muy grande en vista de la

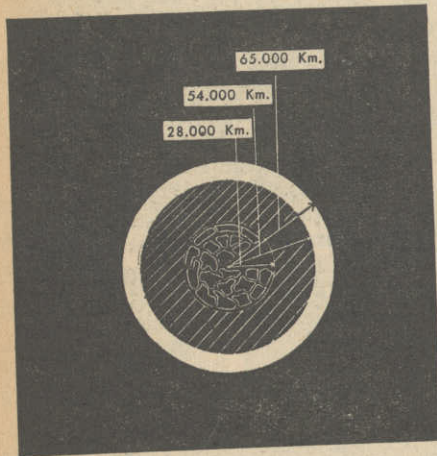
imperfección de nuestros conocimientos. En realidad, cada uno de ellos tiene particularidades propias y profundas diferencias físicas y químicas; sin embargo, parece probable que la diferencia que existe entre los planetas gigantes, en su conjunto, y los planetas terrestres, sea mucho mayor que la diferencia que existe entre cada uno de los primeros. En otras palabras, esto significa que debe de existir cierto parecido entre las condiciones ecológicas de los distintos planetas gigantes, aunque, sin duda alguna, ellos son mundos completamente alejados de nuestra realidad.

UN elemento muy importante es que la velocidad de escape en los cuatro planetas gigantes es elevada. Esto quiere decir que ninguno de los gases más pesados y pocos de los gases más livianos pueden haberse escapado de sus atmósferas, aun suponiendo que

Observando Saturno desde una de sus lunas, el más hermoso de los planetas aparece en toda su espectacular belleza, luminoso contra el fondo negro del cielo.

hace mucho tiempo existiera en ellos una temperatura mucho más alta. En consecuencia, los planetas gigantes han conservado sus atmósferas iniciales sin variaciones sustanciales. Siendo común su origen, sus densas atmósferas son similares, y como nosotros, desde la Tierra, solamente podemos ver su parte más externa, los cuatro planetas se nos presentan muy parecidos y, en este estudio, pueden ser considerados todos juntos.

Otra característica común a todos los planetas gigantes es que su densidad es baja, pero que la gravedad en su superficie es mucho más grande que en la Tierra. Estos dos elementos determinan condiciones ambientales sumamente diferentes de las existentes sobre los planetas terrestres: en efecto, la baja densidad significa que en estos mundos existen una inmensa atmós-



La estructura de Júpiter. Alrededor del núcleo central, metálico y pesadísimo, se extiende una capa de hielos recubierta a su vez por una atmósfera líquida, semilíquida y, en su parte más alta, gaseosa. La atmósfera es tan tupida que impide la llegada de los rayos solares a los inmensos océanos del planeta, formados por gases líquidos.

fera y enormes cantidades de líquidos, mientras que el núcleo sólido es reducido. Por otro lado, la gravedad tan alta causada por la enorme masa de los planetas, quiere decir que los gases, a raíz de la enorme presión a que están sometidos, se encuentran en estado líquido o hasta sólido. No es fácil figurarse un mundo así, donde un hombre se vería aplastado bajo el peso de sí mismo, y sus pulmones deberían respirar una atmósfera que tiene la misma consistencia de una pared de cemento...

Como Júpiter es el mejor conocido, en cuanto es el menos alejado y el mayor, y en vista del parecido que existe entre todos los planetas gigantes, muchos de los resultados de las observaciones que se han hecho sobre él se aplican por afinidad a los demás planetas gigantes. La estructura de Júpiter, según las más recientes observaciones e hipótesis, consiste en un núcleo central, más bien pequeño, muy denso, recubierto por una capa esférica de hielo o de algo parecido al hielo, sobre la cual flota una enorme atmósfera de densidad decreciente y de composición variable según la distancia al centro. Las enormes nubes de metano y de amoníaco, que flotan en la parte más externa del planeta, impiden la llegada de los rayos solares, de manera que en las capas inferiores de la atmósfera gaseosa o semilíquida la temperatura es casi invariable y sumamente baja.

LA pequeña cantidad de energía solar que llega hasta el planeta, la inconcebible presión atmosférica, la ausencia de oxígeno, de óxido de carbono y de vapor de agua, y la presencia de gases venenosos como el metano y el amoníaco, son los argumentos usuales que se presentan cuando se quiere negar la posibilidad de vida en estos planetas. Pero la verdad es que



El enano y los gigantes. Al comparar el tamaño de los planetas mayores con el de la Tierra, las ambiciones de dominio del hombre sobre todo el sistema solar pueden parecer excesivas.

sabemos demasiado poco; demasiado poco para afirmar categóricamente que existe vida en los planetas gigantes; demasiado poco para negarlo; demasiado poco para aventurarnos a imaginar sus características. La vida es un misterio en la Tierra, donde tenemos infinitas posibilidades de estudiarla, ana-

lizarla, tocarla, medirla, verla y sentirla: ¿cómo atreverse a describir la vida que se desarrolla debajo de la espesa capa de nubes de los mundos gigantes que con el mejor de los instrumentos nos aparecen como pequeños discos luminosos?

Lo que podemos afirmar es que la



vida, como tiene formas conocidas por nosotros, puede tener otras formas desconocidas, que permitan su desarrollo triunfal en mundos que nos parecen hostiles y que son completamente diferentes de todo lo que nosotros hemos visto de lejos o de cerca, de todo lo que estamos acostumbrados a pensar como real o como posible.

DE suma importancia es la comprobación de que, en nuestra acogedora y tibia Tierra, tan diferente de los helados mundos gigantes de Júpiter a Plutón, existen elementos vivos que se desarrollan y se reproducen en ambientes cuyas características se acercan a las condiciones que imperan en los planetas gigantes. En primer lugar, la temperatura de 140° bajo cero, o hasta más baja, no es absolutamente incompatible con la vida, sino que representa tan sólo un "relentisseur" de las funciones vitales primarias. En la Tierra hay organismos capaces de resistir temperaturas aun más bajas, como es el caso de ciertas bacterias que no son destruidas por un tratamiento con helio líquido (-268°C bajo cero). En 1953, mediante técnicas muy especiales, se ha podido hacer revivir un embrión de pollo sometiéndolo primero a un baño de nitrógeno líquido (-160°C) y luego a una solución de tyrode.

Si la altísima presión existente en los planetas gigantes haría imposible la vida de un ser humano, ello no puede ser considerado como un factor decisivo enemigo de la existencia. Una reciente expedición danesa a la Hoya de las Filipinas ha encontrado peces a varios miles de metros de profundidad y ha extraído bacterias del fondo sub-

marino (10.600 m) que viven bajo una presión de 1.000 atmósferas y a casi 0° de temperatura.

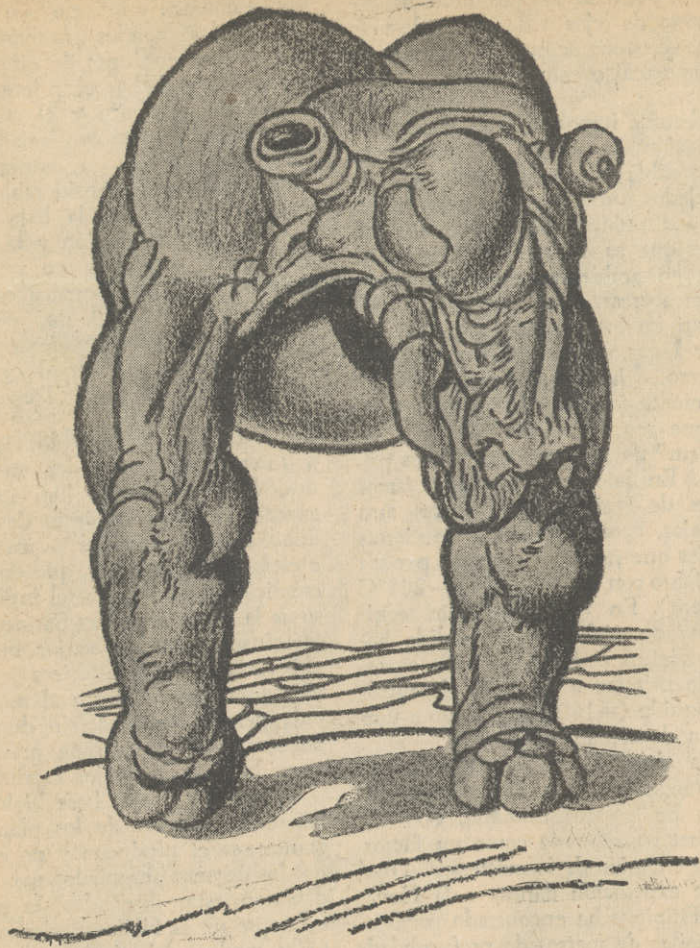
Ultimamente, además, se ha puesto en duda la existencia de gases venenosos (amoníaco y metano) en la atmósfera de los grandes planetas: parecería ser que en lugar de ellos hubiera hidrógeno y helio, el primero de los cuales no es tóxico y el segundo es inerte. Si ello fuera confirmado, las posibilidades de vida en los grandes planetas aumentaría considerablemente.

En consecuencia, la baja temperatura, la enorme presión y la composición de la atmósfera no pueden ser consideradas impedimentos categóricos para la vida. Es evidente, por otro lado, que las especies vivientes en esos planetas deben de ser diferentes de todo lo conocido en la Tierra.

LA fantasía ha poblado a estos planetas con personajes muy extraños. Para Júpiter se han imaginado especies de seres vivientes de enormes dimensiones, parecidos a rinocerontes o elefantes gigantes, que estarían en condiciones de soportar el inmenso peso de la atmósfera. Para Saturno se han imaginado seres de varios metros de alto, con cuerpos esféricos y piernas más duras que el acero al molibdeno, etc.; pero la realidad, sin duda, debe de ser aun más extraña que la más atrevida fantasía de los escritores.

Es posible que la base biológica de los seres vivientes de los planetas gigantes sea el nitrógeno y no el oxígeno; los órganos apropiados para ese gas deberían estar diseñados de una manera que no es fácil concebir, pero, de todos modos, deberían responder a la condición de poseer una enorme su-

El extraordinario mundo de Júpiter, en la visión del artista R. T. Crane. Las increíbles montañas de gases al estado sólido tienen coloraciones fantásticas. Nubes pesadas recorren el cielo oscuro, y las estructuras maravillosas de las montañas parecen inmensas ruinas de templos flotantes en un océano de ensueño.



En Júpiter, según ciertos escritores fantásticos, vivirían seres inteligentes, de coníxtura muy pesada, apta para resistir la enorme presión atmosférica, parecidos a mamutes o a elefantes, pero dotados de sólo dos piernas, aunque bien sólidas.



Los "elegantes" habitantes de Saturno, según la fantástica inspiración de Edd Cartier. Sus piernas serían más duras que el acero, para poder sostener el enorme peso del cuerpo.



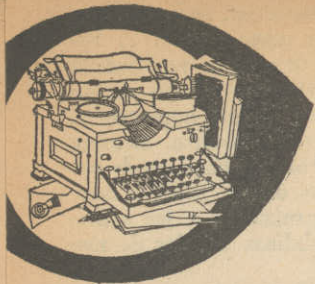
Así serían los habitantes de Calisto, uno de los satélites de Júpiter, según la artística fantasía de Edd Cartier. Su inteligencia estaría muy desarrollada, y se parecerían a los hombres de la Tierra en sus manifestaciones intelectuales y artísticas.

perficie de captación. Como la gravedad en esos planetas es tan grande, los seres vivientes deberán tener una forma achatada, lo que les permitiría también flotar más fácilmente en la atmósfera semilíquida de sus planetas. Como viven en la eterna sombra de las espesas nubes que no dejan filtrar la luz solar, no tendrían ojos, pero tendrían sentidos de percepción de otra clase, como, por ejemplo, un oído muy refinado o un olfato supersensible. Puede ser que en Júpiter, entre las montañas de gases sólidos, flotantes en los océanos de gases líquidos como enormes témpanos coloreados (que serán un espectáculo indescriptiblemente fantástico para los primeros hombres que los visiten), se desarrolle una vida de características inconcebibles. Quizá esté organizada en distintos niveles, existiendo una diferenciación muy definida entre los habitantes de las diversas alturas de la atmósfera, y un intercambio muy limitado entre

ellos. En un mundo así, realmente podría hablarse de capas sociales... Solamente unos pocos seres tendrían la posibilidad de vivir en niveles distintos, y serían ellos los más importantes, los dominadores del planeta, siempre ocupados, como activos hombres de negocios, en viajar de un nivel a otro, vigilando la organización y las actividades de sus súbditos, dotados de menor movilidad.

SABEMOS demasiado poco respecto a los satélites de los planetas gigantes y no poseemos elementos de juicio acerca de la posibilidad de vida en ellos. En algunos parece haber atmósfera, y posiblemente vida. Se han imaginado muchas cosas acerca de ellos: enormes minas de diamantes, fuentes radiactivas, formas extrañas de seres vivientes y de plantas, organizaciones sociales utópicas, rivalidades entre los habitantes de los satélites por el dominio del planeta... ✦

En el próximo número: **MÁS ALLÁ DEL SISTEMA SOLAR**



CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

Bobby tiene 3 años

Señor director:

Recién terminé de leer "Bobby tiene tres años" (MÁS ALLÁ, N° 14) y, antes de que me pase el entusiasmo, me apresuro a escribirle. Me agradó sobremanera... ese cuento. Para mí no me fué extraño ni difícil. Simplemente, es lo mejor que he leído hasta ahora en su revista.

MARGARITA GUNTHER CAMIHORT (Guernica.)

Marte

Señor director:

Hugo Gernsback ha escrito algo memorable. El suyo es el Marte que siempre he soñado; pero nunca hubiera esperado encontrarlo descrito con tal perfección y lógica... He leído "La exploración de Marte" (MÁS ALLÁ, N° 15) con verdadera fruición. Lástima que las informaciones auténticas que recibiremos de los primeros auténticos exploradores de Marte serán, con toda seguridad, mucho menos interesantes y entretenidas...

JESÚS BERNARDI (Buenos Aires.)

Venus para las mujeres

Señor director:

El cuento "Venus, mundo para hombres" (MÁS ALLÁ, N° 16) es una vergüenza... Hablo en nombre de todas las mujeres por cuyas venas corre sangre y no agua... Es una vergüenza, repito, que una revista, al parecer imparcial, que habla de igualdad entre los hombres, escriba un artículo tan ultrajante para las mujeres y que pone a los hombres en la posición de héroes medievales y de semidioses. Parece que el señor William Tenn no conoce bastante el alma femenina cuando habla de engañarla, o quizá trata de captarse la simpatía de la mayoría de los lectores, de los hombres a quienes la vanidad ciega por el miedo a una posible competencia...

ANA ROSEN (Buenos Aires.)

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada mes. Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 884, Bs. As.

Señor director:

Desde el primer número he leído su extraordinaria revista, que me ha encantado con sus novelas y cuentos... Es por eso que, al comenzar a leer "La exploración de Marte", me extrañó que se hubiera publicado ese artículo. Y mi extrañeza aumentó al ver que página tras página se sucedía toda una bonita serie de tonterías... He leído el artículo dos veces para tratar de entenderlo, de encontrarle un fondo, pero no lo pude hallar. Felizmente, las ingenuas pretensiones de sensacional noticia son destruidas por los nombres de los "eminentes físicos" que acompañaron a nuestro héroe Grego Banshuck. Sus nombres se han formado con las letras del nombre del autor. De esta manera el lector tiene la certeza de que está leyendo una aventura con personajes imaginarios...

... Parece que haya un complot de autores para hacernos quedar como el último escalón en la escalera de las razas del Universo. Si mis cálculos son correctos, es la vigésima cuarta vez que me entero de que somos, nosotros los humanos, la raza más abyecta, más sanguinaria y más violenta del mundo... lo último de lo último...

OMAR KAZAN (Buenos Aires.)

****La fantasía científica no denigra la raza humana, la representa tal como es. A veces, las razas extraterrestres poseen, en la intención de los autores, cualidades deseables. Las utopías son de todos los tiempos, y la descripción de sociedades utópicas ha servido, desde que los hombres razonan, para señalar posibilidades, esperanzas, advertencias y peligros.*

Autores viejos, editoriales nuevos

Señor director:

... Su editoriales son una excelente introducción para cada uno de sus números, y me parecen imposibles de mejorar... Usted debería dar acogida en sus páginas a aquellos autores de épocas pasadas que hayan escrito sobre fantasía científica... por el contraste que surgiera en la comparación entre los de entonces y los de ahora.

GUMERSINDO VIÑEGLA ARACÓN (Madrid.)

El experimento

Señor director:

¿Punzante? Es poco decir, al definir "El Experimento" (MÁS ALLÁ N° 16). Nunca he leído un cuento que destruya tanto en tan pocas palabras. Es perfecto. Lo he leído cuatro veces, y el espejismo increíble de esa máquina —"un modelo experimental en escala reducida"— me emociona cada vez más. Temo volverme loco. El profesor que hace desaparecer el universo representa admirablemente a la humanidad que, en una carrera desenfrenada, ciega y sin rumbo, en pos de lo desconocido, juega con las cosas más grandes y más peligrosas, hasta desaparecer sin motivo alguno, por una simple jugarreta irresponsable... Adjunto

un giro postal para suscribirme por un año... Un solo cuento como "El Experimento" vale mucho más que el costo de una suscripción.

GABRIEL S. SALVATERRA (Buenos Aires.)

***MAS ALLA mantiene bajo estricto control los modelos experimentales, y hará todo lo posible para evitar la desaparición del Universo mientras haya suscriptores.

respuestas de la sección científica

La afinidad

¿Cuál es la naturaleza de la afinidad, según la teoría electrónica?

EDUARDO ESPER (Salta.)

La teoría electrónica no encara el problema de la afinidad, debido a que éste es un concepto termodinámico. La termodinámica ha definido la función afinidad, y, haciendo uso de la noción de "grado de avance", puede determinar cuál es el sentido de una reacción posible y calcular su afinidad en un estado instantáneo del sistema. Este cálculo requiere conocer las "funciones de partición" características de cada clase de moléculas, con las cuales puede calcularse la constante de equilibrio de una reacción reversible entre gases, y con ella la afinidad de una reacción. En la revista "Ciencia e Investigación", publicada en esta capital por la "Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias", en los números de abril y mayo de 1954 se publicó un artículo sobre la afinidad, que quizá sea provechoso para usted. Se lo recomendamos.

Después de Plutón

¿Podría ser que después del planeta Plutón hubiera otros planetas desconocidos hasta el momento?

ARNOLDO DIEGO PEÑA (Capital.)

Sí, podría ser; pero, como Plutón mismo ya es difícil de observar, con mayor razón lo sería un planeta que

estuviera más lejos. Además, si existiera, tendría que ser bastante pequeño; pues no siendo así, se habrían observado las perturbaciones que produjera en la órbita de Neptuno.

Curvatura del espacio

¿Qué es eso de los "misteriosas propiedades de finitud y curvatura del espacio, que le asignan ciertas teorías físicas? ¿Cuáles son las teorías?

ROBERTO F. CUNNINGHAM (h.)
(Eva Perón, Buenos Aires.)

La teoría general de la relatividad, de Einstein, supuso: que el espacio no tiene por qué ser euclidiano y que, en las proximidades de masas, no lo es; que el espacio posee curvatura, y que incluso puede ser finito. Que no es euclidiano significa que no tiene por qué valer el postulado de las paralelas, de Euclides. Que posee curvatura significa que debemos imaginar por lo menos una dimensión más (aparte de las ordinarias tres), para curvarlo según ella. Que es finito significa que su volumen no es infinito. Un ejemplo es el espacio esférico, de tres dimensiones. Es exactamente el análogo de la superficie de la esfera, pero tiene tres dimensiones. Una propiedad de él es que el volumen que encierra a una distancia doble de otra, no es 8 veces mayor (como sería en el caso de ser euclidiano), sino menor. En MAS ALLA aparecerá pronto un artículo sobre estas cuestiones.

Satélites retrógrados

¿Cuál es la causa por la que ciertos satélites giran en sentido retrógrado?

F. RAMOS (Ciudadela.)

Porque sus órbitas se han inclinado más de 90° respecto de las de sus respectivos planetas, sea durante la formación del sistema solar o con posterioridad, a consecuencia de perturbaciones de otros planetas.

Estaciones espaciales

¿Cuál es la altura orbital máxima a que puede construirse una estación espacial terrestre?

ROBERT E. CUNNINGHAM (h.)
(Eva Perón, Buenos Aires.)

Piense en que la Luna es un satélite de la Tierra y que está situada a 400 mil kilómetros; su período son 27 días y 1/2. Es claro, pues, que teóricamente no hay límite. Es cuestión, en cada caso, de calcular qué velocidad respecto de la Tierra necesita tener el satélite.

Diferencias de gravedad

¿Por qué no hay diferencia de gravedad en la Tierra, tratándose de la fuerza centrífuga? ¿O ésta no existe?

LUIS GÓMEZ (Mendoza.)

Sí, hay diferencia de gravedad en distintos puntos de la superficie terrestre. Aumenta del Ecuador a los polos. La rotación de la Tierra da lugar a la acción de una fuerza "axifuga", dirigida perpendicularmente al eje de ro-

tación del planeta; fuerza que es necesario componer con la de atracción de la Tierra. La resultante es la vertical física (dirección de la plomada). Si la Tierra girara con velocidad angular 17 veces mayor, su fuerza axifuga en el Ecuador compensaría a la atracción, y los cuerpos carecerían allí de peso.

Zodiaco

El Zodíaco se compone de 12 constelaciones; pero no siempre fué así, porque según tengo entendido, el signo o constelación de Libra es nuevo, aunque conocido de egipcios y griegos. Quisiera saber en qué fecha aproximada fué incorporado este signo o constelación al Zodíaco.

JUAN MEDINA (Capital.)

En efecto, los griegos Eudoxio, Eratóstenes, Hiparco, etc., conocían solamente once signos zodiacales, aun cuando uno de ellos, el Escorpión, desempeñaba un doble papel a través de las 7ª y 8ª divisiones. Libra, o la Balanza, que indica la igualdad del día y de la noche, fué mencionado por primera vez como el signo del equinoccio de "otoño" (hemisferio norte), por Geminus y Varrón, pero no obtuvo reconocimiento "oficial" hasta la época de Julio César (45 a. de J. C.), quien, por consejo del astrónomo Sosígenes de Alejandría, decretó el calendario Juliano de 365 días (366 cada cuatro años). No obstante, la constelación de Libra se conocía desde mucho antes, y es casi seguro que tuvo origen en Caldea. Ptolomeo la incluía en sus 48 asteriscos.

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: E. — A pesar de que este agente era conocido hace bastante tiempo, sólo en los últimos meses se lo logró individualizar sin lugar a dudas. (MAS ALLÁ publicó en el número 15 una reproducción de la primera fotografía del virus).

Respuesta Nº 2: B. — La aceleración de la gravedad en la superficie del Sol es exactamente 27,6 veces de lo que es en la superficie de la Tierra. Por tanto, la misma relación existe entre los pesos de dos cuerpos.

Respuesta Nº 3: A. — Actualmente se considera que el núcleo de la Tierra, de unos 6.400 kilómetros de diámetro, está formado por hierro en fusión, comprimido. Es probable que dicho núcleo contenga también cierta cantidad de níquel, oro y platino.

Respuesta Nº 4: A. — Cástor es la estrella más brillante de su constelación y por eso lleva la letra α en la clasificación corriente. Otra de

sus particularidades es la de ser cuádruple, es decir, constituir en realidad un sistema de cuatro estrellas en vez de la una que parece a simple vista.

Respuesta Nº 5: C. — El Australopithecus prometheus habitó hace un millón de años la zona del Transvaal, en África. Su andar no era erguido como el del hombre actual, pero ya conocía el uso del fuego.

Respuesta Nº 6: A. — El período de rotación de Mercurio es de 88 días, con lo cual está muy por encima de cualquiera de sus otros compañeros del sistema solar, a menos que Venus o Plutón, la duración de cuyos días es todavía un misterio, le salgan de competidores.

Respuesta Nº 7: B. — La edad mental se obtiene mediante un grupo de pruebas graduadas para cada edad. Los individuos normales deberían ser capaces de aprobar todas las pruebas correspondientes a los años que tienen.

Pintura termoscópica

ESTE es el nombre que ha recibido una nueva clase de pinturas, que tienen la particularidad de cambiar de color con la temperatura. Hasta ahora se han podido obtener cambios apreciables de color con variaciones de 25° C en la temperatura ambiente, lo cual permite utilizarlas para tener una idea de las temperaturas de hornos pintados con ellas. Pero nada nos impide suponer que en el futuro, cuando se afine un poquito la técnica, podamos disponer de casas que cambien su color de acuerdo con la hora del día o la estación del año de que se trate. La cuestión es evitar la monotonía.

EL SEÑOR PRESIDENTE

Lo eligieron por abrumadora mayoría; recibió congratulaciones a granel; pero todo fué inútil... ¡Aquél no era su destino!

por STEPHEN ARR

ilustrado por DICK FRANCIS

JORGE Wong estaba parado, pálido y silencioso, junto a la pantalla de televisión, oyendo los resultados de las elecciones. En su temblorosa mano derecha tenía una copa de champaña de pie muy alto.

El locutor continuó: "...los últimos recuentos de Venus, tomando en cuenta a la mitad de los distritos electorales, señalan tres mil cuatrocientos noventa y seis millones de votos para Wong, contra mil cuatrocientos millones para Thompson, mil cien millones para Miccio y novecientos millones para Kau. Estos resultados, sumados a los resultados ya casi completos de la Tierra y las primeras noticias de Marte, indican una votación ampliamente favorable para Wong como futuro presidente de la Unión Solar. Los dos mil

millones de votos de Ganimedes y Calisto, que se recibirán mañana a primera hora, no pueden afectar los resultados en forma apreciable. La campaña de las veinticinco vicepresidencias es menos clara. Es un hecho que Thompson, Miccio, Kau, Singh y Duvallier estarán entre los elegidos, pero en qué orden no lo sabemos todavía..."

Wong se inclinó y apagó la pantalla. Estaba agobiado. Se recostó sobre el mueble, al parecer demasiado cansado para moverse. Era un hombre delgado, de hombros angostos, frente muy alta y escaso pelo negro, con entradas. Sus ojos grandes, tristes, almendrados, su piel amarillenta indicaban que por sus venas corría un poco de sangre asiática.

—Lo lamento, realmente lo lamento.

to —dijo Miguel Thompson, poniendo amistosamente el brazo sobre los angostos hombros del candidato triunfante. Estaban solos en la sala del departamento que, en un hotel de Nueva Ginebra, habían tomado juntos por el tiempo que durara la campaña—. La gente ha elegido bien. Después de la espléndida obra que usted ha realizado, organizando la colonización de Io y de Europa, no podía ser nadie más que usted. Y por otra parte, tiene usted un cociente fantástico de responsabilidad: 9,6 sobre 10. De todos modos —añadió con un encogimiento de hombros y aire fatigado—, no lo tome tan a pecho. Parece que a mí me van a nombrar vicepresidente.

La sombra de una sonrisa se esbozó en la cara de Jorge Wong.

—Los que vamos a morir te saludamos —dijo, elevando la copa en un acerbo brindis ante la pantalla de televisión.

Thompson, el hombre que iba a ser vicepresidente, lo imitó en silencio.

—Por lo menos —dijo Wong suspirando y depositando la copa vacía sobre el aparato de televisión— yo no tengo familia. Piense usted en el pobre Kau; en Miccio... Con mujeres e hijos, ¡cómo deben de haber sufrido al saber que habían sido elegidos candidatos!... Bueno, supongo que lo único que me queda por hacer es irme a la cama y esperar a que vengan a buscarme mañana a primera hora. Buenas noches, Miguel.

—Buenas noches, Jorge —dijo Miguel Thompson, y se encaminó a su dormitorio.

—Lo siento —dijo nuevamente.

WONG ya se había desayunado y se había puesto un discreto traje negro para la inauguración, cuando sonaron los timbres, indicándole que venían a buscarlo. Lentamente se acercó a la puerta y la abrió.

—Buenos días, señor presidente —dijo el hombre que allí estaba, brindándole su famosa sonrisa. Jorge Wong reconoció en seguida a Alberto Grimm, el secretario privado de sesenta y tres presidentes previos. Alberto era uno de los numerosos empleados públicos que llevaban las riendas del gobierno hasta que los presidentes estaban en condiciones de tomar las medidas administrativas que de ellos se requerían.

—Buenos días, Alberto —dijo Jorge Wong—. Me temo que tendré que ponerme en sus manos estos primeros días. ¿Qué hay? ¿Vamos al palacio presidencial, para la inauguración?

—Sí, señor. Después de la inauguración iremos a la oficina. Toda la noche han estado llegando los pésames; pero supongo que usted no tiene interés en echarles un vistazo. Me parece que tendremos que ocuparnos en seguida de algunos de los problemas que han surgido desde que el presidente Réynolds dejó el cargo.

—¿Cómo está Réynolds? —preguntó Wong—. Lo conozco. Enseñaba en la universidad de Venus al mismo tiempo que yo. Era un gran tipo.

—Desgraciadamente, creo que no ha mejorado —dijo Alberto, meneando la cabeza—. Estamos haciendo todo lo que podemos; pero no quiere hablar ni con su esposa. Usted sabe lo difícil que es esto.

—Lo sé —dijo Wong.

Bajaron en silencio y se dirigieron hacia el helicóptero presidencial, que estaba estacionado frente al hotel. Había algunos guardias en las esquinas, pero no se veían peatones. Entraron al lujoso helicóptero, que se elevó suavemente bajo sus aspas horizontales y los transportó hasta el centro, aterrizando en el jardín del palacio presidencial.

Los recibió Herz, presidente de la corte de justicia, vestido con su toga azul. Les dió la mano y, de inmediato,

procedió a la toma del juramento.

—Jorge Wong —dijo—, ¿juras, como presidente de la Unión Solar, obrar en beneficio del pueblo de la Unión y de acuerdo con lo que creas ser justo, teniendo en cuenta que el bienestar de setenta y cinco mil millones de ciudadanos de la Unión depende de ti?

—Sí, juro —dijo Jorge Wong, con la garganta tan seca que apenas podía emitir las palabras.

Volvieron a darse la mano. Después, Alberto Grimm acompañó al presidente a través del jardín, hasta el palacio, y subieron al despacho que había servido ya a mil presidentes. Wong entró bastante nervioso. Era una pieza amplia y poco atrayente, amueblada con severidad. Se sentó en el sillón situado tras el gran escritorio de acero y empezó a abrir los cajones. Allí encontró un completo surtido de cintas para grabar, un grabador y demás accesorios. La mesa de despacho y todo lo que había en el cuarto era flamante. No observó ninguna huella de sus predecesores, y se alegró de que así fuera. "El Departamento de Psicología no se duerme", pensó.

—Mientras llevan el equipaje a sus habitaciones privadas, señor presidente —dijo Grimm desde la puerta—, ¿no querría usted que tratáramos un poco del problema de los niños?... Los embajadores de ellos han presentado un ultimátum y quieren hoy mismo la respuesta.

La ignición de la bomba H

PROBABLEMENTE, una pequeña bomba A es hasta ahora la única manera práctica de encender la bomba H: el calor desarrollado por ese "fulminante" atómico desencadena a su vez la explosión H. Pero algunos experimentos que se están realizando permiten esperar una nueva técnica, haciendo pasar altos voltajes por un alambre muy fino. Se habrían alcanzado así temperaturas de 35.000 grados. Algunos ciudadanos norteamericanos sostienen que todos estos sistemas son anticuados, desde la aparición de Marilyn Monroe.

El señor presidente frunció el ceño.

—¿Qué hay detrás de todo esto?

—Como usted sabe —empezó a explicar Alberto pacientemente—, hay un convenio tácito, que abarca toda la Galaxia, según el cual, si un sistema efectúa la conquista de un número excesivo de otros sistemas, una fuerza policial está en la obligación de subyugar a los conquistadores. Dado que, en realidad, hay una infinidad de sistemas en la Galaxia, y como cada conquistador limita con más y más sistemas a medida que se expande por el espacio, la conquista de la Galaxia es una total imposibilidad, en contraste con las antiguas conquistas unidimensionales que ocurrían en otros tiempos, en la superficie de nuestros planetas. De todos modos, los habitantes de Altaír D parecen haber iniciado una política de expansión ilimitada, que habrá de alcanzarnos con el tiempo.

—Me doy cuenta —dijo el presidente Wong, reforzando sus palabras con un movimiento de cabeza—. ¿A qué distancia están?

—La escuadra habrá de emplear dieciséis años en llegar allí. Permanecerán allí diez años y después volverán. Como la distancia es tan grande, mandaremos esta pequeña expedición.

EL presidente Wong miró la orden. Ya había sido firmada por el presidente Réynolds y por los ministros de Defensa y Relaciones Exteriores. Después de todo, cuarenta y dos años es mucho tiempo en la vida de un individuo, y sólo medio millón de hombres habían sido llamados, pues el deber de cada ciudadano era dar la vida por su planeta, si así se le pedía.

Con un movimiento impaciente, apretó el pulgar en el blando espacio de material plástico dedicado a la firma y lo mantuvo apoyado un instante, hasta que se endureció. Después echó la orden en una canastita con el si-

guiente membrete: CORRESPONDENCIA EXTERIOR.

Terminado su primer trabajo oficial, pudo haberse sentido contento, pero se sintió torturado por una sensación de culpa.

Después de todo, ¿quiénes eran los habitantes de Altaír D? ¿Cómo podía saber él que la acción ordenada era justa? ¿No era su deber analizar el asunto, enterarse de todos los antecedentes?

Pero aquello hubiera requerido días, y había que ocuparse de los ñíes, fueran quienes fueran.

Entraron los tres ministros. El presidente Wong se puso de pie y les dió la mano. No perdieron tiempo en preliminares y fueron inmediatamente al grano.

—Los ñíes —dijo el ministro de Comercio, un hombre grandote y rubicundo— exigen que alejemos de su sistema a nuestro planeta comercial. Alegan que el planeta es un grave peligro para ellos, pues podría ser usado para bombardear por control remoto cualquiera de los planetas de ellos. Nos amenazan con que, si no lo retiramos voluntariamente, lo van a atacar, y aquí están los embajadores, para tomar nota personal de nuestra contestación al ultimátum.

El presidente Wong sabía que en todo esto no había nada nuevo. Como las embarcaciones espaciales y los otros medios de comunicación viajaban con la velocidad de la luz, era ahora la costumbre enviar embajadores, y no mensajeros, cuando el asunto tratado era importante.

—¿Qué cree usted que podemos hacer? —preguntó el presidente Wong al ministro de Comercio.

MI opinión es que debemos ponerlos en su lugar —contestó el ministro de Comercio, y su grosero rostro se ponía cada vez más colorado—.

Al fin y al cabo, tenemos un millón de planetoides comerciales en la Galaxia. Si retrocedemos ahora, sentamos un precedente peligroso.

—De todos modos —dijo Wong, frunciendo el ceño—, no recuerdo haber oído hablar de planetoides comerciales en nuestro sistema.

—Claro que no, señor presidente —dijo el ministro de Relaciones Exteriores, hombre alto, delgado, distinguido, con ojos azules y pelo grisáceo—. Aquí no los permitimos, por la misma razón que los ñíes no los quieren dentro de su sistema. Los planetoides comerciales son tolerados en sistemas atrasados. Aparentemente, los ñíes no quieren que los tomen por atrasados. Mi opinión personal es que cometemos un error si no les concedemos lo que piden.

—¡Oh!, eso está muy bien, es muy noble y todo lo que usted quiera —dijo el ministro de Comercio, con aire irritado—. Pero yo me tengo que ocupar de alimentar a este sistema nuestro, que ya está sobrepoblado, y sé que, si no fuera por nuestro comercio espacial, nos moriríamos de hambre, y este comercio es llevado a cabo por los planetoides.

—¿Podemos proteger el planeta amenazado? —preguntó el presidente Wong al ministro de Defensa, que era bajo y delgado, de piel negra y pelo rojo vivo.

El ministro de Defensa meditó su respuesta.

—No lo haremos si ellos están dispuestos a pagar un precio muy alto para destruirlo —dijo finalmente—. Después de todo, está a treinta y tres años de distancia. Si bien podemos enviar allí una flota que llegue al mismo tiempo que los embajadores y antes de que ellos preparen un ataque, nos sería difícil, en cambio, mandar refuerzos y abastecimientos una vez que estalle la batalla. Pero sé de buena fuente que

una pequeña fuerza de veinte o veinticinco mil divisiones asustará bastante a los ñíes para que no intenten hacer ninguna tontería. Hasta ahora no han ido muy lejos.

—Treinta y tres años —dijo el presidente Wong, frunciendo el ceño—. Eso quiere decir una tripulación de hombres y mujeres, e instalaciones para los niños. Me han dicho que las cosas no suelen salir bien en este tipo de misiones.

El ministro de Defensa asintió:

—Así es. Sin embargo, ese problema está analizado detalladamente en mi informe.

El presidente Wong suspiró y dijo:

—Si los señores tienen la bondad de dejarme sus informes, tomaré una decisión al respecto mañana por la mañana.

Cada uno de los ministros le dió varias cintas grabadas. Las del ministro de Comercio eran por mucho las más abundantes. El presidente las metió todas en el cajón de más arriba, de la izquierda.

—Dígale a los ñíes que pueden pasar —ordenó a Grimm.

GRIMM apretó un botón que estaba al lado de su sillón, y la puerta se abrió. Entraron al despacho cuatro criaturas parecidas a arañas, seguidas por un hombrerito calvo. Los cuerpos redondos estaban metidos dentro de globos plásticos, en los cuales circulaba un gas blanquecino y translúcido. Se acercaron al escritorio del presidente, y el jefe extendió una pierna peluda.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, el presidente Wong tomó la pierna con la mano y la estrechó convenientemente. Notó que aquel ser retiró la pierna en cuanto le fué posible hacerlo, y sonrió al comprobar que la repugnancia era mutua.

El ñí se retiró un poco y empezó a

agitar apenas sus dos patas delanteras.

—Está pidiendo la respuesta al ultimátum —interpretó el hombrecito calvo.

—Dígale que le contestaré definitivamente mañana —dijo el presidente Wong—. Pídale disculpas por no poderle dar hoy la respuesta, y dígame que, puesto que va a durar treinta y tres años su viaje de regreso, un día más no es mucha diferencia.

El intérprete calvo agitó las manos. Los cuatro ñies parecieron agitados, moviendo frenéticamente sus patas. Después el jefe se volvió hacia el intérprete y "habló".

—Dicen que aceptan —dijo el intérprete—. Pero quieren aclarar que no es por temor al poderío del sistema solar.

El ñi que parecía el jefe vaciló un momento y luego extendió de nuevo la pata. El presidente Wong le dió un apretón. El ñi bajó el miembro, dió media vuelta y se alejó con el intérprete y sus tres compañeros.

—Si no me necesita usted más —dijo el ministro de Comercio mirando el reloj—, volveré a mi ministerio. Tengo una cita con algunos directores del departamento.

El presidente Wong accedió con aire fatigado.

—Aquí tengo las películas grabadas. Estudiaré esta noche todos los informes.

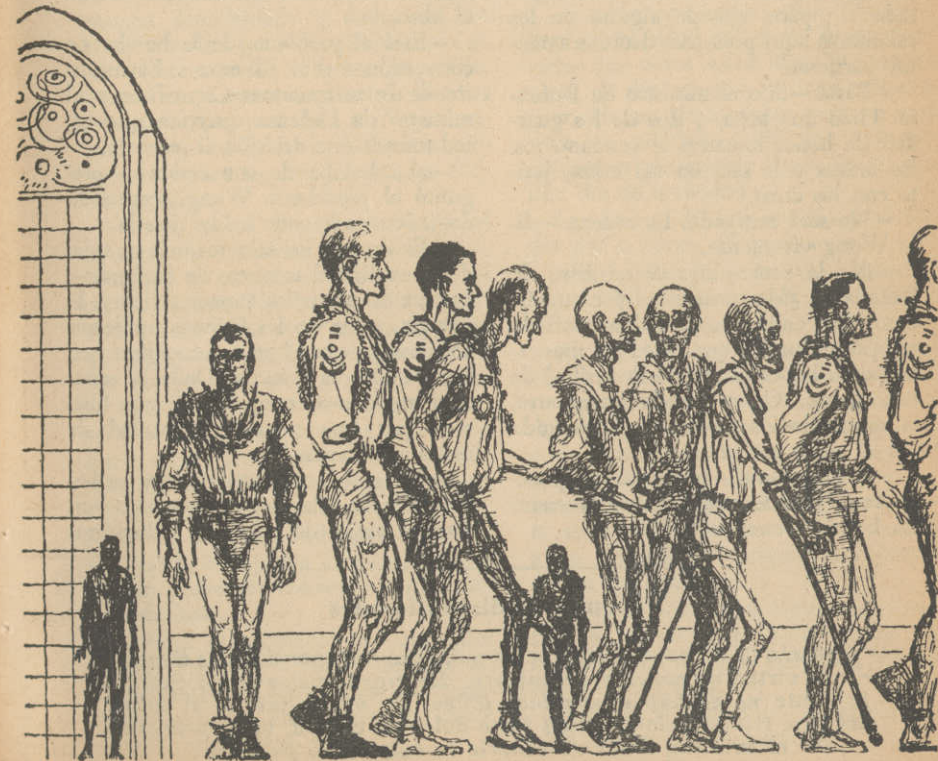
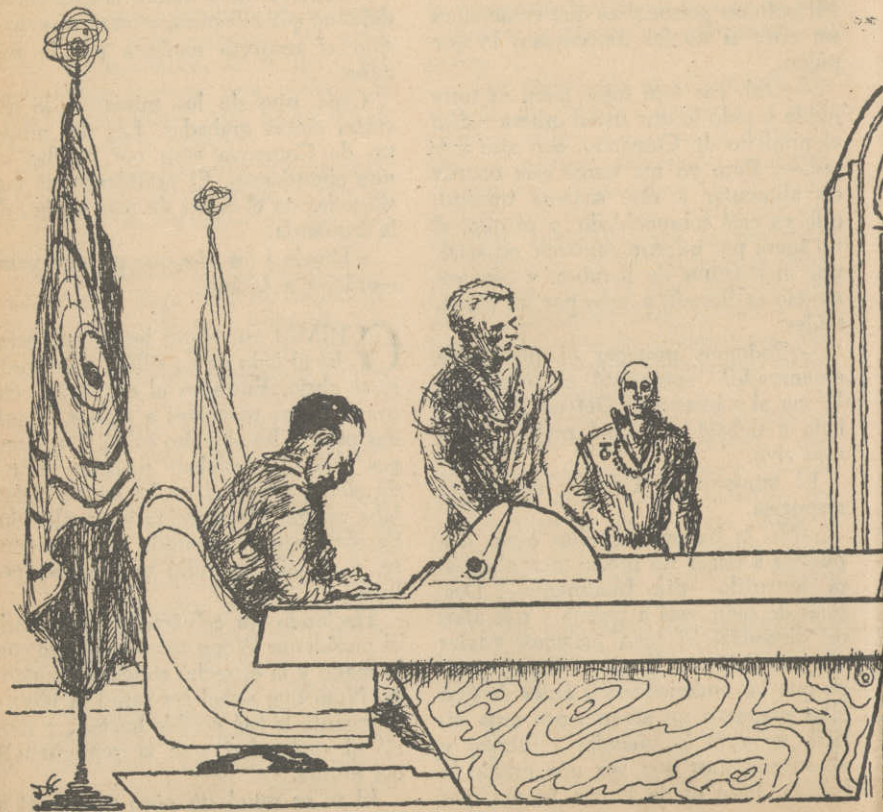
EL ministro de Comercio y el ministro de Relaciones Exteriores se levantaron y salieron del despacho. El ministro de Defensa se quedó sentado.

—Si se siente usted con ánimos —dijo Alberto—, el ministro de Defensa querría que usted hiciera una mención presidencial de los sobrevivientes de la Tercera Compañía. Esta gente realizó una excursión policial en el sistema de Vegánea, y tienen la moral quebrantada. Como usted sabe, la mención honorífica es tradicional, lo mismo que el

discurso. Aquí está el texto; todo lo que usted tiene que hacer es leerlo.

—Está bien —dijo el presidente Wong, tomando el papel que le tendía Alberto Grimm y echándole una ojeada. Sólo contenía un párrafo.

Se abrió la puerta. Entraron cuatro viejos, seguidos por una guardia de honor de ocho soldados vigorosos. Se aproximaron al escritorio y esperaron. El presidente Wong levantó la vista y vió un espectáculo repugnante, que estuvo a punto de provocarle náuseas. Ninguna de aquellas caras viejas estaba completa. El herido más grave tenía menos de la mitad de la cara, y lo



que le quedaba estaba manchado por las cicatrices rojas de la radiación. Estaba ciego. Los otros lo acercaron y lo situaron frente al escritorio.

—Por el papel heroico que le cupo a usted desempeñar en la acción policial contra... Vegánea... —Wong tartamudeó al leer el nombre, y luego continuó apresuradamente—, yo, el presidente del sistema solar...

—Tonterías —dijo el ciego con sus encías desdentadas, en una voz ronca y apagada—. Dígame, ¿sabe usted dónde está Vegánea? ¿Hay alguien en la Tierra que sepa dónde está Vegánea, o que le importe? ¿Cuántos hombres, señor presidente, cuántos hombres jóvenes y sanos han tomado parte en esa acción policial? ¿Lo sabe usted? —la voz ronca se elevó—. Cuatro han regresado...; pero, ¿puede alguno de los caballeros aquí presentes decirme cuántos partieron?

—Basta —dijo el ministro de Defensa. Hizo una seña, y dos de los guardias de honor tomaron al veterano por los brazos y lo sacaron del salón, junto con los otros.

—No será castigado. Lo ordeno —dijo Wong vivamente.

—No lo será —dijo el ministro de Defensa—. ¿Me toma usted por un bárbaro? Sin embargo, yo había confiado en que el interés que usted les mostraba podía haber cambiado la actitud de esta gente. Como puede imaginarse, la moral de los nuevos reclutas anda por el suelo con todo esto...

—A propósito —preguntó el presidente—, ¿dónde está Vegánea, y cuántos hombres enviamos allí?

—Está a unos veinticuatro años de distancia, cerca de Vega. La acción se inició antes de nacer yo. No sé cuántos hombres tomaron parte en ella; no más que unos pocos millones, probablemente. La acción policial terminó con éxito; pero nuestras naves estuvieron en las primeras operaciones y fueron pulverizadas.

EL presidente se desplomó sobre su asiento. Alargó una mano hacia la orden que había firmado esa mañana, en la cual se ordenaba una acción policial, y volvió a retirarla despectivamente.

—¿Qué hay ahora? —preguntó, metiéndose en la boca unas cuantas píldoras energéticas mientras Alberto Grimm consultaba con marcado interés el libro.

—Está el problema de la bomba de conversión —dijo Alberto—. El ministro de Investigaciones Científicas y el ministro de Defensa querían que usted tomara una decisión al respecto.

—¿La bomba de conversión? —preguntó el presidente Wong, sorprendido—. Nunca he oído hablar de ella.

—Es uno de los secretos más guardados —explicó el ministro de Defensa—. En vez de partir los átomos y liberar la energía, como en las fisiones nucleares corrientes, esta bomba convierte en energía toda la materia. Dada la ecuación materia-energía, la energía liberada por una pequeña cantidad de materia es fantástica.

Alberto se había levantado y se había acercado a la puerta. Volvió con un hombre viejo, de pelo gris y hombros

caídos. El presidente reconoció al famoso ministro de Investigaciones Científicas.

Este abordó el tema sin vacilaciones.

—Señor presidente, si bien mi sección ha encontrado la manera de transformar directamente la materia en energía, creo que el empleo de este proceso sería desastroso. En primer lugar, no hay ninguna garantía de que una máquina de conversión de materia, usada para fines pacíficos, no pueda ser transformada en máquina mortal, por medio de una simple operación. Y como arma, la bomba de conversión, a diferencia de la bomba atómica, no sólo podría destruir planetas, sino también estrellas con sus correspondientes sistemas. Todos sabemos que la ley de la Galaxia es impedir el dominio de ningún sistema determinado, y dadas las distancias y las poblaciones interesadas, ese dominio es lógicamente imposible. Pero si empezamos a construir bombas de conversión, y si esto se llega a saber, la totalidad de la Galaxia se levantará contra nosotros, hasta los últimos confines.

—Pero, señor presidente —dijo el ministro de Defensa, con serenidad—. Nosotros no somos un solo pueblo. Si no producimos la bomba de conversión, puede usted tener la seguridad de que algún otro lo hará. Incluso nuestros amigos, los ñies. Ningún sistema se ha logrado salvar cuando se ha negado a fabricar las mejores armas que podía tener. En cuanto a una posible rebelión de la Galaxia contra nosotros, si tenemos la bomba de conversión... ¿qué nos importa? Podremos defendernos contra cualquiera de ellos, o todos juntos; podremos convertir a sus soles en nebulosas.

—Hasta el momento en que ellos tengan la bomba —dijo el ministro de Investigaciones Científicas, interrumpiendo—. Como usted dice, no somos el único pueblo que existe.

—Señores —dijo el presidente poniéndose de pie—. Me siento cansado y mareado. La idea de una bomba que puede arrasarse sistemas es nueva para mí. Si me dejan ustedes sus películas, estudiaré esta noche los argumentos y continuaremos mañana nuestra discusión.

LOS dos ministros se levantaron en seguida, dieron la mano a Wong y se fueron. No hablaron entre sí al salir del despacho.

El presidente Wong se echó hacia atrás en su silla y miró inexpresivamente a Alberto, sin reparar casi en su amable sonrisa.

—¿Qué haría usted en el caso de los ñies, si estuviera en mi lugar? —preguntó.

—Lo lamento, señor —dijo Alberto—, pero en realidad no lo sé. Ahora conviene que coma usted algo. Ha tenido usted un día bravo, y mañana será aún peor. Hemos dejado para mañana una serie de problemas difíciles, que no queríamos presentarle ahora, en su primer día de actividad.

La sombra de una sonrisa pasó fugaz por el rostro del presidente.

—Está bien, Alberto. Vaya usted a comer. Yo prefiero quedarme aquí y oír estas películas.

Al irse Alberto, el presidente Wong vio la orden de acción policial sobre su escritorio. La recogió para llamar a Alberto y que se la llevara; pero su mirada tropezó con los datos de 500 mil hombres... dieciséis años, y un cuadro de veteranos mutilados pasó ante sus ojos. Realmente tendría que ir a los archivos y averiguar si la expedición era necesaria.

Abrió el cajón de la izquierda y contempló las cintas grabadas acerca de los ñies, pero no tomó ninguna. No era capaz de ese esfuerzo.

Además, la bomba de conversión era algo mucho más importante.

Películas tridimensionales

ADEMÁS de su valor artístico, las películas tridimensionales tienen la virtud de poner al descubierto defectos visuales de los cuales la gente no se había percatado antes. De modo que, si al salir del cine tridimensional usted tiene dolor de cabeza, vaya primero al oculista, antes de echarle la culpa a la película.

Cerró el primer cajón y abrió el que tenía las cintas sobre la bomba de conversión.

Pero a los ñies había que contestarles mañana... La bomba podía esperar algún tiempo. Cerró bruscamente el cajón que había abierto.

"Los ñies", se dijo a sí mismo, y abrió el otro cajón.

Notó entonces que había puesto la orden de acción policial en la canastilla de correspondencia exterior. Volvió a cerrar el cajón de los ñies y abrió el cajón que estaba debajo, echando la orden adentro, a fin de no recogerla por error antes de considerarla.

"Quinientos mil hombres están aquí —se dijo al cerrar el cajón—, y van a ir..."

¿Adónde habrían de ir? No podía acordarse. Abrió de nuevo el cajón y leyó la orden. A Altaír D. El nombre no tenía sentido para él.

"Veamos... ¡Ah!, sí, la película de la bomba de conversión".

Abrió de nuevo el cajón para retirar las películas. Recordó entonces que el ultimátum de los ñies tenía que ser contestado al día siguiente.

"Ñi, ñu, ño...", dijo abriendo el cajón. No era el que buscaba, y las cintas no estaban allí. ¿Qué cintas buscaba?

La puerta se abrió. El presidente levantó la mirada y vio la cara sonriente de Alberto, que se aproximaba.

—Pasaba por la puerta, señor —dijo Alberto—, y se me ocurrió que tal vez podía usted comer algo conmigo...

—¡Váyase! —gritó el presidente.

La puerta se cerró suavemente.

"¿En dónde estaba?... ¡Ah!, sí, la bomba de conversión. Conversión, conversión, conversación; bomba, bomba, bumba, ¡BUM!... No, no era eso; eran los ñies. Hay que contestarles mañana... Ñi, ñu, ño, ¡ñoño!... ¿En qué cajón habré metido los ñoños? ¿Por qué he de ordenar una acción policial contra los ñoños? Lo mejor sería convertirlos en ñañas..."

ALBERTO Grimm se alejó lentamente por el corredor, ya sin sonreír, con la cara despavorida. Volvió a su pequeña oficina y enchufó la televisión de comunicaciones.

—Póngame con el primer vicepresidente, Miguel Thompson —dijo a la telefonista.

Al instante Thompson apareció sobre la pantalla.

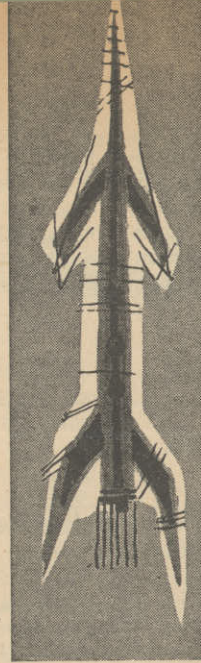
—Señor Vicepresidente —dijo Alberto, con una voz cansada—, me permito sugerirle que no se aleje usted de la capital en las próximas semanas...

Aunque sabía que el gesto no era cortés, Alberto apagó el aparato sin esperar respuesta, pero tuvo tiempo suficiente para ver la palidez y la expresión de espanto en la cara de Thompson. ♦

La mejor edad

EN qué edad de nuestra vida poseemos máxima capacidad creadora? A pesar de la creencia popular de que después de los cuarenta es cuando se empieza a pensar con la cabeza, estudios realizados por el profesor Lehmann demuestran que, tanto en las ciencias como en las artes, las más grandes creaciones del intelecto humano las han producido personas que estaban entre los 25 y los 35 años de edad. Pero si a usted ya se le pasó esa edad, no desespere, pues hay muchas excepciones. Después de todo, Verdi tenía apenas 74 años cuando escribió Otelo.

La S. A. I.



pioneros argentinos del espacio

MUCHOS lectores de MÁS ALLÁ nos han escrito preguntando si en Buenos Aires existe una asociación de aficionados a la astronáutica.

Hasta ahora, MÁS ALLÁ les ha contestado personalmente, pero como el número de los lectores interesados va en continuo aumento, es oportuno indicar a todos que la "Sociedad Argentina Interplanetaria" es el organismo que ellos buscan.

La S.A.I. reúne a los técnicos en astronavegación, a los especialistas, estudiosos y aficionados en cohetes, en medicina del espacio, en astronomía, en ciencias exactas, físicas y biológicas, y a todos aquellos que, sin poseer especiales conocimientos técnicos, no limitan sus intereses al mundo inmediato que los rodea, sino que aspiran al *más allá*.

Poco numerosos al comienzo, desde la fundación de la Sociedad (1948), los socios de la S.A.I. se van multiplicando en número y en variedad de intereses. Cientos de ingenieros, médicos, técnicos militares y aeronáuticos, hombres de ciencia y estudiantes encuentran en ella un centro en el cual se discuten con absoluta seriedad los problemas de un porvenir que, aparentemente lejano hace algunos años, se hace cada día más próximo.

La S.A.I. está afiliada a la "Federación Internacional de Astronáutica", y por el número de socios, es la quinta sociedad del mundo de este tipo.

La S.A.I. posee una amplia biblioteca astronómica y astronáutica; de especial interés es la colección de las publicaciones de las sociedades parecidas de otros países. Cada mes edita un boletín en el cual se publican es-

tudios técnicos de gran importancia en la materia.

La S.A.I. organiza clases de divulgación técnica, conferencias, exhibiciones de películas y proyecciones, excursiones a fábricas militares, laboratorios y observatorios astronómicos, etc. Todas las semanas los socios se reúnen en la biblioteca e intercambian ideas e informaciones en animados debates.

Los socios de la S.A.I. constituyen

un grupo de gente inquieta y dinámica, activa e inteligente.

La S.A.I. acepta nuevos socios, y la modesta cuota mensual que ellos aportan se invierte totalmente en estudios técnicos sobre cohetes, publicaciones y actividades afines. La sede de la sociedad se encuentra en la calle Tucumán 950, y la biblioteca y el centro de reunión en Viamonte 867, oficina 506, teléfono 32-9800 y 31-1307. ✦

Un espejo interplanetario podría destruir ejércitos y ciudades enteras

NUEVAMENTE se discuten en los círculos técnicos las declaraciones del profesor Herman Oberth, inventor de la bomba V-2, quien formuló hace un tiempo sensacionales afirmaciones en la Sociedad de Estudios para los Viajes Interplanetarios. Dijo el inventor: "Si estallara una nueva guerra mundial, bastarían dos horas para que las cuatro quintas partes del mundo fueran devastadas por las radiaciones atómicas o por bacilos." Agregó que la Unión Soviética está a la cabeza de estas investigaciones, sobre todo de los estudios referentes a los cohetes. Según sus informaciones (no hay que olvidar que muchos de sus colaboradores están en Rusia), se construyen allí 2.000 V-2 por mes, mejoradas hasta el punto de que pueden elevarse a 640 km. También estarían preparando la instalación de una estación interplanetaria, desde donde se lanzarían cohetes hacia la Luna. Pero tal vez lo más sensacional de las declaraciones del profesor Oberth es lo del "espejo interplanetario". Trátase de un espejo de 100 km de diámetro, compuesto de facetas, de modo que podría concentrar la radiación solar sobre una zona cualquiera de la Tierra. Permitiría mejorar el clima de las regiones frías y fertilizarlas. Pero también podría convertirse en una tremenda arma de destrucción, más temible que la bomba atómica, porque permitiría concentrar la energía calórica del Sol, sobre una zona muy pequeña, en la que la temperatura superaría fácilmente los 300 grados, con lo que podrían destruirse ejércitos y ciudades enteras. Según el sabio alemán, la historia de la humanidad alcanzará su momento crítico hacia el año 2.100, cuando los recursos energéticos y minerales del planeta superpoblado estarán casi agotados. Los yacimientos de carbón y de petróleo habrán sido consumidos, y la humanidad, si no lo ha hecho antes, tendrá que recurrir a los combustibles nucleares y a los viajes interplanetarios.

por STEPHEN ARR

cadena de órdenes

JORGE —dijo Clara con furia reprimida—, lo menos que podrías hacer es pedirselo. ¿Eres acaso un ratón o un gusano?

—¡Pero si todas las noches salgo y lo aparto a un lado! —protestó Jorge, tratando de hacerla entrar en razones, aunque sin resultado.

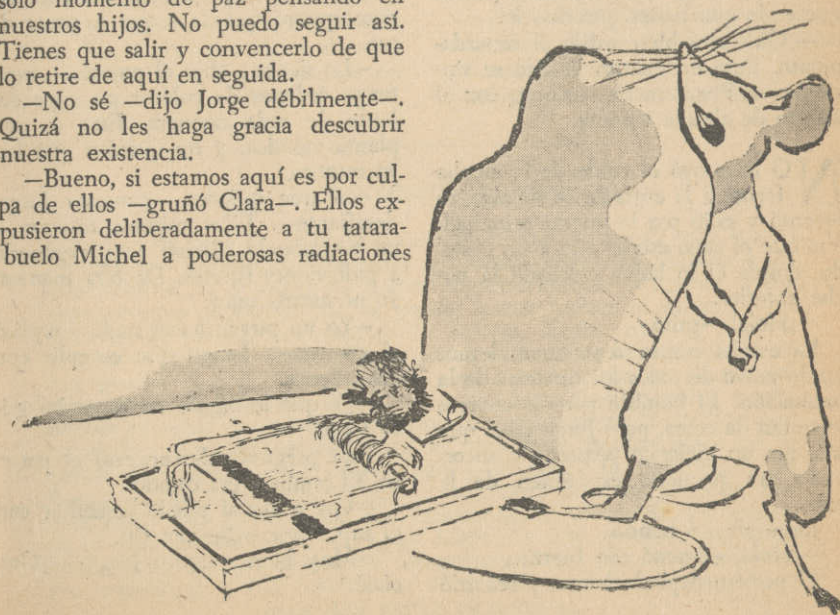
—Sí, y todas las mañanas él lo vuelve a poner en el mismo sitio. Escúchame, Jorge: mientras ese cepo esté frente a nuestra puerta, no tendré un solo momento de paz pensando en nuestros hijos. No puedo seguir así. Tienes que salir y convencerlo de que lo retire de aquí en seguida.

—No sé —dijo Jorge débilmente—. Quizá no les haga gracia descubrir nuestra existencia.

—Bueno, si estamos aquí es por culpa de ellos —gruñó Clara—. Ellos expusieron deliberadamente a tu tatarabuelo Michel a poderosas radiaciones

Comenzó encarándose
con un humilde portero, y
acabó enfrentando a los
más altos jefes

ilustrado por ASHMAN



—continuó, con fervor creciente—. Todo lo que tienes que hacer es salir y pedírselo. Estoy segura de que consentirá, y nos veremos libres de esta amenaza. ¡Yo no puedo aguantar esto un minuto más!

Jorge sabía que eso no era cierto. Clara podía aguantarlo muchas horas más. Clavó la vista en ella con amargura.

—Sí, querida —murmuró Jorge finalmente—. Quizá lo haga mañana.

—No, Jorge —dijo Clara con firmeza—. ¡Ahora! Esta misma mañana. En cuanto entre.

El la contempló en silencio, sintiéndose acosado e inseguro de sí mismo. Después de haber vivido allí tanto tiempo, habían observado y aprendido las costumbres humanas y el lenguaje, y hasta habían adoptado nombres humanos.

—Jorge —rogó Clara—, sólo quiero que se lo pidas. Razona con él. Hazle ver que está perdiendo el tiempo... Tú eres inteligente; tú puedes pensar qué es lo que tienes que decirle.

—¡Oh!, está bien —dijo él cansadamente. Pero en cuanto lo dijo se sintió mejor. Por lo menos acabaría con el asunto de alguna manera.

NO bien oyó el ruido de la escoba frente a la entrada de su casa, se levantó y salió por la puerta principal. Vió que el cepo estaba aún a un costado, donde él lo había colocado la noche anterior.

—¡Hola! —gritó.

La escoba continuó su tarea, levantando polvo de todos los rincones de la habitación. El hombre parecía enorme visto tan de cerca, pero Jorge sabía que sólo era un viejecito pequeño y encorvado, un pequeño espécimen de la raza.

Jorge respiró hondo.

—¡Hola! —bramó con fuerza.

El portero dejó de barrer y recorrió

el cuarto con una mirada cargada de sospecha.

—¡Hola! —chilló Jorge, destrozándose la garganta.

El portero bajó la vista y vió al ratón.

—Hola, tú —dijo.

Aquel hombre era un viejo ignorante. Vió que un ratón lo saludaba, y de inmediato se dió cuenta de que era un ratón el del saludo.

—¡El cepo! —bramó el ratón.

—¡Deja de aullar! —gritó el portero, enojado. Le gustaba pensar mientras trabajaba, y odiaba los ruidos molestos—. ¿Qué pasa con el cepo?

—Mi esposa no quiere que lo vuelva a poner delante de nuestra puerta —dijo Jorge, siempre más fuerte de lo necesario, pero sin destrozarse la garganta—. Tiene miedo de que les pase algo a los chicos.

—¿Y es así? ¿Les pasará algo a los chicos? —preguntó el portero.

—No —replicó Jorge—. Los cepos no tienen secretos para ellos; pero mi esposa quiere que lo saque a pesar de eso.

—Lo siento —dijo el portero—, pero tengo órdenes de colocar un cepo delante de cada ratonera. Esta es una planta atómica, y no quieren que haya ratones.

—Sí que quieren —contestó Jorge, desafiante—. Ellos mismos trajeron a mi tatarabuelo Michel para exponerlo a radiaciones fuertes. De otra manera, yo no estaría aquí.

—Yo no puedo hacer nada —replicó el portero—. Tengo que cumplir con las órdenes.

—¿Y qué le digo a mi esposa? —gritó Jorge.

Esta pregunta desconcertó al portero. El también era casado.

—Voy a ver si puedo consultar con el supervisor —dijo por fin.

—Muy bien —gritó Jorge—. ¡Gracias!

EL portero alzó el cepo y lo colocó frente a la puerta de entrada de la ratonera. Observó, divertido, cómo Jorge se apresuraba a empujarlo a lo largo de la pared. Luego dió media vuelta y siguió levantando polvo.

—Bueno, ¿qué te ha dicho? —preguntó Clara no bien Jorge regresó.

—Que lo consultaría con el supervisor —respondió Jorge, dejándose caer en un sillón.

—Jorge —ordenó Clara—, ahora mismo te levantas y vas a comprobar si hace lo que te ha prometido.

—Pero, querida —insistió Jorge—, me ha asegurado que lo haría.

—Quizá te haya mentido —dijo Clara prontamente—. Quiero que subas ahora mismo a la habitación del supervisor, para ver qué pasa.

Jorge tuvo que abandonar de mala gana el confortable sillón y correr a través de los pasadizos en las paredes, hasta llegar al oficio que daba a la oficina del supervisor.

En ese mismo momento entraba el portero. El supervisor, molesto, alzó la mirada. Era un hombre obeso, sin afeitarse y que caminaba balanceándose como un pato.

—Hay un ratón en la habitación 112 que no quiere que le coloquen un cepo delante de la puerta —explicó el portero.

—Usted está loco —dijo el supervisor. El portero se encogió de hombros, haciendo caso omiso al calificativo.

—¿Qué le digo? —preguntó.

—Dígale que venga a hablar conmigo personalmente —dijo el supervisor, sintiéndose muy inteligente.

—Aquí estoy —gritó Jorge, al mismo tiempo que salía de la ratonera y esquivaba limpiamente el cepo que le cerraba el paso.

—Aquí lo tiene —dijo el portero, señalándolo con el dedo.

—¡Mi Dios! —murmuró el supervisor, que poseía cierta cultura—. Debe de ser una alucinación.

—No, es un ratón —corrigió el portero.

—Mi esposa quiere que saquen el cepo —expresó Jorge con infinita paciencia—. Tiene miedo de que los chicos se lastimen.

—¿Usted también lo ve? —preguntó el incrédulo supervisor al portero, siempre susurrando.

—Seguro —replicó el portero—. Es el

Experimento sencillo y asombroso

TOME una tarjeta, dóblela adecuadamente de modo que pueda contener un poquito de agua. Encienda luego un fósforo o un encendedor... y antes de hacer el experimento pregunte a los concurrentes si creen que se puede hacer hervir el agua contenida en la tarjeta sin quemar la tarjeta. Nadie, que no sea un presuntuoso, va a decir que sí: todos van a negar rotundamente esa posibilidad. Entonces usted, con calma, pone la llama del encendedor debajo de la tarjeta, y al poco tiempo todos verán hervir el agua, y podrán verificar su temperatura tocándola con un dedo. ¿La explicación? Hay un principio fundamental de la física: los cambios de estado (en particular, la ebullición) se hacen a una temperatura fija, y mientras dure el proceso, por más calor que se aplique, esa temperatura no puede aumentar. A la presión habitual, el agua hierve a 100 grados; mientras haya agua en la tarjeta la temperatura no puede sobrepasar esa marca, y a 100 grados no se puede quemar un papel: se necesitan varios centenares.

que yo le decía: el de la habitación 112.

El supervisor se puso de pie temblorosamente.

—No me siento bien —manifestó con voz débil—. Creo que será mejor que hable con el secretario administrativo. Este es un asunto que requiere mucha discreción... Venga usted también —dijo precipitadamente al portero, quien se disponía a alejarse—. Voy a necesitar toda la ayuda de que pueda disponer —y salió balanceándose como un pato, seguido por el portero.

—¿Qué le digo a mi esposa? —gritó Jorge; pero, como nadie le contestara, regresó a su casa e informó a su esposa de que el asunto se estaba discutiendo en la oficina del secretario administrativo. Y, como era de esperarse, asomó poco después la cabeza por la ratonera de la secretaría administrativa.

LLEGO un poco tarde, justo a tiempo de ver cerrarse la puerta detrás del supervisor y el portero..

Por lo tanto, lanzó un "¡Hola!" tan sonoro como pudo.

El secretario administrativo bajó la vista y lo localizó de inmediato. Era un individuo delgado, pálido, con ojos cansados.

—Váyase de aquí —dijo sin mayor énfasis—. Acabo de convencer a dos personas de que usted no existe.

—Pero mi esposa quiere que saquen el cepo... Es peligroso para los chicos —se quejó Jorge.

El secretario administrativo estuvo a punto de mandar al diablo a los hijos de Jorge; pero, como en el fondo era un buen hombre, aunque abrumado de trabajo, se controló a tiempo.

—Lo siento —dijo con sinceridad, mientras hojeaba unas cartas que ya había leído—, pero tenemos que dejar los cepos donde están.

—Y entonces, ¿qué le digo a mi mujer? —preguntó Jorge.

La pregunta desconcertó al secretario, como antes había desconcertado al portero. El secretario se cubrió la cara con las manos y reflexionó un largo rato.

—¿Está seguro de que usted realmente existe? —preguntó por fin, separando las manos de su rostro.

—Segurísimo —dijo Jorge—. ¿Quiere que lo muerda para demostrárselo?

—No, no se moleste —contestó el secretario administrativo, y volvió a cubrirse el rostro con las manos.

—Desde el punto de vista técnico —muscitó—, esto constituye un problema de seguridad.

Con aire de alivio alzó el tubo del teléfono y llamó al secretario de seguridad. Después de una breve pero animada conversación, colgó el auricular.

—Estará aquí en un minuto —dijo a Jorge.

Poco después, la puerta se abrió violentamente y un hombre alto, de mirada penetrante, irrumpió en la habitación.

—Hola, Bill —dijo rápidamente—. ¿Cómo te sientes?

—Hola, Mike —respondió el secretario administrativo—. Me siento espantosamente mal. Éste es Jorge, de quien acabo de hablarte.

—¡Hola! —gritó Jorge.

—Hola —le contestó el secretario de seguridad—. No pude encontrar rastros de usted en los archivos. ¿Están sus documentos en orden? —preguntó con cierto apremio—. ¿Impresiones digitales, A.E.C., C.C.C., C.A.I., F.B.I.?

—¡No! —gritó Jorge—. Mi esposa quiere que saquen el cepo de la puerta. Piensa que los chicos se pueden lastimar.

—¿Y dónde están los documentos de su mujer? —rugió el secretario de seguridad.

—¿Por qué gritan todos? —preguntó el secretario administrativo, malhu-

morado—. Me duele mucho la cabeza.

—No sé —contestó Jorge.

EL secretario de seguridad apretó los labios.

—Esto representa una tremenda falla en el sistema de seguridad —dijo, en tono cortante—. Voy a encargarme personalmente de investigar el asunto.

—¿Va a sacar el cepo? —preguntó Jorge.

—No puedo hacerlo hasta que usted esté libre de toda sospecha —dijo el secretario de seguridad, meneando la cabeza—. Decididamente no voy a autorizar ningún acto que pudiera interpretarse como destinado a favorecer la entrada de espías en el mencionado establecimiento.

—¿Qué edad tiene usted? —preguntó el secretario administrativo.

—Cincuenta y cinco días —respondió Jorge sin vacilar.

—Menor de doce años —señaló el secretario administrativo a su colega de seguridad—. Una investigación no es pertinente.

—Yo no estoy tan seguro. Este caso no tiene precedente. Que me cuelguen si pongo en peligro mi cabeza para sacar ese cepo. Ya sé lo que voy a hacer. Voy a solicitar que se realice una consulta. —El secretario de seguridad dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué le digo a mi mujer? —gritó Jorge.

—Dígale que voy a solicitar la opinión de la A.E.C., con copias para el Ministerio de Defensa y el F.B.I.

—No se olvide de la Oficina de Inmigración y Naturalización —dijo el secretario administrativo—. Podría tratarse de una cuestión de ciudadanía.

—¡Nada de eso! —dijo Jorge—. *Lex locis*... Yo nací aquí.

—Bueno —dijo el secretario de seguridad mientras salía—, nunca están de más las precauciones.

En definitiva, Jorge fué y le contó todo a su esposa, y a la mañana siguiente se encontraba a bordo de un tren con destino a Washington; Puesto que él, como todos los ratones de su generación, poseía facultades telepáticas, ya había entrado en contacto con algunos ratones que tenían *entrada* a los edificios del gobierno.

Durante todo el viaje pensó en la manera de apoderarse de todas las copias en el laberinto burocrático de Washington, pero, en realidad, habría podido ahorrarse la preocupación.

No bien se recibió el informe del secretario de seguridad, la A.E.C. envió un batallón de psiquiatras al establecimiento. Después de que éstos presentaron su informe, fueron puestos, a su vez, bajo los expertos cuidados de otro batallón de psiquiatras. A continuación, la E.E.C. citó para una superconferencia al Ministerio de Defensa, al F.B.I. (del Ministerio de Justicia), a la Comisión de Pesca y Caza (del Ministerio del Interior), a Salud Pública (del Ministerio de Bienestar Público), a la Comisión de Inmigración y Naturalización, y a la Comisión de Asuntos de Alaska. Después resultó que esta última había sido citada por error.

HABÍAN pasado ya dos semanas, y Jorge seguía deambulando por los pasadizos, aguardando con impaciencia la ocasión para declarar. Naturalmente, estaba en comunicación telepática con Clara. Sabía que toda su familia estaba bien, que Clara se había hecho amiga del portero y que el cepo todavía estaba allí.

El portero ya no le ponía queso, ni lo armaba, pero seguía cumpliendo con las órdenes que recibía, y cada mañana lo colocaba delante de la ratonera.

Un gordo ratón, oriundo de Washington, guió a Jorge hasta la ratone-

ra en el salón de conferencias. Jorge echó una mirada y, con evidente desagrado, husmeó el aire cargado de humo.

Siete individuos rodeaban una larga mesa, cada uno con un vaso lleno de agua al alcance de la mano. Hasta Jorge sabía que ese líquido no era el más indicado para hacerlos llegar a un pronto acuerdo.

—¡Hay que bombardearlos, caramba! —gritó el general, golpeando la mesa con el puño—. Hay que darles duro con armas atómicas. Hay que hacerlo ahora, antes de que ellos ataquen primero.

—Pero es una de nuestras mejores plantas —protestó un funcionario civil de la A.E.C.—. No queremos destruirla, y menos por unos miserables ratones.

—¿No podríamos mandarlos a Alaska? —preguntó tímidamente el representante de Asuntos de Alaska, el cual se preguntaba por qué lo habían citado.

—¿Y si pusiéramos cepos? —preguntó el representante de Pesca y Caza. Tenemos algunos magníficos.

—¡Pero si esa es justamente la cuestión! —dijo Jorge en voz alta, y todos volvieron la cabeza para mirarlo—. A mi mujer le gustaría que sacaran el que está a la entrada de nuestra casa. Tiene miedo de que los chicos se lastimen.

—¿Y usted quién es? —preguntó en tono cortante el funcionario de inmigración y Naturalización.

—Soy Jorge —dijo éste—. Es mi ca-

sa la que tiene un cepo delante de la puerta.

—¿Qué hace usted aquí? —demandó el representante del F.B.I.—. ¿Espionando en una reunión secreta?

—¡Yo no estoy espionando! —exclamó Jorge—. Sólo vine a pedirles por favor que retiren el cepo.

EL funcionario del F. B. I. lo contempló con una expresión que era casi compasiva.

—Las cosas ya no son tan simples —dijo—. ¿No se da cuenta de que usted representa una terrible amenaza?

—No —dijo Jorge, mientras trepaba por una pata de la mesa y avanzaba hasta el centro de su pulida superficie—. No significamos una amenaza para nadie. No condice con nuestra manera de ser.

Pero al pasear su mirada por los siete gigantes rostros que lo rodeaban, vió de pronto que todos estaban medio muertos de miedo ante la presencia de un ratón, y tuvo la corazonada de que no saldría vivo de esa reunión.

Por lo tanto abrió su mente para que su familia y todos los otros ratones telepáticos pudieran oír lo que ocurría.

—¡No me venga con que no se da cuenta —dijo el funcionario de Pesca y Caza sarcásticamente, tratando de ocultar su terror bajo un tono fanfarrón— de que debe de haber por lo menos doce millones de descendientes de su tatarabuelo Michel, o sea, seis veces la población de la Tierra!

—No, no lo sabía —repuso Jorge, interesado a pesar suyo.

—¡No me cuente que nunca se le ocurrió —dijo el representante del F. B. I., agitando el índice amenazadoramente, mientras con la otra mano apretaba la culata del revólver que tenía en el bolsillo— que los ratones tienen acceso a cualquiera de nuestros archivos secretos, y, por lo tanto, la posibilidad de destruirlos!

—No, no se me ocurrió —dijo Jorge, encogiéndose ante el gigantesco dedo amenazante—. Nosotros los ratones nunca destruiríamos nada inútilmente.

—¡O que podrían cortar los cables de control de todos los aviones, tanques, trenes o barcos, e inutilizarnos por completo! —interrumpió el general, golpeando la mesa con la palma de la mano, con tal fuerza que Jorge perdió el equilibrio y cayó de espaldas.

—¡Seguro que nunca se me ocurrió! —declaró Jorge, poniéndose trabajosamente en pie—. Nosotros nunca haríamos una cosa así. No se preocupen —les rogó, aunque en vano; pues Jorge sentía el terror que agitaba sus pechos, sin atinar a nada.

—¿Nunca se le ocurrió que podrían cortar todos los cables, las líneas telefónicas, los cables de alta tensión, los alambres telegráficos, entre Estados Unidos y Alaska? —preguntó, por decir algo, el funcionario en Asuntos de Alaska. Y luego, para demostrar su valor, alzó el vaso con agua y lo vació sobre Jorge. El agua estaba helada, y el pobre Jorge empapado hasta los tuétanos, comenzó a temblar desenfrenadamente.

—Supongo que pretenderá hacernos creer que nunca se le ocurrió que podrían sabotear y hacer volar todas las plantas atómicas que poseemos —dijo el funcionario de la A.E.C., antes de que Jorge tuviera tiempo de demostrar su inocencia con respecto a Alaska. Y, provocándose un acceso de rabia para vencer su miedo, volcó su vaso de agua helada sobre el tembloroso ratón.

JORGE comenzó a sollozar, temeroso.

—Nunca se me ocurrió —dijo—. Nosotros no somos así.

—¡Mentira! —dijo el general—. Es la inexorable ley natural. Tenemos que matarlos, antes que ustedes nos destruyan! ¡Y empezaremos por matarlo a usted.

El general gritaba más fuerte que todos los demás, porque era el que más miedo sentía.

Su mano, gigantesca y terrible, descendió rápidamente sobre Jorge. Pero, en realidad, el general no estaba al tanto de las tácticas ratoniles; pues antes de que la mano aterrizara con pavoroso estruendo sobre la mesa, Jorge estaba prácticamente en la ratonera.

Y el pobre Jorge, medio muerto de miedo, se zambulló dentro del pasadizo y corrió y corrió sin detenerse, a toda la velocidad de que era capaz, hasta alcanzar el tren. Pero, como es lógico, el tren no se movía. Los ratones telepáticos habían cortado todos los cables, líneas telefónicas, cables de alta tensión y alambres telegráficos; habían destruído los controles de todo avión, tanque, tren o barco. También habían reducido a escombros todos los archivos del mundo.

De modo que Jorge no tuvo más remedio que regresar caminando a la planta atómica que los ratones habían preservado como monumento al tatarabuelo Michel.

EL viaje le llevó tres agotadoras semanas. Lo primero que vió al llegar fué el cepo delante de la puerta. Naturalmente, no tenía queso ni estaba armado, pero seguía allí.

—Jorge —le dijo Clara en cuanto lo hubo besado—, tienes que hablar con el portero acerca del cepo.

De modo que Jorge salió en cuanto oyó el ruido que producía el portero al barrer la habitación.

Los males del dinero

SEGÚN investigaciones realizadas por el doctor Kaufman, psiquiatra de Boston, gran cantidad de afecciones de origen dudoso, tales como los dolores de cabeza, estados de ansiedad, parálisis histérica, reacciones de pánico, depresión, trastornos digestivos, etc, se deben a una pasión insana por el dinero

—¡Hola! —gritó.

—Hola tú —dijo el portero—. Veo que regresaste a tu casa.

—Mi esposa quiere que saquen el cepo —dijo Jorge—. Tiene miedo de que los chicos se lastimen.

—Lo siento —replicó el portero—. Tengo órdenes de colocar un cepo delante de cada ratonera.

—¿Cómo es que no se marchó usted con el resto de la gente? —gritó Jorge.

—No grites —dijo el portero—. Soy demasiado viejo para cambiar. Además, tengo una chacrita cerca del camino.

—Pero ¿no han dejado de pagarle el sueldo? —preguntó Jorge.

—Y qué importa —contestó el portero—. El dinero ya no sirve para comprar nada.

—Bueno, ¿y qué le digo a mi mujer acerca del cepo? —dijo Jorge.

El portero se rascó la cabeza.

—Podrías decirle que lo consultaré con el supervisor, si es que vuelve alguna vez.

Y Jorge regresó a su casa y le contó todo a Clara.

—Jorge —dijo Clara, golpeando con una patita el suelo—, no puedo seguir viviendo con ese cepo ahí afuera. Tú sabes que el supervisor no volverá jamás, así que tienes que salir a buscarlo sin pérdida de tiempo.

Jorge, que sabía que ya no quedaba mucha gente en el mundo, se dirigió a su sillón preferido y se instaló en él.

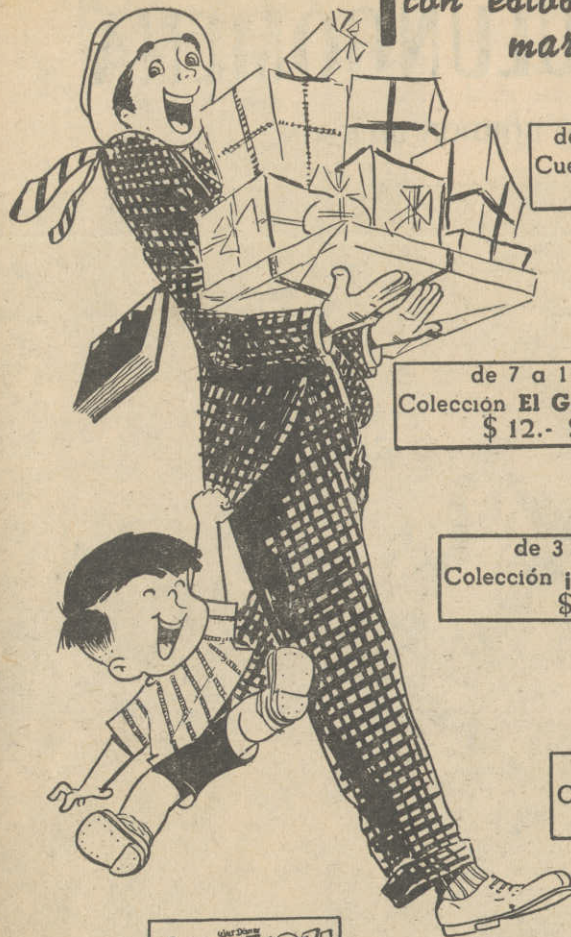
—Clara —dijo, mientras abría un libro—, puedes irte o quedarte, pero yo ya no puedo hacer nada más. He perdido un mes entero por ese cepo, sin lograr el menor resultado, y no estoy dispuesto a empezar con este asunto otra vez. ✧

La pólvora en... anagrama

Como los tallarines, la imprenta y la brújula, también la pólvora es un invento chino. Pero, más civilizados que los europeos, la usaron sólo para divertirse, en los fuegos artificiales. No se sabe si la fórmula llegó a Europa como llegaron los tallarines a Italia, o si fué descubierta de nuevo, como suele suceder. Lo cierto es que aparece por primera vez en la Opus Maius, del franciscano Roger Bacon (¡hermosa invención para un franciscano!), uno de los grandes precursores de la ciencia moderna. En esa obra escribe Bacon: "Se realiza un experimento con ese juego pueril que se hacía en muchas partes del mundo, formando con pergamino un instrumento del tamaño de un pulgar, el cual, si bien es por sí mismo una pequeña cosa, rompiéndose por la violencia de eso que se llama sal de nitró (salitre), genera un ruido terrible que sobrepasa el rugido de un fuerte trueno, y una luz tan esplendente que supera a un grandísimo relámpago." En su libro Sobre la vanidad de la magia, da la fórmula de la pólvora, pero en anagrama, siguiendo la moda de aquel tiempo: "Sed tamen salis petrae luro mope can ubre et sulphuris et sic faciens tonitrum et coruscationem, si scias artificium." Frase en la que el incomparable "luro mope can ubre" es el anagrama de "carbonum pulvere". La frase se traduce así: "Con salitre, polvo de carbón y azufre, si conoces el artificio, puedes generar el trueno y el fulgor."

Los niños tendrán FELICES FIESTAS

con estos libros
maravillosos



de 4 a 8 años
Cuentos de Abril
\$ 4,50

de 7 a 11 años
Colección El Galló de Oro
\$ 12.- \$ 15.-

de 3 a 7 años
Colección ¡Qué parejita!
\$ 2,40

de 3 a 7 años
Colección Yo Soy
\$ 1,30

de 8 a 12 años
Pequeños Grandes
Libros
\$ 3,80



*Desolada o exuberante, fea o hermosa,
nada en el Universo
podía compararse con la estación 563*

LULUNGOMENA

por GORDON DICKSON



Ilustrado por KOSSIN



ECHESE la culpa a Clay Harbank, si se quiere, por lo que sucedió en la estación 563 del sector de Sirio; o a William Peterborough, al que llamábamos el Chico. Yo no culpo a nadie. Pero yo soy un hombre de Dorsai y no puedo cambiar.

El problema comenzó el día en que el Chico, con su mente de jugador y sus manos rápidas, se unió al equipo de la estación y descubrió que Clay era el único que no jugaba contra él, a pesar de que éste se vanagloriaba continuamente de sus antiguas épocas de asiduo jugador. Y las cosas siguieron así durante cuatro años de servicio juntos.

Pero el comienzo del fin llegó el día en que los dos regresaron de una misión. Habían salido para controlar la estación fronteriza, que nos albergaba a los treinta hombres allí destinados, y para buscar roturas o pérdidas en la cúpula exterior. Era una lenta tarea de dos horas, aun realizándola por fuera de la estación, en la superficie del asteroide, donde casi no hay gravedad.

Nosotros nos hallábamos fuera de servicio, en la habitación de descanso. Cuando se abrió la puerta, y a medida que el golpeteo de sus trajes espaciales contra el piso llegaba hasta nosotros por los corredores metálicos, pudimos percibir, por el tono de sus voces, que el Chico se había estado burlando de Clay durante todo el viaje.

—Otro día más— se oyó decir a la voz del Chico— y otros cincuenta créditos. ¿Cómo anda tu maldita cuenta bancaria, Clay?

HUBO una pequeña pausa y alcancé a ver cómo Clay controlaba cuidadosamente los gestos y la voz. Luego respondió con su agradable tono de barítono suavizado por el acento tarsusiano:

—A pedir de boca, Chico. Como

nunca traga demasiado, no hay peligro de que se indigeste.

Era una respuesta aguda, basada en el hecho de que la propia cuenta del Chico se había abultado rápidamente con lo que había ganado al resto de la dotación. Pero el Chico tenía la piel demasiado gruesa para este tipo de estocadas. Se echó a reír; terminaron con el arreglo de sus equipos y entraron en la habitación.

Formaban un dúo llamativo, porque se parecían bastante, como si fueran hermanos, o más bien padre e hijo si tenemos en cuenta la diferencia de edad. Ambos eran altos, morenos, de hombros anchos y de rostro anguloso; pero la experiencia había endurecido las líneas suaves del rostro de Clay y trazado un par de paréntesis en las comisuras de la boca. Había otras diferencias, además; pero en el Chico se podía ver al Clay de muchos años atrás, y en Clay al hombre que el Chico sería algún día.

—Hola, Clay —le dije.

—¿Qué tal, Mort? —me respondió sentándose a mi lado.

—Hola, Mort —me saludó el Chico.

Yo lo ignoré totalmente, y por un instante se mantuvo estirado. Pude observar una llamarada de rabia en las profundidades de ébano de sus pupilas, bajo los gruesos párpados. Era un hombre de gran talla; pero yo vengo de los planetas de Dorsai, y cuando un hombre de Dorsai pelea, pelea a muerte. Por consiguiente, en nuestras relaciones con los demás, los dorsianos somos muy corteses.

Pero con el Chico la cortesía estaba tan demás como la ironía delicada de Clay. Estábamos malhumorados. Toda la dotación de la estación fronteriza 563 de la periferia del espacio dominado por los humanos, un poco más allá de Sirio, nos sentimos cansados, y la mitad de nosotros estaba tramitando su transferencia a otro lu-

gar. Además, el conflicto entre Clay y el Chico agitaba a toda la estación.

La raíz del problema era que todos habíamos ido allí por dinero. Cincuenta créditos por día era una buena paga...; pero había que firmar un contrato por diez años. Uno puede rescindir, pero cuesta cien mil créditos. Háganse números y se verá que hacen falta seis años de servicio, ahorrando cada centavo que se gane. Así que hay que firmar el contrato pensando en quedarse todo el tiempo mencionado.

Ésa era la idea de Clay. Se había pasado jugando la mayor parte de su vida; había ganado y perdido varias fortunas; ahora ya se estaba envejeciendo, se sentía cansado, y lo único que deseaba era volver a su tierra natal, Lulungomena, situada en el pequeño planeta de Tarsus, de donde había venido cuando joven.

Pero ya no jugaba más. Decía que el dinero que se ganaba de esa manera nunca se quedaba con uno, sino que se deslizaba como el mercurio. Por eso retiraba toda su paga y la guardaba escrupulosamente en el banco.

Esto era insostenible para el Chico. Cuatro años de juego con el resto de la dotación le habían dado más que suficiente para rescindir su contrato y quedarse además con un buen saldo. Probablemente lo habría hecho si no se hubiera sentido atraído por la suma que Clay había ganado, como si fuera un El Dorado. No podía irse y dejarla. Por eso se quedaba allí, azuzando sin piedad al más viejo.

INSISTÍA continuamente. Pretendía desmentir el hecho de que Clay hubiera sido un jugador empedernido, y ridiculizaba a Lulungomena, la ciudad natal de Clay, su meta soñada, único tema sobre el que éste hablaba. Porque, para Clay, Lulungomena era hermosa, era el lugar más encantador del

Universo, y esto lo repetía durante todo el día, con la nostalgia característica de un hombre de su edad.

—Mort —me dijo el Chico, haciendo caso omiso del desaire y sentándose junto a nosotros—, ¿a qué se parece un hixabrod?

No pude imaginarme por qué me lo preguntaba. Quizás yo también me estaba poniendo viejo. Después de Clay, yo era el de más edad de la dotación, y ésta era la razón de que fuéramos amigos íntimos. Miré al Chico suspicazmente.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque vamos a tener a uno de ellos de visita —me respondió.

Las conversaciones en el salón de descanso cesaron inmediatamente, y la atención se concentró en el Chico. Todos los extranjeros que cruzaban la frontera que separa alguno de los grandes grupos galácticos del espacio humano tenían que registrarse en una estación como la nuestra. Pero la estación 563 estaba tan aislada que era muy raro que alguien pasara por ella, y cuando alguno lo hacía era para nosotros un gran acontecimiento.

Hasta a Clay le picó la curiosidad.

—No lo sabía —dijo—. ¿Cómo lo averiguaste?

—La noticia vino por el receptor

cuando tú te hallabas controlando la planta atmosférica —contestó el Chico—. La recibí antes de que subieras. ¿Qué aspecto tendrá?

Yo había recorrido mayor cantidad de mundos que cualquiera de los que estaban allí, incluso Clay. Éste era mi segundo contrato en el servicio. Recorde el Conflicto Denebiano, ocurrido unos veinte años atrás.

—Rígido como una barra de hierro —respondí—, orgulloso como un Lucifer, honesto como la luz del sol, y enjuto como un camello pasando por el ojo de una aguja. Es una especie de humanoide, pero con la cara parecida a un perro. Conocen ustedes la reputación de los hixabrodes, ¿no es verdad?

Alguien del grupo contestó negativamente, aunque podía ser que lo hiciera para molestarme. Como a Clay con su Lulungomena, la edad me estaba haciendo parlachín.

—Son los primeros y únicos embajadores mercenarios en el Universo conocido —dije—. Un hixabrod puede ser contratado, pero no influido ni sobornado, ni obligado a decir algo que no sea la más cruda verdad, y les aseguro, hermanitos, que la manera en que el hixabrod actúa es bastante cruda también. Por eso son tan busca-

Cómo adelgazar comiendo

EDWIN L. Baron, profesor en hipnotismo, ha abierto una clínica, naturalmente en Estados Unidos, para hacer bajar de peso a las señoras. La idea, en el fondo, es muy sencilla: se basa en la ciega obediencia que los seres humanos prestan al hipnotizador. El señor Baron, en una habitación débilmente iluminada, de paredes pintadas en tonos claros y sedantes, luego de dormir a las señoras gordas, que son sus habituales clientas, les habla con gran dulzura, a este tenor: "No comerá más dulces ni bombones ni postres. No beberá licores ni cerveza. Se alimentará de verduras hervidas en agua salada." Una de las pacientes perdió seis kilos en una semana. El tratamiento dura dos semanas, pero debe ser repetido a intervalos regulares. Hasta ahora, las familias norteamericanas tenían su dentista, su farmacéutico, su médico y su psicoanalista. Ahora tienen también su hipnotizador.

dos. Cuando surge un conflicto de cualquier tipo, desde los intrascendentes hasta los grandes problemas entre potencias siderales, ambos lados deben contratar un hixabrod para que los presente en las discusiones. De esa manera pueden tener la seguridad de si es cierto lo que la parte contraria manifiesta. El hixabrod que la representa es una garantía de ello.

—Parecen ser grandes tipos —dijo el Chico—. ¿Qué les parece si nos reunimos y le damos un gran banquete durante su estada de veinticuatro horas?

—No vas a sacar mucho de él por el lado de las amabilidades. No están hechos para eso.

—De cualquier manera, hagámoslo —replicó—. Por lo menos romperá la monotonía.

UN murmullo de aprobación corrió por la sala. Se desechó mi oposición. Hasta Clay estaba de acuerdo.

—Los hixabrodes comen cuanto nosotros comemos, ¿no es cierto? —preguntó el Chico, mientras planeaba todo—. Muy bien, tendremos sopas, ensaladas, carne, champaña y coñac —prosiguió enumerando los platos; por un instante nos ganó a todos con su entusiasmo; pero luego, ya al final, no pudo resistir la tentación de zaherir un poco a Clay—. ¡Ah!, además, para entretenerlo por un buen rato, Clay puede contarle algo acerca de su Lulungomena.

Clay dió un respingo casi imperceptible, pero todos vimos cruzar una sombra por su rostro. Lulungomena de Tarsus, su lugar natal, era una especie de obsesión para él, semejante a lo que la cuenta bancaria era para el Chico. Se daba cuenta de que hablaba con demasiada insistencia sobre sus bellezas y virtudes; pero era el lugar donde había nacido, y lo recordaba de

una manera tan melancólica y dolorosa que sólo podía apaciguar su tristeza hablando.

Yo era dorsiano, y más viejo que cualquiera de la dotación. Por eso comprendí. Nadie tendría que burlarse de la atadura de un hombre con su mundo de origen. Es un vínculo tan real como intangible. Y bromear sobre ello es cruel.

Pero el Chico era muy joven todavía como para saberlo. Era un producto fresquito de la Tierra..., la Tierra, donde ninguno de nosotros había estado y que hace cientos de años había sido el origen de todo el universo humano. Era ávido y fuerte, y estaba ansioso de emociones. Como todos nosotros, había visto que la tendencia de Clay a dejar vagar su conversación sobre las maravillas de Lulungomena era la primera fisura en la que había sido un hombre de acero sin fallas. Era el primer síntoma de la acción del tiempo.

Pero, procediendo al revés de todos nosotros, que ocultábamos nuestro aburrimiento tras la simpatía, el Chico había visto en todo esto la oportunidad para hacer que Clay quebrantara su resolución de no volver a jugar. Se dedicó a golpear en este punto tan profundamente vital, que difícilmente Clay podría seguir manteniendo por mucho tiempo su tranquilidad y sangre fría.

Ahora, con este último golpe, en los ojos del más viejo aparecieron las llamaradas de rabia.

—Basta ya —dijo él ásperamente—. Deja a Lulungomena fuera del asunto.

—No quiero otra cosa —le respondió el Chico—; pero, de una manera o de otra, tú siempre me la recuerdas; como también la historia de que alguna vez fuiste jugador. Si no pruebas lo segundo, ¿cómo quieres que crea lo primero?

En la frente de Clay se marcaron las venas, pero logró controlarse y serenarse de nuevo.

—Te he dicho miles de veces —dijo entre dientes— que el dinero ganado en el juego pronto se va. Ya lo descubrirás por tus propios medios, uno de estos días.

—¡Palabras! —dijo el Chico despectivamente—, ¡sólo palabras!

Por un instante Clay se quedó observándolo fijamente, casi sin respirar. Yo no sé si el Chico se dió cuenta del peligro que corría si le importaba, pero yo tampoco respiré hasta que Clay hinchó el pecho y, volviéndose bruscamente, salió de la sala de descanso. Sus pasos fueron apagándose por el corredor que conducía a su habitación.

MÁS tarde, hablé con el Chico sobre el incidente. Era su segundo turno de descanso, mientras la mayoría de los hombres seguía trabajando. Lo encontré en la cocina preparándose un sándwich. Me miró algo sorprendido al verme entrar, y se puso a la defensiva.

—Hola, Mort —me dijo, imitando muy bien un tono de despreocupación—. ¿Qué pasa?

—Oye —le dije—. ¿Tú estás buscando una pelea con Clay?

—No —me respondió con la boca llena—. Yo no lo diría así.

—Bueno, pues eso es lo que vas a conseguir.

—Mira, Mort —dijo, e hizo una pausa para tragar—. ¿No te parece que Clay es bastante mayorcito para cuidarse solo?

Un leve temblor, no muy agradable, me recorrió la espalda, y me comenzaron a arder los ojos. Era de nuevo mi sangre dorsiana que afloraba. Debió de notarse, porque el Chico, que estaba sentado negligentemente en el borde de la mesa de la cocina, se levantó de un salto.

—Sigue, Mort —dijo—. No he intentado ofenderte.

Traté de superar con todas mis fuerzas ese instinto ancestral que sentía dentro de mí, y contesté tan calmado como pude:

—Sólo vine de paso para decirte algo. Clay ha andado por el mundo mucho más que tú. Yo te aconsejaría que te apartes de él.

—¿Tienes miedo de que se lastime? —No —respondí—. Tengo miedo de que te pegue él a ti.

El Chico se largó a reír estrepitosamente, casi atragantándose con el sándwich.

—Ahora comprendo. Tú crees que yo soy demasiado pichón para defenderme.

—Algo parecido, aunque no tal cual tú lo piensas. Quiero decirte algo sobre ti, pero no espero que me contestes si tengo razón o no. Házmelo saber sin hablar.

—Será mejor que no me digas nada —me respondió sonrojándose—. No vine aquí para que me psicoanalicen.

—De cualquier manera te lo diré. Y no por ti solamente, sino por todos nosotros, porque cuando los hombres están obligados a convivir tan estrechamente como aquí, siempre que hay un conflicto se ponen de una parte o de otra. Y eso es tan perjudicial para ti como para todos nosotros.

—Entonces, que se mantengan todos alejados del asunto.

—No pueden —le expliqué—. Lo que afecta a uno, afecta indefectiblemente a todos. Tú has venido aquí esperando encontrar bellezas y aventuras. En cambio, sólo te viste rodeado de monotonía y aburrimiento, sin darte cuenta de que ése es el estado normal y constante del espacio.

LEVANTÓ su pocillo de café.
—Y ahora me vas a decir que estoy tratando de crear esas aventuras

a expensas del mismo Clay, ¿no es ello verdad?

—No lo sé exactamente; no voy a utilizar ese argumento, porque no es así como veo yo lo que tú haces. Clay es bastante mayor y puede soportar el aburrimiento y la monotonía si éstos son los medios para obtener lo que quiere. También ha aprendido a convivir con los demás y consigo mismo. No tiene necesidad de probar sus facultades derrotando a alguien que sea dos veces mayor que él.

El Chico bebió de una copa y la depositó sobre la mesa:

—¿Y yo sí?

—Como todos los jóvenes. Es la manera de ir probando sus fuerzas y relaciones con otra gente. Cuando las han comprobado se tranquilizan: ya son gente madura... aunque algunos nunca llegan a serlo. Sin embargo, yo creo que tú llegarás. Pero, cuanto antes termines de hacerlo aquí, mejor será para ti y para los demás.

—¿Y si no te hago caso? —desafió.

—No confundas esto con los colegios de la Tierra o de cualquier otro lugar agradable, seguro y hogareño, donde si a uno le molesta fatigarse trabajando como novato, puede irse a otro lado. Aquí no existe otro lado. Si el que molesta no se da cuenta de lo peligroso y desastroso que resulta, el molestado aguanta todo lo que puede... y al fin algo sucede.

Terrible calor a altas velocidades

EN el laboratorio aeronáutico de la Cornell existe un túnel para vendavales ultrasónicos, en el cual se han revelado las terribles temperaturas que se producen a velocidades de 15.000 km/h. Las temperaturas instantáneas alcanzadas en los bordes del cohete llegan a los 7.000 grados: más de la mitad que la temperatura existente en la superficie solar. El vendaval ultrasónico es mantenido apenas un milésimo de segundo, pero es suficiente para fundir los metales. Si se piensa que la velocidad de escape que un cohete interplanetario necesita para vencer la gravitación terrestre, es de 40.000 km/h...

—Así que, en definitiva, lo que a ti te preocupa es Clay.

—Mira, sácate eso de la cabeza de una buena vez. Clay es un hombre y ha pasado cosas peores. Pero tú no. Si alguien ha de salir perjudicado, serás tú.

Lanzó una carcajada y se dirigió hacia la puerta del corredor. Todavía resonaba su risa cuando la puerta se volvió a cerrar detrás de él.

Dejó que se fuera. Era inútil seguir intimidándolo.

AL día siguiente llegó el hixabrod. Se llamaba Dor Lasos. Era un ejemplar típico de su raza, más alto que cualquiera de nosotros, con piel de color verdoso claro y con ese rostro Perruno impenetrable de los hixabrodes.

Yo no pude presenciar su llegada, porque estaba en la torre de observación controlando la órbita de los meteoritos. La estación, en sí, estaba perfectamente protegida; pero las naves que de vez en cuando se acercaban a ella podían tener dificultades con algunos de los meteoritos más grandes que pasaban cerca de nosotros.

Cuando al fin terminé mis tareas, Dor Lasos ya había sido instalado en sus habitaciones y había pasado la recepción oficial.

De todos modos, bajé para encontrarme con él y averiguar si teníamos alguna vinculación por intermedio de

algún miembro de nuestras razas. Ambas son relativamente pequeñas en número; por lo tanto no era descabellado suponerlo. Y, como Clay, yo también añoraba cualquier cosa que se vinculara a mi hogar.

—*Wer velt d'hatchen, hixabrod* — comencé a decir al entrar en su habitación... y me detuve bruscamente.

El chico estaba allí. Me miró con una expresión extraña en su rostro.

—¿Tú hablas hixabrodiano? — me preguntó incrédulamente.

Asentí. Lo había aprendido durante mi larga misión en el Conflicto Denebiano. Luego recordé las buenas maneras y me volví hacia el hixabrod; pero éste ya había comenzado a responderme.

—*En gles ter, I tu, dorsiven* — dijo, sin alterar la expresión de su cara perrruna—. *Da tr'amgen lang. ¿Met zurres nehent?*

—*En getluc. Me mi Dorsi fene. ¿Nono ne... ves luc Les Lasos?*

Sacudió la cabeza.

Bueno, de cualquier manera había sido un disparo en la oscuridad. Había una posibilidad demasiado remota de que él hubiera conocido a nuestro viejo intérprete en el tiempo del Conflicto Denebiano. Los hixabrodes no tienen un sistema familiar de denominación. Cada uno elige el nombre de un hixabrod mayor, al cual admira o quiere. Me incliné cortésmente ante él y me retiré. Largo rato después, se me ocurrió pensar qué diablos era lo que el Chico podía haber estado hablando con un hixabrod.

EN ese momento me preocupaba Clay. Ya que mi intento de intimidar al Chico había fallado, pensé que tenía que probar con Clay mismo. Al principio esperé una oportunidad para encontrarme con él, pero después de su última discusión con el Chico, se había recluso en su habitación. Fi-

nalmente deseché un encuentro casual y me fuí directamente a verlo.

Lo encontré leyendo. Era deprimen-te encontrar un hombre como aquél, alto y todavía atlético, vestido como un viejo, con un camisón. Protegiéndose los ojos con su mano de largos dedos, leía o más bien escudriñaba sobre la débil luz del lectorio las líneas que se deslizaban bajo su vista. Pero cuando entré, levantó la mirada, y la sonrisa con la que me recibió era la misma que se me había hecho tan familiar durante los cuatro años de estrecho compañerismo.

—¿Qué es eso? —le pregunté señalando al lectorio.

Lo apoyó sobre la mesa, y las líneas dejaron de deslizarse.

—Una mala novela —me replicó sonriendo— de un autor mediocre. Pero ambos son tarsusianos.

Me senté en la silla que me señaló.

—¿Puedo hablarte con entera confianza, Clay?

—Adelante —me invitó.

—Se trata del Chico y tú — dije abruptamente—. No pueden seguir de esta manera.

—Muy bien, viejo tragafuegos —me respondió despreocupadamente—. ¿Qué sugieres?

—Dos cosas. Y quiero que las pienses muy a fondo antes de responderme. Primero procuraremos conseguir una mayoría de nueve sobre diez en la dotación, para pedir que se vaya por incompatibilidad.

CLAY sacudió lentamente la cabeza.

—No podemos hacer eso, Mort.

—Yo creo que puedo conseguir las firmas si las pido —le dije—. Todo el mundo está cansado de él... están en contra suya.

—No es eso, y tú bien lo sabes — me respondió—. Teóricamente, una transferencia por petición no es per-

judicial; pero tú y yo sabemos que en la práctica sí lo es. Sería trasladado a una estación más dura, donde se enredaría en líos cada vez más serios hasta terminar en algún puesto penal o fusilado; sabría a quién echar la culpa, y nos odiaría por el resto de su vida.

—¿Y qué hay? Déjalo que nos odie.

—Yo soy un tarsusiano, y no puedo hacer una cosa así.

—Muy bien —le dije—; dejemos eso de lado. Tú tienes siete años de servicios y la mitad de los fondos necesarios para rescatar tu contrato. A pesar mío tengo el suficiente dinero ahorrado como para completar la suma. Además, por tu retiro, te endosaré mi paga de los próximos tres años. Llévate los, y sal del servicio. No vas a tener lo que calculabas, pero llegará a la mitad.

—¿Y qué será de tu vuelta al hogar? —me preguntó.

—Mírame.

Fijó sus ojos en mí, y me di cuenta de lo que observaba: la nariz rota, las cicatrices, la cara arrugada: un rostro dorsiano.

—Yo ya no volveré al hogar —le dije.

Se sentó, observándome durante unos segundos que fueron interminables. No sé si lo que vi en sus ojos fué una débil luz ardiendo en las pupilas. Pero luego esa chispa desapareció, y comprendí que había perdido también con él.

—Quizás no vuelvas —dijo en voz baja—; pero no seré yo quien te lo impida.

Lo dejé con su libro.

SE supone que los turnos se suceden ininterrumpidamente, sin dejar nunca los puestos vacíos. Sin embargo, en ocasiones como ésta, en que se le ofrecía una gran cena al hixabrod, eso era posible si se realizaba todo el trabajo por adelantado y se elegía un turno de cuatro horas durante el

cual no llegaban ni mensajes ni naves. Ese era el momento escogido para reunirnos todos los de la estación en algo que no concernía al servicio.

De manera que esa tarde nos encontramos todos en la sala de descanso, que había sido despejada y en la que se había tendido una gran mesa para la cena. Terminamos los cócteles, nos sentamos y comenzamos a comer.

Durante la comida, la conversación se refirió a cosas y personas ajenas a los límites estrechos de nuestra vida presente. Recuerdos de lugares visitados y de juventud, comparación de experiencias, algunas de ellas bastante impresionantes: ésos eran los temas de nuestra charla.

Instintivamente, todos tratábamos de sonsacarle algo al hixabrod. Pero éste se mantuvo silencioso y rígido en su lugar, en la cabecera de la mesa, entre Clay y yo, teniendo un poco más alejado al Chico, hasta que comenzamos el postre y el tema de Media apareció inesperadamente.

—¿Media? —dijo el Chico—. He oído hablar de Media. Es un planeta muy pequeño; pero se cree que tiene de todo, desde la sopa hasta las nueces, en forma viva. Creo que allí hay un pequeño ser viviente que tiene algo muy valioso para cualquier tipo de metabolismo. Se llama... déjenme pensarlo... se llama...

—Se llama nygti —declaró Dor Lasos sorprendentemente, con voz metálica—. Es un pequeño cuadrúpedo con un sistema nervioso sumamente complicado y gran cantidad de tejido adiposo. Visité ese planeta hace unos ochenta años, antes de que se iniciara el turismo en esas regiones. Las reservas alimenticias se arruinaron, y tuvimos oportunidad de comprobar nuestra teoría de que ese animal puede alimentar a cualquier tipo de seres inteligentes conocidos...

Se detuvo.

—¿Y? —preguntó el Chico—. Puesto que usted está aquí contando esa historia, supongo que sobrevivió gracias al animal.

—Mis compañeros de a bordo y yo encontramos muy nutritivo al nygti —respondió Dor Lasos—. Desgraciadamente teníamos unos cuantos micrushnis de Polaris en la nave.

—¿Y ellos? —preguntó alguien.

—Son una forma de vida muy desarrollada pero inelástica —dijo Dor Lasos—. Murieron después de largas convulsiones.

Yo tenía alguna experiencia sobre los métodos de los hixabrodes y sabía que Lasos no había hecho este pequeño relato por sadismo sino por absoluto despego hacia los demás. Pero pude observar una ola de disgusto entre los comensales. Ninguna forma de vida es tan amada por el Universo entero como los micrushnis, una raza semejante a las medusas, delicadamente iridiscente, con inclinación hacia la poesía y la filosofía. Los hombres de la mesa se apartaron ostensiblemente de Dor Lasos; pero este hecho no lo afectó en nada: sólo en casos muy especiales los hixabrodes son capaces de conmoverse por algo que le ocurra a otra raza.

—¡Qué lástima! —dijo Clay lentamente—. Siempre me han gustado los micrushnis.

Clay había bebido un poco de más, y esta afirmación, aparentemente ofensiva, tuvo el aire de un reto.

Dos Lasos giró sus oscuros ojos y los fijó en Clay. Sin embargo, tanto lo que vió como las conclusiones que sacó quedaron ocultas tras su rostro inmóvil.

—En general —dijo llanamente—, es una raza verídica.

Era el mejor elogio que podía haber hecho un hixabrod, y con ello supuse que el asunto terminaría allí. Pero el Chico volvió al tema.

—No como nosotros los humanos —dijo—, ¿verdad, Dor Lasos?

Le eché una mirada significativa por detrás de la cabeza del hixabrod. Pero continuó atolondradamente y en voz más alta:

—Dije que no como nosotros los humanos, ¿eh?

El Chico también parecía haber bebido mucho, y su voz rasgó el repentino silencio de la habitación.

—La raza humana varía —declaró el hixabrod impasiblemente—. Ustedes tienen algunos individuos que llegan a ser verídicos. Pero en general los humanos no lo son.

Era una respuesta hixabrodiana típica: justa, implacablemente justa. Dor Lasos habría contestado lo mismo aun sabiendo que después de decirlo se le hubiera cortado el cuello. El Chico tendría que haberse callado, pero prosiguió:

—Es cierto; algunos se acercan a la verdad, pero en general son falsos. Pero usted debe de ignorar, Dor Lasos, que ciertos aspectos del humor humano van ligados a la mentira. Algunos de



—¡Yo siempre empiezo de a poco; así, si después el yacimiento no da más de un tarro de petróleo, jamás podrá considerarse un fracaso!

nosotros contamos mentiras simplemente como diversión.

DOR Lasos tomó un sorbo de coñac de su copa, pero no dijo nada.

—Por supuesto —continuó el Chico—, a veces algunos humanos creen que son muy agradables con sus mentiras, cuando en realidad están bastante lejos de serlo. Algunas historias son particularmente aburridas, sobre todo cuando uno está obligado a oír las una y otra vez. Pero por otra parte, algunos de los campeones de la mentira son tan ingeniosos que hasta usted encontraría divertido oír sus falsedades.

Clay se levantó violentamente, y con su brusco movimiento derramó parte del coñac sobre el mantel. Observó fijamente al Chico.

Yo les eché una mirada a los tres (a Clay, al Chico y a Dor Lasos), y un negro pensamiento comenzó a tomar forma en mi cerebro.

—No creo que me divirtiera —dijo Dor Lasos.

—¡Ah!, pero usted tendría que oír a un verdadero experto —replicó el Chico febrilmente— cuando tiene un buen tema sobre el cual explayarse. Por ejemplo, el de los planetas de origen. ¿Quiere explicarnos cómo es el planeta de usted?

Yo ya había oído lo suficiente para confirmar la sospecha que tenía. Me levanté disimuladamente y dejé la habitación.

El extranjero hizo un seco sonido con la garganta. Mientras yo me alejaba por el corredor vacío, su voz fue llegando hasta mí.

—Es hermoso —decía con su tono metálico—. Hixa tiene un diámetro de treinta y ocho mil metros universales. Posee veintitrés grandes cadenas montañosas y diecisiete océanos de agua salada...

El sonido de su voz se fue apagando a medida que yo me alejaba.

Atravesé directamente los corredores vacíos. Subí la escalera de la cámara de comunicaciones. Pasé la puerta sin detenerme, desobedeciendo las reglas de servicio, sin echar una mirada a la registradora automática para ver si había llegado algún mensaje nuevo. Tampoco me molesté en controlar el transmisor para verificar si estaba sintonizado correctamente en la señal de ubicación automática para guiar las naves que se pudieran acercar.

Todo esto lo dejé de lado y me dirigí directamente al archivo, donde se guardaban los mensajes recibidos.

Manipulé el índice buscando los mensajes correspondientes a dos días atrás. Hojeé rápidamente las copias de ese día. Allí, bajo la denominación "avisos de llegadas", lo encontré. Era el mensaje anunciando la venida de Dor Lasos. Recorrí con mi dedo los datos del viaje del hixabrod, hasta localizar cuál había sido su última parada...: Tarsus.

CLAY era mi amigo. Y hay un límite para lo que un hombre puede aguantar sin estallar. En la pared de la sala de comunicaciones había una lista de la dotación de nuestra estación. Tracé el signo de Dorsai al lado del nombre de William Peterborough y saqué mi pistola del armario.

Arterias y venas

TAMBIÉN las arterias y las venas han entrado dentro de la era de los plásticos. Se pueden ahora substituir perfectamente por delgados tubos de polietileno, el nuevo plástico de moda en lo que a restaurar el cuerpo humano se refiere.

Examiné el cargador. Estaba cargado. Lo coloqué nuevamente, escondí el arma en mi chaqueta y volví al comedor.

Dor Lasos estaba todavía hablando.

—... La flora y la fauna están mantenidas en un equilibrio natural tan perfecto que la superpoblación no ha excedido el uno por ciento de la población normal de cualquier especie, en los últimos cien mil años. La vida en Hixa es regular y predecible. El clima es controlado hasta el más pequeño límite de posibilidad.

Cuando me senté, la voz mecánica del hixabrod titubeó un instante, luego se recobró y agregó:

—Algún día retornaré allí.

—Una linda descripción —dijo el Chico, que estaba inclinado hacia adelante sobre la mesa, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos en una sonrisa—. Un mundo muy atractivo como hogar. Pero lamento informarle, Dor Lasos, que se me ha hecho creer que es insignificante comparado con otro lugar de la Galaxia.

Los hixabrodes también son guerreros. Las facciones de Dor Lasos continuaron imperturbables, pero su voz se hizo más profunda y resonó en la habitación.

—¿El planeta de usted?

—¡Ojalá lo fuera! —replicó el Chico con la misma sonrisa de zorro—. Desearía poder proclamarlo. Pero ese lugar del que tanto me hablaron es tan maravilloso que no creo que se me permita ir allí. En concreto —agregó—, nunca lo he visto; pero he estado oyendo hablar de él desde hace varios años, o sea que, o es el mejor lugar del Universo, o quien me ha hablado de él...

Empujé mi silla y comencé a levantarme, pero la mano de Clay se aferró de mi brazo y me hizo sentar nuevamente.

—Usted estaba diciendo que... —le recordó a Chico, que se había in-

terrumpido con mi movimiento.

—Decía que el hombre que me ha hablado de él —prosiguió el Chico deliberadamente— es uno de esos campeones de la mentira a los cuales me refería antes.

Una vez más traté de levantarme, pero Clay ya estaba de pie. Alto y rígido, estaba parado en la cabecera de la mesa.

—Esto me corresponde a mí —me dijo en voz baja.

Levantó su copa de coñac lentamente y con intención, y la arrojó a la cara del Chico. La copa cayó en la mesa, delante de él, y el coñac se derramó sobre el uniforme immaculado del Chico.

—¡Saca tu arma! —le ordenó. Clay.

AHORA el Chico también estaba de pie. A pesar del hecho, que yo conocía, de que había planeado fríamente todo esto, la emoción lo había ganado. Su cara estaba pálida de ira. Se inclinó sobre el borde de la mesa y luchó consigo mismo para llevar adelante el asunto tal cual lo había previsto originariamente.

—¿Por qué con armas? —dijo con voz alterada por la tensión mientras luchaba por controlarse.

—¡Me has llamado mentiroso!

—¿Acaso las armas van a probar si lo eres o no?

El Chico se enderezó respirando más fácilmente, y su risa resonó ásperamente en la habitación.

—¿Por qué usar armas, si podemos probar quién tiene razón con absoluta certeza?... Desde hace cuatro años —dijo, recorriendo la habitación con la mirada y fijándola luego en Clay— has estado contando toda clase de cosas, pero sobre dos de ellas has insistido más. Una es que antes fuiste jugador; la otra, que Lulungomena, tu preciosa Lulungomena de Tarsus es el lugar más maravilloso del

Universo. ¿Alguna de ellas es verdad?
La respiración de Clay se hizo más profunda y lenta.

—Ambas —respondió, tratando de que su voz no se alterara.

—¿Lo sostendrás??

—¡Con mi vida!

—¡Ah! —dijo el Chico con tono de burla, levantando su índice—, pero no te pido que lo sostengas con tu vida, sino con ese pequeño tesoro que has venido acumulando estos últimos años. Has afirmado que has sido jugador. ¿Apostarías a que esas afirmaciones son ciertas?

En ese momento, por primera vez, Clay pareció vislumbrar la trampa.

—Apuéstame —le invitó el Chico, casi alegremente—. Eso probará tu primera afirmación.

—¿Y la segunda? —preguntó Clay.

—Bueno... —el Chico señaló a Dor Lasos con la mano—, ¿qué mejor juez que éste? Tenemos aquí en nuestra mesa a un hixabrod —se volvió hacia él e hizo una leve inclinación—. Dejémosle juzgar si tu segunda afirmación es cierta o no.

Una vez más traté de levantarme, y nuevamente con su mano.

—¿Cree usted estar capacitado para juzgar en este asunto, señor? —preguntó.

Lasos dirigió sus oscuros ojos inhumanos hacia Clay y mantuvo la mirada durante largo rato.

—Acabo de llegar de Tarsus —dijo— Fui allí en calidad de miembro del Equipo de Exploración Galáctico, cuya misión consistía en trazar los mapas del planeta. Era mi deber verificar la exactitud del trabajo.

NO había otra posibilidad de elección. Clay sostuvo la mirada del hixabrod mientras todas las personas allí presentes aguardaban su respuesta. Lleno de ira recorrí los rostros de los demás, deseando hallar algún signo de



repulsión por todo este asunto. Pero donde esperé encontrar simpatía, no hallé nada. Sólo había una expresión vacía, o cinismo, o el morboso interés de hombres que desean gozar de un espectáculo envuelto en sangre o lágrimas.

Me di cuenta, además, de que yo era allí el único amigo de Clay, y esto dió por tierra con mis esperanzas. Por mi edad ya avanzada, no me había importado oír su charla monótona y repetida sobre Lulungomena. Lo comprendía. Pero los otros se habían cansado de ella. Yo veía una tragedia donde los otros veían solamente una retribución a un tonto mentiroso.

Y Clay vió lo mismo que yo. Sus ojos oscuros se endurecieron.

—¿Cuánto quieres apostar? —dijo.



—Todo lo que tengo —respondió el Chico con avidez— y es lo suficiente como para igualar tu cuenta de banco. El equivalente a ocho años de paga.

Rígido, silencioso, Clay extrajo su libreta de banco y el talonario de cheques. Llenó uno de ellos con la cifra total de sus ahorros y fué a depositar libreta y cheque delante de Dor Lasos. El Chico, que evidentemente había venido preparado, hizo lo mismo, añadiendo una gran cantidad de dinero en efectivo, producto del juego de las últimas semanas.

—¿Ya está todo? —preguntó Clay.

—Todo —replicó el Chico.

Clay asintió y volvió a su sitio.

—Comencemos —dijo.

El Chico se volvió hacia el extranjero.

—Dor Lasos —dijo—, le estamos muy agradecidos por su colaboración en este caso.

—Me alegra mucho oírsele decir —respondió el hixabrod—, pues mi colaboración costará al ganador de la apuesta la suma de mil créditos.

La súbita introducción de un elemento tan comercial dejó estupefacto al Chico. Como yo conocía a los hixabrod, fui el único que lo esperaba. Pero al resto los tomó por sorpresa. Esto dió al ambiente una nota discordante que se reflejó especialmente en el rostro del Chico. Hasta entonces, la apuesta había parecido a la mayoría de la dotación un juego cruel pero honesto, que concernía a nosotros únicamente. De pronto se había transformado en algo que se parecía a alquilar

un rufián para arruinar a un compañero.

EL Chico apresuró las cosas, temeroso de una interrupción. Los ahorros de Clay no abandonaban su mente.

—¿Era usted miembro del Equipo de Exploración? —preguntó a Dor Lasos.

—Lo era.

—Entonces, ¿usted conoce el planeta?

—Lo conozco.

—¿Conoce su geografía? —insistió el Chico.

—Yo no digo dos veces las cosas.

Los ojos del hixabrod eran helados y distantes, hasta un poco funestos, cuando se encontraron con los del Chico.

—¿Qué clase de planeta es? —el Chico se pasó la lengua por los labios; comenzaba a recobrar su sangre fría habitual—. ¿Es grande?

—No.

—¿Tarsus es un planeta rico?

—No.

—¿Es hermoso?

—No lo vi así.

—¡Al grano! —gritó Clay con una aspereza contenida.

El Chico le echó una mirada, saboreando aquel momento. Se volvió luego al hixabrod, y dijo:

—Muy bien, Dor Lasos. Llegamos a la médula del asunto. ¿Ha oído hablar usted alguna vez de Lulungomena?

—Sí.

—¿Alguna vez ha estado en Lulungomena?

—Sí.

—¿Y asegura usted verazmente... por primera vez una llamarada de rabia ardió en los ojos del hixabrod; el insulto que el Chico había hecho sin querer a Dor Lasos era irremediable—, pero verazmente, que en su opinión Lulungomena es el mejor lugar del Universo?

Dor Lasos apartó su mirada de el Chico y la dejó recorrer por el resto de los comensales. El desprecio que se leía en su cara era evidente.

—Sí, lo es —replicó.

SE puso de pie, a la cabecera de la mesa, rodeada por la dotación estupefacta; de la pila de dinero sacó mil créditos; pasó el resto a Clay junto con los dos cheques y las libretas; a continuación se acercó al Chico.

Se detuvo frente a él y le extendió sus manos, con las palmas hacia arriba y la punta de los dedos a escasos centímetros de la cara del Chico.

—Mis manos están vacías —dijo.

Sus dedos se arquearon; luego, repentinamente y ante nuestros ojos, unas garras brillantes y macizas brotaron del extremo de sus dedos y quedaron vibrando levemente contra la piel del rostro del Chico.

—¿Duda usted de la veracidad de un hixabrod? —preguntó con su voz de robot.

La cara del Chico estaba blanca y sus mejillas hundidas de terror. Las puntas afiladas de las garras se acercaban a sus ojos. Tragó dificultosamente.

—No —murmuró.

Las garras desaparecieron. Las manos volvieron a los costados de su dueño. Dor Lasos, nuevamente en su actitud habitual, apartada e impersonal, se volvió hacia nosotros e hizo una reverencia.

—Mi agradecimiento por vuestra cortesía —nos dijo, con su voz metálica resonando en el silencio.

Luego se volvió y, marchando como un metrónomo, desapareció por la puerta de la sala de descanso, en dirección a sus aposentos.

HA llegado la hora de separarnos —dijo Clay Harbank, mientras nos estrechábamos las manos—. Espe-

ro que encuentres el planeta de Dorsai tan acogedor como yo a Lulungomena.

Yo gruñí:

—Lo que has hecho es una soberana tontería. No tenías por qué pagar también la rescisión de mi contrato.

—Sobran créditos para ambos —me replicó.

Había pasado un mes desde el día de la apuesta. Estábamos en el aeropuerto de Deneb. Las enormes instalaciones de esta central terminal se extendían por kilómetros alrededor de nosotros. Dentro de diez minutos yo debía tomar mi nave hacia los planetas de Dorsai. Clay debía esperar varios días hasta aprovechar alguno de los viajes a Tarsus, que no eran tan frecuentes.

—También la apuesta en sí fué una locura —continué, decidido a encontrar algo de qué quejarme. Nosotros los de Dorsai no gustamos de estos momentos de emoción. Pero un dorsiano es un dorsiano. Y no me estoy excusando.

—No fué una tontería —dijo Clay, y por un momento una sombra cruzó su frente—. No te olvides de que un verdadero jugador sólo apuesta sobre seguro. Cuando miré los ojos del hixabrod, supe que yo ganaría.

—¿Cómo podías estar seguro?

—El hixabrod amaba a su país natal.

Lo observé asombrado.

Pero no apostaba sobre Hixa. Por supuesto, él preferirá Hixa a cualquier otro lugar. Pero la apuesta era sobre Lulungomena de Tarsus, ¿recuerdas?

Volvió la sombra a oscurecer su rostro:

—La apuesta era certera. Me sentía un poco culpable por el Chico; pero le había advertido que el dinero ganado en el juego vuela pronto. Además, él es joven, y yo ya me estoy poniendo viejo. Yo no podría aguantar la pérdida.

—¿Quieres bajar de las nubes —le ordené— y explicarme todo el asunto? ¿Por qué era una apuesta segura? ¿Cuál era la trampa, si había alguna?

—¿La trampa? —repitió Clay, sonriendo—. La trampa era que el hixabrod no podía dejar de decir la verdad. Todo reside en el nombre de mi lugar natal: Lulungomena —miró mi cara asombrada y puso una mano sobre mi hombro—. ¿Ves, Mort? —dijo quedamente—. Fué el nombre el que engañó a todos. Lulungomena quiere decir algo en mi idioma. Pero no es el nombre de una ciudad o pueblo o aldea. Cualquiera en Tarsus tiene su Lulungomena. Cualquier persona en el Universo la tiene.

—¿Cómo lo sabe, Clay?

—Es una palabra —explicó— en lengua tarsusiana. Significa: hogar. ♦

Pronósticos comprometedores

El gobierno de Uganda ha suspendido toda transmisión de pronósticos meteorológicos por la radio oficial. La razón de tan singular medida es la actitud de las tribus del interior del país, que consideraban a estos pronósticos como formales promesas del gobierno, y que presentaban serias reclamaciones cuando se incurría en algún error. ¡Menos mal que nosotros ya estamos acostumbrados, y nos ponemos el impermeable cuando el diario anuncia buen tiempo!



LOS SEÑORES

El hombre solo es un vagabundo
que marcha en el presente
al eterno presente.

PRÓLOGO

CAYÓ lentamente a través de un vacío incoloro, que aun carecía de sustancia suficiente para ser llamado cielo, y su cuerpo envuelto en el traje espacial, constituía una nota diminuta que descendía en giros absurdos hacia el planeta que se hallaba debajo. Un sol extraño, y unas estrellas extrañas, pasaban en torno de él con efecto calidoscópico.

No lejos, otro cuerpo cayó con él, un cuerpo sin vida, estallado, que surgía por un agujero del uniforme aéreo. Aquel cuerpo no había sido tan rápido o tan afortunado, y no logró escapar de la nave averiada con su vida y su equipo intactos; sus lentas revoluciones, y las intermitentes llamaradas del sol al iluminar el cuerpo, revelaban que había estallado en el momento de ponerse en contacto con el vacío. No reconocía a su compañero muerto, no podía hacerlo realmente, pero suponía que se trataba de algún miembro de la tripulación. Ambos descendían con lentitud. ¿Dónde se hallaban los otros?

La nave había desaparecido hacía mucho, después de pasar junto a ellos

por WILSON TUCKER

ilustrado por ORNAGUE

DEL TIEMPO

como una bala monstruosa, incendiándose y convirtiéndose en cenizas en cuanto entró en contacto con la atmósfera. Habían tenido muy poco tiempo para huir de la nave condenada. El ruido del meteorito, al romper el casco e invadir la sala de máquinas, había convertido el sonido de alarma en algo débil e inútil. Al primer ruido, él se había cerrado el equipo aéreo (movimiento reflejo, producto de un largo aprendizaje), y no sintió el peligro personalmente, hasta un segundo después, cuando se dirigió hacia la litera donde se hallaba su esposa. Entre su primero y su segundo paso, las señales de alarma dejaron de funcionar, y él experimentó una angustia momentánea, pensando que quizás ella no fuese capaz de cerrarse el equipo. Durante el intervalo entre el segundo y el tercer paso, el navío estalló, como resultado de la explosión de los motores. Y él se vio lanzado al espacio.

No sabía aún si su esposa había logrado salvarse. Ella se había desnudado y dado una ducha, disponiéndose a acostarse cuando sobrevino la crisis. Lo último que vio de ella era su cuerpo tendido en la litera, luchando para cerrarse el traje aéreo.

El meteorito invasor continuó su viaje invisible, pero destruyó la nave que cayó como un casco negro, hasta que se incendió al entrar en contacto con la atmósfera del planeta que había debajo. Y desde entonces, él había descendido lentamente, en compañía del otro cadáver. Cerró los ojos para no verlo.

¿Había otros supervivientes?

SINTIÓ una delgada capa de aire en torno de sí, y al abrir los ojos vio la débil luz del día. Su traje comenzaba a reaccionar a la atmósfera tenue. A la mirada siguiente, vio de nuevo a su compañero muerto, y desvió la cabeza para mirar más abajo, instintivamente juntando los pies, para

que la energía conjunta de los zapatos de metal lo colocase de modo que cayese de pie. No conocía el sol ni el sistema planetario, por lo cual el mundo que tenía debajo era para él un misterio desconocido. Había áreas de luz y de sombra dispersas por aquel mundo, que indicaban tierra y mares; y aunque forzaba la vista mirando hacia la parte oscura, no hallaba un lugar iluminado que indicase ciudad o civilización. Quizás estaba aún demasiado lejos, quizás la iluminación era tenue.

Obedeciendo al pensamiento inmediato, asió el cinturón que contenía las raciones de emergencia, y de nuevo miró al compañero muerto. En aquel mundo extraño, la comida podía ser o no un problema; la cuestión del agua potable era de importancia decisiva. El agua del mar no servía sin un equipo depurador apropiado; el agua de lluvia podía ser difícil de hallar e incluso no resultar agradable; sería conveniente apoderarse de las raciones del muerto. El superviviente del estallido de una nave del espacio vivía gracias a su ingenio o no vivía.

La atmósfera iba ganando consistencia y profundidad; pero él continuaba cayendo, manteniendo juntos los pies, para que la energía de sus zapatos aumentase la velocidad del descenso. Quería hallarse en tierra cuando cayese el cadáver, para estar en condiciones de apoderarse de las raciones. Debajo de él, las zonas de tierra tomaban formas definidas, y él calculaba el punto en donde aterrizaría. A uno de sus lados, el sol poniente se ocultaba en las aguas de un mar desconocido.

Pensó otra vez en su esposa, preguntándose si habría logrado cerrarse el traje; si habría logrado escapar de la nave condenada. ¿La encontraría de nuevo en el mundo que se extendía a sus pies, si ella se hallaba con vida? ¿Sería capaz de localizar a los otros supervivientes, si existían? El sería como el

viajero perdido en la selva, o el que busca a un naufrago en una isla que no figura en los mapas.

Nunca se consideró como naufrago. Había salido con vida de una enorme calamidad, y cuando tocase tierra de nuevo, seguiría viviendo si podía. Separó los pies, para hacer más lenta su caída. Descendía sobre una costa arenosa y desolada.

CAPÍTULO I

CUMMINGS, que acababa de llegar de Washington, plegó las manos sobre el fajo de papeles escritos a máquina, que había sobre la mesa, y fijó su atención sobre el haz de rayos solares que entraba por la ventana. Era un cálido sol de verano. La ventana estaba abierta, dejando entrar el ligero ruido del tránsito por las calles de Knoxville. Cummings parecía absorto por el rodal de sol que había en el suelo, estudiando su brillantez y midiendo sus movimientos increíblemente lentos. El precipitado vuelo desde Washington lo había turbado, trastornando su corazón y su estómago, como le sucedía siempre con los vuelos, y buscaba un consuelo en el cálido jirón de sol. Sólo el sol parecía en paz, tranquilo y familiar.

El segundo hombre que había en el despachito, guardaba silencio, esperando que su jefe hablase.

Mirando aún atentamente la mancha de sol, y aguardando a que su cuerpo se tranquilizase, Cummings dijo:

—No era necesario incluir la petición de vacaciones, Dikty. Usted me conoce lo bastante.

Dikty asintió, de acuerdo con el supervisor.

—Sí, lo conozco. Pero le he dejado esa salida, por si quiere buscar a otro hombre. Me molesta reconocerlo, pero esta vez he fracasado —hizo un cansa-

do ademán con la mano, para indicar los papeles que había sobre la mesa—. Conozco todo el tema, pero no lo bastante.

—Sí, es difícil —dijo Cummings como si hablase consigo mismo.

—Muy difícil —convino Dikty—. No sé qué hacer. Todo el mundo nace en alguna parte. ¡Pero al parecer este hombre no!

La sonrisa de respuesta que le dedicó el supervisor fué débil y completamente carente de humor. En realidad no fué más que una mueca.

—Aprecio eso último.

—Otra salida —explicó Dikty inútilmente—. Yo estoy suponiendo que nació —en la voz del investigador hubo una cierta amargura—. He visto a ese hombre con mis propios ojos, y por lo tanto sé que existe. Y no apoyo ninguna de esas necias teorías que hablan de las cigüeñas, las hojas de col, o los juncos. El hombre tiene que tener unos padres, un comienzo de carne y hueso en el tiempo y el espacio —extendió las manos con desesperación—; pero, ¿dónde? Este sujeto apareció un día y un año, y ha existido desde entonces.

Cummings continuaba examinando la ranchara de sol, mientras sus dedos recorrían el fajo de papeles.

—¿Cuál fué ese día y año? —preguntó.

—El 8 de marzo de 1940.

El supervisor cerró los ojos. Dikty, que lo observaba, vió que la sombra de una expresión había cruzado su rostro rápidamente, y se preguntó si el dolor era físico o mental. Al cabo de un momento, Cummings habló.

—¿Esa fecha significa algo para usted?

—Nada, como no sea el nacimiento de mi segundo hijo.

Cummings vaciló un momento antes de replicar, luchando ya con sus pensamientos, ya con su estómago.

—Por el 8 de marzo nació también el infierno en la tierra. Podría considerarlo asimismo como nuestro nacimiento; al menos los planes para una política secreta de seguridad se pusieron por escrito entonces. Por el 8 de marzo de 1940, el Presidente estableció el Comité de Investigación de la Defensa Nacional; el Distrito de Manhattan y nuestra organización nacieron de ello.

—Yo he pensado siempre que Manhattan era el comienzo —dijo Dikty con aire ausente.

—No —Cummings abrió los ojos para ver de nuevo si se había movido la luz del sol—. Otro de esos eternos comités nació en 1939. Yo olvidé el nombre. No significó gran cosa, pues se vió obstaculizado por falta de fondos, y de apoyo en los lugares importantes, pero fué el comienzo del infierno. Nuestro

Píldoras automáticas

CUANDO uno no puede dormir, lo más común es que se tome una píldora apropiada al caso. Pero hay un peligro, y es que, a veces, en la premura por conciliar el sueño, uno traga más píldoras de las que debe, lo cual puede ser funesto. Para evitar tales accidentes, un químico de Los Angeles inventó las píldoras automáticas, que impiden por sí mismas las dosis excesivas. ¿Cómo? Muy fácilmente. El químico agregó al somnífero un compuesto que, a partir de cierta cantidad, provoca vómitos. No será muy agradable tomarse un par de píldoras para dormir y que el estómago las rechace; pero por lo menos uno queda vivo para hacer la prueba de nuevo.

Comité de Investigación nació de aquél, en 1940, y la Oficina de Investigaciones Científicas nació de éste, en 1941. Y por fin de todos ellos nació el Distrito de Manhattan, en 1942 —suspiró—. Aquí tenemos más nacimientos de los que se pueden contar; a veces no puedo censurar al público porque le ponga confuso la confusión de Washington.

—¿Cuál diría que es el nacimiento?

—¿Cuál? —Cummings alzó los hombros, y casi alzó los ojos del suelo—. Todo depende de la fecha que prefiera observar, si es que la hay. La primera explosión de la bomba atómica tuvo lugar en el desierto, en julio de 1945. Pero los hombres causantes de ella consideran el nacimiento real como tres años antes.

—¿Tres?

Cummings asintió.

Esos hombres obtuvieron su primera cadena de reacción en diciembre de 1942. Eso lo reconocen como el nacimiento del infierno. Personalmente yo no sé si la fecha debería ser esculpida y venerada, u olvidada. Yo creo que ha sido el peor paso del progreso desde la invención de la pólvora. Bien —levantó por fin los ojos del suelo, para mirar a su ayudante—. Lo que ahora nos interesa es el 8 de marzo de 1940. El sujeto que vigilamos apareció en esa fecha.

Dikty añadió:

—Aparentemente.

—Sí, aparentemente.

—Vino aquí, a Knoxville, unos dos años después —prosiguió Dikty al cabo de un momento—. Y yo sé lo que esa fecha significa. Cuando los primeros ingenieros surgieron por las colinas del oeste para inspeccionar el emplazamiento de Oak Ridge, nuestro sujeto había aparecido ya en escena y abierto una oficina. El —añadió amargamente— lo llama una oficina. A un par de cuadras de este lugar.

Cummings sonrió de nuevo, y una

huella de humorismo genuino dobló las comisuras de sus labios.

—Yo aprecio eso también. Me pregunto si usted lo considera como yo.

—¿Que se instalara tan cerca de nosotros?

—Que también se nos haya adelantado. Nosotros no llegamos aquí hasta varios meses más tarde, hasta que se comenzaron las obras del Ridge. Pero estudiamos los lugares y las fechas en general. Por el 8 de marzo de 1940, ocurrieron tres cosas, además del nacimiento de su segundo hijo. Una, las potencias de Washington decidieron seriamente fabricar una bomba atómica, y comenzaron a dedicar fondos importantes para ello. Dos, los mismos poderes se dieron cuenta de la necesidad de una fuerza secreta, para proteger la bomba, o a los guardianes de ella, una rueda oculta dentro de la maquinaria. Y finalmente, tres, nuestro sujeto hace su primera aparición en público. Día y año, las tres cosas. Por lo tanto, se me ocurre que debería haber conocido por adelantado los acontecimientos del 8 de marzo, y calculado su aparición.

—Pero yo le localicé en Miami, en aquella fecha —protestó Dikty.

—Ahora es cuando debería añadir, aparentemente. Para ser preciso, ha logrado de un modo admirable seguirle la pista hasta Miami, el 8 de marzo de aquel año. Compró un coche usado, y de este modo se pudo someter a nuestro escrutinio. Usted no logró seguirle la pista antes de la compra.

—Eso es cierto, y ahí es donde he fracasado. No hay ningún indicio antes de esa fecha, ni en Miami ni en ninguna otra ciudad —y su acento se hizo amargo de nuevo.

—Así sabemos —continuó Cummings — que estubo en Florida el mismo día que los acontecimientos históricos tuvieron lugar en Washington. Muy bien. A su debido tiempo, el sujeto llega a Tennessee y abre una oficina en Knox-

ville, poco después que el gobierno comienza a construir Oak Ridge a unos treinta y tantos kilómetros de distancia. Vemos que ha tardado dos años en llegar desde Florida; en realidad tiene muy poco respeto por el tiempo, ¿verdad? En realidad esos hechos no tienen nada de alarmantes, al ser considerados fuera de contexto, ¿verdad? Por eso decía que él se nos adelantó... Vino antes para que no hubiera sospechas.

Dikty se dejó caer en su sillón, y miró a través de la ventana abierta.

—Ese razonamiento es fantástico.

—De acuerdo —el supervisor asintió, mientras sus miradas se posaban sobre la mancha de sol del suelo—. Y por lo tanto rompa esa solicitud de vacaciones. Me doy cuenta de los obstáculos con que ha tenido que enfrentarse, y aprecio lo que ha logrado hacer. Hábleme de ese hombre.

Dikty sacó una vieja pipa del bolsillo de su chaqueta e indicó con ella la mesa.

—Ahí está todo...

—No quiero leer acerca de él. Quiero saber su versión, impresiones y opiniones —golpeó los papeles con las manos cerradas—. Es una referencia formal, el modo en que se lo dictó a Hoffman. Yo preferiría conocer sus impresiones personales. Hábleme de ese hombre.

El ayudante dijo con tono vacilante:

—Me salvó la vida.

—Sí, y usted lo ve a esa luz. Quiero oír eso.

Dikty llenó y encendió su pipa, enviando hacia el cielo grandes nubes de humo.

FUE hace un año y medio, acabamos de terminar el asunto McKeown, ¿recuerda? Mi esposa y mis hijos venían por tren, y yo me había retrasado para recibirlos; me figuro que me demoré en el almuerzo y no me di cuenta de lo tarde que era, hasta que oí el pito del tren —Dikty hizo una

pausa, embargado por el recuerdo—. Cuando salí del restaurante, vi un taxi que se había detenido a media cuadra de distancia, y me dirigí hacia él. Recuerdo que pensé que si el chófer iba por el camino más corto, y no se cuidaba de la luz roja, podríamos llegar a tiempo a la estación. Me hallaba a unos quince o veinte metros del coche cuando advertí a una mujer, una mujer vulgar, llena de paquetes. Corría hacia el taxi, decidida a llegar antes que yo. Yo no me sentía nada caballeresco; necesitaba aquel taxi, y quería llegar pronto a la estación, por lo cual continué corriendo. Habría alcanzado el coche a tiempo si él no se me hubiera puesto delante. Yo parpadeé, al parecer, y él se colocó delante de mí. Alcé los brazos para no chocar con él, pero él había hecho lo mismo, y durante un segundo permanecimos con los brazos entrelazados, tratando mutuamente de guardar el equilibrio. Yo traté de librarme lo más pronto posible, pero él era bastante torpe. Cuando por fin me solté, la mujer entraba en el taxi, que partió velozmente.

—¿Y...? —preguntó el supervisor.

—El taxi chocó con un camión de gasolina, en la próxima intersección. Ambos vehículos se incendiaron.

Hubo un silencio en la oficina. La mancha de sol había cambiado de posición, al continuar el sol su ruta hacia occidente, y el tránsito callejero parecía haber amenguado. Al otro lado de la cerrada puerta de la habitación, se oía el ruido presuroso de una máquina de escribir. Durante un momento aquel fué el solo ruido.

—¿Y nuestro sujeto?

—No tengo la menor idea —replicó Dikty—. En cuanto pude moverme después del choque, volví al restaurante y llamé a los bomberos. Cuando volví al lugar del accidente, busqué al hombre, pero no estaba allí. Yo me quedé quince o veinte minutos, y entonces recordé a mi esposa. Tomé otro coche

(con instrucciones de que fuese lentamente) y me encontré con ella en la estación. Mi esposa lloraba.

—¿Lloraba?

—Sí, su conducta era algo rara al verme, y nuestro encuentro fué muy cariñoso. Poco después averigüé el porqué. La noche anterior a su regreso, había soñado con mi muerte, al parecer yo había perecido en un accidente de automóvil. Y al ver que yo tardaba, pensó...

Cummings asintió:

—Sí.

—Bien, así conocí al sujeto. No volví a verle hasta hace algunos meses, cuando recibí instrucciones de investigarlo. El nombre no significa nada para mí, por lo cual comencé como de costumbre. Tiene una pequeña oficina en aquel edificio —Dikty indicó por la ventana abierta—, y parece tener bastante negocio. No se anuncia como detective particular, ni nada tan melodramático: en la puerta de su oficina no hay más que un letrado que dice: *Investigaciones*. Tiene la documentación adecuada de la policía, no ha solicitado un permiso para uso de armas, ni se ha visto jamás metido en un lío, desde que vino aquí en 1942. La policía no tiene nada contra él, aunque nadie parece ser realmente amigo suyo. Es la clase de hombre reservado, que obedece las leyes.

Dikty vió que su pipa se había apagado y la encendió de nuevo.

—Cuando lo vi por primera vez lo recordé como el hombre que me había impedido llegar al taxi. Hasta aquel

momento, consideraba el asunto como una feliz casualidad; feliz para mí, entendiéndose. Siempre supuse que era una coincidencia afortunada que hiciera lo que hizo, hasta que lo vi en el terreno de la investigación. Mis convicciones cambiaron entonces. No puedo decir por qué cambiaron ni la causa de ello; pero, al estudiar su rostro, me di cuenta de que me había detenido deliberadamente, con el fin de salvarme —Dikty se llevó la mano a la frente—. Pero no puedo explicar por qué lo pienso. Lo creo y nada más.

—Yo lo creeré también —dijo Cummings.

—Si lo hubiese conocido de cualquier otro modo, si lo hubiese encontrado en la calle o en un bar, me figuro que habría reaccionado normalmente. Habría seguido pensando que nuestro primer encuentro fué para mí una feliz casualidad. Lo habría convidado a beber, le habría estrechado la mano, y probablemente me habría puesto en ridículo. Pero como usted me ordenó que trabajase sobre él, mis reacciones fueron inesperadas y un poco sorprendentes. Por tratarse del sujeto de nuestra investigación, yo llegué a la conclusión de que nuestro primer encuentro *no* era una coincidencia. Y eso, a su vez, me hizo comprender la clase de encuentro que había sido. Él me salvó la vida deliberadamente, sin malicia preconcebida. Es un hombre alto, ocho o diez centímetros más alto que yo. Diría que mide como un metro ochenta y cinco centímetros. Lleva el cabello cortado muy corto, y lo tiene

de un color rubio claro, casi pajizo —Dikty miró a su superior—. Parece un egipcio.

—¿Qué?

—Sí, un egipcio. Tiene la piel curtida como si hubiese pasado casi toda su vida al aire libre; es una piel extraordinariamente dura, o *vieja*, como si hubiese vivido en un desierto o en llanuras barridas por el viento. Sus ojos son muy raros. Tiene las córneas amarillas. Esa peculiaridad es muy común en la gente del Lejano y el Medio Oriente. Me dió la impresión de un egipcio. Físicamente, es un buen ejemplar. Esbelto, creo que pesará unos ochenta kilos, bien distribuidos. Por alguna razón extraña, da la impresión de velocidad en su constitución, como si estuviera constantemente dispuesto para el vuelo, o hubiese sido un corredor famoso en su universidad y hubiese seguido practicando. Rápido y delgado, siempre alerta. Parece un hombre tranquilo y modesto; no está casado. Conduce un coche de dos años de antigüedad y vive solo, fuera de la ciudad, en una casa alquilada a kilómetro y medio del campamento de las casas rodantes. Tiene una casita con una hectárea alrededor (una amable pintura rural); pero él no sigue las normas de la vecindad. No tiene jardín, ni gallinero, ni ganado: allí no hay más que él y un huerto de manzanos. No visita a nadie ni recibe visitas. Si tiene algún amigo, yo no lo he descubierto aún. He examinado su correo, y he visto que tiene poco, aparte de una gran cantidad de libros y revistas técnicas. Sus veladas son tan tranquilas como sus días, a veces va a una biblioteca, otras al cine, otras pasea por la ciudad, pero la mayoría las pasa a solas, en su casa. Es el tipo del ratón de biblioteca. Forma menos parte de la ciudad que los que viven en las casas rodantes.

—No ha mencionado su edad —dijo Cummings.

—No, no la he mencionado —Dikty

se quedó mirando al supervisor, y la arruga de su frente se hacía cada vez más profunda—. Cuando solicitó su licencia a la policía, en 1942, declaró que tenía treinta y un años.

Cummings asintió.

—¿Y hoy?

—Parece tener treinta y un años.

Cummings añadió irónicamente:

—Al parecer.

—Dígame: ¿a qué viene esta investigación? ¿Qué la motivó?

Cummings volvió a estudiar la mancha de sol. Parecía hallar una fascinación en ella.

—Aquello fué también un asunto de rutina —repuso finalmente—. Alguien descubrió que estaba suscrito a todas las publicaciones científicas del mundo libre —Cummings hizo un amplio ademán con la mano—. Arqueología, geología, astronomía, meteorología, química, medicina, física nuclear: todo. Esto último fué lo que llamó nuestra atención. Alguien examinaba las listas de suscripción, y halló su nombre en todas ellas, incluso en una revista social de los científicos atómicos. Cuando alguien advirtió que vivía en Knoxville, la rutina comenzó —dió un golpe con los nudillos sobre los papeles de la mesa—. Y el resto ya lo conoce.

Dikty seguía frunciendo el ceño.

—Al parecer tiene un indebido interés por la ciencia; por toda la ciencia.

—Ese interés puede ser incluso perjudicial —repuso Cummings secamente—. Y por ello hemos continuado la investigación. Quiero saber la fuente de sus ingresos, por lo cual estamos examinando sus impuestos. Quiero saber cómo apareció en Miami, sin huellas anteriores; por eso estamos examinando todos los navíos que tocaron en dicho puerto antes y después del día de su aparición. Y también examinamos otros puertos, aparte de Florida. Quiero saber lo que hay detrás de las misteriosas coincidencias de tales fechas; así, pues, continuaremos investi-

Edad de la tierra

HE aquí un tema que ha sido objeto de innumerables discusiones; la más reciente, mantenida entre astrónomos y geólogos, ha sido zanjada por las últimas determinaciones de las cantidades de isótopos estables del plomo en meteoritos y minerales terrestres. La nueva cifra es de 4.600 millones de años, y ha tenido la virtud de reconciliar a uno y otro bando.

gándolo. Siga en su puesto —se incorporó y apartó los ojos del sol, para mirar al otro hombre—. Ya he nombrado a otro investigador del caso. Aquí.

Dikty no dijo nada, esperando una aclaración.

—No hay dudas acerca de su habilidad para la labor —dijo Cummings decisivamente—. Me satisface el saber que ha hecho todo lo posible. Pero también me satisface que el sujeto se dé cuenta de su presencia y de la organización secreta que usted representa. No veo otra forma de explicar el accidente del taxi. Tendremos en cuenta que sus intenciones hacia usted... y hacia nosotros, son amistosas, pues de lo contrario no le habría impedido ir a la muerte. Fíjese que no trató de evitar la muerte de la mujer y del taxista. Pero aun así, el fin primordial de nuestra organización es proteger la estructura atómica contra los recién venidos, por lo cual ese hombre debe seguir sometido a nuestra investigación. Continuemos sobre esta base: mientras tanto entra en escena un investigador que él no conoce aún. Para acercarse a él de un nuevo modo. Yo prefiero que usted y el nuevo agente no se conozcan: no quiero correr el riesgo de que el sujeto los relacione. Si surge una ocasión en que ustedes tengan que identificarse, serán primos.

—¿Mi primo?

—Sí, eso es bastante seguro. Usted no tiene primos.

—Muy bien.

—Nuestro procedimiento, desde aquí en adelante, será determinar cómo el sujeto sabía estas fechas por anticipado. Voy a hacer que Washington examine los círculos políticos y científicos de 1939 y 1940. Espero que surja algo que sirva de relación a todo esto.

—Lo siento, pero me lleva mucha delantera.

—En 1939 y 1940 —Cummings trazó un esbozo— sólo el Presidente, y muy pocos políticos y científicos, sa-

bían que los Estados Unidos estaban haciendo investigaciones en física nuclear; ya sabe la reserva con que se llevó este asunto. Pero aun así, nuestro sujeto aparece entonces a la vista del público. En 1942 sólo el Presidente y un grupo un poco mayor de consejeros y proyectistas sabían que las colinas de Tennessee serían el futuro emplazamiento de la fábrica atómica. Por lo tanto, nuestro sujeto aparece aquí y abre una oficina: una oficina de investigación. Y finalmente, hace un año y medio, el agente de una organización supersecreta escapa milagrosamente a una cita con la muerte. De nuevo nuestro sujeto está en el momento y el lugar adecuados. Y ahora averiguamos que tiene un desmedido amor por la ciencia y sigue todos sus descubrimientos.

—No parece envejecer —dijo Dikty con tono ausente.

—¿Cómo supo el histórico nacimiento de Washington, en 1940? —preguntó Cummings—. ¿Cómo sabía que Oak Ridge iba a ser construido aquí, en 1942? ¿Cómo supo su existencia, y quizás la mía? Créame, Dikty, cuando yo digo que esto no tiene escape, es así. No tenemos un nombre oficial, existimos sencillamente. Y ni siquiera todos los miembros del gobierno conocen nuestra existencia; sólo unos pocos. No aparecemos en ninguna nómina; el dinero se nos envía secretamente. No tenemos que responder ante ningún organismo del gobierno, sólo tenemos que dar cuenta a nuestro superior jerárquico inmediato. Y cada uno de nosotros sólo conoce a un puñado de agentes. No sabemos en realidad quién es el que nos dirige —Cummings se levantó de un salto, y se acercó a la ventana, para mirar ceñudamente al edificio alto y blanco que estaba un poco más abajo—. ¿Cómo supo su existencia y le salvó la vida?

Dikty movió la cabeza, preocupado.

—No puedo decirselo.

El supervisor tenía cerrados los puños, detrás de la espalda.

—¡Yo voy a averiguarlo! —dijo con furia—. Voy a descubrir todo lo relativo a ese hombre, desde el momento en que nació. ¡Si es que nació! Voy a averiguar por qué tiene los ojos amarillos, la piel curtida, por qué no ha envejecido, por qué carece de pasado, por qué pensó que merecía la pena salvarle la vida, y por qué está en Knoxville. Voy a hacer algo más que eso; voy a averiguar por qué está vivo. Representa una amenaza que yo me niego a dejar que exista; descubriremos exactamente quién es, o dejará de existir. No pienso tolerar misterios acerca de él. —Cummings hizo una pausa, y se volvió a medias—. ¿Lo ha visto desde el accidente del taxi?

—Querría poder decir que no —Dikty estaba inquieto—. Estoy orgulloso de mi trabajo, y en circunstancias ordinarias yo diría que no, definitivamente. He tomado muchas precauciones para seguirlo. Pero teniendo en cuenta las habilidades del sujeto... bien, probablemente me ha localizado.

Cummings se volvió de nuevo hacia la ventana abierta y permaneció de pie, al sol. Su cólera parecía haberse desvanecido, y cuando habló lo hizo con voz suave. Sus ojos se fijaban en el alto edificio de escritorios.

—Repítame su nombre. ¿Nash, qué?

—Gilbert Nash. Un nombre supuestamente, me figuro.

GILBERT Nash se dió cuenta de los pasos turbados del hombre que vagaba por el corredor, se dió cuenta de la vacilación del desconocido antes de que se detuviese ante la puerta y apoyase la mano en el pestillo. Los pasos eran lentos, inciertos, evasivos, como si el hombre hubiese llegado hasta allí mediante un esfuerzo de voluntad, pero luego no supiera qué hacer, o no se decidiera a realizarlo. Los pasos se desvanecieron durante unos segundos, cuando el hombre se dirigió al final del pasillo, y luego regresaron para detenerse de nuevo ante la puerta de su oficina. La silueta del hombre turbado aparecía muy poco clara a través del cristal deslustrado de la puerta. Gilbert Nash siguió sentado, contemplando la silueta indistinta, contemplando para ver lo que haría finalmente.

El pestillo se movió bruscamente y el hombre entró.

Se detuvo en cuanto hubo pasado el umbral y se quedó mirando a Nash, para ver qué aspecto tenía un detective particular, mirando en torno suyo, sin ver realmente, aun no sabiendo qué hacer.

Nash se puso lentamente en pie.

—Pase; no voy a morderle.

Su voz era baja, natural y agradable; parecía como si no le importase que el desconocido entrase o no. Lo que decidió el hombre turbado era aceptable.

Paredes hechas a máquina

UNA compañía de construcciones ha puesto en funcionamiento una máquina de colocar ladrillos, a un ritmo de 2.000 a 3.000 por hora, y tan simple que puede manejarla una persona sin ningún conocimiento especial. La máquina consiste en una vagoneta móvil, que se desliza a la altura de la última hilera de ladrillos ya colocada, y va dejando caer los que formarán la nueva hilera. De esta manera fabrica paredes de cualquier altura y cualquier espesor.

El recién venido cerró la puerta tras él.

—He venido a verle. Me llamo... ¿Qué importa! ¿Puedo hablar?

Nash asintió, divertido.

—Perfectamente. Usted ha venido aquí con un problema. Entre mi cliente y yo hay la misma confianza que entre el médico y el paciente —extendió la mano para ofrecer una silla a su visitante—. Pase y tome asiento.

El hombre tenía reflejadas todas sus tribulaciones en su tímido rostro. No se necesitaba una segunda ojeada para ver que no se trataba sólo de dificultades domésticas, que era algo mucho más importante. Se advertía en su manera de andar, en su forma de dejarse caer en la silla que le ofrecieron, colgaba de sus hombros, igual que la arrugada chaqueta que ostentaba, y le producía una obsesión que se reflejaba en su rostro. No vio la mano que le tendía Nash, y quizás tampoco le veía con claridad. Sentóse en la silla, y se pasó una mano sudorosa por la frente, sudorosa por algo más que el suave calor del verano. Durante el verano, Knoxville no tiene un calor insoportable.

—Yo no quiero que esto tenga publicidad —dijo el hombre.

Nash sonrió cortésmente.

—No la tendrá. A menos que haya matado a alguien.

—¡Santo cielo, no! —la voz y el cuerpo del hombre se elevaron alarmados ante aquella sugestión, y después se dejó caer de nuevo en su asiento, calmándose mediante un esfuerzo de voluntad—. No, no, nada de eso. Es..., bien, me llamo Gregg Hodgkins. Se trata de mi esposa...

Nash asintió.

—Claro.

Hodgkins iba bien vestido, pero mal planchado. Estrujaba entre sus manos un caro sombrero de paja, y de vez en cuando se retorció la corbata. No era un hombre blando; no tenía panza, sus dedos eran largos y seguros, aun cuando

entonces estaba nervioso. Tenía unos ojos inteligentes, aun con su expresión preocupada, y sus cabellos comenzaban a escasear. Olía a una buena loción de afeitar, y la camisa blanca que llevaba había comenzado a ponerse mustia hacía muy poco. También llevaba un distintivo de A. T. C. en la solapa.

—¿Qué le ocurre a su esposa? —le preguntó Nash con suavidad—. ¿Se opone a su trabajo en el Ridge?

Hodgkins se incorporó inmediatamente, receloso.

—¿Cómo sabe eso?

Nash indicó el distintivo que llevaba.

—Conozco eso. Sé que la American Chemical Trust, que dirige la fábrica del gobierno, no da ese distintivo a todos los empleados. Usted es un científico, sin duda; me pregunté si su esposa se oponía a su trabajo.

—¡Oh!..., sí —Hodgkins se tocó el distintivo con aire ausente—. Ha sido una tontería de mi parte, el no reconocer el significado público de esto. Me temo que he perdido la claridad de juicio. No, no, no es mi trabajo. Mi esposa... señor Nash, ¡usted tiene que hallar a mi esposa!

—¿Ha desaparecido?

—Ha huído.

—¡Oh! ¿Cuándo?

—Hace menos de tres semanas.

—¿Por qué?

Hodgkins pareció entristecerse más aún.

—Es una historia larga, una historia muy larga.

—Muy bien, la escucharé. Le dedicaré toda la tarde. Usted quiere contármelo, ¿no es cierto?

El científico se incorporó y miró los ojos amarillos e interrogantes de Nash, mientras las palabras salían apresuradamente de su boca.

—¡Oh, sí, todo!; yo quiero contarle todo, señor Nash. No sé adónde volverme. Pero usted, probablemente no

me va a creer. Ellos tampoco me creyeron.

Gilbert Nash cruzó las manos y se reclinó cómodamente en su asiento.

—¿Quiénes son ellos?

—Mi médico y el psiquiatra de la compañía que recomendó el médico —sacó un pañuelo para enjugarse el rostro—. La costumbre me hizo ir primero a ver a mi médico; yo había adquirido la costumbre de contarle todo al médico y antes nunca me falló —Hodgkins vaciló, y luego miró a Nash—. Podía haberme ahorrado la molestia —añadió amargamente.

Nash se acomodó aun más en su asiento. Tenía cerrados los ojos y sus dedos estaban inmóviles.

—¿El doctor le dijo quizás que eran imaginaciones suyas? ¿Que necesitaba un descanso?

—Sí.

—¿Y el psiquiatra? —preguntó Nash.

—Dijo casi lo mismo que el médico, aunque, claro está, lo expresó de forma distinta; me habló de una neurosis débil, de una angustia producto del exceso de trabajo, y de las preocupaciones consiguientes. ¡Oh!, lo expresó de modo impresionante, pero dijo que no era peligroso —Hodgkins hizo de nuevo una pausa y luego miró a Nash—. No puedo decirle en lo que consiste mi trabajo.

—No voy a preguntárselo —Nash no se movió ni abrió los ojos, pero en su rostro había de nuevo una expresión divertida.

—¿Sabe lo que me dijo el tonto del psiquiatra? —preguntó Hodgkins—. Me dijo que yo sería probablemente un hombre muy feliz en una comunidad matriarcal, pero que por el presente no había que preocuparse. Y me recetó unas vacaciones; viene varias veces por semana a visitarme. Yo soy un hombre adulto —vaciló de nuevo—, señor Nash, y me ha asegurado que estoy en mis cabales, tan cuerdo como lo estaría cualquier hombre en el mundo actual.

Digo esto porque estoy seguro de lo que está pensando de mí.

—No importa lo que yo piense. Su trabajo y el mío son semejantes en ciertos aspectos; yo no formo opiniones hasta saber toda la historia. Y si ello le sirve de consuelo; la cordura es un término legal que no corresponde a la terminología médica —Nash inclinó la cabeza—. Por favor, continúe.

—Gracias —Hodgkins pareció momentáneamente satisfecho—. Yo necesito alguien que tenga fe en mí, en lo que voy a contarle.

Nash volvió a asentir, con una mueca de diversión.

—Y por eso ha venido a verme.

—Sí. Yo leo mucho, novelas y hechos reales. Y en cierto aspecto, creo que conozco bastante bien lo de la investigación. Tengo mucho respeto por su profesión. He llegado a considerarlo como una panacea. Francamente, señor Nash, usted es la única persona a quien puedo dirigirme —se interrumpió de nuevo para mirar al hombre que lo escuchaba—. ¿Quiere hacerme un gran favor?

Nash abrió lentamente los ojos para estudiar al científico.

—Si puedo, sí.

—Por favor —el hombre hablaba nuevamente con precipitación e inseguridad—, no se ría de mí. No se ría de lo que voy a decirle. Conozco muy bien que los hechos podrán parecerle infantiles, fantásticos, y, en otras circunstancias, yo mismo me reíría. Pero no son tonterías, son hechos escuetos, las únicas cosas a que puedo asirme. Y no quiero que usted se ría, me crea o no. No quiero que me dé un golpecito en el hombro y me diga que son imaginaciones mías, que necesito un largo descanso, y que sería feliz en un estado matriarcal —hizo una pausa para cobrar aliento—. Si no me cree, dígame y me irá. Termine desde ahora con mi caso. Me irá y no volveré a molestarle. Pero no se ría de mí.

Nash asintió.

—Concedido —cerró los ojos por segunda vez y se acomodó en su silla—. ¿Por dónde quiere empezar?

—CON mi esposa: con Carolyn. Todo empieza con mi esposa y termina con ella. El asunto entero parece ser un completo cero, nuestro matrimonio, nuestra vida en común; todo va a parar a ella y termina donde comenzó —hizo una pausa reuniendo valor para lo que tenía que decir después—. ¡Ella es demasiado inteligente!

Con aquello, hizo punto final, esperando una reacción de parte de Nash. No hubo ninguna. Nash continuó arrellanado en su asiento aguardando pacientemente a que continuase.

—¿Ha tenido alguna vez la desgracia de casarse con una mujer más inteligente que usted, señor Nash?

—No.

Hodgkins siguió adelante.

—Pero seguramente se puede imaginar lo que el hombre desea en una mujer. Se ha dicho antes por seres mejor dotados que yo...: un inspirado chef en la cocina, una paciente mula en la casa y...

Nash terminó por él, al ver que vacilaba.

—Y una ramera en el dormitorio.

—Sí... Además de los usuales atractivos físicos, un hombre desea una esposa inteligente, que posea las suficientes habilidades mentales para com-

prenderle a él y a su mundo. Una mujer que pueda ir a su lado, que entienda sus problemas hasta cierto grado, y le ayude a resolverlos. Pero también, y esto es una paradoja, lo reconozco, que la mujer sea un poco inferior a él. Una especie de delicado equilibrio, para el ego masculino. Porque el hombre necesita también una mujer que le pida consejo, que se apoye en él, que necesite sus superiores poderes de razonamiento y sus conocimientos mecánicos. Ese es el tipo de mujer que desea todo hombre sano, señor Nash. Yo creí fundamentalmente haber hallado ese tipo de mujer en Carolyn.

Nash asintió de nuevo, viendo en el interior de sus párpados la mujer que Hodgkins deseaba. Pensó que sabía lo que iba a venir.

—¿Qué edad tiene su mujer, señor Hodgkins?

La pregunta aquella fué recibida con un silencio, y cuando la respuesta vino, se hizo con un tono de embarazo.

—No lo sé, realmente. Es huérfana, y no logramos localizar su partida de nacimiento. Esta situación produjo una cierta conmoción cuando yo comencé a trabajar con el grupo de Manhattan, como usted imaginará. Ellos realizaron investigaciones, pero tampoco pudieron hallar un certificado. Carolyn y yo convinimos finalmente que ella tendría cinco años menos que yo, esa inferioridad necesaria, usted comprende.

—Comprendo. ¿Y usted tiene...?

Anteojos para oír

PARACE un poco raro, ¿verdad? Pero se trata de un invento que soluciona el problema que se les creaba a algunos sordos pre-ocupados por la apariencia antiestética de los aparatos que les ayudan a oír mejor. Gracias a los transistores (esas maravillas que reemplazan a las válvulas electrónicas) se ha conseguido disimular en las gafas y monturas de los anteojos comunes, un aparato amplificador completo, con sus baterías, micrófono, "válvulas" y parlante, amén del intrincado cableado que conecta todos estos elementos.

—Ahora cuarenta y seis años. Mediante nuestro convenio ella tendría cuarenta y uno. A veces no estoy seguro. No ha envejecido desde el día que nos casamos.

Los ojos amarillos se abrieron y se fijaron en él.

—¿Cómo?

—Nunca cambió mucho —Hodgkins sonrió al pensar en ella—. Eso me gustaba. ¿Qué hombre enamorado no desea que su mujer conserve su juventud y su belleza? Ella era una mujer asombrosa el día que nos casamos y aún lo sigue siendo. Podía haber pasado fácilmente por una mujer de veintitantos años; ahora no se le darían más de treinta. Su juventud se aferra a ella.

—¿Emplea algo para mantener esa juventud? —preguntó Nash curiosamente.

—¿Qué quiere decir?

—Cremas, lociones, los afeites usuales.

Hodgkins pareció turbarse de nuevo.

—No lo sé, señor Nash. Teníamos dormitorios separados. ¡Oh, eso no quiere decir que nosotros!... Bien, siempre tuvimos dormitorios separados. Ella lo quiso así —alzó los hombros—. Yo no recuerdo haber visto cremas. Me figuro que las tendría ocultas. Carolyn era muy ordenada... una esposa y un ama de casa maravillosa.

—Sí, me lo imagino —la mirada de Nash se posó especulativamente en los muros—. Está bien, era una compañera perfecta. Y usted es un éxito en su trabajo.

Hodgkins acarició su distintivo, y asintió, sin darse cuenta de que Nash no lo miraba ya. Comenzó a hablar de sí, de sus proyectos cuando salió de la universidad, de las malas épocas de los días de la depresión, de sus luchas de los primeros días de la guerra, y de cómo él la vio venir mucho antes de que llegase a las costas americanas. Le habló al investigador del día en que unos desconocidos le hablaron de un

tema más desconocido aún, y de cómo se vió trabajando en una celda de cemento que formaba parte de otras muchas, cuyo conjunto constituía el Proyecto Manhattan. El nombre en sí no le decía nada, pues sólo se daba cuenta de lo que hacía y del trabajo que se realizaba en las celdas inmediatas. Con el tiempo, claro está, comprendió de lo que se trataba.

Habló a Nash de sus épocas posteriores, cuando fué trasladado a Oak Ridge, y de la posición preponderante que allí obtuvo; contó sus años de fecunda labor, cuando tenía problemas arduos, pero que siempre se resolvían con el tiempo. Mencionó su viaje a Nuevo Méjico, y el milagro presenciado una fría mañana de julio, y su regreso a Oak Ridge, completamente aturdido. Y habló de la creciente tensión e infelicidad entre él y su esposa, a pesar de sus esfuerzos para terminar con aquello. El quería terminar con aquella amenaza, pues estaba perdidamente enamorado de ella.

Hodgkins terminó afirmando:

—Yo me considero un hombre inteligente, señor Nash. Usted me lo concederá, dejando a un lado la falsa modestia.

—Concedido —dijo nuevamente Nash—. Pero volviendo a su esposa...

—Sí... Carolyn.

Él cayó de nuevo en un penoso silencio, mientras recordaba aquellos años, a partir de los días de su cortejo.

—Por las noches, después del trabajo —dijo finalmente—, yo estudiaba los libros y las revistas técnicas, que no podía comprar. La censura no se había hecho tan eficaz y tan extendida antes de 1940, y por lo tanto se hallaban aún en las bibliotecas los libros necesarios. Algunos de esos ensayos despertaron mi interés por la física nuclear. Los alemanes habían tenido acceso al agua pesada, pero no sabían qué hacer con ella. Bien, yo quise subir lo más alto y lo más rápidamente posi-

ble, y comprendí que como no me proporcionase aquellas publicaciones sería demasiado tarde. Tenía un mal empleo, y deseaba un porvenir brillante y seguro. Entonces fué cuando descubrí a Carolyn en la biblioteca. Cosa rara, la primera vez que la vi estaba mirando un esquema en una revista de radio. Lo iba siguiendo con el dedo. Me asustó y cuando miré más de cerca para ver lo que hacía realmente, me complació. Tiene que comprender que aquello era algo muy extraño en una mujer, que se interesase por los detalles técnicos. Pero se interesaba. ¿Ha leído alguna vez un esquema? Se hace de dos maneras: o se tiene un interés superficial por el dibujo, y se sigue cada línea desde el principio al fin, con el interés puesto sólo en aquella línea, o se trata de captar el plan en general, y se retiene la impresión mental de cada circuito, englobándolo en el próximo, según se va siguiendo el esquema. El producto final es que se tiene una pintura bastante coherente del esquema conservando en la mente la imagen de cada circuito, mientras se los relaciona entre sí. Yo permanecía detrás de la silla de Carolyn, mirándola; no sé si leía el esquema en total, pero creo que lo hacía.

—¿Se puede juzgar por el dedo?

—No, claro que no. El dedo sólo era una guía de la mente que había detrás de él. Durante unos momentos ella siguió adelante, espléndidamente, y luego pareció tener inconvenientes.

Nash asintió.

—Estaba esperando eso.

—¿De veras? Pues bien, yo no recuerdo ahora de lo que se trataba, pero surgió alguna dificultad que interrumpió totalmente el giro de sus pensamientos. Pudo haber sido mi presencia tras ella. Y cuando se interrumpe un giro de los pensamientos en un esquema, hay que volver a comenzar de nuevo. Ella estaba enfadada.

—Lo comprendo. Continúe.

Hodgkins continuó:

—Ella apartó la revista con una exclamación ahogada y fué a levantarse. Y yo, como un tonto, intervine. Sin pensar en lo que hacía, me incliné sobre su hombro para indicarle el lugar donde había tenido el inconveniente.

—Usted hizo lo esperado.

—¿De veras? —Hodgkins no sabía si alegrarse o enojarse—. Pero no de aquel modo. Recuerdo que le hablé impulsivamente, y luego se me hizo un nudo en la garganta y no pude hablar más. Ella me lanzó una mirada furiosa, y yo salí apresuradamente de la biblioteca, debo reconocer que lleno de confusión. Me había turbado.

Nash volvió a poner su atención en el hombre.

—¿No sería una comedia?

—¿Quiere decir que aquello era falso? No, no lo creo. Me era completamente desconocida hasta entonces, y no comprendo por qué había de tratar de llamarme la atención. Tengo que recordarle, señor Nash, que por entonces yo era un completo desconocido. No tenía siquiera un empleo decente. Incluso mis ropas eran malas —Hodgkins movió la cabeza—. Sin embargo, durante las noches siguientes no fuí a la biblioteca, porque aquel incidente me había turbado, pero al cabo de menos de una semana tuve que volver. Mis estudios sufrían... , y el deseo de verla de nuevo disipó todos mis posibles celos. Aquel deseo era casi compulsivo. Su recuerdo me producía una obsesión, perturbaba mis días y mis noches, y comprendí que no podría descansar hasta que estuviese junto a ella de nuevo.

NASH lo miró en silencio, especulativamente. Empezaba a saber muchas cosas acerca de Carolyn Hodgkins.

El físico dijo:

—Finalmente volví a la biblioteca...

—Y allí estaba ella —terminó Nash

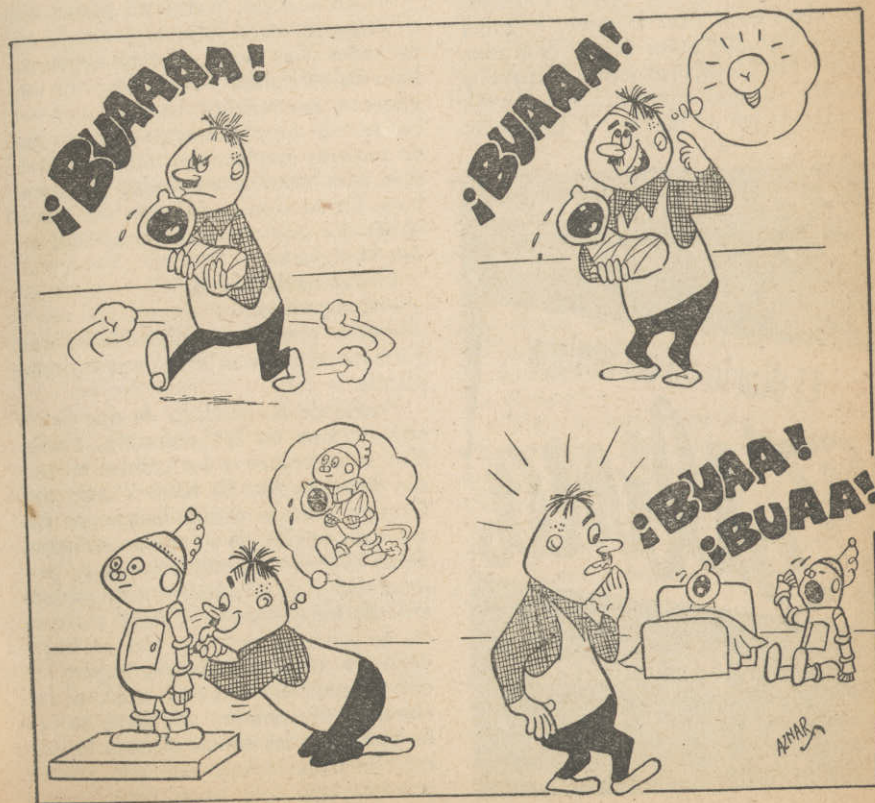
por él—. Podría haber dicho que le aguardaba.

—¡Realmente! —Hodgkins no captó la ironía—. La hallé estudiando un libro, que yo había devuelto unas semanas antes. Trataba de un tema estrechamente relacionado con mi trabajo, ¿lo entiende? El estudio me había resultado difícil, pero ¡allí estaba ella engolfada en la lectura! Yo quedé a la vez sorprendido y encantado. Pero aquella noche la evité cuidadosamente, y me senté en otro extremo del salón, poniéndome a observarla desde allí, pues su perfil era maravilloso. Bien, con el tiempo me atrajo su cuerpo, su personalidad, venció mi timidez y yo...

es decir, nosotros, no sé cómo explicarlo —terminó vacilante.

—No tiene por qué —le aseguró Nash con un tono más bien comprensivo que divertido—. Es muy fácil de comprender. Sucede constantemente. Mutuo interés por la ciencia, los dos solos... —lo dejó allí y se puso a mirar a Hodgkins.

—Sí, sí, claro. Usted comprende. Por lo tanto, finalmente reuní el valor suficiente para acercarme a ella y presentarme. Ella estuvo muy cordial —cerró los ojos para recordar aquello—. Nos hicimos muy amigos. Nos encontramos muchas veces en la biblioteca, y luego en otros lugares; al poco tiempo, yo



concebí ideas. Me sorprendieron por su audacia, señor Nash, ya que hasta entonces había sido muy tímido con las mujeres. Usted comprenderá que la presencia de Carolyn provocaba aquellas ideas.

—Me lo figuro —murmuró Nash.

—¿Qué dice?

—Continúe, por favor.

—Yo pensé —dijo Hodgkins al cabo de una pausa— que ella era lo que un hombre inteligente llamaría una perfecta esposa. Estaba muy bien dotada, con todo lo que se puede pedir a una compañera, incluso la notable inteligencia que yo pedí siempre a la mujer de mis sueños. Durante nuestras entrevistas, tuve ocasión de apreciar mil encantos nuevos. Yo estaba enamorado, claro está. Aún lo estoy. Y ahora voy a resumir, señor Nash. Nos casamos —Hodgkins hizo punto y aparte y guardó silencio esperando la reacción producida por su historia. Y la obtuvo.

Este mes compreselos
a las chicas

El diario de mi amiga

Zilina

¡Ya apareció!

\$ 2.-

¡Pídalo a su canillita o a su librero!

Gilbert Nash se levantó de su silla, extendió los brazos perezosamente por encima de su cabeza, y se dió una vuelta por la habitación. Luego se situó junto a la ventana que daba a la calle, con la espalda vuelta hacia su cliente. Cuando habló, su voz tenía un extraño acento apagado, como si estuviera ocultando algo.

—Hodgkins, ¿está en condiciones de soportar una emoción?

—¿Una emoción? Sí, creo que sí.

—Bien, pues ahí va. Cualquiera hombre que viva en la Tierra en lugar de en la Luna, comprendería lo que le sucedió. Clara y sencillamente fué pescado.

—¿Pescado?

—Con anzuelo. Y si usted conoce este lenguaje, usted lo mordió y cayó en las redes. Las redes eran el esquema. Pero no se alarme —Nash hizo un negligente movimiento con la mano—; eso sucede constantemente. Un millón de mujeres emplean un millón de medios para cazar a un millón de hombres. En su caso se valieron del tecnicismo. Es una cosa muy corriente, señor Hodgkins.

Hodgkins balbuceó.

—Comprendo.

—¿De veras? —se dijo Nash, que permanecía junto a la ventana contemplando la calle.

Detrás de él, olvidado de que había otra persona en la habitación, Hodgkins se entregaba a los cálidos recuerdos de su mujer. Se había casado con Carolyn porque estaba locamente enamorado de ella, de su cuerpo seductor, de su belleza extraordinaria, de su personalidad y de su inteligencia: enamorado de toda la mujer. Estaba abrumado de amor al ver que ella se había detenido a mirarlo. Estaba seguro de que su amor era el mayor desde el nacimiento del tiempo, sin darse cuenta de que todos los demás piensan lo mismo. Se había casado con ella porque

señal: una mujer inteligente casi igual a él en todos los campos que había explorado. *Casi*. Se había casado con ella porque sabía leer un esquema, pero encontraba algunos inconvenientes. Aquella era la inferioridad necesaria. Se había casado con ella, porque constituía un valioso elemento en su posición. Y lo había sido durante un tiempo. Pero entre su luna de miel y los malos días de unas semanas antes, la pompa de jabón se había roto; pero no del todo. Él la amaba aún, si ella le amase. Si...

Cuando Nash se volvió, vió que el hombre soñaba sentado en su silla.

—Que nos trae al presente —sugirió.

—¿Qué? —Hodgkins se incorporó—. ¡Oh, sí, el presente!

—¿Está casado aún, aún enamorado?

—¡Realmente!

—¿Pero su esposa le ha dejado?

—Me temo que sí.

—¿Eso ocurrió antes?

—No... así no.

—¿Qué quiere decir con así no? ¿Lo hizo o no?

—Quiero decir que ella se tomaba vacaciones. Sin mí. Pensaba que así era mejor —pareció turbarse—. Carolyn se iba un tiempo, quizás una semana, quizás un mes. Pensaba que debíamos tomar las vacaciones separados.

—¿Adónde iba?

—No lo sé. No se lo pregunté.

—¿Y ahora ella se ha ido de nuevo y quiere que yo la encuentre? —hizo una pausa—. ¿No es otra vacación?

—No, esta vez no.

—¿Hay otros hombres?

Hodgkins retrocedió visiblemente ante aquel pensamiento.

—No lo sé. No lo creo. Nunca los he visto.

Nash se asombró ante la candidez del hombre. Gregg Hodgkins, científico, universitario, con un valor suficiente para que lo invitasen al Manhattan District, tenía la candidez necesaria para que una mujer lo enganchase va-

liéndose de su especial técnica.

Nash dijo:

—Si su mujer fuese tan inteligente como usted dice, no vería al otro hombre. Nunca se lo ve; siempre está detrás de uno. Pero en su relato hay puntos oscuros que requieren aclaración. ¿Cuál fué la causa de su separación?

Hodgkins se quedó mirando a Nash, con una súbita angustia en los ojos. Aquella era una crisis impuesta, una crisis que había estado tratando de evitar durante todo su relato. ¿Por qué se había peleado con Carolyn, por qué había huído ella? La respuesta se hallaba escrita en su rostro, pero Nash esperaba que lo expresase con palabras. ¿Qué había causado la súbita interrupción de sus relaciones después de tantos años de dicha marital?

—¡Porque ella me superó! —exclamó Hodgkins al fin, un poco avergonzado de tener que reconocerlo.

—¿Superado? —insistió Nash.

—¡Me lleva mucha delantera! No, por favor; entiéndame. No estoy loco; celoso sí, lo reconozco. Pero no estoy furioso por lo que ella ha hecho. ¡Carolyn me ha superado! Durante los años que hemos vivido juntos, me ha chupado mis conocimientos, como un vampiro chupa la sangre.

Nash se sentó bruscamente y se quedó mirando al físico.

—¿Cómo?

—Todo lo que aprendí en los diez años pasados —exclamó el hombre—, todo lo que he ganado con mi duro trabajo, Carolyn lo sabía al día siguiente. ¡Tiene que creerme cuando le diga que me fué robando todos mis conocimientos sin que yo dijese una palabra!

—¿Eso hizo Carolyn Hodgkins? —Nash asió los bordes de la mesa—. Usted dice que ella lo atrajo a la biblioteca, mediante una compulsión física; que no ha envejecido desde el día en que se casó con usted; que toma vacaciones separadas, y que usted no sabe

adónde va; ¿y ahora me dice que ha saqueado su mente? ¿Eso ha hecho Carolyn Hodgkins? ¿Su esposa?

Hodgkins asintió tristemente.

—Sí.

—¡Bien! —Gilbert Nash estaba un poco asombrado—. Bien..., finalmente.

CAPÍTULO III

EN el corredor reinaba el silencio, sólo interrumpido por los pasos de alguna persona al salir del ascensor y dirigirse a alguna oficina de las profundidades del edificio. No había muchas oficinas públicas en el séptimo piso, y esa era una de las razones por las cuales Nash lo había elegido. Deseaba independencia por encima de todo, a pesar de su profesión, y la oficina del séptimo piso tenía una situación ideal.

Nash se quedó junto a la ventana abierta que dominaba la ciudad, que dominaba los coches pequeños y las gentes más pequeñas aún, que se arrastraban por las aceras. El sol daba de soslayo, dejando en sombra aquella parte del edificio y la ventana de su oficina. Nash miró la ciudad cálida, y se volvió para mirar a su cliente, con rostro inexpresivo y voz incolora.

—Examinemos eso más a fondo —sugirió.

—¿Lo de Carolyn?

Nash asintió.

—Lo de Carolyn.

—Ya le advertí que iba a reírse de mí.

—No me río —le indicó Nash.

—Bien, yo he formado una teoría.

—Quiero conocerla —dijo Nash.

—Soy un hombre cuidadoso, por hábito y aprendizaje. Tengo que ser cuidadoso en mi trabajo. Procedo de acuerdo con una teoría que otro me ha asignado, y la sigo hasta el final, ya sea un fracaso o un éxito. O formulo mis propias teorías, basadas en un conocimiento y una observación anteriores, y luego procedo de modo semejante. Yo tengo una teoría acerca de Carolyn —alzó la vista, un poco confuso—. Pero tiene que comprender que yo la amo aún. ¡La amo hasta el día de hoy!

—Usted la ama. Siga con su teoría.

—En el comienzo, no me di cuenta, claro está, de lo que ocurría; nuestro matrimonio era demasiado nuevo, Carolyn era demasiado moderna, y yo carecía de datos anteriores. No recuerdo exactamente cuándo comenzaron mis sospechas. Fué uno de esos años... Uno de aquellos años descubrí que Carolyn conocía mis secretos más preciados, los secretos más confidenciales que estábamos estudiando en Manhattan. En Manhattan hay mucha severidad, como comprenderá. No se puede decir *nada* a la familia, y de acuerdo a eso, mis labios estaban sellados. Nunca, durante los años de nuestro matrimonio, le dije a mi esposa una palabra confidencial, con respecto a mi trabajo, entiéndase. Ni una palabra. Ni siquiera mencioné el nombre de otra persona con quien trataba en el laboratorio, por miedo a que ese nombre revelase parcialmente el experimento que estába-

El 99

No es el número premiado en una rifa. Se trata del último radioelemento artificial "fabricado" por el hombre. Parece que no nos basta con los noventa y dos que nos dejó mamá Natura, y después del Californium, que arrastra el pesado número 98, llegamos a éste, que todavía no tiene nombre, pero sí número: 99. La novedad es el resultado de bombardear uranio con núcleos de nitrógeno. Cómo para hacerla en casa!

mos realizando. Como comprenderá, en nuestro trabajo, un nombre se identifica inmediatamente con su labor.

—Sí, Newton y la gravedad, Heinein y la Luna. Adelante —Nash había cerrado los ojos de nuevo, y escuchaba atentamente.

—Por lo tanto no le dije absolutamente nada a Carolyn. ¡Nada! Pero al poco tiempo ella sabía todo cuanto yo hacía, y lo que yo había observado que hacían los demás. Yo estaba asombrado, y deliberadamente trataba de engañarme, pero ella lo *sabía* y al final no me quedó más remedio que reconocerlo así. Ella me lo probó en varias ocasiones en que mi trabajo se paralizaba. Yo permanecía inmóvil durante varios días, incapaz de avanzar, y entre tanto ella se ponía irritada conmigo. Impaciente conmigo porque la detenía a mi vez. Finalmente su irritación y su impaciencia llegaban a un punto en que deslizaba una insinuación en nuestra conversación...; no acerca de la detención del trabajo; pero tenía el arte de insertar una frase o pensamiento acerca del tema en discusión. Su dicho se grababa en mi mente, y al cabo de un día hacía una nueva ordenación de los valores y lo aplicaba a mi trabajo. E inmediatamente el problema se resolvía y el trabajo continuaba. Y el humor de Carolyn mejoraba. Yo he incluido todo esto en mi teoría de ella. Carolyn me ayudó activamente a avanzar en mi trabajo; y en compensación, Carolyn compartió los resultados de mi labor. En contra de mi voluntad consciente. Yo me asombré durante un tiempo buscando el método que ella había empleado, para tener acceso a mis conocimientos. Señor Nash, lo que voy a decirle es...

—¿Confidencial? No se preocupe por eso. Hable.

—Sí —Hodgkins se agitó—. Al principio pensé en la telepatía mental, en las experiencias realizadas en el Rin con ESP y esas cosas. Me pregunté si

Carolyn me leería los pensamientos; y aunque me avergüenza reconocerlo, concebí la idea de tenderle trampas mentales. Comencé a pensar cosas malas... cosas feas... para ver cómo reaccionaba ella ante mis pensamientos. Nunca lo hizo, jamás dió indicios de que "leía" aquellos pensamientos. Con el tiempo, deseché la teoría de la telepatía mental. Es decir, deseché la teoría de aquella telepatía particular. Señor Nash, no puedo probar lo que voy a decir y por lo tanto sólo quedará como una teoría mía, pero creo que he descubierto el conducto de la telepatía, al menos entre Carolyn y yo.

—Yo sé ahora una cosa —le dijo Nash—. La he averiguado por su creciente malestar. Ese conducto es bastante delicado, ¿verdad?

Hodgkins lo miró con asombro.

—Muy delicado. He llegado a creer que la telepatía requiere el contacto físico. Un contacto físico muy íntimo.

—Me estoy adelantando. Siga.

—ESTO no se lo he dicho ni aun a mi médico...; pero con el transcurso de los años de matrimonio, yo iba formando mi teoría, y finalmente llegué a la conclusión de que ella necesitaba dicho contacto íntimo para conocer mis pensamientos. Ya le he dicho que teníamos habitaciones aparte —se interrumpió, para mirar turbado a Nash—. Me temo que esto sea muy personal. Espero que comprenda. Al principio, claro está, estábamos muy enamorados, siempre juntos e incidentalmente no podíamos tener dormitorios separados. Usted no es casado, ¿verdad? El matrimonio comienza con una cantidad máxima de intimidad, de proximidad física y mental, del deseo de estar juntos constantemente. Pero con el paso de los años esto tiende a desvanecerse, y sólo se experimenta periódicamente lo que se sentía al principio. Durante este último período, yo formé mi teoría acerca de Carolyn. Nos

habíamos mudado a Oak Ridge, y entonces teníamos dormitorios separados. ¿Me va a perdonar esto?

—Seguramente.

—Yo he formado la teoría de que Carolyn conoce mis pensamientos mediante un contacto físico, que sus poderes mentales están limitados a la esfera de la conductividad. Supongamos por ejemplo que nos hallábamos tomados de la mano... Cuando se está enamorado, esto sucede con mucha frecuencia, señor Nash. Cuando estábamos tomados de las manos, Carolyn conocía mis pensamientos superficiales, lo que yo pensaba de un modo confuso y distante. Cuando nos besábamos penetraba más, y era capaz de conocer y de leer cualquier cosa que yo supiese. Yo lo sentía, sentía que examinaba mi mente en busca de conocimientos. Era casi un examen físico. Sabía lo que estaba ocurriendo, pero no podía impedirlo. Yo estaba, y lo estoy aún, enamorado de Carolyn. No podía negarle mi cariño. Pero cuando... —Hodgkins lanzó una mirada tímida a Nash — cuando volvía a mi casa, después de haber resuelto algún problema importante, Carolyn era extremadamente cariñosa conmigo. Aquella noche dormía en mi cuarto.

Nash esperaba sin decir nada.

—Como ejemplo —continuó Hodgkins al cabo de un momento— usaré el esquema de que hablé antes. Mientras yo lo interpretaba lentamente, Carolyn se mantenía a mi altura, estrechándose la mano, besándome amorosamente cuando yo volvía a casa. Pero el día en que lo dominé, el día que comprendí totalmente el esquema, aquel día Carolyn sabía que yo había resuelto un nuevo problema, y que éste pasaba a los departamentos competentes. Aquella noche... aquella noche me enloquecía, me hacía vivir de nuevo los primeros días de nuestro matrimonio, cuando yo era un hombre más joven y activo, y antes de que fuese de día

sabía todo lo que sabía yo. Lo sabía con todo detalle y podía, en caso necesario, hacer una copia del esquema. Todo ello sin que yo dijese una sola palabra —se enjugó el rostro con su pañuelo—. Y esa es mi teoría, señor Nash. Creo que sé el mecanismo de la telepatía mental, y creo que involuntariamente he servido para probarlo.

NASH abrió los ojos y varió de posición en la silla. Fijó su mirada penetrante en Hodgkins.

—Si fuera un arqueólogo en lugar de un físico, esa forma de telepatía no le habría asustado tanto. Lo habría asombrado y complacido, sí, pero probablemente usted lo habría reconocido.

—¿Sí?

—Sí. Pese a la falta de información actual, hay razones para creer que esa telepatía fué practicada entre los sumerios hace cinco o siete mil años. Desde entonces, el arte se ha perdido.

—¿De veras? ¿Es usted un arqueólogo?

—De afición —dijo Nash—. Pero ahora parece haber olvidado el punto más importante. ¿Qué hacía su esposa con los conocimientos que obtenía de usted? ¿Qué hacía con esos secretos gubernamentales? ¿Se los pasaba a algún otro?

—No lo sé. No tengo la menor idea. No vi a nadie que sugiriese cosa semejante. Pero usted cree que yo no lo vería, ¿verdad?

—No, eso se haría a espaldas suyas.

—¿Cree acaso que Carolyn ha huído con un espía?

—No sea tan melodramático —dijo secamente Nash—. Los espías no huyen con nadie..., viajan solos. No, ella no huyó con ningún espía.

Hodgkins se dejó caer en su silla.

—¿Comprende la terrible situación en que me encuentro? Tengo convicciones y me guío por ellas. Pero, ¿puedo ir a decirle esto a la policía? ¿Me creerían? ¿Mirarían sus archivos para

buscar sus sumerios? ¿Puedo hablar a la policía que tenemos en la fábrica? ¿Iba a contárselo al psiquiatra? ¿Qué me habría ocurrido? Y, piénselo bien, ¿iba a entregar a mi amada esposa a las autoridades, en caso de que me hubiesen creído?

Nash movió la cabeza.

—Amigo mío, tiene toda mi simpatía. Ha caído en una trampa, en la trampa más terrible que he visto —cruzó las manos y miró al científico—. Cayó en la trampa, créame. Cayó en las redes de una mujer linda, no por lo que era entonces, sino por lo que sería en el porvenir. Y para que su desgracia fuese mayor aún, se enamoró de ella... —hizo una pausa, dejó que sus miradas se posasen en los muros de la habitación y luego volviesen al hombre—. O quizás hicieron que usted se enamorase.

—Creo que no comprendo.

—No me sorprende; pocos mortales lo hacen —Nash hizo una pausa y frunció el ceño—. Aún no me ha dicho por qué se separaron usted y Carolyn.

—¡Bien, me mandaron a casa, de la fábrica! Ese tonto de psiquiatra me ordenó un descanso. Y Carolyn no me necesitaba ya, después de haber dejado Oak Ridge.

Nash consideró la respuesta.

—Eso no es todo —se levantó de un salto, y se acercó a la ventana.

—No comprendo lo que quiere decir.

—Creo que sí. ¿Qué sucedió primero, que lo enviasen a casa, o que su mujer se fuese?

—Ambas cosas sucedieron el mismo día. Carolyn se fué la misma tarde que vine a casa.

—Eso es mejor y muy interesante. Supondré que lo dejó una vez que creyó que su utilidad había terminado. Como usted dijo, ya no podía sacarle más secretos, ya que usted no trabajaba allí. Pero eso no es todo. Antes de aquella tarde, ¿qué es lo que produjo su despido? ¿Por qué el psiquiatra le recomendó un descanso?

—Por Carolyn.

—¿Qué hizo ella?

—Nada obvio. Pero durante varias semanas pareció haber terminado conmigo. Yo tuve la impresión clara de que mentalmente se disponía a dejarme. Aquello me preocupaba porque no quería separarme de ella. Me figuro que mis preocupaciones me hicieron tener que ir a ver al médico. Y él..., bien, el resto ya lo sabe.

Nash apoyó la frente sobre el cristal y miró la calle.

—Creo que su mujer comprendió que usted estaba agotado, antes de que usted mismo se diera cuenta de ello. Ahora lo importante es saber en lo que consistía ese agotamiento. Usted con-

Radiotelescopio

UN radiotelescopio que consta de 32 antenas parabólicas ha sido construido en Potts Hill, Australia. Con este interferómetro los radiofísicos investigarán las ondas de radio emanadas del Sol, registrando la distribución de la radiación con una longitud de onda de 21 cm. El aparato puede localizar exactamente la posición del disco solar. En ensayos preliminares se ha verificado ya la predicción teórica de que la mayor energía procede de los bordes del disco solar, y no del centro, como podría imaginarse. En otras palabras, si nuestro ojo fuese capaz de percibir las radiaciones de este tipo emitidas por el Sol, lo veríamos como un anillo brillante rodeando a una superficie central poco iluminada.

servaba su salud mental, un empleo excelente, y esa oficina no envía un empleado a una fábrica de cola, cuando han terminado con él. ¿En qué estaba agotado?

—No lo comprendo —repuso Hodgkins evasivamente.

Nash se quedó mirando su reflejo en el vidrio.

—Quizás sí y quizás no. Quiero pensar en eso, durante un momento. Es muy importante que descubramos por qué su mujer decidió que usted estaba agotado; por qué se dispuso a abandonarlo —meditó durante un momento. Hasta la habitación subía el ruido del tránsito, diluido por la distancia—. ¿Y su trabajo en el Ridge? ¿Había acabado alguna labor realmente importante?

—Pues bien... sí —Hodgkins estaba inquieto.

—No se preocupe...; no voy a hacerle preguntas.

—Se trata de un secreto oficial, ya lo sabe —dijo el hombre pomposamente.

Nash se volvió a mirarlo, lentamente, sin tratar de ocultar el desdén de su tono ni de su expresión.

—Hodgkins, ahora sí que me río de usted. No de lo que me ha dicho hasta ahora; yo he hecho una promesa y pienso cumplirla. Pero me río de lo que acaba de decir.

—El físico lo miró asombrado y molesto.

Nash le señaló con el dedo.

—Aparte de esas gentes que no son esos que van por la calle y que son incapaces de pensar otra cosa que lo que dice el periódico, hay dos clases de personas en el mundo que creen aún que se pueden mantener secretos en la física nuclear. ¡Una de esas clases es el político ciego y torpe, y a ése hay que descartarlo porque padece una enfermedad profesional. La otra es el investigador celoso.

—Pero yo...

—Usted ha limitado de tal modo su mente y su anterior capacidad de razonamiento, que ahora cae en la segunda categoría. Incluso se asombró cuando yo me fijé en el distintivo que llevaba en la solapa y le dije dónde trabajaba. ¿No se da cuenta del daño que le ha hecho a su mente el fetiche del secreto? Un secreto realista en la física nuclear es una farsa. ¿No me decía hace poco que usted pedía libros en las bibliotecas para contribuir a sus estudios? ¿Cree que los hombres de todo el mundo han olvidado lo que estaba escrito en ellos?...; ¿que todos han sido quemados, ¿Cree realmente que sólo su grupo y su gobierno saben cómo pueden fabricarse esas armas?...; ¿que pueden tener el control de todo el conocimiento? —Nash agitó el dedo para poner aquello más de relieve—. Lo siento por usted, Hodgkins, y por los demás que piensan como usted. Ustedes no tienen secretos.

—Pero nuestra policía...

—Venera los mismos ídolos que ustedes y creen en la misma religión; y en otra media docena de países, otras fuerzas similares veneran los mismos ídolos. Yo me río de usted, Hodgkins, porque todos los ídolos son imágenes del mismo dios; porque todas las religiones son una. Todas las policías, luchan por conservar los mismos "secretos", por evitar que los conozcan los otros países.

—Ya he oído discutir ese tema —dijo Hodgkins.

—¿Sí? ¿Usted cree que se trata de un asunto abstracto? Escuche entonces, amigo. Su gobierno inventó hace tiempo y utilizó un cañón para hacer explotar la bomba atómica. Hace uno o dos años, Rusia inventó el mismo cañón. Hace menos de seis meses, Inglaterra examinó ese cañón y lo desechó. ¡De eso valen los secretos!

Hodgkins lo miraba con incredulidad.

Nash bajó el tono de su voz.

—Se da gran importancia a la materia necesaria para que estalle esa bomba. Los que le dan esa importancia son los más engañados —bajó la voz hasta convertirla casi en un murmullo—. ¿Qué ocurriría en esta habitación, en este edificio, si yo pudiera reunir con rapidez nueve o diez kilos de U-235 puro?; ¿diez kilos, para ser exactos?

ESPERÓ una respuesta, pero no la obtuvo. El físico se quedó mirando las manos, caídas sobre su regazo.

—Yo no he obtenido esos informes, mediante el robo o el engaño —declaró Nash—. Y puede informar de ello a sus policías, si quiere. Cuando vengán aquí yo les mostraré dónde se publicó eso —se apartó de la mesa y se puso a pasearse por la habitación—. También puedo decirle cuáles son los tamaños presentes de las envolturas de las bombas, en oposición al tipo gigante arrojado en Hiroshima... Seguramente usted recordará que hubo que abrir el interior de un avión para meter la bomba. Y yo sé (si es que usted no lo sabe) que una cosa tan vulgar como un despertador de tres dólares, fué el medio empleado en la primera bomba. En la actualidad se emplean impulsos de frecuencia. ¿Ahora me va a creer cuando le diga que no hay secretos reales?

—No puedo decirle nada. Lo he jurado.

—Muy bien —dijo Nash resignadamente—, cumpla su juramento si eso le ayuda a mantener su cordura. Yo se lo diré. Usted no tiene que responder, no tiene que decir una sola palabra. Por su cara sabré si estoy equivocado o no.

Fué de nuevo a la ventana y apoyó la frente sobre el frío cristal. Hodgkins levantó la vista brevemente, fijó los ojos en la nuca de Nash y luego bajó de nuevo la cabeza.

—Creo que su esposa lo dejó por dos razones —comenzó Nash—. Y creo que

ella sabía que usted estaba agotado en más de un aspecto. Primero y principal, sabía que había terminado el trabajo importante que estaba realizando en Oak Ridge. ¿Qué trabajo podía ser? Las restricciones principales se terminaron en 1949, y desde entonces la gente atraviesa aquello como si se tratase de una estación de ferrocarril. Otras fábricas de otros lugares han tomado la iniciativa, y ahora Oak Ridge es una ciudad abandonada, cuyas glorias han pasado ya —el hombre alto se volvió y fijó sus miradas en Hodgkins—. Hoy, lugares como Hanford, Brookhaven y Savannah River son los que ocupan el primer plano, mientras que Oak Ridge ha pasado a un segundo lugar. Pero sólo en apariencia. En realidad no es así. Ustedes están allí aún, o lo estaban hace tres semanas, trabajando en asuntos muy importantes. ¿Qué es lo que ahora tiene tanta importancia en física nuclear, para mantenerlos a ustedes allí? —Hodgkins no levantó la vista—. Podría ser un motor a reacción. Van a instalar uno en el submarino que hay en la costa oriental. Y una de las compañías eléctricas del norte está tratando de construir un aeroplano, basándose en un principio semejante —Nash hizo una pausa y aguardó unos minutos para ver el efecto—. Podría ser un motor atómico para otra clase de vehículo: un hijastro del submarino —Hodgkins se agitó; Nash lo contemplaba—. Podría ser un motor a reacción destinado a instalarse en una clase especial de navío, con un fin especial —el científico se ponía visiblemente nervioso—. Podría ser una pila capaz de desarrollar una fuerza tremenda; algo capaz de lanzar al espacio a los hijos del *Wac Corporal*.

Nash se volvió hacia la ventana, satisfecho de los resultados de sus tanteos.

—En realidad —continuó calmosamente—, el *Wac Corporal* del ejército, y la V-2, como el *Viking* de la marina,

habí
tono
¿Me
—
—
Card
dian
deres
fera
por e
dos c
amor
cuen
mos
conoc
lo qu
y dis
netra
de le
Yo lo
ment
casi
estab
pedir
amora
mi ca
lanz
cuand
haber
tante,
riños
en mi
Nash
—C
kins a
esquer
yo lo
se mar
la ma
cuand
en qu
dí tot
Carol
un nu
a los d
lla no
quecía
primer
cuand
y activ

son cosas pasadas; son cosas pasadas como se supone que lo es Oak Ridge. El ejército las dejó atrás hace mucho... ¿Cual tué la fecha? Creo que fué en febrero de 1949, cuando el hombre llegó al espacio por primera vez. ¿Lo recuerda, Hodgkins? Recuerda la V-2 que lanzó al espacio al Corporal? La V-2 recorrió unos ciento sesenta kilómetros antes de caer; pero entretanto el Corporal había saltado y recorrido otros doscientos cuarenta. ¡Un total de cuatrocientos kilómetros. El Wac Corporal llegó al espacio vacío. Pero ¿qué han hecho desde entonces? ¿Cuántos centenares más de kilómetros han recorrido? —se volvió al físico preguntando con anhelo—. ¿Ha llegado Heinlein a la Luna? ¿Ha dado el gran salto? ¿Y en qué año del futuro el ejército se decidirá a anunciarlo?

—No lo sé —le dijo Hodgkins lentamente.
—No, me figuro que no. Hay que venerar el ídolo a toda costa —y quedó silencioso.

Durante largo tiempo no se oyó en la habitación más que el tictac del reloj de Hodgkins. En el corredor se oyó el ruido de la puerta de un ascensor.
—Pero... Carolyn.
—Sí, aún tenemos que hacer frente al problema de su esposa. —Nash suspiró y se quedó más tranquilo—. Se puede suponer que conocemos una de

las razones por las cuales lo abandonó. Una vez que supo en lo que consistía su trabajo y a qué tipo de navío estaba destinado, la utilidad que usted representaba para ella había casi terminado. No quiero decir que no hubiese seguido viviendo con usted y espionando sus secretos. Pudo quedarse. Pero no lo hizo. Eso es lo más importante, y yo deseo conocer por qué no se quedó.

—Me alegro mucho de que comprenda —dijo Hudgkins cansadamente—. No sabía a quién volverme ya.
Nash lo miró con curiosidad.
—¿Quiere que la encuentre yo?
—¿Que trate de lograr una reconciliación?

—¡Lo que sea, señor Nash, lo que sea! Yo deseo ver de nuevo a Carolyn, tocarla, hablar con ella. Sin ella estoy muy triste, y quiero que ella lo sepa, si es que consiente en verme de nuevo, aunque sea por poco tiempo. Deseo estar cerca de ella, deseo persuadirla de que vuelva a casa.
—¿Cómo sabe que está aún en la ciudad?

—Lo creo... hasta me parece que siento su presencia. La vi una vez, hace una semana. Entraba en un hotel. Yo corrí tras ella, pero desapareció. El gerente del hotel me amenazó con arrestarme por crear disturbios.
Nash le dió un lápiz y un papel.
—Escriba aquí su descripción com-

Cáncer

QUIZÁS el mayor problema que enfrentan actualmente los investigadores del cáncer, es lo difícil que resulta producir experimentalmente cánceres en tejidos no humanos. Lo más que se había logrado era el cáncer de piel mediante ciertos productos químicos; en especial, grasas. Pero no había manera de atacar órganos internos, ya que las grasas no son inyectables. Sin embargo, el doctor F. Stare descubrió un método para emulsionar las grasas, que las torna inyectables por vía endovenosa y abre amplias perspectivas, no sólo en el terreno del cáncer, sino también en el de la alimentación de enfermos que no pueden ingerir por la boca.

pleta; la fecha en que la vió por última vez; las ropas con que iba vestida; las ropas que se llevó al marcharse. El dinero que tenía; si tenía una cuenta bancaria independiente. ¿Sabe conducir? ¿tiene auto? Los nombres de sus amigos, si los tiene. El nombre de su salón de belleza; las tiendas donde habitualmente compra sus ropas. Escriba todos los detalles que recuerde.

Hodgkins tomó el lápiz y se quedó mirando a Nash.
—¿Qué ocurre? —preguntó Nash.
—Hay una cosa en su descripción...
—¿Cuál?
—Tiene los ojos amarillos... como usted.
—Póngalo —replicó Nash, y estudió al científico mientras escribía.

EN aquello había un punto que no se había aclarado. Era algo vital que había quedado sin respuesta. Quizás el mismo Hodgkins no se diese cuenta de ello. Parecía bastante inteligente, dentro de los límites de su profesión; pero en otros asuntos era muy ignorante. La mujer, y quizás algún cómplice, lo habían atrapado, y luego esperado siete años pacientemente para obtener su premio. Al parecer lo habían cobrado tres semanas antes. Ella había confiado en las ambiciones y la credulidad de su marido; no era demasiado fantástico el suponer que ella conocía aquellas ambiciones y quería estar al lado de él, cuando diesen fruto, para poder beneficiarse personalmente.

La mujer había calculado lo que su marido podía llegar a ser en el futuro, y se había puesto deliberadamente en situación de saber lo que muy pocos sabrían. Y se arriesgó pensando que, si él fracasaba, se uniría a otro hombre que no hubiese fracasado.
Pero lo había abandonado entonces, no después del fracaso, sino en los umbrales del éxito. ¿Por qué?
No a causa de su agotamiento. Ella fué la causante de él, ella le ha-

bía producido la creciente ansiedad, mucho antes del agotamiento y las vacaciones forzosas. Si ella no le hubiese hecho sospechar que se iba, si no le hubiese demostrado de alguna manera que iba a terminar con su matrimonio, él no habría tenido que dejar su trabajo, interrumpiendo de este modo la información. Ésa fué la causa directa. Pero, ¿por qué? Y aquella sed de informes, aquel continuo espionaje de un campo tan alejado de la esfera usual de la mujer, era muy extraño. Revelaba quién era Carolyn Hodgkins. No necesitaba que le dijese que Carolyn tenía también los ojos amarillos. Aquella sed de informes se lo demostraba. La sed y el método de obtenerlos. Durante un momento, Nash sintió una piedad genuina por Hodgkins. Sus primeros años de matrimonio debieron de ser realmente agradables.

Pero aún quedaba un factor enigmático. ¿Por qué había abandonado Carolyn Hodgkins a una fuente de informes tan buena? Y mucho antes de que su utilidad hubiese terminado, antes de que su último trabajo pudiese tener un uso práctico. Si él hubiese terminado aquel trabajo tres semanas antes, los hijos del Wac Corporal no podrían lanzarse al espacio hoy o mañana.

Nash movió la cabeza.
Hodgkins le devolvió el papel.
—Creo que esto es lo mejor que puedo hacer. Es raro lo mal que se recuerdan los detalles de un vestido de mujer, cuando uno tiene que hacerlo.
—Esto es suficiente —repuso Nash estudiando el informe—. ¿Tenía su esposa pasatiempos favoritos? ¿Coleccionaba sellos, monedas, algo? ¿Quizás chucherías?
—No, no recuerdo. ¡Ah, tenía un toro —Hodgkins cerró los ojos imaginándolo.
—¡Un toro?
—Un juguete, creo: de quince centímetros de altura. Yo creí que era un to-

ro de porcelana; pero estaba hecho de algún material irrompible. Lo tenía en su dormitorio. ¿Quiere decirme que puede sacar deducciones de eso?

Nash se encogió de hombros.

—Uno nunca sabe. La gente no abandona sus costumbres, cuando cambia de vida. ¿Podría pasar por su casa una noche, para darme cuenta del ambiente? Quizás pudiera advertir algo que usted no hubiese advertido.

—Desde luego. Lo recibiré con mucho gusto. Tiene el número en la guía.

—Iré... pronto. Me gustaría charlar con usted, en su casa; quizás el medio familiar ayude a aliviar su nerviosidad. Y quizás le comunique algo.

—Yo nunca he hecho esto antes. Mi médico... Usted era la única persona a quien podía confiarle. Me alegro mucho de que no se haya reído de mí —su rostro se ensombreció, y se levantó bruscamente de la silla, pasando de una mano a otra su sombrero de paja—. ¿Desea saber algo más, señor Nash?

—No —Nash extendió la mano, y estrechó la del científico—. Deje el resto de mi cuenta. Si se puede hallar a su esposa, yo la hallaré. Si accede a verlo, yo concertaré una entrevista. Si se niega, yo le comunicaré su respuesta, con las razones aducidas —luchó para mantener su rostro inexpresivo—. No puedo prometerle la clase de resultado que voy a obtener, pero será definido. Y entretanto voy a darle el mismo consejo que su psiquiatra, pero con una diferencia. Quédese en casa y descanse. Emborráchese, si lo desea —le soltó la mano.

Y luego el físico salió, andando lenta y soñadoramente hacia la puerta, y mirando con recelo por el corredor, antes de salir. Se olvidó de cerrar la puerta tras sí, y Nash oyó sus pasos vacilantes que se dirigían al ascensor.

Gilbert Nash cerró la puerta y se apoyó contra ella, con los ojos fijos en la palma de su mano. Sobre la piel había gotas de sudor.

Comprendía que Hodgkins no tenía idea de la clase de nave en que iba a emplearse su energía.

Y ahora sabía con seguridad por qué la esposa de Hodgkins lo había abandonado, tres semanas antes.

CAPÍTULO IV

DIKTY se acercó a su base de operaciones y a su rutina matinal, con una pipa fría y unos pensamientos más fríos aún. Se sentía viejo y agotado. La mañana era húmeda y nublada, preñada de lluvia, y aquello aumentaba su irritación. El desayuno no le había sabido a nada, lo había tragado automáticamente, sin apreciarlo, mientras las innumerables tazas de café hirviendo no le quitaron su cansancio. Y su esposa... No recordaba que hubiera tenido que darle excusas antes de aquello, pero tuvo que hacerlo aquella mañana, a mitad del desayuno. No se había dado cuenta de que hubiese hablado tan impensadamente. Y, tenía que reconocerlo, se iba haciendo viejo para su labor: ya no podía pasarse una noche en vela y sentirse humano al día siguiente. Aquel era un trabajo para hombres más jóvenes.

Su oficina estaba en un segundo piso y consistía en dos habitaciones, situadas al fondo de un corredor. La puerta de metal que daba a la primera habitación, sólo tenía un número y nada más.

Shirley Hoffman, aguardaba detrás de su máquina de escribir, sin hacer nada. Cuando él entró alzó la cabeza, alegremente.

—Buenos días, señor Dikty.

—No esté tan alegre —repuso él—.

No estoy de humor para ello.

—¿Le ha pegado otra vez su mujer-cita?

Dikty se detuvo.

—Lo siento. Esta mañana estuve impertinente con mi esposa, y eso no debí haber sucedido. Hoy estoy mal.

No me gustan las cosas desagradables ni el trabajo nocturno; estas últimas siete u ocho horas me han dejado harito —colgó su impermeable—. Cierre esa puerta y venga.

Shirley Hoffman salió de detrás de su escritorio.

—El operador telefónico me dice que Washington ha estado llamando. Volverá a llamar a las nueve y media —cerró la puerta metálica.

Dikty miró su reloj y estudió ausentemente el teléfono.

—Cummings ha recibido mi telegrama, al parecer. A él tampoco le agrada —cruzó la habitación, pasó a la oficina interior, seguido de la muchacha. Dikty se sentó y se quedó mirando el cielo lleno de nubes, mientras la secretaria aguardaba, con papel y lápiz.

—Shirley —dijo cansadamente mirando por la ventana—, cuando sea mayor cácese con un hombre vulgar y viva felizmente. Cácese con un pintor o plomero o un proyectista, no me importa. Pero no trate de abrirse camino, ¡y mucho menos en esta maldita ocupación!

—Gracias, señor Dix.

Él se volvió a mirarla, con el ceño fruncido.

—Está bien, haga lo que quiera. Pero yo soy de esos hombres que dicen, ya se lo dije.

—Malo, ¿eh?

—Malo —Dikty asintió y sacó su pipa del bolsillo—. Malo para un viejo

como yo —advirtió que tenía la pipa entre las manos, la llenó y la encendió—. Esto es para Cummings —dijo al cabo de un momento—. Se refiere a uno de los miembros de Oak Ridge además del sujeto que estamos examinando —e indicó el cuaderno con la pipa—. Gregg Hodgkins, cuarenta y seis años de edad, dueño de una casa en North Shasta Drive, 2334. Sin hijos, ni parientes próximos. Ahora... Hasta hace tres semanas, Hodgkins era un físico nuclear competente, empleado en un importante proyecto de Oak Ridge —Dikty hizo una pausa, recordando—. Hodgkins trabajaba en la clave 447, compartiendo la responsabilidad por la dirección de la misma. Durante seis o siete semanas, con anterioridad a la fecha especial de hace tres semanas, Hodgkins dió muestras crecientes de nerviosidad, fatiga mental, y posiblemente inestabilidad. Esto fué advertido, pero no se hizo nada, aparte de una constante vigilancia, debido al hecho de que la clave 447 adelantaba rápidamente, y la tensión se atribuía a aquello. Además, su colaborador y varios de los que trabajaban en el proyecto exhibían una nerviosidad semejante, que hacían creer a las autoridades de la fábrica que todos los relacionados con el proyecto compartían la misma ansiedad acerca del éxito o el fracaso del experimento. La clave 447 se terminó con éxito, y todos los hombres que habían trabajado

Pila de uranio

SE construirá en Suecia una central de energía atómica para investigaciones puramente científicas. Aún no se ha adoptado ninguna decisión definitiva acerca del emplazamiento; pero se citan como lugares posibles el archipiélago de Estocolmo o el de Gotemburgo. La primera pila de uranio del país (un reactor experimental de 300 kw.) comenzará a funcionar en Estocolmo en el año en curso. El nuevo reactor, también de carácter experimental, tendrá una capacidad de 10.000 kW y estará atendido por un personal de 400 personas. Ambas instalaciones estarán a cargo de la AB Atomenergi, la empresa semiestatal de energía atómica.

en ella volvieron a la normalidad, excepto Hodgkins. Éste fué entonces trasladado a otro lugar, puesto a trabajar en un proyecto inofensivo, y sometido a vigilancia; pero, antes de que las autoridades de la fábrica pudiesen intervenir, tomó el asunto en sus manos. Primero visitó al médico de la familia, doctor Charles Barrett, Weinburg Building, 260. Le dijo a su médico que tenía dificultades domésticas que se habían agudizado en las últimas semanas, y trató de echarle la culpa a su esposa. Declaró además que su esposa era (o se había hecho de repente) más inteligente que él, y que aquello lo amargaba. El médico le aseguró que era un hombre sano, físicamente, y lo envió al psiquiatra de la fábrica.

Dikty se llevó la pipa a la boca, descubrió que se había apagado y aplicó un segundo fósforo. Después continuó dictando:

—Montgomery, el psiquiatra, da un informe semejante. Hodgkins lo visitó, le habló de las dificultades que tenía con su mujer, y repitió su creencia de que su mujer lo superaba en cociente de inteligencia. Hodgkins le hizo una larga relación de sus fines y esperanzas, entre las cuales estaba que de joven siempre había querido tener una compañera inteligente que lo ayudase a alcanzar sus metas, y que deliberadamente había elegido a aquella mujer como adecuada a sus proyectos... o ideales. Sin embargo, en los últimos años estaba disgustado con su matrimonio, en parte porque su mujer se había ido haciendo cada vez más inteligente. Con el tiempo, esto lo enervó, unido a la tensión relativa a la clave 447. El psiquiatra lo envió a su casa y le hizo visitas periódicas. El estado mental de Hodgkins se hizo aún peor, por las razones que mencionaremos. Su mujer lo abandonó el mismo día en que lo enviaron a casa. Las razones reales de la separación no son aparentes aparte de las declaraciones ya mencionadas.

Después de dos semanas de estudio continuado, el psiquiatra preparó una recomendación para que se separase permanentemente a Hodgkins del servicio del gobierno, aunque a él no se le dió a conocer dicha recomendación. Además, se le hizo seguir, para determinar si iba a guardar silencio. Entretanto, su esposa se había trasladado al Hotel May de aquí; pero se mudó varios días después, cuando descubrió que él la había seguido. El paradero actual de la esposa me es desconocido. No dejó dirección para que le enviasen el correo, ni pista alguna discernible. Yo me estoy concentrando en esto, para localizarla. No ocurrió nada más hasta ayer. Ayer por la mañana, Hodgkins dejó su casa en un estado de visible agitación, y después de vagar por las calles durante varias horas, fué a visitar a nuestro sujeto: el sujeto sometido a la anterior discusión e investigación. No puedo decir lo que pasó entre ellos. El hombre que lo sigue informa que Hodgkins estuvo encerrado con el sujeto más de una hora, pero que no puede decir acerca de qué hablaron. Con respecto a este fracaso, yo decidí poner microfones secretos en la oficina del sujeto. Lamento no haberlo hecho antes. En cuanto a la visita que Hodgkins hizo al sujeto, no sé cuál de dos razones es la probable. Recuerdo el caso McKeown: Hodgkins pudo decidir vender sus informes; pero, en tal caso, no comprendo cómo pudo saber que nuestro sujeto estaba interesado en la compra. Como se mencionó en conversaciones previas, yo no tengo conocimiento ni sospechas de que el sujeto compra informes. Extraoficialmente, me siento inclinado a pensar que Hodgkins visitase al sujeto por una razón más lógica. Teniendo en cuenta la profesión del sujeto y la reciente separación de Hodgkins y su mujer, sólo hay una cosa que me induce adoptar la conclusión obvia: el hecho de que el hombre esté sometido a nuestra investigación y

¿En qué época le gustaría vivir? ¿Qué mundos le gustaría visitar?

¡Qué problema!... Al elegir una época o un mundo se eliminan todas las demás posibilidades.

¡Pero usted puede vivir en cualquier época, desde el comienzo del mundo hasta el fin de la historia!

¡Usted puede visitar cualquier planeta hasta los límites del Universo!

¿Cómo?

Leyendo **más allá** naturalmente.

Con \$ 5 usted podrá comprar su pasaje mensual a través de todos los tiempos y todos los espacios, y con \$ 50 su viaje durará un año...

SUSCRIPCIONES: En la Rep. Argentina: \$ 50 al año.

Más allá

AV. ALEM 834
BUENOS AIRES

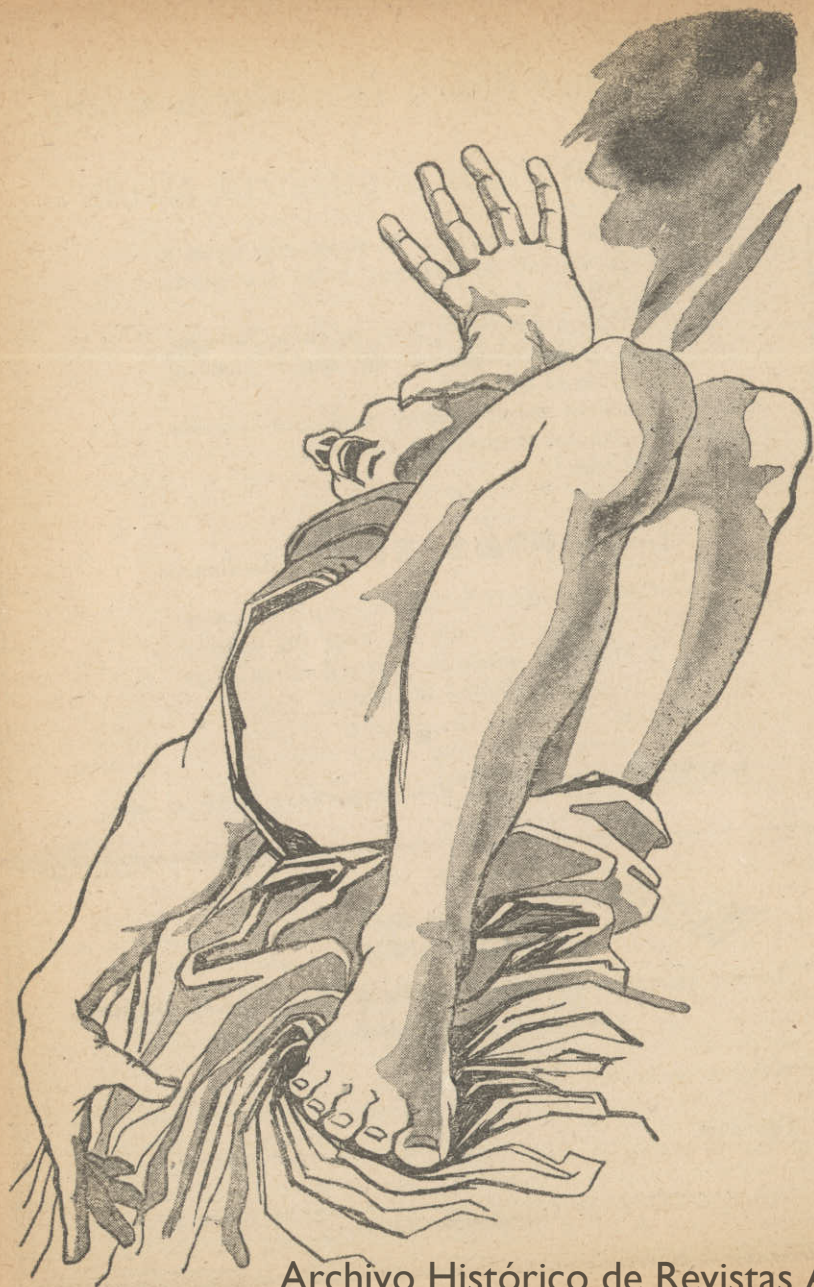
Deseo suscribirme por un año a **MÁS ALLÁ**. Adjunto cheque o giro postal por \$ 50.

Nombre

Dirección

(ESCRIBIR CLARO)

hab
ton
¿M
—
Car
diar
dere
fera
por
dos
amo
cuer
mos
con
lo q
y di
netr
de l
Yo l
men
casi
estab
pedir
amor
mi c
lanz
cuan
habe
tante
riños
en m
N
—C
kins
esque
yo lo
se ma
la m
cuand
en qu
dí tot
Carol
un nu
a los
lla no
quecía
primer
cuand
y activ



de que las coincidencias sean demasiado numerosas y terribles. ¿Vamos a suponer que ésta es otra más?

DIKTY se volvió e indicó con su pipa a la muchacha.

—Y, Shirley, si por ahora no ha descubierto la identidad del sujeto en discusión, puede despedirse de su carrera —la estudió durante un momento, mientras las líneas de cansancio de su rostro se hacían más profundas—. Por otra parte, si reconoce haber sido curiosa y menciona su nombre en alta voz, también puede despedirse de ella —le dirigió una cansada sonrisa—. Ahora, está usted dispuesta a casarse con el plomero?

La muchacha le devolvió la sonrisa, con ánimo.

—Todavía no. No quiero casarme tan pronto.

—Eso es lo que yo decía hace mucho

tiempo. La conocí en un baile. Y esta mañana he tenido que pedir excusas por primera vez en mi vida —volvió a mirar el cielo amenazador—. Haga lo que quiera. Usted y todos nosotros estamos en un juego que es alternativamente aburrido y mortal. Usted es quien tiene que decidirse. Sigamos... Después de salir de la oficina del sujeto, en estado de espíritu al parecer más tranquilo, Hodgkins vagó por las calles, durante varias horas, y por fin entró en una tienda de artículos de segunda mano, donde trató de comprar un revólver. El propietario de la tienda se negó a venderse, explicándole que primero tenía que tener un permiso de la policía. Hodgkins le respondió que lo obtendría, y eligió un revólver, pidiendo al propietario que se lo reservase. El propietario lo hizo. Hodgkins salió de la tienda, pero no volvió a ella. Luego visitó una tienda de artículos de deporte, y de nuevo trató de comprar un revólver, pero le dijeron, como en el primer caso, que era necesario primero un permiso para que pudieran venderle el arma. Hodgkins repitió el procedimiento anterior y el vendedor le reservó el arma. El hombre que lo seguía informa que los dos comerciantes no tuvieron sospechas de ninguna clase, y que Hodgkins estuvo tranquilo siempre (estas gentes han aprendido a juzgar hasta cierto punto el tipo de personas que compran armas). Después de aquellas dos tentativas, Hodgkins compró un ejemplar de los diversos diarios de un puesto de la esquina y se retiró a un pequeño restaurante. Allí los leyó de cabo a rabo. El policía relata que era evidente que Hodgkins buscaba algo especial. Finalmente, dejó los diarios, tomó un taxi, y se fué a su casa, pasando allí el resto del día —Dikty hizo una pausa para examinar la ceniza de su pipa—. Y yo querría poder hacer eso mismo.

Shirley Hoffman miró al cielo, con una expresión especulativa. Juguetea-

ba con el lápiz que tenía entre los dedos.

—Decídase — la invitó Dikty —; hable.

—Yo diría — repuso ella lentamente — que Hadgkins visitó al sujeto y contrató sus servicios, para encontrar a su esposa. Yo diría, además, que Hodgkins piensa matar a su esposa, cuando se encuentren de nuevo.

—Perfectamente.

Un trueno coronó esta afirmación.

—Y que se desanimó al darse cuenta de los documentos necesarios para comprar un arma de fuego... — hizo una pausa y frunció el ceño —. No, eso no; se dió cuenta simplemente de que podía obtener el revólver de otra manera.

—Casi correcto — asintió Dikty —. También pudo darse cuenta de que el revólver no era necesario. Es un hombre inteligente, recuérdelo. Usted o yo podemos pensar en una docena de cosas inocentes al parecer, que podíamos echarle en el café; pero él no estaba ya en situación de darle nada. Posiblemente buscó otro medio de llegar hasta ella — siguió mirando el cielo —. Querría saber qué es lo que buscaba en los periódicos.

—Los anuncios personales... Pero los leyó de cabo a rabo, ¿no es cierto?

—Sí, buscaba noticias de alguna clase.

—¿Algo que el sujeto le sugirió?

Dikty hizo como que iba a responder y luego hizo una pausa.

—Sí — dijo al cabo de un momento —, podría ser.

El teléfono sonó. Dikty consultó su reloj. Shirley asintió y le dió el aparato.

—Aquí, Dikty — una pausa —. Sí, lo hizo. Poco después de medianoche, del día de ayer. No, aún no. Están registrando — otra pausa más larga —. Lo estoy, constantemente. El sujeto no se ha movido. El suceso no ha aparecido aún en los periódicos locales. Esta noche aparecerá — otra pausa —. Oak Ridge dará su explicación. Sí, probablemente. ¿Usted qué?... — hubo un silencio prolongado —. Voy a darles un informe detallado. Mañana por la mañana lo tendrán. Hodgkins y nuestro sujeto trabaron contacto personal con cierta brusquedad... Lo buscó, sí... Sí, yo también lo creo. Muy bien — una pausa final —. Lo haré — y colgó.

Shirley aguardó, con expectación.

Dikty dejó el teléfono, sombríamente, miró el cielo oscuro, reflexionó un momento y luego miró de nuevo a la chica.

—El nuevo agente ha entrado en funciones, aunque aún no se ha presentado. Al parecer no sabe lo que ocurrió anoche — indicó el libro de notas con su pipa manchada —. A las doce y diez de la noche última, una

vecina de North Shasta Drive, 2336, telefonó a la policía, informando que había oído un ruido en la puerta de al lado, que le había parecido un disparo. La policía llegó a las doce y dieciséis, y halló la casa cerrada y a oscuras; poco después entraron forzando la puerta de la cocina. Hodgkins fue hallado muerto, en el dormitorio de su mujer, tendido sobre el lecho. El hombre tenía un disparo en la boca, la pistola se había colocado en la boca abierta y se había disparado. Era una Smith y Wesson, del calibre 32. El arma estaba bien engrasada y por lo tanto carecía de huellas dactilares. La policía inmediatamente tomó muestras de la piel de los dedos del finado, y halló en ellos ligeras huellas de aceite, pero ninguna de pólvora quemada.

—Muerto — dijo la muchacha con voz quebrada.

—Bien muerto — convino Dikty —, de un tiro en la boca. Tenemos que esperar el informe del criminalista, pero yo he oído que los marinos y las mujeres eligen frecuentemente ese método de suicidio. Muy sucio. Debía haber visto la cama.

—No, gracias — Shirley reprimió un escalofrío —. ¿Qué significa eso último? ¿Qué indican las manchas de aceite y de pólvora?

—Una pistola bien aceitada no conserva las huellas dactilares. Las manchas de los dedos de Hodgkins indican que manejó el arma, pero la carencia de manchas de pólvora indican que no la disparó. De nuevo tenemos que aguardar la opinión del experto; esto queda fuera de mi ramo. Creo que emplean un tratamiento de yodo para poner de manifiesto las manchas ocultas. Bien, siga escribiendo... La policía registró la casa, y halló manchas de grasa en ciertos artículos de Hodgkins, lo cual les indujo a creer que había ocultado el arma en el cajón donde estaban dichos artículos. A la luz de los descubrimientos subsiguientes,

creen ahora que no poseía revólver, pero que fué muerto por el arma de su asesino. Este, claro está, no sabía que Hodgkins hubiese tratado dos veces aquel día de comprar un arma. Por lo tanto, las manchas de grasa y el dejar allí el revólver para sugerir un suicidio, era falso patentemente. Entretanto, el policía encargado de la custodia (o la persona que lo relevaba), que esperaba en un coche, en las inmediaciones, dijo que no había visto a nadie entrar en la casa ni salir de ella. Oyó el disparo, pero no quiso entrar por miedo a la policía, y porque las instrucciones recibidas, no mencionaban un caso de emergencia. Oak Ridge no ha considerado conveniente notificar a la policía la existencia del hombre que seguía al físico, ni la razón de ello, creyendo que no se conseguiría nada con hacerlo. La policía, como es de suponer, anda buscando a la esposa de Hodgkins. Yo también. Mañana iré al funeral, para ver lo que ocurre. Fin del informe.

Fuera comenzó a llover. Dikty miró ceñudamente la lluvia.

Shirley siguió la dirección de su mirada, y luego preguntó:

—¿La viuda?

—No figura en mi libreta.

—¿Pero definitivamente no es un suicidio?

—No.

Ella dijo:

—No sé...

—En un caso de asesinato — explicó Dikty —, la policía establece el método y el motivo. El método fué evidente. El motivo frecuentemente conduce al descubrimiento del asesino — miró a través de la lluvia los perfiles del edificio que había más abajo.

—Yo le leo los pensamientos en la cara — dijo Shirley.

—¿De veras? ¿Lee también su nombre?

—Usted me dijo que no lo mencionase en alta voz.

Automóviles con carrocería plástica

LA AB Volvo, principal fábrica de automóviles de Suecia, empezará pronto a producir en serie un automóvil de lujo, de dos asientos, con carrocería plástica. Los cuatro primeros ejemplares del "Volvo Sport" fueron a la exportación. Se informa que este coche, que pesa alrededor de 1.000 kg, tiene una excelente adherencia a la carretera y extraordinarias cualidades de lente aceleración. Desarrolla 70 HP a 6.000 revoluciones por minuto y da al vehículo una velocidad de cerca de 155 km por hora. La carrocería es de plástico, reforzada con fibras de vidrio, y pesa 100 kg. Tiene una cubierta corriente de tipo "hard top", que se puede desmontar. Los neumáticos no estallan.

CAPÍTULO V

GILBERT Nash aguardó inmóvil, en medio de la lluvia y la oscuridad. Era una figura alta y solitaria, invisible e insospechada en medio de la noche. Tenía los ojos fijos en la casa. La mayoría de los hogares vecinos estaban a oscuras, sus ocupantes se habían retirado hacía largo tiempo, y sólo aquí y allí alguna ventana se hallaba iluminada. Las casas a cada lado del domicilio de Hodgkins estaban oscuras y silenciosas; el breve momento de escándalo de la vecindad había terminado. No había automóviles que pasasen por la calle mojada.

Nash esperaba, sin embargo, con los ojos en busca de movimiento y los pensamientos fijos en Hodgkins y en el lugar que había llamado su hogar hasta veinticuatro horas antes. Hodgkins había dejado su hogar. Aquella tarde había visto brevemente los restos del hombre; el técnico había realizado milagros en un rostro turbado, en un cráneo del que sólo existía la mitad. El rostro de Hodgkins, comido por la inseguridad y roído por el miedo, era un rostro que no había conocido la paz durante muchos años... hasta poco después de la medianoche del día anterior. El hombre turbado y sus sueños, sus planes para el futuro, sus descubrimientos, incluso el de la biblioteca que se convirtió al poco en su mujer... Un panegirista hubiera podido decir muchas cosas acerca de Gregg Hodgkin; pero dos de sus principales descubrimientos tenían muy poca probabilidad de ser mencionados. El físico Hodgkins había contribuido al descubrimiento de los medios de lanzar al espacio a los hijos del *Wac Corporal*; no al maltrecho precursor, en cuyo caso se había empleado combustible líquido, sino a los que siguieron al *Corporal*. Hodgkins merecía un monumento por aquello.

Durante su viaje

no había vuelto a la Tierra, estaba aún en algún oscuro e indefinido lugar del espacio. Los viajeros del espacio podían hallarlo alguna vez, perdido y olvidado. Y entonces, fué seguido por las tres navecillas, los Heinlein I, II y III, movidos por aplicaciones inadecuadas de los descubrimientos de Hodgkins. Desdichadamente, él no vivió para ver el fruto de su semilla atómica final. El panegírico o el monumento no mencionaría aquello. Todo estaba oculto aún, enterrado en algún depósito de asuntos confidenciales, esperando el día en que algún político necesitase algún sensacionalismo para poder conquistar algún cargo público, o algún funcionario del estado necesitase alguna amenaza que esgrimir contra alguna nación ofensora, o hasta que algún militar celoso necesitase municiones con las cuales atacar alguna otra rama de la organización militar. Hasta el lejano día en que los políticos no se creyesen hombres de estado, el trabajo de Hodgkins sería desconocido. El monumento quedaría en blanco hasta que algún político diese frías instrucciones al lapidario.

Nash varió cuidadosamente de posición, hundiéndose en la lluvia. Las otras ventanas se apagaban.

Hodgkins, el esposo, había descubierto otra cosa... o, más acertadamente, había vuelto a descubrir una propiedad perdida, aunque él no la reconocía como tal. Mediante la involuntaria ayuda de su esposa, había resucitado un arte perdido, casi tan viejo como la humanidad. Mientras los investigadores proseguían sus exámenes de la telepatía mental a distancia, Hodgkins descubrió la aplicación adecuada. No siendo un Matusalén ni un arqueólogo heterodoxo, no podía saber que su nuevo sistema de transmisión del pensamiento fué practicado en los tiempos de la dinastía acadia, unos siete mil años antes de su nacimiento. No sabía que la "telepatía mental", entre él y su mujer, formaba parte de

la vida de los antiguos súmeros, se perdió luego y volvió a reaparecer brevemente durante la tercera dinastía de Ur, para desvanecerse otra vez. Los eruditos actuales sabían que en el mundo presente hay muchas cosas de los súmeros; la gente evita los gatos negros, sin saber que ello se debe a una superstición de más de cinco mil años. Los eruditos conservadores se ríen de la idea de que los antiguos practicaban a veces la "telepatía mental", pero el desdichado físico resucitó el antiguo arte sumerioacadico.

Por aquello tampoco tendría un monumento. Hodgkins no vivió lo bastante para explotar su descubrimiento... si es que podía haberlo explotado.

NASH salió de su escondite y avanzó hacia la casa.

La policía había cubierto con maderos la ventana rota de la cocina, había vuelto a cerrar la puerta y se había llevado la llave. Nash avanzó silenciosamente por el porche, y se apoyó en la puerta. Ésta no cedía. Colocó las manos sobre un extremo de las maderas que cerraban la ventana, y le quitó los clavos. Una vez que hubo abierto un hueco, metió la mano y abrió la puerta. Entró silenciosamente en la oscura cocina, cerrando la puerta tras sí, y colocando de nuevo los maderos. La casa olía a tabaco frío y a atmósfera pesada.

Nash aguardó allí un momento, mi-

diendo el silencio de la casa oscura, imaginando que casi podía sentir la presencia del científico. La personalidad de Hodgkins pendía aún del oscuro interior, chocando con el tabaco frío de los recientes intrusos. No había nada que sugiriese una cosa semejante en el caso de la mujer. Su sutil aura femenina había salido con ella, tres semanas antes, como una cosa viva y obediente. No había nada que indicase que ella había vivido allí. Nash pensó brevemente en ella, pensó si realmente vivió en la casa, a pesar del número de años que pasó allí. ¿O había sido como esos viajeros, que no viven, sino que existen, en su habitación del hotel?

Se preguntó si habría sentido la impresión que tuvo él al estrechar la mano a su marido. ¿Aquella impresión habría sido súbita o habría ido creciendo con los meses, haciéndola darse cuenta de los acontecimientos que se avecinaban? Aquel final apretón de manos le había dicho claramente por qué Carolyn había abandonado a su esposo: iba a quedarse viuda; y por alguna razón, no quería estar en la casa cuando la viudez se produjese.

Nash salió de la cocina para explorar la casa, protegiendo con la mano la luz de su linterna.

Primero había un cuarto de baño, y luego, un dormitorio: el dormitorio de Hodgkins, según vió unos minutos después. Las ropas del físico estaban aún

¿Planetas sin sol?

EL famoso astrónomo Harlow Shapley, de la universidad de Harvard, ha sugerido la posibilidad de planetas sin sol central, aunque él mismo acepta que su hipótesis es un poco excesivamente fantástica. Estos planetas solitarios viajarían en el espacio interestelar, sin el calor ni la luz de un astro central, calentándose por el solo calor generado por sus minerales radioactivos. No tendrían ni día ni noche, o, más bien, estarían sumidos en una noche eterna, apenas alumbrada por las estrellas y por la posible luminiscencia de algunos elementos radioactivos. No tendrían mareas, y su biología, de existir, sería extremadamente exótica.

en el placard, colgadas descuidadamente. En la mesilla de noche había unos cuantos libros, un viejo despertador y una capa de polvo. Los cajones de la cómoda habían quedado abiertos, después de la visita de la policía, y Nash abandonó la esperanza de encontrar las ropas manchadas de aceite. Miró en el cajón de arriba, y descubrió unos cuantos pañuelos, un par de calcetines, una bufanda de lana, muy bien doblada, unos cordones de zapatos y un lápiz mordido. A juzgar por las marcas de polvo, se había quitado de encima de la cómoda un retrato grande; indudablemente el de Carolyn, que se habría llevado la policía para que les ayudase a buscar a la mujer.

Por todas partes había huellas de polvo blanco; la policía nunca se molestaba en quitar lo que les había ayudado a tomar las huellas dactilares. Nash se metió las manos en los bolsillos y echó una última ojeada a la habitación.

Atravesó el cuarto de baño contiguo y pasó a otro cuarto, evidentemente el dormitorio de Carolyn. La cama había sido apartada, quizá para dejar espacio al fotógrafo de la policía. El colchón de muelles estaba desnudo. Las ropas habían desaparecido; estarían en la estación de policía, el lavadero o el incinerador. Nash se detuvo junto a la cama para examinar el colchón y la mancha de sangre, para juzgar la posición del cadáver. La imagen era lógicamente y clara. Hodgkins se hallaba probablemente de pie junto al lecho, si es que lo asesinaron; echado en él, si se suicidó. La mancha de sangre no indicaba nada.

Nash se retiró al cuarto de baño y miró de nuevo la cama que había en el dormitorio de Hodgkins. Estaba sin deshacer y cubierta de polvo. El hombre había dormido en la cama de su mujer durante las tres semanas que siguieron a su partida. ¿Una curiosa forma de venganza, o un deseo incumpli-

do? Siguiendo un pensamiento súbito, fué a investigar la cerradura del cuarto de ella. La llave estaba puesta de su lado. No se podía pasar, a menos que Hodgkins volviera con conocimientos nuevos. Entonces sería bien acogido.

Carolyn era una cualquiera.

Se movió en la habitación, buscando huellas de la mujer que se había ido, examinando el polvo de los alféizares y debajo de la cama. Hodgkins no tenía la casa bien arreglada. Los cajones del tocador estaban vacíos, a no ser por una capa de polvo y algunas horquillas olvidadas. Nash tomó una de ellas y la puso junto a la luz de la linterna. No le decía nada, pero se la guardó en el bolsillo. Había un frasco vacío, de esmalte de las uñas, pero entonces se hallaba cubierto de polvo blanco, y Nash no lo tocó. La habitación no contenía nada más de Carolyn Hodgkins; pero él permaneció en la oscuridad muchos minutos, buscando una impresión, algo indefinible que indicase que ella había estado allí. Nada aún.

Por tercera vez, entró en el cuarto de baño y lo recorrió con la luz de su linterna, examinando el botiquín, la ventanita que había sobre la ducha. Dió un suspiro de decepción, y por fin recorrió las otras habitaciones de la casa, habitaciones que carecían de interés real para él. Eran confortables de acuerdo a los patrones modernos, de acuerdo con la posición del dueño. Nada más. Ni una huella de Carolyn Hodgkins.

Nash se sentó en una de las sillas que había junto a la fría chimenea, se puso las manos entrelazadas debajo de la barbilla y contempló el oscuro vacío. El ruido de la lluvia era lo único que se oía.

Creyó que comprendía el deseo de Hodgkins de dormir en la cama de su mujer, después de que ésta se hubiese ido; el físico era muy humano, no era un monstruo científico, de sangre fría,

que fabricaba la muerte en habitaciones subterráneas, ningún siniestro ogro de Hollywood. Y parcialmente comprendió el amor que Hodgkins sentía por su mujer, sólo parcialmente. Aún no podía decidir si aquel amor era genuino o había sido cuidadosamente inspirado al hombre. Era una cosa terrible ser humano y no conocer lo que uno pensaba; no conocerlo más allá de las dudas razonables; no saber si una emoción era propia o una ingeniosa falsificación provocada en uno. Pero fuera lo que fuese, para el marido tenía bastante realidad. Se había enamorado perdidamente de la mujer que había encontrado en una biblioteca pública, y había continuado amándola perdidamente hasta el mismo momento de su muerte.

¿Por qué había querido un revólver?

¿Para matar a Carolyn? Muy posible. Los hombres perdidamente enamorados suelen hacerlo al no verse correspondidos por el objeto de su amor. ¿Para matarse? Muy posible, también. Los enamorados recurren a ello al verse frustrados. Y Carolyn Hodgkins había sabido que iba a quedarse viuda, había descubierto aquel hecho horrible una de aquellas noches eróticas en que permitía a su marido compartir su habitación. ¡Terrible descubrimiento!; casi obsceno teniendo en cuenta el tiempo y el lugar; como el invitar a un cadáver a que compartiese el lecho de uno.

¿Pero para qué quería un revólver?

¿Para matar a otro? Poco posible. ¿Qué otro podía ser un candidato, dado el pequeño círculo de amigos y colaboradores de Hodgkins? Había comenzado a buscar un revólver el mismo día que instigó la búsqueda de su mujer. ¿Habría tratado el físico de matarlo a él? ¿Por qué razón? ¿Por qué él y su mujer tenían ojos de un color similar? ¿Se despertaron sus sospechas?

La lluvia golpeaba el costado de la casa.

Hodgkins no estaba transtornado: el

médico y el psiquiatra de la fábrica lo habrían sabido. Pero el hombre estaba desesperado; pudo tratar de matar a cualquiera de los tres o a más de uno. ¿Esposa, investigador, él?... ¿quién? Sin embargo, quedaba siempre la posibilidad de que no tratase de matar a nadie, como no fuese en propia defensa. Había buscado el revólver para protegerse..., para protegerse contra algo desconocido. ¿Habría una tercera parte que constituyese un triángulo en el matrimonio de Hodgkins?

Carolyn Hodgkins había sabido lo que iba a suceder, y abandonó a su marido antes de verse mezclada en ello. Y él mismo había conocido la proximidad de la muerte cuando estrechó la mano de Hodgkins. El futuro de un hombre, como su presente y su pasado, está escrito en su mente, en espera de ser leído o vivido. Hodgkins carecía de futuro. Su mujer descubrió aquello y desapareció. Sabía durante varios meses que su marido estaba al final de su vida: había estado haciendo preparativos para dejarlo muchas semanas antes de lo que realmente hizo, y aquellos preparativos no escaparon al hombre, y provocaron una crisis en él. Incluso él, un extraño, había previsto lo breve del futuro de Hodgkins, durante el breve apretón de manos que le dió al despedirse.

¿Pero había un tercero oculto en algún lugar?

SE enderezó en su silla, e interrumpió sus pensamientos al sentir un ruidito en la puerta de la cocina.

Habían levantado el madero, como él hizo, y luego abierto la puerta. El intruso se detuvo un momento en la cocina, también como había hecho él, aspirando la atmósfera pesada de la casa. Él se preguntó si se podría apreciar su presencia. De nuevo hubo un ruidito al cerrarse la puerta, y luego unos pasos cautelosos por la cocina. Los pasos vacilaron en la oscuridad, y

por último una linterna iluminó audazmente la puerta del dormitorio; el dormitorio de la esposa.

Nash se dejó caer en su silla y se puso a escuchar.

El recién venido recorrió el dormitorio ruidosamente, abriendo cajones y moviendo la silla y la mesa de noche, iluminando los muebles negligentemente. Los sonidos se interrumpieron dos veces. Una, cuando el merodeador se detuvo junto al lecho y vio la mancha de sangre, y otra vez junto a la puerta que daba al baño y dormitorio frontero. Nash escuchó atentamente. Hubo el ruido de una llave al ser retirada de la cerradura, y luego el ruido de una cartera al cerrarse. El intruso entró entonces en el dormitorio de Nash, y repitió la búsqueda, saliendo luego al living, después de un largo intervalo. Con ella llegó su agradable perfume.

Nash apartó sus manos de la barba, pero no se movió. Antes de que ella pudiese verlo y se asustase indebidamente, le dijo con voz queda.

—Hola.

Su suspiro de asombro fué casi un grito, reprimido inmediatamente cuando recordó dónde estaba. De nuevo la luz de la linterna de ella lo iluminó.

—Más vale que la apague — le aconsejó —. Podrían verla los vecinos.

La luz lo iluminó un momento más y luego se apagó. Él no la veía y comprendía que ella solo lo distinguía débilmente.

—¿Qué está haciendo aquí? — le preguntó asustada.

—Meditando.

Ella no supo qué responder.

—No hay gran cosa que descubrir — prosiguió él con tono de conversación, tratando de tranquilizarla —. Me figuro que la policía se habrá llevado la mayor parte.

Ella contuvo el aliento e insistió:

—¡Quiero saber lo que está haciendo aquí! — la voz era tensa, y en ella se advertía aún el miedo que le había producido descubrirlo.

—¿No cree que haya venido a meditar aquí? La casa estaba muy silenciosa hasta que usted entró. No sabe entrar sigilosamente en una casa ajena — escuchó su respiración precipitada en medio de la oscuridad —. Está bien, yo he venido a lo mismo que usted: a saquear.

—¡Yo no saqueo! — repuso ella.

—Entonces registra.

—¿Para qué? — preguntó ella inmediatamente.

—En busca de algo que pueda ser útil — le dijo él con calma.

—¿Útil para quién?

—Para mí.

Ella vaciló.

—¿Qué le interesa...?

—Vamos, no sea tan cándida como ruidosa.

Ella no respondió, y se quedó mirándolo. Nash cruzó las manos sobre el regazo, y sus ojos, acostumbrados entonces a la oscuridad, la distinguían débilmente.

—Advierto — dijo él — que no me ha preguntado quién soy. Tiene que conocerme.

—Lo he visto — reconoció ella.

—¡Qué amable! — sonrió él —. ¿Y yo puedo verla?

—¡No! ¡No se mueva!

—Pero, ¿por qué no? Estoy seguro de que usted es una mujer atractiva; tiene una voz atractiva, y me gusta su perfume.

—Eso no importa — ella comenzaba a recobrar el dominio de sí.

—A mí sí. Me gustan las mujeres.

—¡Aún deseo saber qué es lo que hace aquí!

—Pero ya le he dicho la verdad, créame. Estaba registrando la casa, como usted.

—¿En esa silla? — preguntó ella burlesonamente.

—Había llegado al final de mi registro... con las manos vacías como usted. Y entonces me senté a meditar.

—¿Sobre qué meditaba?

Él se echó a reír.

—Lo siento mucho, misteriosa dama. Mis pensamientos son libres y exentos de tasa. Es usted la persona más inquisitiva que he conocido hace mucho tiempo. Por favor, dígame quién es.

—No.

—Muy bien, yo lo averiguaré.

Ella aspiró con fuerza.

—¿Cómo?

—Recordaré su voz, su perfume — dijo él —; recordaré su modo de andar. Pero siempre recordaré su voz, incluso aun cuando haya perdido esos acentos

de miedo — rió nuevamente —. Me gustaría conocer mejor su voz. ¡Oh!, yo la encontraré.

—¿Y entonces? — preguntó ella.

Él sonrió en la oscuridad; en realidad ella estaba ansiosa por conocer la respuesta.

—Depende del lugar y del tiempo. Puedo convidarla a cenar o a bailar, y pedirle que venga a ver mi colección de mariposas. O puedo pedirle que se quite el sombrero porque descompone el cuadro. Ya nos encontraremos — le prometió.

—¿Ha encontrado algo? En la casa no hay nada.

—He hallado una horquilla — reconoció él —; la tengo en el bolsillo. Si desea otra, hay más en los cajones de la cómoda.

Ella estaba asombrada.

—¿Y para qué quiere una horquilla?

—Voy a guardármela. Quizá la com-

NUMEROS ANTERIORES de más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de \$ 5.— por ejemplar. Pueden obtenerse: adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

Sentido sí, pero no sexto

UNO de los misterios más persistentes de la ciencia ha sido siempre el famoso sexto sentido de los ciegos, mediante el cual pueden saber cuándo se encuentra o no delante de un obstáculo. Luego de cuidadosos estudios, realizados por espacio de diez años, por dos investigadores austríacos, se llegó a la conclusión de que el tal sexto sentido era en realidad uno de los viejos cinco: el del oído. Si bien el hombre común no lo nota especialmente, siempre se encuentra sumergido en un murmullo permanente de sonidos y ruidos, originados por miles de causas diferentes. Estos sonidos y ruidos se reflejan a su vez en todos los objetos de su alrededor, produciendo una verdadera "reverberación" sonora. Toda vez que colocamos un objeto ante nosotros, dicha reverberación varía, y esta variación es la que indica al no vidente, con su oído sensibilizado por el entrenamiento, la presencia del obstáculo.

pararé con las que usted lleva, cuando la encuentre de nuevo; quizá la guardaré como una nadería sentimental. No lo sé — miró la imprecisa figura, deseoso de verle el rostro más claramente —. Incluso puedo retorcerla, hacer con ella los cuernos de un toro, ponerla sobre una llama... — esperó ávidamente la reacción de ella.

La habitación estaba envuelta en el silencio, y las dos personas se miraban como duelistas, luchando por verse en medio de la oscuridad. El fondo de su duelo era la lluvia constante.

Ella preguntó en voz muy baja:

—¿Quién es usted?

—No lo que parezco — repuso él alegremente y con súbita calma —. Y, si puedo decirlo, muy semejante a usted en ese respecto.

—¿Pero quién es? — insistió ella.

—Gilbert Nash. Horas de oficina de nueve a cuatro — miró en torno de la habitación oscura —. Horas de meditación, si es que se reservan anticipadamente.

—No diga tonterías. ¡Bien sabe a lo que me refiero!

Nash se encogió de hombros, olvidando que ella no lo veía.

—Usted no me va a decir su nombre. Por lo tanto...

Ella dijo lentamente:

—Podría obligarlo.

Él la miró divertido.

—Lo dudo.

—Hodgkins lo visitó en su oficina.

—Sí. Pero no se preocupe de hacerme la pregunta siguiente, porque no voy a responderla.

Ella insistió de nuevo.

—Podría obligarlo.

Nash repitió sus dudas secamente y añadió:

—No soy Hodgkins.

—Usted parece tan seguro de sí.

—Y usted — repuso él —, como tantas mujeres, parece creer que hay una cosa que abre todas las puertas.

—Podría odiarlo.

—Es un pensamiento superficial, querida. Con el tiempo se desvanecerá; en realidad soy un ser amable. No puede odiarme, al menos en su posición actual. Pero vaya a su casa y lllore, si eso la ayuda — se incorporó y se estiró —. Le sugeriría que fuésemos ambos...; hemos estado aquí demasiado tiempo. Los vecinos pueden haber visto su luz, o un coche de la policía puede detenerse para realizar una inspección. Ninguno de nosotros desea que lo encuentren aquí.

Hizo ademán de levantarse.

—No se mueva — advirtió ella, muy nerviosa.

—Está bien — convino él —, hasta que usted se haya ido. Pero váyase en seguida, por favor. He vivido demasiado para querer que me maten de un tiro — extendió una mano —. ¿Quiere darme la mano antes de irse?

—¡No!

Teléfonos registradores

EN Inglaterra se ha inventado un aparatito para "dejar dichos" los números de los que llaman a los abonados ausentes. Después de quince segundos en que la campanilla no ha obtenido respuesta, un zumbido de cinco segundos avisa al autor de la llamada que un dispositivo automático está listo para registrar su número. Le basta entonces marcarlo sobre su propio dial, para que el ausente lo encuentre a su vuelta, impreso sobre una banda de papel. No es sólo eso, sino que mediante una clove conveniente se pueden dejar mensajes. Por ejemplo: 5-8-4 significaría "Te espero en el café".

LENTAMENTE, pegada a la pared, se dirigió hacia la puerta de la cocina. Nash permaneció sentado, siguiendo sus cautelosos movimientos con una mirada especuladora. La muchacha abrió la puerta pero se detuvo con una mano sobre el pestillo.

—La encontraré — le gritó Nash.

Ella se fué y dejó abierta la puerta.

Nash se levantó de su silla y corrió a través de la silenciosa habitación, poniéndose de rodillas e iluminando con su linterna el lugar donde ella había estado. Allí había una huella húmeda, pero no una impresión definida. Atravesó la cocina, y de nuevo se arrojó en la puerta, estudiando las huellas de la mujer, sobre el linóleo. Eran borrosas, muy semejantes a las que había dejado él. Nash apagó la luz, y se quedó en el umbral, contemplando la lluvia.

—Indudablemente no era Carolyn Hodgkins — dijo con aire de íntima satisfacción.

Al día siguiente, el funeral de Gregg Hodgkins fué pobre y poco concurrido tratándose de un hombre que había contribuido a lanzar al espacio tres naves. El lapidario quedó aún sometido a la censura.

Reunido en un rincón, estaba el grupo de hombres que habían trabajado con él en Oak Ridge; su colaborador en el proyecto reciente, otro grupo que también había contribuido, el psiquiatra y un par de hombres de la oficina principal, que habían ido por creer que aquél era su deber, no porque hubiesen conocido al difunto. Menos de una docena en total. Ésa era la recompensa de una genuina contribución al progreso humano.

Había aún otro hombre que estaba sentado aparte y miraba continuamente su reloj: el médico de Hodgkins. Y había otros dos hombres que se mantenían cuidadosamente apartados, que trataban de hacer como si no se conociesen. Estos dos hombres examinaban

a todas las demás personas que había en la habitación, especulando, pesando, examinando. Independientemente, se volvieron para mirar a Nash cuando éste entró. Podían haber ido de uniforme azul.

En la habitación había otra persona más: una joven. Estaba sentada, escuchando el sermón.

Nash se sentó deliberadamente junto a ella, eligiendo una silla que estuviera ligeramente detrás de la suya, para poder estudiarla, igual que lo estaban estudiando los policías que había detrás de él. No correspondía a la descripción que Hodgkins había hecho de Carolyn; desde luego no parecía tener los cuarenta y un años de Carolyn. Aquella mujer no había llegado a los treinta. El color de su pelo era diferente, la estatura no era la misma, y tampoco el peso. No pudo ver su cara claramente, y no le había visto los ojos; no se había vuelto cuando él entró en la habitación, ni cuando se sentó detrás de ella. Había advertido la presencia de él. Lo sabía por la súbita rigidez de su cuerpo, por el modo en que llevaba la cabeza y mantenía su atención en el pastor. Pero no era Carolyn Hodgkins.

¿Quién entonces? ¿Qué otra mujer podía tener interés en Gregg Hodgkins muerto o vivo?

Ya avanzado el sermón, Nash sintió y oyó que entraba otra persona: alguien que ocupó una silla inmediata a la puerta. Parecía un hombre, a juzgar por la pesadez con que se había sentado, y al cabo de unos momentos, Nash se volvió para mirar, imitando a los dos policías.

El agente del gobierno, Dikty, lo miraba.

Nash le hizo un breve saludo, y él le respondió, y luego ambos dedicaron su atención al funeral. Nash se contentó con mirar la nuca de la muchacha, esperando que terminase el largo sermón.

LUEGO esperó afuera a que saliera la muchacha. Salió el grupo de los miembros de Oak Ridge, que descendió silenciosamente la acera. Luego los dos hombres vestidos de paisano, que lo miraron fijamente y se acercaron a él. Inmediatamente adivinó que Dikty los había enviado. Dikty apareció unos momentos después y se quedó allí, haciendo como si no lo hubiera visto, ni a él ni a los policías.

—¿Nash? — preguntó uno de los hombres.

—Sí.

—Nos preguntábamos por qué habría venido aquí.

—¿Hodgkins? Bien, fué cliente mío durante un tiempo.

—¿Cuánto?

—Unas diez o doce horas — Nash estudió sus caras, esperando leer sus intenciones.

—¿Qué quería?

—Que buscara a su mujer.

—¿Nada más? — preguntó recelosamente el policía.

—Nada más.

—¿No era nada que tuviese que ver con su labor?

—Absolutamente nada — dijo Nash categóricamente.

—Podemos someterlo a un interrogatorio, ya lo sabe.

Nash asintió.

—Sí, ya lo sé.

—Podemos quitarle la licencia.

—Sí, también pueden hacerlo.

Los dos policías lo estudiaban.

—Eso no parece preocuparle.

—No me preocupa en absoluto. Tengo un historial limpio, y entre Hodgkins y yo no ha pasado nada censurable. De todas maneras, sé que ustedes me pueden quitar la licencia, con un pretexto u otro, si así lo deciden. Pero eso no es muy importante.

—¿Qué quiere decir con eso? Sin la licencia no puede hacer negocios.

—El año pasado he hecho muy pocos negocios; quédense con la licencia si quieren. Ya no me sirve de mucho.

El segundo hombre lo miró con nuevo recelo.

—¿Piensa cambiar de ciudad?

—Sí, lo he estado pensando.

—¿Adónde piensa ir?

—No lo sé. Al norte, al sur, al este o al oeste — sonrió a los dos policías —. No tengo gran cosa que hacer en Knoxville.

Los dos oficiales cayeron en un silencio impaciente. Nash miró por encima de sus hombros, al abrirse la puerta y salir la muchacha al sol. Ella se detuvo a mirar a Dikty, y luego descendió la acera, hasta el lugar donde estaba él con los policías. Sus ojos se abrieron mucho.

Novedades lunáticas

LA Luna no se cansa de presentar novedades a los curiosos del telescopio, que la escrutan diariamente. Percy Wilkins, director de la sección Luna, de la Asociación de Astrónomos británicos, acaba de anunciar el descubrimiento de un puente natural de 35 km de longitud, existente en la superficie de la pálida reina de la noche. El puente une dos barreras montañosas, a una altura de 1.500 m sobre el suelo, con un arco de 2 km de ancho. Nuevo descubrimiento y nuevo interrogante: ¿Y si nuestro satélite no estuviera tan frío como se piensa, y se tratara de la huella dejada por un enorme meteorito que vino a estrecharse contra una masa de lava todavía no solidificada, produciendo ese arco impresionante? No se olvide el lector de preguntárselo al primer astronauta que encuentre por ahí.

Tenía unos ojos oscuros y dulces, del mismo color de sus cabellos. Al pasar junto a ella, Dikty volvió la cabeza y olfateó curiosamente. La muchacha vaciló un segundo, y luego siguió adelante. Nash estaba seguro de que Dikty había murmurado algo cuando ella pasó junto a él. La muchacha pasó junto al silencioso trío y siguió adelante.

Nash sonrió.

Aquella tenía que ser Shirley Hoffman, la secretaria de Dikty. Shirley Hoffman llevaba un nuevo perfume; Dikty lo había advertido y se volvió para aspirar el perfume. Shirley Hoffman, lo había reconocido al verlo con los dos policías, y él la había reconocido a ella. Había cambiado de perfume, pero no había podido cambiar de voz.

Shirley Hoffman había sido fácil de encontrar de nuevo.

CAPÍTULO VI

LOS hoteles eran páginas en blanco. La policía los había recorrido todos, en busca de Carolyn Hodgkins, y quizá Dikty los había visitado también. Incluso un cambio drástico en el color de sus cabellos y un cambio de nombre no habrían servido para ocultarla, pues la policía habría examinado los registros los días inmediatos a la desaparición, y habría estudiado cuidadosamente a cada recién llegada. Y no podía alterar el color de sus ojos. La policía habría visitado igualmente las estaciones de ómnibus y de ferrocarril, con la fotografía tomada de la cómoda. Pero quedaba la posibilidad de que ella hubiese salido de la ciudad sin que la viesen. Carolyn Hodgkins no era una torpe aficionada.

Nash cruzó las manos debajo de la barbilla, apoyó los codos sobre la mesa y reflexionó sobre el problema.

No había muchos lugares donde ella podía ir, lugares que le fueran convenientes. Únicamente Oak Ridge, Hanford, quizá Brookhaven y el Río Sa-

vannah. Este último le hizo fruncir las cejas. En Savannah River se estaban haciendo experimentos con agua pesada. Carolyn Hodgkins podía ir allí muy bien. O acaso Los Alamos; Los Alamos le servirían, si pudiera camuflar lo bastante sus intenciones y dar una razón aceptable para su traslado allí. Podría encontrar otro técnico que sirviese a sus fines, pero sus probabilidades de casarse con él eran prácticamente nulas. La viuda de Hodgkins era una mujer marcada, marcada entonces por ser viuda. Cuando se hablase en los círculos adecuados de la cuestión del matrimonio, en Los Alamos se localizaría a la futura esposa, y se le seguiría la pista hasta Oak Ridge y Knoxville, hasta el otro matrimonio de antes de la guerra, y el romántico encuentro en la biblioteca pública. Ella no podía correr ese riesgo. Por lo tanto Carolyn, no sugeriría el matrimonio. El técnico sería bien acogido sin necesidad de eso.

“Un hombre feliz”, se dijo Nash sonriendo. Carolyn tenía sus buenas cualidades.

Y estaba interesada en el mismo objeto que él, pero con una gran diferencia. Probablemente, el objeto sería disparado desde White Sands, o quizá Frenchman's Flats. Aquel objeto, y otros similares, serían disparados al espacio; unos caerían y otros desaparecerían para no volver a aparecer. Aquellos objetos experimentales eran pilotos de los pilotos. Los verdaderos pilotos estaban aún por venir, cargados con la magia nuclear, por la cual Hodgkins había perdido la razón. Y a los talones de aquellos pilotos modelo se hallaba la nave que Carolyn aguardaba. Había incluso la remota posibilidad de que una de estas naves piloto cumpliera su función. En White Sands se habían lanzado ya al espacio ratones, monos e incluso una cabra. Dentro de poco, ascendería un ser humano. Aquella era la nave que aguardaba Carolyn. Era arriesgado; pero ella había llegado a

un punto en que tenía que correr riesgos. No quería morir.

Y aquélla era la distinción existente entre ella y él. Ella estaba decidida a vivir, a volver al lugar de donde había venido. Pero él estaba dispuesto a aceptar la muerte en la Tierra.

No era probable que ella se fuese a Hanford o a Brookhaven. Aquellos lugares estaban demasiado apartados, demasiado lejos de la corriente de la investigación y el experimento. Durante su matrimonio con Gregg Hodgkins, ella había sabido que Oak Ridge era el motor principal de las naves futuras, y ella se había aferrado a él todo el tiempo que le fué posible. Había ayudado ávidamente, apresurando la fecha. ¿Acaso no lo había reconocido el propio Hodgkins? Sí; había dicho que, con sus insinuaciones en mitad de conversaciones sin importancia, le había ayudado a una nueva valoración de los factores que adelantó su trabajo. Carolyn no era técnica ni mecánica, pero le había servido de guía. Carolyn había adivinado la inteligencia de su marido, medido sus poderes de inteligencia y razonamiento, mejor que él, y traído a la superficie de su mente respuestas que sin ella él habría tardado mucho en obtener. Carolyn estaba llena de impaciencia por la nave y por el motor de ella.

Aquélla era la respuesta más probable, pues Carolyn no se había interesado jamás por la técnica. No podría haber llegado sola a los resultados que había alcanzado Hodgkins, y mucho menos diseñado una nave. Había estimulado los conocimientos de su marido. ¿Qué habrían pensado de ello, los jefes de Oak Ridge?

De repente, Nash se preguntó en cuántos proyectos distintos habría trabajado Hodgkins durante su carrera.

¿Habría tenido parte en la confección de la propia bomba, diligentemente impulsado por su esposa? Muy posible. Sabía muy bien que ningún apa-

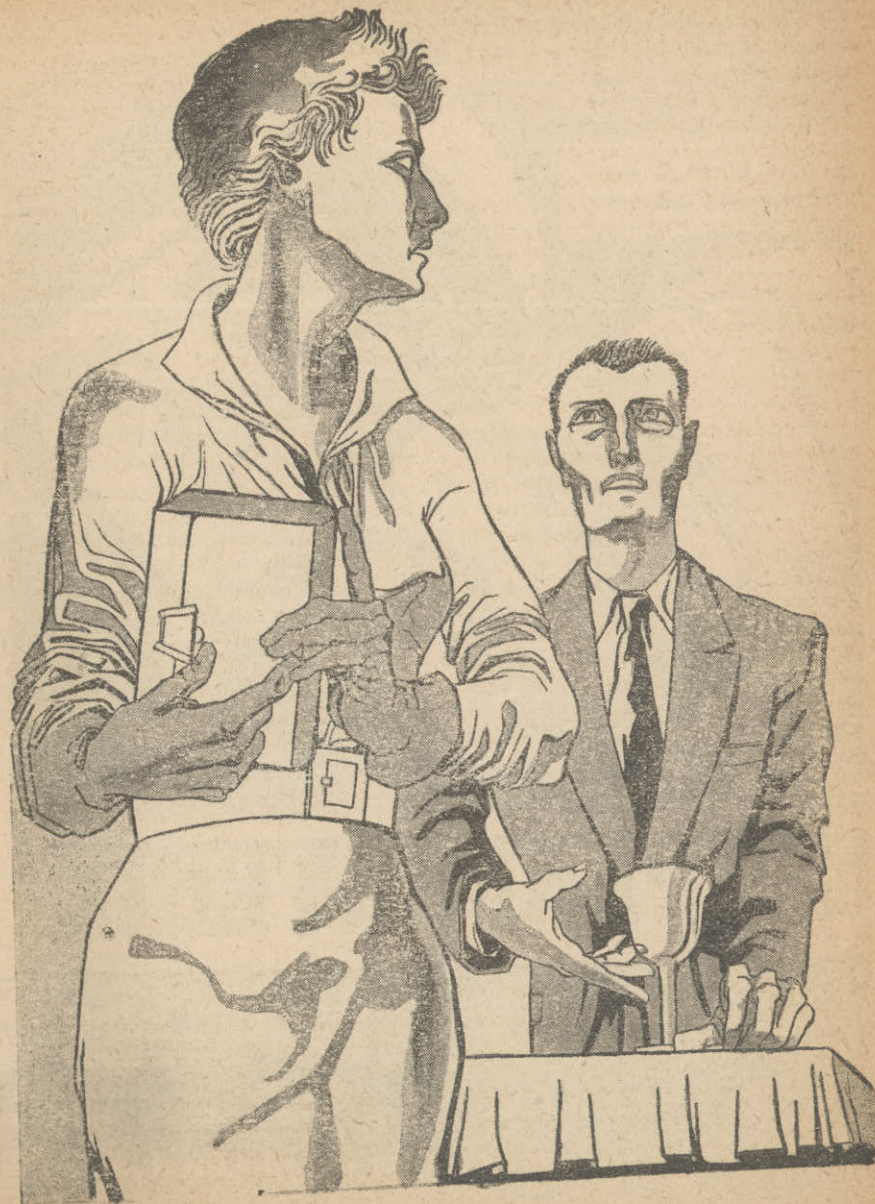
rato decente podía ser lanzado al vacío, sin estar movido por la energía nuclear; que los combustibles líquidos no eran bastante, y que, para obtener la energía para este tipo de vehículos, había que tener primero en cuenta las demandas militares. Primero tenía que venir en forma bélica, destructora; cualquier gobierno primitivo insistiría en ello. Luego vendrían los derivados de la medicina y la industria. Y finalmente, si existía una amenaza externa, vendrían los vehículos capaces de conquistar el espacio. El pensamiento humano funcionaba así, y Carolyn lo sabía.

Los cohetes de pólvora estaban confinados a la guerra primitiva o a la experimentación; la mejor pólvora no podía impulsar un cohete a una velocidad superior a tres mil metros por segundo, y el combustible se consumía con toda rapidez. Las diversas combinaciones líquidas eran algo mejor: kerosene y oxígeno, gasolina, acetileno, incluso oxígeno e hidrógeno. Pero con ellas no se consiguió que la nave volviese a la Tierra. El *Corporal* perdido usó el último refinamiento líquido; los otros emplearon otra cosa. La energía nuclear era la respuesta, y Carolyn lo sabía. Por lo tanto, Carolyn había activado el descubrimiento.

Carolyn continuaría rondando por Oak Ridge o Los Alamos, en espera del día final. Posiblemente haría viajes a Savannah River.

Nash decidió concentrarse en Knoxville, como el lugar más probable. Que otros buscasen en Los Alamos; alguien que tuviese la entrada más fácil; alguien como Dikty o su supervisor.

Si ella se quedaba allí, necesitaría un albergue; los hoteles quedaban cerrados para ella, después de la muerte de su marido; ella lo sabría. E igualmente comprendería que alguien comenzaría con el tiempo a examinar las oficinas de alquileres y ventas, en busca de un departamento que ella hubiese tomado



¡Esté Alerta!
¡No lo deje pasar!

el viernes 5 de
noviembre aparece



SUPERMISTERIX

Super seleccionado de la aventura.
1132 páginas de historietas y cuentos completos!

\$ 4.- el ejemplar

¡RESERVE HOY SU EJEMPLAR!

después de salir del hotel. Y en Knoxville ni las casas ni los departamentos se elegían en un día. ¿Qué era lo que su marido había dicho? Ella había preparado su partida con mucha antelación a la fecha en que se había ido realmente. Y no fué sólo preparación mental, sino que había comenzado a hacer la mudanza, cosa no muy difícil cuando lo único que quería, o se llevó, eran algunas cosas de su dormitorio.

Su placard estaba vacío; los cajones de su cómoda, vacíos también. Todo lo que se llevó cabía en un baúl, o quizás un baúl y una maleta. Y seguramente había reservado un lugar adonde ir mucho antes de haber dejado a su marido, mucho antes de que un examen rutinario actual revelase algo sospechoso. *Súbito pensamiento:* ¿el hogar de aquel hipotético tercero?

Para haber llevado el baúl, necesitaría un taxi o un camión. No habría corrido el riesgo de que dicho tercero viniese a buscarla. Si existiese el tercero, él y Carolyn harían todo lo posible por ocultar su existencia.

Nash desenlazó sus manos, se levantó y se estiró.

La tarde acababa, y dentro de poco anochecería. Unas pocas horas antes, Hodgkins había hecho su última aparición en público; desde el funeral, Nash no había hecho otra cosa que pasearse por su oficina, meditando. Se puso su chaqueta, cerró la ventana, probó con el dedo la cerradura de la puerta y salió al corredor.

Las calles de Knoxville estaban llenas de la gente que volvía a sus casas.

GILBERT Nash eligió un restaurante vecino, porque le parecía que era demasiado pronto para irse a casa, demasiado pronto para separarse de la bulliciosa compañía de la gente. Después de una breve espera, le dieron un camarote del fondo, y allí pidió una cerveza para esperar a que la comida estuviese lista. Ociosamente se puso a

examinar a la gente que entraba.

Shirley Hoffman apareció en la puerta, hizo un gesto, al ver la gente que aguardaba, y buscó con los ojos una mesa vacía. Un momento después vió a Nash, y sus ojos se abrieron involuntariamente como lo habían hecho antes. Hizo un movimiento, como para irse.

Nash se puso inmediatamente en pie, invitándola a que se reuniese con él. Ella se detuvo un momento, y luego se dirigió lentamente a donde él esperaba. En su rostro había un gesto de indecisión.

Él le sonrió.

—Sí le parece mal, váyase. Yo retiro mi invitación.

—No, por favor — ella se sentó frente a él —. Realmente no es lo que usted piensa. Pero...

—¿Pero qué? Hable.

—Usted tiene que pensar que yo lo he seguido aquí. Lo vi en la calle, hace un momento, pero no lo seguí. Yo suelo comer aquí.

—Me alegro de saberlo — le aseguró Nash —, y vendré a menudo — continuó sonriendo para tranquilizarla —. Pero dígame una cosa, y yo disiparé sus dudas. ¿Me reconoció esta tarde?

—Sí.

—Así me pareció. Me alegro de conocerla. Me llamo Gilbert Nash, y usted es Shirley Hoffman.

—¿Cómo sabe...? — se detuvo y trató de ocultar su confusión, desviando la mirada—. Me figuro que es bastante tonto que simulemos que no nos conocemos.

—Cierto. Y me gusta su metal de voz.

Ella volvió a mirarlo, asustada y asombrada.

Nash casi reía.

—Dikty la traicionó en la puerta. No reconoció el nuevo perfume que llevaba. A mí me gusta —aguardó un momento, para tranquilizarla—. Ya le dije que la encontraría.

Ella habló acaloradamente.

—¡Y ahora me figuro que va a preguntarme lo que estaba haciendo allí!

—No, no voy a hacerlo. Sé que ambos íbamos buscando lo mismo; información. Y los dos conseguimos lo mismo: nada. Usted se llevó una cosa, y yo otra.

Ella aguardó silenciosa a que prosi-guiera él.

Él indicó con el dedo el bolso que había sobre la mesa.

—Usted tiene una llave; yo, una horquilla —y entonces, de repente, le sonrió de nuevo—. Pero anoche, sabía que usted no tenía revólver. Fingí que lo creía.

Ella se mordió los labios y después se echó a reír.

—A mí me ocurrió lo mismo.

La camarera se detuvo ante la mesa.

—Yo voy a tomar un bistec. ¿Quiere tomar una cerveza mientras espera?

—Sí —repuso ella—. Usted es un hombre muy curioso. No he hallado a nadie como usted.

—Eso —repuso él secamente— es el comienzo de un millar de cumplidos. Pero usted no puede darse ese gusto. Su empleo se lo impide.

—Yo no pretendía...

—Ya lo sé; por eso no tiene que excusarse. Y no me molesta. Díky y yo nos hemos estado vigilando hace un tiempo. Divertido, ¿eh?

—Lo siento —dijo ella sinceramente—; pero creo que podemos hablar con franqueza, ¿no le parece?

—Sí. Es inútil tratar de fingir que no me han estado vigilando. Antes de mañana él tendrá un informe sobre nuestra comida —rió—. Pero no creo que él pudiera comer conmigo y disfrutar con ello. Es demasiado Sherlock Holmes —la miró y adoptó un tono más alegre—. Pero usted sí.

—Yo también lo creo. ¿Cómo está usted, señor Nash?

—Perfectamente, señorita Hoffman.

—Esta mañana me hizo ir a la biblioteca.

—¿De veras? Es curioso, debió de ser por algo que yo dije. Probablemente la noche pasada.

Ella asintió:

—Sí. Hablaba de las horquillas. Dijo que podía hacer con ellas unos cuernos de toro y ponerlos sobre una llama. Yo me pregunté qué es lo que deseaba decir con aquello.

—Sí, ahora lo recuerdo. Fué un chispazo para incitarla. Si usted hubiera sido quien yo creía, eso habría provocado un incendio.

—¿Realmente? —ella lo miró con curiosidad—. ¿Usted esperaba a la señora Hodgkins?

—En efecto —asintió él, y bebió su cerveza.

—¿Cómo habría provocado el incendio? Quiero decir... ¿qué significa eso? En la biblioteca no pude hallar nada que me lo aclarase; debí de volver loco al bibliotecario. Estuvimos buscando en todos los libros de la magia ne-

gra. Yo pensaba que usted era un brujo. Pero no había nada relativo a los cuernos del toro.

Nash rió de nuevo alegremente, haciendo que se volvieran hacia él, algunas de las personas que comían en el restaurante.

—Ha buscado mal. La próxima vez busque en arqueología y, en particular, en el Oriente Medio y el Mediterráneo. Los toros fueron empleados en los sacrificios, como ornamentos, y en las danzas eróticas de Creta. Esas costumbres se corrieron con el tiempo a los países vecinos —rió de nuevo—. ¡Brujo!...

—¿Usted estaba allí? —preguntó ella con impertinencia.

—Sí, he estado —dijo Nash.

—¡Oh! ¿Profesor, arqueólogo?

—Digamos aficionado; pero, sí, estuve allí. Nunca tuve la oportunidad de tomar parte en las excavaciones, pero me habría gustado. Una de mis aficiones es que me gusta estudiar todo lo relativo a la gente. Yo tengo una mediana colección de libros que tratan del tema, y varios artefactos; gozo comparando los volúmenes, viendo la batalla de los eruditos. Consideremos, por ejemplo, los toros cretenses. Hay autoridad que afirma que eran sacrificios a un dios y que los jóvenes realizaban danzas rituales en torno de ellos: una especie de fiesta de despedida. Pero hay otro erudito que afirma que los jóvenes eran sacrificados a los toros, que bailaban antes de recibir la muerte. ¿Puede imaginar la danza en el propio funeral? Pero hay un tercero aún, que dice que aquello era un acto acrobático, un espectáculo para el público, semejante al toreo moderno... No se puede censurar a esos autores; ¡tienen tan poco en qué apoyarse!... Este incidente particular está basado en unos pocos cuadros y esculturas, hallados en aquellos lugares. Y el hombre moderno, como usted debe de saber, suele interpretar las cosas y los hechos de acuerdo a la lógica moderna, creyendo

que sigue la lógica de la antigüedad.

—¿Pero quién tiene razón? —preguntó Shirley curiosamente.

—En realidad, ninguno. Al menos en la antigua Creta. Nuestros eruditos se dieron pronto cuenta de que los bailarines eran de ambos sexos, y siempre jóvenes y hermosos. Pero los eruditos tenían mentes modernas. No se dieron cuenta con la suficiente rapidez (o al menos no lo reconocieron) de que aquello tenía una naturaleza puramente erótica. Que se realizaba para el público. Eso resulta raro para el pensamiento actual. Por lo tanto, los arqueólogos se inclinaron a la explicación de los sacrificios, aunque reconozco que su pensamiento se hallaba teñido por otros hallazgos. En épocas posteriores, las danzas pasaron a otras islas del Egeo, y se convirtieron en matanzas sin sentido —advirtió la súbita expresión de ella—. ¿Le parece mal mi elección de las palabras o mi sentido de los valores? Podía tener razón, en cualquier caso; yo no estoy siempre a la altura del cambio de los valores. Pero creo que el propósito original de los ritos era elevado, en comparación con la orgía sangrienta que siguió. La moral de una época no es la de la siguiente.

ELLA quedó silenciosa, considerando lo que él había dicho, mientras la camarera servía la mesa. Esperaba que sus pensamientos no se reflejasen en su cara. Cuando estuvieron solos de nuevo, cerró un ojo y le dirigió una mirada semiseria.

—Hace el efecto de que usted hubiera estado allí.

—Tengo una buena imaginación —repuso él—, además de una enorme curiosidad por las cosas humanas, desde que nuestros antepasados paleolíticos comenzaron a poner una piedra sobre otra para construir un muro. hasta las épocas de los vuelos interplanetarios. Yo deseo saber de dónde viene el hombre, lo que ha hecho durante todos esos

Contra la arteriosclerosis

UNA de las enfermedades más frecuentes entre las personas de edad es la arteriosclerosis. Su característica es la disminución de la elasticidad de las paredes de los vasos, debida a disturbios en la nutrición sanguínea. Para la medicina ha sido siempre un dolor de cabeza, ya que se cuenta entre las enfermedades más rebeldes. Por eso se ha recibido con beneplácito la aparición de una nueva arma para atacarla: el yodovirón. Resultado de una síntesis de yodo, testosterona y vitamina E, el preparado tiene además virtudes paliativas en todas las formas de debilitamiento físico producidas por la senilidad.

ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilícelo para decirnos qué piensa de MAS ALLÁ. Critique, comente, alabe, sugiera. Si este espacio no le alcanza, agregue una hoja suya. Su carta será contestada y, si expresa puntos de vista originales o temas de interés general, será publicada.

Escriba a
más allá
Av. Alem 384 — Buenos Aires

años, y adónde va. Especialmente adónde va.

—Mi abuela favorita —lo interrumpió ella— solía decir que nos íbamos al infierno dentro de un cubo.

—En un idioma u otro lo llevan diciendo cinco mil años. No lo crea.

—Conozco a un hombre —dijo ella imitando su tono seco—, que se interesaba por las mismas cosas que usted.

—¡Bien! Envíemelo, y tendremos una buena sesión. Yo voy a hacer todo lo posible para entretenerlo. ¿Le interesará saber el clamor de la Europa religiosa cuando un inglés indiscreto halló pruebas de un diluvio inmenso.

—Yo lo dudo —dijo Shirley—. Sus intereses son de otra índole. Pero yo le escucharé.

—No puede usted evitarlo —Nash puso la botella de cerveza sobre el mantel—. La carne no está lista, y usted está atrapada. ¿Más cerveza? ¿No le importa que yo la beba? Gracias. Bien..., nuestro inglés estaba excavando en la Mesopotamia, buscando en la historia de Asiria y Babilonia las huellas de un pueblo más antiguo aún, que les hubiese dado la escritura. ¿Sabía que no se conoce aún la escritura primitiva?

—No soy nada lista. Pero, ¿y el inglés?

—Excavando, halló varias cosas de inmenso valor científico y, claro está, mucho oro. Es una cosa curiosa; pero, ¿sabe que los humanos valoran el oro más que el conocimiento? Sin excepción, todo arqueólogo ha encontrado oro en sus excavaciones y le ha dado mucha más importancia que a los artículos allí hallados. Cuando alguno hace un informe de un nuevo hallazgo, lo primero que menciona son los tocados de oro, las piezas de oro. Yo lo encuentro curioso.

Hizo una pausa para ver si ella estaba de acuerdo con él.

—El diluvio —le recordó Shirley.

—Cierto, el diluvio. Mientras excavaba el inglés, halló una tumba de

principes y servidores. Las damas de la corte, los soldados, los esclavos, todos matados en el borde de la tumba y arrojados sin ceremonia junto a sus señores. Aquello era muy raro en aquel lugar y en aquella época, y el inglés excavó más profundamente. Debajo de aquella capa encontró otra de arcilla, de unos dos metros y medio de profundidad, y debajo de ella, otros restos de seres humanos y edificios. Ahí lo tiene.

—Ahí no lo tengo —le contradujo ella—. ¿De qué se trata?

Nash pareció un poco sorprendido. —Los dos metros y medio de arcilla —dijo con naturalidad— depositados por una inundación de vientos que hicieron que los ríos se salieran de madre. Durante cuarenta días de lluvia, y otros ciento cincuenta que las aguas tardaron en retirarse, todo aquello dejó un depósito de dos metros y medio en el valle situado entre el Tigris y el Eufrates. Aquello era el diluvio bíblico. Encima y debajo de la arcilla había restos humanos. Nuestro inglés terminó el trabajo de otros dos ingleses anteriores, y produjo una conmoción en el mundo religioso. No supieron apreciar su descubrimiento.

—Ahora me lanza nuevos ingleses contra mí —se quejó ella—. ¡Eso no es justo!

—Pero, ¿no conoce el poema épico de Gilgamesh?

—¿Gilgamesh? —repitió ella—. No. Nash movió la cabeza, como en triste reproche.

—Mujer moderna... ¡bah, bah!

—Sí, ¡bah, bah! Está bien; ahora he caído totalmente en la trampa. Hábleme acerca de los dos ingleses y del poema de Gilgamesh. ¿Es una novela corta?

—Trataré de condensarla. Los otros dos ingleses vinieron poco antes del que yo he mencionado. El primero halló y envió a Inglaterra varias tablillas halladas en las excavaciones de un palacio. El segundo inglés pasó varios

años y arruinó su salud, estudiando aquella tablilla, buscando la confirmación de algunas teorías propuestas por su predecesor. Su traducción conmovió a los victorianos y suscitó el clamor. El pobre hombre no fué totalmente vindicado hasta que el tercer inglés vino unos años después, y descubrió el lecho de arcilla, debajo de la tumba, y los palacios.

Shirley Hoffman asintió alegremente.

—Ese punto se va aclarando. El traductor halló una historia bíblica en las tablillas.

Nash se quedó mirándola.

—No. Halló lo que se consideró una obra de ficción.

—¿Consideró?

Él asintió, sonriendo.

—Un poema de proporciones épicas. Las tablillas habían sido tomadas de la biblioteca de un rey, en unión de otras de naturaleza más común. Las otras contenían los datos usuales y constituían lo esperado: historias, genealogías, guerras, algunos toscos esbozos geográficos, todo cuanto un rey desearía para convertir su biblioteca en un depósito de conocimientos y, claro está, en un testimonio de su propia grandeza. Ahora viene lo importante. Aquella biblioteca contenía también este poema panorámico, en una época en que la ficción (si se me perdona el término moderno) era casi desconocida. Era un poema de un hombre heroico, maravilloso, un semidiós llamado Gilgamesh.

—¡Oh!... —interrumpió Shirley, como si fuera a decir algo, pero luego varió de idea.

—Era un hombre cuyo origen se desconoce aún y que recorría la tierra, realizando grandes hazañas. Gilgamesh era una especie de aventurero que recorría el mundo buscando la sabiduría y la inmortalidad. Iba de un lado a otro, derrocando a los tiranos e inquietando a los reyes. Finalmente se encontró con

un hombre prehistórico que tenía un nombre impronunciable y...

—¿Impronunciable? —le interrumpió ella.

—Sí; se llamaba Ut-napishtim. Shirley asintió:

—Impronunciable.

—Y ese hombre le contó a Gilgamesh la historia de su vida —continuó Nash, que miraba a la muchacha, estudiándola—. Ahora que pienso en ello, fué probablemente el primer empleo de la técnica retrospectiva de la historia. Imagínese un narrador de hace cuarenta siglos, inventando esa técnica.

Shirley apoyó la barbilla en su mano.

—Gilgamesh...

—A eso voy. Por lo tanto, el hombre prehistórico le contó a Gilgamesh un relato increíble que empequeñecía todas sus hazañas. Le habló de un diluvio que descendió sobre el mundo, le contó cómo él construyó una nave que llenó de provisiones, y en la cual metió los animales posibles, y cómo reunió a sus parientes. Le contó cómo el bar-

quito había salido con bien de la tempestad, y cómo, finalmente, envió primero una paloma y luego un cuervo, en busca de la tierra. Y así fué cómo Ut-napishtim y su clan sobrevivieron al diluvio mientras los demás perecieron —Nash estudió a la muchacha—. ¿Lo encuentra familiar?

—Eso era lo que había en las tablillas de piedra?

—Sí; esculpido como una ficción.

—¿Y qué antigüedad se atribuía a las tablillas?

—Tres o cuatro mil años. ¿Comprende ahora por qué les subió la presión a los victorianos?

—¡Claro que sí! Yo misma me inclinaría a negar esa evidencia. Pero ahora supongo que es cuando entra en escena el tercer inglés.

—Sí. Él demostró que lo de las tablillas era ficción realmente; que eran la versión asiria de los relatos babilónicos, que a su vez se consideraban basados en la realidad; que eran sencillamente el relato de un reinado que tomaba la historia del vecino y componía

Radiaciones de origen cósmico

RECIENTEMENTE, los doctores Walter Baade y Rudolph Minkowsky, del observatorio de Monte Palomar, descubrieron en la constelación del Cisne, distante unos 100 millones de años luz, una fuente de ondas de radio, procedentes de otros espacios. Estiman que esas ondas han sido generadas por la colisión de dos galaxias. Desde que Karl Jansky, en 1931, descubrió la existencia de esas ondas denunciadas por "silbidos" en su receptor de radio, los científicos intentaron dilucidar dos cuestiones: ¿De dónde proceden esas radiaciones? ¿Quién las genera? Completando las ideas de Baade y Minkowsky, una respuesta acaba de ser dada por F. Hoyle, de Cambridge, para quien el único material que podría ser seriamente perturbado por un choque de esa naturaleza, es la materia difusa interestelar existente entre las galaxias, es decir, que esas radiaciones serían verdaderamente de origen cósmico. Admite, además, que la gran velocidad de las galaxias en colisión, que estima del orden de 2.000 km por segundo, es parte importante en la generación de las ondas observadas en la constelación del Cisne. Tal velocidad determinaría una elevada temperatura de los electrones (cien millones de grados), y esa gigantesca temperatura sería la causa de las radiaciones observadas.

una historia con ella. El inglés realizó también varios descubrimientos que indicaban la autenticidad de las tablillas, incluso la arcilla depositada por las aguas. Por lo tanto, incluso novelas históricas e historias del superhombre fueron escritas hace cuatro mil años. Escritas en piedra. El escéptico puede mirar esto sólo como la narración de un poeta anónimo, que trataba de agradar a un rey; el creyente como la más antigua crónica de Noé —tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Si se tiene fe en la arqueología, se hallará que los excavadores, no sólo descubrieron la fecha del diluvio, sino las huellas de un pueblo anterior, que tuvo que haber vivido en los tiempos del Génesis. Lentamente se van poniendo a la altura de la antropología y la geología.

—A mí me interesan las fechas —dijo Shirley, que lo observaba curiosamente.

—¿Del diluvio? Bien, los muertos que descubrió nuestro inglés debían de tener unos seis mil años. La capa de arcilla era anterior. Tendría unos ocho o diez mil años; pero no se sabe con certeza. Lo que se llama ahora hombre moderno, lleva en la Tierra unos veinticinco mil años, y sus antepasados primitivos existían unos setenta y cinco mil años antes. Ese período no se puede fijar bien, pero se está estudiando. Un grupo de arqueólogos busca la nave de Ut-napishtim. Si la encuentran, podrán determinar la fecha bastante bien, mejor aún, la edad de los árboles con que se construyó la nave.

—Eso ya lo sé —dijo la muchacha—. Por los anillos del tronco de los árboles.

—No, en este caso no. Alguien ha descubierto un procedimiento llamado método del C-14: un proceso por el cual se mide el paso del tiempo, por la cantidad de residuos radioactivos en la sustancia orgánica. Esos anillos serían inútiles, ya que el árbol murió cuando lo cortaron. Así se mide la vida del árbol

¿por qué,
cómo,
cuándo,
dónde?

más allá

contesta a

todas las cartas que le escriban sus lectores, los cuales están invitados a formular preguntas sobre temas científicos, que serán contestadas por la Sección Científica. Algunas de las respuestas se publican cada mes en la sección CORRESPONDENCIA, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se nos pida no hacerlo. Las preguntas deben ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una pregunta.



escriba a

más allá

AVENIDA ALEM 884

Bs. Aires

antes de ser cortado, no después —hizo una pausa—. Si los arqueólogos tienen suerte y encuentran un trozo de la madera de la nave de Ut-napishtim, pueden fijar la fecha aproximada del árbol. El año aproximado de Noé y el diluvio... —sonrió—. No sé si esta información va a turbar a alguien.

Quedaron silenciosamente mientras la camarera les servía. El comedor estaba lleno de ruidos. La muchacha levantó los ojos de su servilleta, y miró a Nash.

—Quiero hacer una pregunta más —dijo al cabo de un momento—. Usted

ha mencionado el tema brevemente, pero no lo ha seguido hasta el fin.

El detuvo el tenedor que iba a llevarse a la boca.

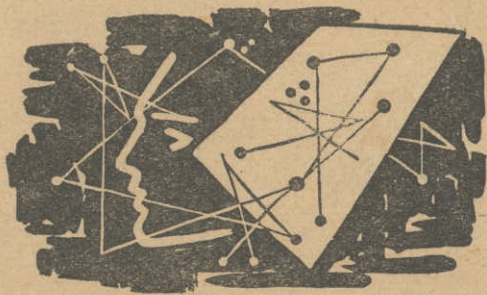
—¿Cuál era?

—¿Ese aventurero, Gilgamesh, halló la inmortalidad?

Nash mantuvo el tenedor en el aire, y luego lentamente se lo llevó a la boca. Después de un segundo de vacilación, miró el rostro ávido de la muchacha.

—Halló lo que buscaba. Pero era demasiado tarde para salvar su vida.

(Concluye en el próximo número)



más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 414.547. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO
ARGENTINO
Central (B)

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta N° 574

INTERES GENERAL
Concesión N° 4923